HISTORIA DE LA Iglesia

Siglos VIII - XV

José Uriel Patiño

TOMO II





Índice

Autor

José Uriel Patiño Franco, sacerdote agustino recoleto que, después de sus estudios básicos, hizo los estudios correspondientes a los ciclos de filosofía y teología en Manizales y Bogotá. Luego de su ordenación sacerdotal ingresó a la Universidad Santo Tomás de Bogotá, donde obtuvo la Licenciatura en Ciencias de la Educación con énfasis en Filosofía e Historia; posteriormente obtuvo el Magíster en Historia Eclesiástica después de cursar los estudios correspondientes en la Pontificia Universidad Gregoriana. Más tarde hizo un diplomado en Docencia para Educación Superior en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha participado en varios encuentros y simposios nacionales e internacionales, siendo ponente en algunos de ellos. Ha escrito varios artículos sobre temas de historia y teología, publicados en diferentes revistas de Colombia, América y Europa.

Historia
de la Iglesia

La Iglesia en camino hacia la universalización:
avatares de unas relaciones tormentosas − Siglos VIII - XV
Tomo II

A manera de pórtico

En la experiencia de cada día se capta la existencia de diferentes puntos de vista sobre algún asunto concreto. Algo parecido sucede con esta colección de historia de la Iglesia, en la cual se ha hecho una opción pedagógica, según la cual se organiza en tres grandes momentos: desde pentecostés hasta el nacimiento cristiano de Europa, desde allí hasta la ruptura del cristianismo occidental y desde entonces hasta el presente. Esta propuesta, por varias razones que se descubren con la lectura del texto, rompe los tradicionales esquemas que organizan la historia de la Iglesia en cuatro o cinco épocas. Debido a ello, e intentando una síntesis, se puede decir que las unidades desarrolladas en este volumen constituyen un acercamiento a la historia de la Iglesia entre los siglos VIII y XV.

Antes de entrar en materia, conviene recordar que el volumen I abordó la historia de la Iglesia desde pentecostés hasta finales del siglo VII sobre la base de tres ejes principales: la experiencia cristiana al interior del Imperio Romano en un ambiente persecutorio y martirial, la formulación de la fe en el marco de las discusiones teológicas y los primeros concilios ecuménicos, y dos experiencias de una misma fe que dieron origen a las Iglesias latina y bizantina.

También es conveniente conocer algunos datos de la historia universal entre los siglos V y XV, ya que la mayoría de los historiadores, a pesar de los aspectos críticos que se proyectan, hablan de la Edad Media como un período de mil años, organizado en tres momentos claves: primera Edad Media, alta Edad Media y baja Edad Media; durante esos momentos el hombre y los grupos sociales asumieron una cierta escala de valores y unas determinadas actitudes que con el paso de los siglos cambiaron[1], máxime cuando en Europa se presentaron grandes olas migratorias de germánicos y eslavos de oriente a occidente, musulmanes por el sur y vikingos por el norte.

Frente a estos acontecimientos, la Iglesia asumió diferentes actitudes que de alguna manera la transformaron para acudir a esta cita y cruzar el umbral del segundo milenio, luego del traumático encuentro con las religiones de tipo indoeuropeo, celta y

germánico, aunque en ésta última algunos de sus grupos ya habían asumido el cristianismo arriano gracias a la predicación del obispo Ulfilas en regiones del oriente europeo.

---

1 Cf. Pierini, Franco. *La Edad Media. Curso de historia de la Iglesia, II.* San Pablo, Madrid, 1997, pp. 9-28; Fossier, Robert. *La sociedad medieval.* Crítica, Barcelona, 1996; este autor ofrece una visión tripartida del medioevo: contracción, distensión y aceleración.

Capítulo I

La Iglesia en la primera Edad Media

En el marco de las diferentes clasificaciones históricas, este capítulo se ubica en la primera Edad Media o contracción histórica que se encuadra entre los siglos V y X, entre el 450 y el 950 aproximadamente. En la narración que se ofrece, sólo aparecen los acontecimientos a partir del siglo VIII, ya que los hechos anteriores a ese siglo se abordaron en la última parte de la historia de la Iglesia en la antigüedad, a la cual se le dio el título de Dos experiencias de una misma fe; a ello se le añade que en la narración histórica que se trae, se hace una aproximación a la comprensión de la Iglesia en su proceso de afianzamiento en Europa.

1. Ubicación histórica (siglos VIII a X)

Los últimos años del siglo VII y los primeros del VIII fueron duros para la cristiandad por la irrupción del islam que arrastró consigo varias provincias de África y España. En África, los musulmanes crearon un califato en Bizacena, que se afianzó después de la caída de Cartago (669); los cristianos se fundieron con la mayoría musulmana y África se perdió para el cristianismo. En España desapareció el reino visigodo que durante el siglo VII fue el centro de la cultura romana y germánica; todo comenzó cuando el último rey godo, don Rodrigo, perdió la corona y la vida en la batalla de Guadalete (Jerez de la Frontera) el 19 de julio de 711 en manos de Tarik y de no haber sido por la resistencia de don Pelayo, su portaespada, quien consiguió el triunfo de Covadonga en el 722, no se hubiese asegurado un pequeño reino cristiano en Asturias; en España musulmana, la Iglesia siguió adelante, pero fue perdiendo contacto con la cristiandad libre. En el 732, Carlos Martel, con la victoria en Poitiers, contuvo el avance árabe occidental. Asegurado el triunfo en África y España, hasta donde pudieron triunfar, los musulmanes enfilaron baterías contra Constantinopla, pero se encontraron con el emperador León III, quien la defendió (717-718), convirtiéndose en el salvador de la cristiandad.

A propósito de los musulmanes, conviene saber que en su arte, la mezquita, cuyo prototipo es la casa de Mahoma, es, junto con los baños, los dos edificios típicos del ambiente público; en cuanto a los edificios privados se tienen las casas y los palacios; las demás estructuras del mundo antiguo se dejaron de lado. Además de ello, es la primera

vez que una fe monoteísta parte de la conquista del mundo con un programa que se sintetiza en botín y guerra santa[2].

Con estas dos derrotas, Poitiers y Constantinopla, Europa se salvó de caer en manos de los musulmanes y la Iglesia tuvo que evangelizar el corazón de Europa, con lo cual el centro del mundo cristiano latino se desplazó hacia occidente, desprendiéndose del antiguo imperio; esto no era fácil porque se pensaba en el imperio como realidad política y espiritual. En este contexto, varias fiestas litúrgicas orientales entraron en Roma como la exaltación de la cruz y las cuatro grandes fiestas marianas; después vino el problema de las relaciones entre el Papa y el emperador romano oriental, que se agudizaron cuando surgió la polémica de las imágenes porque el iconoclasmo impugnaba la representación plástica de Dios y los santos[3].

1.1 El oriente cristiano

1.1.1 Durante el iconoclasmo[4]

En la crisis iconoclasta, que azotó al imperio bizantino por más de un siglo, la política y la religión se entrecruzaron en una lucha doctrinal con influencias hebreas y musulmanas; por ello, en la cuestión de las imágenes entraron en juego el monoteísmo y la lucha contra la idolatría. También se dio una contraposición cultural porque existían dos culturas para entender la mediación de las relaciones entre humanidad y divinidad en Cristo; si en los siglos anteriores el problema era teológico entre el arrianismo y el monofisismo, ahora las dificultades estaban en la práctica religiosa que implicaba a fieles y monjes en el modo de expresar la religiosidad. Las diferentes teorías proponen como punto de partida del iconoclasmo la influencia judía en León III y su pertenencia a un grupo que condenaba el culto a las imágenes, el movimiento reformador realizado por la dinastía isáurica y la existencia de algunas prohibiciones anteriores sobre las representaciones de Cristo y los santos.

León III (717-741) entró en Constantinopla el 25 de marzo de 717 y fue coronado en Santa Sofía; en el 726 hizo destruir el icono de Cristo que se encontraba en el palacio y publicó el primer edicto contra las imágenes en enero de 730. Como el patriarca Germano (715-730) se opuso, tuvo que abdicar; el papa Gregorio II (715-731) también protestó contra la actitud del emperador; a la protesta de estos dos jefes de la cristiandad se añade Juan Damasceno, formándose la primera tríada iconófila.

León III y Constantino V están unidos no sólo a la lucha iconoclasta, sino también a un período de enérgica defensa nacional contra el islam y los bárbaros. Enérgica en lo administrativo y lo militar, capaz de adquirir el consenso para hacer reformas jurídicas, financieras y militares, necesarias para mantener la identidad territorial aunque la identidad histórica haya comenzado a desaparecer por la invasión del islamismo y las agresiones de turcos y eslavos.

A la luz de lo anterior se entiende mejor la razón por la cual durante los siglos VI y VII vino para Constantinopla un momento de crecimiento en lo literario, administrativo y político, a tal punto que la cultura bizantina se difundió; en el siglo VIII llegó para

Constantinopla un momento de crisis literaria y cultural donde vuelven las contiendas doctrinales y nace el culto a las imágenes, acreditadas por los milagros que realizaban en favor del pueblo, como el caso de la victoria contra los ávaros (626) cuando los constantinopolitanos pusieron sobre la muralla los iconos de Cristo y María.

Desde marzo de 843, el primer domingo de cuaresma de cada año, la Iglesia griega ortodoxa celebra la fiesta de la ortodoxia con la restauración del culto a las imágenes y la caída del iconoclasmo que marcó el intento de subordinar el poder eclesial al imperial. En sus dos fases: 726-787 y 815-843, el iconoclasmo puso en discusión el papel de las imágenes en las relaciones entre Dios y el hombre y trató cuestiones políticas como la defensa del territorio, la organización militar del imperio y las relaciones diplomáticas, poniendo en juego la identidad del *homo byzantinus*.

Para comprender las causas y el desarrollo de la crisis iconoclasta se necesita conocer algunos elementos de los primeros concilios ecuménicos, la afirmación efectiva de la Iglesia oficial cuyos representantes eran protectores y formadores de los habitantes, el desarrollo del monacato que surgió espontáneamente en medio de un mundo que buscaba la salvación frente a la angustia e incertidumbre reinante debido a las divisiones en diferentes lugares del imperio por cuestiones políticas y doctrinales. Estos elementos hacían que el santo fuera tenido como un "icono viviente".

El poder del hombre santo nacía de la creencia popular en su intercesión delante de Dios, a tal punto de que lo que utilizaba lo santificaba conservando su poder; otro tanto sucedía con sus reliquias. También se pensaba que el poder del santo como mediador se transfiere a su representación iconográfica que llena el vacío dejado por su ausencia física. En este sentido el icono viene cargado con un valor mágico, poderoso, cercano al valor de la reliquia porque el icono casi siempre venía de la región donde el santo había vivido, es decir, era originado por él. De este modo, antes del siglo VI, las imágenes religiosas comenzaron a ser puestas en paralelo con las imágenes imperiales hasta ocupar su puesto y se comenzó a esperar de esa imagen milagros y beneficios que jamás los retratos imperiales habían concedido. De esta forma el icono se convirtió en el vínculo que unía al pueblo con las intercesiones del santo protector porque su representación era la expresión común de un grupo que se sentía protegido; por ello la manifestación iconográfica de la divinidad hacía posible una relación íntima y especial del individuo con lo divino.

Primera fase

La primera etapa del iconoclasmo (726-787) comienza con la orden que dio León III de remover la imagen de Cristo que estaba en la parte superior de la puerta de bronce del palacio imperial para poner una cruz; el pueblo se sublevó pero fue controlado con rapidez; no obstante, fueron asesinados varios soldados que habían ejecutado materialmente la orden. El 17 de enero de 730, el emperador publicó el primer decreto oficial iconoclasta y con ello comenzaron las primeras persecuciones contra los que veneraban las imágenes; se inició la separación entre Iglesia e imperio hasta el punto que

Italia, es decir, el papado, comenzó a acercarse a los francos. La disputa pasó de lo político a lo dogmático con los discursos de Juan Damasceno; el punto fundamental era: mientras que para los iconófilos o iconódulos los iconos eran tan importantes como el pan eucarístico, la cruz y el templo consagrado, para los iconoclastas no, y como no admitían las imágenes llegaron incluso a renegar de la encarnación de Cristo; con esto, Cristo se convierte en el punto central de la disputa.

Con Constantino V (741-775), sucesor de León III, aparecieron nuevas objeciones teológicas en torno a la idolatría; una de ellas fue un escrito del soberano donde afirma que no es posible representar la naturaleza divina de Cristo, ya que la única imagen sería la eucaristía. Con esta posición, se cristalizó el conflicto entre el poder imperial y la Iglesia hasta el punto de ser sometida a un sínodo en que se pretendía oficializar la doctrina contraria a las imágenes, como sucedió en Hiereia (754), un pequeño barrio en la costa asiática de Constantinopla donde quedaba la residencia imperial veraniega; en este sínodo no tomaron parte ni el Papa ni los patriarcas orientales. Las deliberaciones sinodales, conocidas a través de Nicea II[5], muestran la tendencia por evitar las formulaciones teológicas a través de razonamientos astutos. No obstante ello, este concilio confirmó el culto a María y los santos.

Después del sínodo, la ofensiva de Constantino V fue violenta contra quienes se oponían, en especial los monjes, única voz que se levantó contra las decisiones iconoclastas; en este sentido la lucha iconoclasta se transforma, a partir de 760, en una lucha imperial contra el poder de los monjes. Buscando el éxito, el emperador refutó el título de *Theotokos* de María e impidió que los santos fueran denominados como tales; después se prohíbe el culto de imágenes y reliquias, los monasterios son desamortizados y los bienes son confiscados; la persecución fue tan dura que en algunas provincias los monjes y las vírgenes fueron obligados a renunciar a la castidad y a casarse. La política de Constantino V condujo a la alianza de Roma con los francos que se firmó en el 756 en Quierzy entre Pipino y Esteban II.

Con la muerte de Constantino V se concluye el período más violento de la controversia iconoclasta, pero sin llegar al punto final. Asumió el trono León IV (775-780), un iconoclasta moderado que no continuó con las medidas de su padre. A su muerte, su hijo Constantino VI, tenía diez años y la regencia la asumió Irene quien se mostró benévola, con deseos de conciliar con los monjes y hasta tuvo la intención de restaurar el culto a las imágenes, lo cual era imposible mientras estuvieran vigentes las determinaciones de Hiereia; debido a esto era necesario convocar otro sínodo en el cual no participaran quienes hubiesen hecho parte de la polémica sobre las imágenes. Por esta razón el patriarca Pablo renunció y fue consagrado Tarasio, un alto funcionario laico, brazo derecho de Irene; hacia el 785 Tarasio entra en contacto con el papa Adriano I (772-795), enviándole una carta donde profesaba la fe y le comunicaba el deseo de convocar un concilio ecuménico al cual debería enviar algunos representantes para reunirse con los patriarcas orientales; a pesar de las reservas pontificias sobre la elección de Tarasio, el sínodo fue convocado para agosto de 786 en el templo de los Santos Apóstoles de Constantinopla; desde la sesión inaugural se fracasó porque las tropas imperiales,

contrarias a las imágenes, irrumpieron y disolvieron la asamblea, acción que fue aplaudida por algunos obispos.

El concilio se trasladó a Nicea, donde se reunieron los padres conciliares en el 787; este concilio fue el último concilio reconocido como ecuménico por la Iglesia bizantina y es el concilio al cual ha asistido un mayor número de monjes. En este concilio lo más importante era el sentimiento religioso que llevó a condenar el iconoclasmo como herejía y se ordenaba la destrucción de los escritos contrarios a la veneración de las imágenes; con las determinaciones conciliares se subraya el valor moral del culto a las imágenes sin hacer distinciones entre la cruz, las imágenes de Cristo y los santos. Todo se había solucionado, pero la actitud de Tarasio frente a los iconoclastas presentes en el concilio no fue aprobada por los monjes y por esto volvieron a chocar con los representantes de la Iglesia oficial. Se puede decir que Nicea II fue el triunfo de la sutileza política de Irene, quien se supo rodear de personas de confianza que la apoyaran en su modo de actuar, sobre todo en relación con el patriarcado político iniciado con Tarasio.

Segunda fase

En el 790 Constantino VI fue proclamado emperador y en el 792 lo hicieron aceptar a Irene como emperatriz, en un momento en que las tropas se sentían desilusionadas con el emperador debido a las derrotas militares y su débil personalidad. Uno de los problemas de Constantino VI fue su vida sentimental porque Irene lo obligó a deshacer el compromiso con Rotruda, hija de Carlomagno, para casarse con María de Paflagonia; posteriormente lo indujo a repudiar a María, que fue enviada a un monasterio, para que se casara con la cortesana Teódota, contando con la aprobación de Tarasio. Frente a esta situación los monjes, liderados por el abad de Sakkoudion, Platón y su sobrino Teodoro, protestaron porque vieron que el derecho eclesiástico era atropellado. Como los monjes no accedieron a un posible compromiso fueron encadenados y exiliados; al poco tiempo de este hecho, Irene mandó a que le sacaran los ojos a Constantino (797) en la misma habitación donde lo había dado a luz; después de esto, Constantino y Teódota fueron obligados a retirarse a la vida privada y el poder volvió a manos de Irene, quien permitió que Platón y Teodoro obtuvieran la libertad.

Cuando Platón y Teodoro regresaron se radicaron en Constantinopla y trasladaron el monasterio a Stoudios, de donde les llegó el título de *studitas* y comenzaron una actividad que los condujo a desempeñar un papel estelar en lo cultural y político, de tal manera que llevaron hasta las últimas consecuencias la polémica del segundo matrimonio de Constantino VI, que tuvo su desenlace en el 812 cuando el sacerdote José bendijo dicho matrimonio y por ello fue depuesto; con esto se entra en la segunda fase del iconoclasmo porque Nicéforo había solicitado a Tarasio la convocación de un sínodo para condenar a los *studitas* por su actitud frente al sacerdote José. Se habla del 812 como fecha de desenlace porque en ese año se dio una reconciliación entre el partido de los monjes y el emperador Miguel I Rangabe (811-813). El contraste entre los monjes y la Iglesia oficial se debía a cuestiones jurídicas relativas a la justa aplicación de los

cánones eclesiásticos, a menudo influenciada por la voluntad del emperador; de hecho, los monjes no aprobaban la actitud de los patriarcas que ponían a prueba la precaria paz de los años que siguieron a la primera fase de la controversia iconoclasta. En esta fase las partes en conflicto no se dieron cuenta del estado efectivo de las cosas con lo que generaron un conflicto político y eclesiástico.

El sucesor de Miguel I, León V (813-820), dio inicio a la segunda fase de la lucha iconoclasta (815-843), que concluyó con la proclamación definitiva del papel de las imágenes en un período de desarrollo cultural sin precedentes. Para comprender la segunda fase conviene recordar el valor de símbolo común de fidelidad y protección atribuido a las imágenes sagradas que en varios casos se convirtieron en el centro focal de un patriotismo cívico, cuando los ataques árabes desmoralizaban a quienes habían confiado su salvación y liberación a la protección de los iconos locales. Los iconoclastas veían la crisis política y social como un castigo divino por el progresivo aumento del uso de las imágenes que estaba conduciendo lenta pero visiblemente hacia la idolatría, por ello predicaban el regreso a la antigua vida religiosa unida al culto a la cruz y la liturgia eucarística estimulando un nuevo patriotismo que subrayaba a los bizantinos como el pueblo de Dios; este pensamiento, en aquel contexto, era cierto porque quienes habían defendido el culto a las imágenes, como Irene y Miguel I, sufrieron derrotas militares y soportaron graves problemas políticos y sociales.

León V, empeñado en su lucha contra los búlgaros, pensó que era oportuno abolir el culto a las imágenes, tal como en el siglo anterior lo había hecho León III; en este proyecto contó con el aval de Antonio de Sylaion, Juan el Gramático y Teodoro Cassiteras[6]. León encomendó a Juan el Gramático la organización de un concilio formando una comisión que debía buscar en las bibliotecas los documentos que justificaran la destrucción de los iconos. El punto de partida teológico se basaba en un principio que no tenía ningún fundamento como era la argumentación de la construcción y el culto a las imágenes en consonancia con la Biblia, una argumentación que había sido impugnada por Juan Damasceno. Teodoro Cassiteras, el nuevo patriarca (815-821), reunió el segundo sínodo iconoclasta en Santa Sofía, donde fueron renovadas las deliberaciones de Hiereia suavizando los puntos extremos. En esta oportunidad los monjes no lideraron la oposición por dos razones: las restricciones no eran excesivas porque permitían el culto privado y a algunos monjes les concedieron sedes episcopales; además, la persecución contra los iconófilos no fue tan violenta porque las penas se limitaron a ser azotados o, en caso extremo, exiliados, como sucedió con Teodoro Studita.

León V fue asesinado y tomó el poder Miguel II el Amorio (820-829), quien ni era favorable a los iconos, ni le interesaban las disputas religiosas, tanto que promulgó un decreto de tolerancia que consentía tanto el culto como su destrucción, ya que lo importante era el silencio sobre la controversia. El sucesor de Miguel II, Teófilo (829-842), discípulo de Juan el Gramático, activo iconoclasta y a la sazón patriarca de Constantinopla, intensificó la persecución en especial contra los monjes; pero la actitud imperial no sobrevivió a la muerte de Teófilo ya que el poder lo asumió Teodora porque

Miguel III apenas tenía tres años y ella era favorable a las imágenes, cuyo culto había practicado a pesar de las dificultades. Junto a la actitud iconófila de Teodora, están las desgracias políticas que sufrieron los últimos emperadores iconoclastas, con lo cual las cosas cambiaron porque el iconoclasmo comenzó a ser visto como una prueba de la ira divina. Teodora, aconsejada por Teoctisto, hizo que el patriarca Juan el Gramático abdicara colocando en su puesto a Metodio de Siracusa, quien sin convocar ningún concilio proclamó en marzo de 843 la restauración de las imágenes y su culto lanzando un anatema sobre los iconoclastas.

Así terminó oficialmente la lucha por el culto a las imágenes que ocupó la atención de la Iglesia de Bizancio por más de un siglo, pero permaneciendo casi extraña a la Iglesia de Roma. No obstante ello, se puede concluir con algunas consideraciones generales al respecto. En primera instancia se subraya la existencia de dos fases que se diferencian por la base filosófica de la teoría de las imágenes, ya que el punto de partida era un discurso de carácter ético porque se quería adorar en espíritu y verdad a Dios sin ninguna mediación con el deseo de purificar la religión de los ídolos que alejan al hombre de la verdadera fe; por su parte los iconófilos consideran la creaturalidad de la materia como algo positivo que no aleja al hombre de la fe. En segunda instancia, existen referencias aristotélicas cuando se considera la vista como el sentido más importante, por ello la visión tiene un papel principal, más importante que la conciencia. Finalmente, este período está ahora invadido por la curiosidad laica para conocer el modelo cultural antiguo clásico, cuando comenzó la difusión de los libros y se pasó de la escritura mayúscula a la minúscula, como síntoma de la creciente necesidad de textos, principalmente teológicos y litúrgicos; en otras palabras, en aquel entonces la institución que dirigía la cultura era Iglesia y sus representantes, principalmente obispos y monjes.

1.1.2 Después del iconoclasmo[7]

Elementos políticos

En el 843 se puso fin a la lucha inconoclasta; por esa misma fecha el imperio estaba desacreditado y los emperadores tenían poco interés por occidente. Antes de esa fecha, con el emperador León III y la toma de posesión de la península Balcánica y parte del sur de Italia (731-732), había comenzado una nueva tensión entre Roma y Constantinopla que condujo a la desaparición de la Iglesia Latina Greca bajo el patriarcado de Constantinopla; a partir de ese entonces Roma fue vista como una rival para Constantinopla, y viceversa. También hay un dato importante: durante el siglo X y parte del XI el imperio bizantino tuvo dos enemigos: los musulmanes y los búlgaros, con quienes Basilio II fue muy duro.

Rivalidades y tensiones convergen en el patriarca Focio quien, al apoyar la cristianización bizantina de algunas zonas eslavas y balcánicas, que pertenecían a Roma, era visto como el campeón de la Iglesia bizantina y portador de los intereses estatales. Focio, un laico que en poco tiempo fue nombrado y consagrado como patriarca (858) contra Ignacio que era el legítimo, influyó sobre el emperador Miguel III, quien en un

sínodo excomulgó al papa Nicolás I (858-867) no sólo por la cuestión del Filioque, sino también por otros motivos como el caso de Bulgaria y la intervención romana en Bizancio.

El emperador Miguel III fue asesinado y Basilio I, sucesor e iniciador de la dinastía macedónica (867-876), heredó dos cismas: el interno entre los seguidores de Ignacio y Focio, y el externo por las relaciones con Roma; intentando una solución, depuso a Focio (867) y restituyó a Ignacio para comenzar tratados con Roma. Entre 869 y 870 se realizó el IV concilio de Constantinopla que fue reconocido por Roma, donde se habló del primado romano, la pentarquía y la comunión eclesial; este sínodo dejó abierta la cuestión búlgara. Al poco tiempo Focio fue rehabilitado, en el 875 fue llamado del exilio y después de la muerte de Ignacio (877) asumió nuevamente el patriarcado.

A Basilio I, lo sucedió León VI (876-912), quien depuso nuevamente a Focio (886)[8] y nombró a su hermano Esteban como patriarca; con este emperador el imperio se convirtió en una entidad centralista y burocrática que fue testigo del problema de los cuatro matrimonios del emperador, porque el derecho oriental prohibía la posibilidad de unas terceras nupcias. El emperador contrajo matrimonio muy joven, en el 897 murió su primera mujer sin dejarle hijos, en el 898 se casó con Zoe Zautsina quien también murió, en el 900 contrajo nuevamente matrimonio, y en el 901, a la muerte de su tercera esposa, se unió a Zoe Carbonopsina, con quien tuvo un hijo; este hijo fue bautizado por el patriarca Nicolás I el Místico con la condición de que el emperador se alejara de su amante, él aceptó la condición pero después del bautismo se casó con ella y la nombró emperatriz. El patriarca excomulgó al emperador quien acudió a Roma donde Sergio III (904-911) quien lo dispensó; el patriarca tuvo que renunciar y su sucesor coronó al hijo de León VI, Constantino VII Porfirogénito, como emperador en el 911.

En el 912 murió León VI, Nicolás I el Místico retornó y en el 913 comenzó a liderar el gobierno imperial como regente. Esto creó un cisma al interior de la Iglesia bizantina que duró hasta el 920 porque no se sabía cómo tratar al emperador y cuál era su influencia; en este contexto de intrigas y golpes surgió la primera oleada del problema búlgaro cuando el rey Simeón tomó fuerza y se convirtió en una amenaza real porque se apoderó de Adrianópolis (914) y parte de Tracia y Grecia Septentrional (918). A este rey, le hizo frente el militar Romano Lecapeno, quien a través de un golpe de Estado tomó el poder, casó a Constantino VII con su hija, en el 920 se hizo emperador, alejó de la corte a Constantino VII, derrotó a los búlgaros e hizo nombrar a su hijo Teofilacto como patriarca cuando murió Nicolás I el Místico (925); el patriarca Teofilacto, reconocido por el papa Juan XI (931-935), murió en el 956.

En el 945 reaparece Constantino VII quien gobernó hasta el 959; su rol histórico se sintetiza en su actividad cultural y literaria toda vez que escribió un libro sobre las ceremonias bizantinas y un tratado histórico y geográfico sobre los pueblos vecinos titulado *La administración del imperio*. En cuanto a la política interna mantuvo la protección en favor de los pequeños propietarios; en política exterior tuvo comunicaciones con Otón I, Berengario II (de Italia), Abderramán III (de Córdoba) y la

princesa Olga de Kiev quien estuvo en Constantinopla (955-957) y fue bautizada por el patriarca; con este bautismo se dio un paso decisivo para la cristianización de Rusia.

Romano II (959-963) asumió el trono a la muerte de su padre; se casó con la cortesana Teófano quien lo traicionó con el general Nicéforo Focas, cerebro del gobierno. Cuando murió, Nicéforo se casó con la viuda y optó por una política aristocrática contra los pequeños propietarios; en relaciones internacionales no quiso negociar con Otón I y trató como prisionero a Luitprando de Cremona que había sido enviado como delegado; su máxima preocupación era la guerra contra el islam y deseó que los soldados caídos en batalla fueran tratados como mártires; su esposa lo traicionó con Juan Tsimiskes, quien preparó su asesinato en el 969.

Juan Tsimiskes (969-976) asumió el trono y, después de dejar a Teófano, fue recibido en la Iglesia en la "Canosa oriental"[9]. En el 971 derrotó a los rusos, trató el asunto del patriarcado búlgaro, que había sido creado hacia el 918, y estableció relaciones con Otón I al enviar a Roma a su sobrina Teófano, esposa de Otón II; luchó contra Bagdad, llegó hasta Jerusalén y retornó a Constantinopla donde murió.

Basilio II, hijo de Romano II (976-1025) hizo que el imperio llegara a su esplendor. Sólo después del 985, cuando cayó su ministro Basilio Lecapeno, se vio libre para defenderse de los aspirantes al trono; en una de estas defensas lo ayudó Vladimir de Kiev, quien recibió en cambio a la princesa Ana con quien contrajo matrimonio en el 988, hecho con el cual se inicia la cristianización de Rusia. La cruenta campaña contra Bulgaria (984-1014) fue una nota básica de este mandato porque el antiguo patriarcado de Bulgaria con sede en Ocrina, actual Macedonia, fue degradado a arquidiócesis, y Serbia y Croacia fueron convertidos en estados vasallos; el reino búlgaro desapareció y sólo en el 1185 vuelve a recuperar su independencia.

Enfrentamiento patriarcal[10]

El final del iconoclasmo (843) no significó la paz para Bizancio, porque en más de una ocasión los monjes *studitas* (radicales), que habían pretendido ser los defensores de la ortodoxia y polemizando en favor de la autonomía, deseaban ocupar algunos cargos episcopales que aparecieron vacantes cuando el patriarca Metodio I retiró algunos clérigos y obispos iconoclastas pero sin sustituirlos por monjes *studitas*, ya que nombró a otras personas que algunas veces no estaban en regla con las prescripciones del derecho canónico. Cuando Teodoro Studitas protestó, lo condenaron a arresto domiciliario y se inició una polémica entre los monjes y el patriarca, pero Metodio murió en el 847.

Los seguidores de Metodio querían como patriarca al arzobispo de Siracusa, Gregorio Asbestas quien, debido al avance de los musulmanes, se encontraba en Constantinopla donde había adquirido cierta importancia. La emperatriz Teodora, amiga de los monjes *studitas*, tenía otro proyecto y designó al monje Ignacio como patriarca sin convocar un sínodo electoral como estaba previsto en el derecho oriental, por temor a que el candidato no fuera elegido. Ignacio era hijo del emperador Miguel I Rangabe[11]. Desde su elección en el 847, Ignacio mostró poco tacto político y la tensión con Roma aumentó

porque Gregorio Asbestas, al ser depuesto de la sede de Siracusa, apeló a Roma donde León IV (847-855) y Benedicto III (855-858) rechazaron la medida tomada por Ignacio contra Asbestas porque consideraban el sur de Italia como jurisdicción papal.

En el 856 la emperatriz Teodora fue depuesta por Bardas quien nombró como emperador a su sobrino Miguel III, hijo de Teodora. El patriarca Ignacio permaneció fiel a Teodora y se negó a darle el velo cuando fue obligada a entrar en un monasterio y a darle la comunión a Bardas debido a un rumor que corría sobre su posible incesto; por esto fue obligado a renunciar, al ser acusado como promotor de una conspiración y en el 858 Focio fue nombrado patriarca[12]. Aunque fue nombrado siendo laico, en seis días recibió las órdenes necesarias convirtiéndose en uno de los más grandes patriarcas que Constantinopla ha tenido; los problemas comenzaron porque Focio escogió a Asbestas como uno de los obispos consagrantes.

Cuando Nicolás I (858-867) recibió la carta oficial en la que Focio le comunicaba su elección, aprovechó la ocasión para afirmar el primado romano frente a la Iglesia bizantina y en carta de septiembre 20 de 860 llamó la atención a los bizantinos por haber depuesto a Ignacio sin el consentimiento de la sede apostólica de Roma y haber elevado a la dignidad patriarcal a un laico; a pesar de ello, deja ver la posibilidad de confirmar a Focio con tal de que Constantinopla se someta a la sentencia romana, después de una investigación que se debía hacer por medio de delegados pontificios; además, Nicolás I exigía la restitución de Iliria y el sur de Italia al patrimonio petrino; todo esto se trataría en Constantinopla en un sínodo que se celebraría en el 861. Los delegados pontificios confirmaron la deposición de Ignacio y Focio respondió de forma cauta al evitar una respuesta clara: se trataría de problemas territoriales que no estaban bajo su competencia. El acuerdo no era fácil y a ello se le suma que Bizancio miraba con simpatía hacia los pueblos que aparecían en el este de Europa donde misionaron Metodio y Cirilo y la presencia de seguidores de Ignacio en Roma que lo hicieron creer al Papa que la posición de Focio en Constantinopla no era estable. Creyendo a los seguidores de Ignacio, Nicolás I, en el sínodo de Letrán del 863 declaró nula la sentencia contra Ignacio, excomulgó a Focio y desmintió a sus delegados; la excomunión de Focio no fue una ruptura con la Iglesia bizantina porque aceptaba a Ignacio con quien estaba en comunión. En el 867 murieron Nicolás I y Miguel III; éste fue asesinado por Basilio I, quien se apoderó del trono, se separó de Focio y reconoció a Ignacio.

Al interior del problema de Roma con Focio se ubica la discusión en torno a la existencia del octavo concilio ecuménico, teniendo presente que un concilio es ecuménico cuando de alguna manera participa el obispo de Roma y con él están de acuerdo los patriarcas orientales. El problema consistía en que entre el 869 y el 870 se celebró un concilio en Constantinopla para condenar a Focio, y entre el 879 y el 880 se realizó otro concilio; Roma acepta el primero, Constantinopla el segundo[13].

El recorrido realizado demuestra la dependencia de la Iglesia bizantina de las intrigas políticas y las fricciones personales de la casa imperial; si se piensa en la confusa situación de Constantinopla es sorprendente la claridad con que respondió Nicolás I, al

delinear dos objetivos primordiales en la relación entre Roma y Constantinopla: la afirmación del primado papal y la jurisdicción romana sobre Iliria e Italia meridional, pero las tensiones entre Roma y Constantinopla se agravaron por los intereses de las dos sedes en relación a los pueblos eslavos.

Evangelización de los eslavos[14]

El centro de estos pueblos lo conforman las regiones de Moravia y Bulgaria, vistas por Roma y Constantinopla como una zona de influencia. Desde el siglo IV la migración germana había llevado a grandes cambios en el mundo latino, el reino franco había llegado a ser una potencia que marcó la vida eclesiástica al encontrar en la coronación de Carlomagno una expresión simbólica. La migración eslava fue un proceso largo y lento a través de una infiltración que le permitió a algunas tribus llegar al Volga y el Elba; una corriente, la oriental, llegó al Danubio y bajó al Peloponeso; otra corriente, la occidental, atravesó el Danubio y llegó a los Balcanes y los Alpes; esto da a entender que unos eslavos permanecieron fuera del Imperio Romano y otros entraron en él.

En la primera mitad del siglo VII los eslavos habían fundado un efímero Estado en la región de Moravia; de la misma época data el reino de los croatas en el noroeste de la península balcánica; estos asentamientos contribuyeron a una evolución diferente en cuanto a la cristiandad griega y latina. En tiempo de Carlomagno el centro de la cristianización de los eslavos era el arzobispado de Salzburgo, creado en el 789 en Baviera con influencia sobre Austria y las zonas limítrofes con los eslavos. La actividad de los obispos de Salzburgo fue continuada durante el siglo IX hasta la región de Panonia, donde hubo necesidad de poner un límite, el río Drave, porque se dio un choque de misiones: la del imperio franco y la bizantina.

En la cristianización de estos pueblos el primer aspecto importante es la obra de Cirilo y Metodio. Moravia y Panonia eran zonas eslavas porque los húngaros o magiares no habían llegado. Después del intento de Samo, Moimir quiso crear un Estado moravo independiente del reino franco, pero esto sólo lo logró su sobrino Ratislao (846-870) hacia el 855. Como la Iglesia de Moravia estaba bajo el arzobispado de Salzburgo, hacia el 860 Ratislao viajó a Roma para obtener una organización eclesiástica independiente; Nicolás I rechazó esta petición y por ello el príncipe envió una delegación al emperador bizantino Miguel III hacia el 862, pidiendo misioneros capaces de catequizar al pueblo en lengua eslava, siendo enviados Constantino (Cirilo) y Metodio[15], quienes habían estado como misioneros entre los cásaros, en la actual Ucrania, que habían adoptado el hebraísmo y el islamismo en el siglo VIII.

Las fuentes dan a entender que estos hermanos lo primero que hicieron fue orar, y en el transcurso de esa oración, Dios le reveló a Constantino, el filósofo, las letras para la lengua eslava con las que preparó el primer discurso[16]. Hacia el 863 llegaron a Moravia, donde fueron recibidos por Ratislao y continuaron las traducciones que habían comenzado en Constantinopla, con lo cual crearon la liturgia eslava y originaron una rudimentaria organización eclesiástica. Aquí existe una cuestión interesante: Constantino

y Metodio llegaron a Moravia el mismo año en que Focio, el patriarca que los había enviado, fue excomulgado; frente a esta situación los dos hermanos comenzaron a girar en el ámbito de la cristiandad latina, con lo cual dieron una lección de unidad eclesiástica entre la ortodoxia y el catolicismo por encima de los problemas políticos; esto da a entender que las divergencias entre oriente y occidente no eran todavía sentidas como incompatibles, porque lo importante era la armonía en el fundamento de la fe y no en el rito que se practicara.

Después de 40 meses de misión regresaron a Constantinopla con el deseo de que alguno de ellos fuera consagrado obispo para ordenar a sus discípulos; tomaron el camino de Aquileya y al pasar por Panonia, conocieron al príncipe Cozel quien soñaba con una independencia semejante a la de Moravia y les confió a los dos hermanos un grupo de jóvenes para que los prepararan. Cuando llegaron a Venecia recibieron la invitación de Nicolás I para ir a Roma, justamente en los días en que Luis el Germánico reconquistaba Moravia e invadía la región con misioneros francos que comenzaron a denigrar de la actividad de los hermanos al acusarlos de usar la lengua eslava en la liturgia, lo cual estaba contra el uso de las tres únicas lenguas usadas para alabar a Dios: hebreo, griego y latín.

Cuando Constantino y Metodio llegaron a Roma, Nicolás I había muerto y Adriano II (867-872) los acogió con gusto porque llevaban las reliquias de Clemente Romano, que según la tradición se habría ahogado en el mar Negro cuando fue desterrado, bendijo los libros eslavos, ordenó a quienes los acompañaban e hizo celebrar la liturgia en lengua eslava en diferentes lugares de Roma. En esta ciudad, Constantino entró en el monasterio griego de Santa Praxedes, donde tomó el nombre de Cirilo y allí murió el 14 de febrero de 869 siendo sepultado en la basílica San Clemente.

Metodio regresó a su tierra de misión como obispo y con una carta de Adriano II dirigida a Ratislao y Cozel, en la cual se permitía el uso de la lengua eslava en la liturgia con una advertencia: la epístola y el evangelio, primero se debían leer en latín y después en eslavo; en otras palabras, se reconocía oficialmente el método misionero de los dos hermanos. Con esto aumentó la indignación contra los misioneros latinos, porque Bulgaria se sometió a la jurisdicción de Constantinopla. El Papa deseaba la creación de una provincia eclesiástica en aquella región y nombró a Metodio como arzobispo de Sirmio[17] (Mitrowitza) cerca de Belgrado; con esto se estaba reaccionando a la situación de Bulgaria, se reafirmaba el derecho de Roma sobre Iliria para mantener la presencia en los Balcanes e impedir el influjo de los francos que misionaban desde Salzburgo. La reacción de los francos no se hizo esperar, apresaron a Metodio quien tuvo que defenderse en Ratisbona de las acusaciones; a pesar de ello fue confinado al monasterio de Velehrad en Suabia, donde estuvo prisionero hasta que Juan VIII (872-882) consiguió su libertad; junto a la libertad de Metodio vino la adhesión de Croacia y Serbia al arzobispado de Metodio, tal como lo dan a entender dos cartas de Juan VIII, una al príncipe croata Domagoi y otra a Montemir, príncipe serbio.

Como las cosas no andaban bien por diferentes motivos, llegó el momento en el cual el

Papa se alió con los adversarios de Metodio y en el 879 prohibió la celebración de la liturgia en lengua eslava para evitarse problemas con el príncipe de Moravia, Swatopluk (870-894), y su favorito, el obispo de Neitra, Wichingo. Un año después se levantó la prohibición de la liturgia en lengua eslava a través de la bula *Industriae tuae* dirigida al príncipe moravo; Metodio fue acusado de no predicar como enseñaba la Iglesia romana desde el tiempo de los apóstoles y viajó a Roma a defenderse, justo cuando el papa recibía las primeras noticias positivas del sínodo de Constantinopla. Después Metodio viajó a Constantinopla donde murió el 6 de abril de 884. Los discípulos de Metodio tuvieron problemas con el sucesor Wichingo y por ello se fueron a Bulgaria, donde dieron origen al cirílico que es la lengua actual del cristianismo ortodoxo eslavo. El 31 de diciembre de 1980, el primer papa eslavo de la historia, Juan Pablo II, declaró a Cirilo y Metodio como patronos de Europa junto a san Benito, dando a entender que Europa tiene dos raíces: la occidental y la oriental o eslava, y que en ambas la Iglesia estuvo presente.

El segundo aspecto de la cristianización de los eslavos es la cristianización de Bulgaria, puente sobre el cual se encontraron las cristiandades griega y latina; con la llegada de los eslavos y a causa del nacimiento del primer reino búlgaro (681), la península Balcánica dejó de servir de unión entre las dos partes del Imperio Romano. Los primeros intentos de cristianizar a los búlgaros son de finales del siglo IX cuando Boris I (852-889) decidió introducir el cristianismo para ser reconocido como aliado con los mismos derechos que las otras potencias cristianas; para la política interna contaba el deseo de Boris quien, siguiendo el modelo bizantino, quería sacralizar al soberano con lo cual le daría a su autocracia un fundamento teológico sólido. Con esto Bulgaria, que no tiene nada que ver con los límites del actual país, alcanzaría un cierto estatuto entre Bizancio, el reino franco, Moravia y Roma.

Boris era un hábil político y aprovechó la coincidencia entre Bizancio y Nicolás I sobre la jurisdicción de los Balcanes y, poco después del envío de Cirilo y Metodio a Moravia, expresó su disponibilidad para recibir el cristianismo latino de parte de los francos; esta posición de Boris está en relación con los esfuerzos de Luis el Germánico contra Moravia. Las cosas cambiaron porque el bautismo de Boris según el rito latino no se realizó, ya que Bizancio aprovechó una carestía en Bulgaria y lograron que Boris aceptara la forma bizantina de la fe cristiana (864). Al poco tiempo, después de una superficial misión bizantina, Boris manifestó una tendencia de independencia eclesiástica, porque no le interesaba que la Iglesia búlgara estuviera bajo la autoridad de un patriarca excomulgado como Focio; Boris volvió a tratar con Roma con la intención de crear una jurisdicción paralela a Moravia y por ello le envió a Nicolás I una delegación que, además de una lista de preguntas, le pedía el envío de obispos y sacerdotes a Bulgaria. Nicolás I contestó en 106 puntos, de los cuales tres dan la oportunidad de minimizar la autoridad de Constantinopla: la fundación apostólica de los patriarcados, el segundo lugar después de Roma y la consagración del aceite para la confirmación. El problema era la no aceptación de los cánones conciliares referentes a Constantinopla como la segunda Roma, o como la sede que está al mismo nivel de la

sede romana.

Con estas y otras respuestas, el Papa procuró la independencia de los Balcanes frente a Constantinopla y llegó a un arreglo con Boris mandando delegados para que instalaran un arzobispado e impusieran el latín en la liturgia; con esto el influjo de Roma llegó a las puertas de Constantinopla y se desataron diferencias y oposiciones que antes no existían. Focio reaccionó porque consideró esta situación como una ofensa y apostasía de la fe y envió una encíclica a los patriarcas orientales que se conoce como "la junta de la ortodoxia" con cinco puntos claves que Roma había propuesto al latinizar Bulgaria y destruir las costumbres bizantinas existentes: el ayuno sabatino, la posibilidad de comer alimentos lácteos, la exigencia del celibato para los sacerdotes y el rechazo de los casados, la repetición de la confirmación que ya habían dado los sacerdotes griegos y el añadido del *Filioque*.

Es cierto que los delegados pontificios hicieron más de lo permitido con el deseo de romper toda relación disciplinar y eclesial; esto exasperó a Constantinopla y en el sínodo del 867, Nicolás I y los clérigos enviados a Bulgaria fueron excomulgados con lo cual se reforzó la posición de Focio. A los pocos días, Basilio I asesinó a Miguel III durante un banquete (23 de septiembre de 867) y rehabilitó a Ignacio como patriarca, destituyendo a Focio.

Adriano II aprovechó la oportunidad y envió delegados a un nuevo sínodo de Constantinopla (869-870), donde se habló de la unión de la Iglesia oriental con la occidental y se reafirmó el primado papal; en este sínodo fue confirmado el II concilio de Nicea (787), rehabilitado Ignacio y condenados Focio y sus seguidores invalidando su ordenación y consagración; a pesar de todo, Bulgaria terminó dependiendo de Constantinopla y no de Roma. En el 877 murió Ignacio, el emperador rehabilitó a Focio e invitó al Papa a un nuevo sínodo, pero éste puso dos condiciones: confesión de culpa de Focio y renuncia a Bulgaria por parte de los bizantinos; todo parece indicar que aunque las dos condiciones se aceptaron en el sínodo que se celebró entre noviembre de 879 y marzo del 880 no se pudo evitar el triunfo de Focio, ni se logró que los bizantinos renunciaran a Bulgaria con lo cual se inició la lucha por los Balcanes, el germen del futuro cisma de 1054. Con la muerte de Basilio I en el 886, Focio fue exiliado a un monasterio donde murió en el 891 siendo reconocido por la Iglesia bizantina como un excelente defensor de la ortodoxia hasta el punto de canonizarlo y fijar su fiesta el 6 de febrero.

1.1.3 El iconoclasmo en occidente

La emperatriz Irene quería anular las decisiones del sínodo de Hiereia (754) e invitó al II concilio de Nicea (787) al papa Adriano I, pero no invitó a ningún representante franco; el Papa aprobó los decretos conciliares con reservas porque no habían sido restituidos los bienes de la Iglesia romana confiscados por los bizantinos; poco después Adriano le envió a Carlomagno una versión latina de las actas del concilio, redactada por la cancillería pontificia.

Carlomagno hizo estudiar la versión, resumió lo que consideraba escandaloso en 84 capítulos y envió un esbozo de confutación al Papa en el 790; este texto fue visto por el Papa como un rechazo a Nicea II y se opuso a la desaprobación franca, valiéndose del poder de las llaves de la sede apostólica; frente a la posición del Papa, los francos comenzaron a dar una respuesta seria y precisa a través de los *Libros carolinos*, segunda confutación a Nicea II de 120 capítulos en cuatro libros que fueron escritos por Teodulfo de Orleáns; la idea central de este texto es: la Iglesia franca, guiada por Carlomagno, está llamada a guardar la pureza de la Iglesia y la fe ya que el imperio bizantino guiado por una mujer no tendría derecho a convocar un sínodo y menos atribuirle el título de concilio ecuménico. Los *Libros carolinos* afirman que los bizantinos caen de un error en otro: mientras que los iconoclastas de 754 rechazaron las imágenes, los de 787 pecan por el exceso admitiendo su adoración; estos libros reprueban a los iconófilos que oscurecen la esperanza, esencial para la vida cristiana; en este orden de ideas, los teólogos francos interpretaban con sentido diferente los textos bíblicos que los bizantinos presentaron en favor de las imágenes.

El problema radicaba en la versión latina que fue enviada a Carlomagno, porque los traductores del texto griego no entendieron la diferencia bizantina entre *latría* y *proskinesis*, al traducir ambas palabras con el término latino *adoratio*; se aclara que no es que la traducción esté mala, sino que la diferencia fue oscurecida porque de hecho en lo cotidiano ambos términos se usaban para designar la genuflexión que se hacía frente al soberano. Adriano I defendió las actas conciliares sin indicar la problemática de la versión; los francos hicieron notar esa problemática y acusaron a los bizantinos de imprecisiones en la terminología, porque se debería distinguir entre adoración y saludo respetuoso. Aquí está el punto central de la problemática, porque se podía llegar a olvidar que Cristo vino a salvar a los hombres y no a las imágenes. En el fondo de la problemática subyacen algunas ideas: existe una cierta desconfianza hacia las imágenes por lo cual lo único digno de confianza es la Biblia; su poca claridad ya que pueden influir en la fe en cuyo centro está Cristo, quien convierte en superflua cualquier mediación.

En el contexto de esta disputa surgió para los francos la importancia de las reliquias, ya que los cuerpos de los santos resucitarán y del discipulado activo y personal tomando como bandera la cruz. Con esto aparece un nuevo tipo de espiritualidad que se sale del marco de la problemática lingüística entre veneración y adoración, porque es cristocéntrica, toda vez que una mediación para la salvación por medio de las imágenes es superflua, absurda, una ofensa a Cristo, único mediador. Para los francos lo importante era saber si las imágenes eran medio de gracia u obstáculo para la adhesión al único mediador, Cristo.

En tiempos de Ludovico Pío se presentó el epílogo de la controversia sobre las imágenes. En Bizancio, el emperador Miguel II sostuvo, desde el 821, una posición muy cercana a la de los francos en relación al culto de imágenes, ya que no son prohibidas pero advirtiendo que conviene evitar todo exceso supersticioso. Ludovico, trató sobre el asunto con Pascual I (817-824) y con su consentimiento convocó un sínodo en París

(825) donde se hizo una antología en favor de las imágenes que le fue enviada al Papa haciéndole ver que la posición clara y rígida de Carlomagno había sido abandonada por la Iglesia franca y que el culto a las imágenes había crecido en el reino franco.

1.2 El occidente cristiano

Existe una connotación histórica: después de ver la historia de oriente, la historia de occidente resulta pobre debido a la alta civilización de oriente que permitió las discusiones teológicas que se dieron. No obstante ello, las transformaciones religiosas que se presentaron entre los siglos V y X en el occidente hicieron que el cristianismo católico se impusiera en Europa y se perdiera en África donde se impuso el islamismo. El objetivo de este apartado no es presentar esa diferencia, sino encuadrar la historia de la Iglesia en el marco de la formación de Europa, teniendo como punto de referencia el II Trullano, uno de los concilios ecuménicos de finales del siglo VII. Además, existe un detalle importante: se pasó del orden social romano al germánico, de lo público a lo privado y de la burocracia al feudalismo.

1.2.1 Europa mediterránea

En España[18] los visigodos arrianos habían creado un reino cuya capital era Toledo; Leovigildo (568-586) había pensado, después de conquistar el reino de los suevos, en una unidad nacional junto con los cristianos católicos teniendo como base el arrianismo moderado; Recaredo (586-601) se convirtió al cristianismo y en el sínodo de Toledo de 589 firmó el paso a la religión cristiana católica; en las decisiones de este sínodo se encuentra el sinergismo, ya que el rey se sintió responsable de la disciplina eclesiástica, de tal manera que a partir de entonces los sínodos de la Iglesia visigótica sólo eran obligatorios después de ser confirmados por el monarca, por esta razón el sínodo de Toledo es considerado como el nacimiento de la Iglesia visigótica. En los sínodos nacionales de esta Iglesia el rey aparece en la inauguración del sínodo, dejando una lista con lo que se debe tratar y, aunque no toma parte en las discusiones, es quien le da fuerza de ley a las decisiones tomadas, de tal manera que los delitos de religión son tomados como crímenes políticos.

Para evitar la usurpación de poder se introduce la unción real, lo cual es vital para la historia de occidente; esta unción es atestiguada por primera vez al subir al trono Bambá (672) y significa la sacralización del poder cuya base teológica era ofrecida por el Antiguo Testamento: si la Iglesia establecía la posición del rey, esperaba de él justicia y piedad. Por esto, junto al rey aparecía el obispo de Toledo, que era prácticamente nombrado por él; es más, el obispo se convirtió en un funcionario de la corte. El sínodo de Toledo de 688, presidido por Julián, deja ver una posición reservada frente a Roma. La historia de esta Iglesia nacional, durante este período termina lánguidamente cuando en el 711 cayó en manos de los árabes, debido a su hispanismo que no le permitía ver más allá de sus fronteras.

En esta Iglesia la patrística floreció tardíamente; ejemplos son: Leandro e Isidoro de Sevilla, Braulio de Zaragoza, Ildefonso y Julián de Toledo, entre otros. Las *Etimologías* de Isidoro fueron la base del razonamiento teológico y científico, aunque a la luz del pensamiento actual puedan parecer un tanto graciosas.

Como en el 711 el reino visigodo cayó en poder de los musulmanes, quienes comenzaron a conquistar mejores posiciones, los habitantes de la península huyeron al norte y se refugiaron en las montañas de los Pirineos, Cantabria y Galicia, donde se mezclaron con los vascos; con el aumento de la población y la gestación de los futuros Estados comenzó un proceso de recuperación que llevó a la creación del reino de Asturias. Alfonso II, contemporáneo de Carlomagno, trasladó la capital a León después de conquistar el curso alto del río Duero donde se creó el reino de Castilla; por las tendencias separatistas de algunos pueblos se perdieron las conquistas adquiridas, en el 985 Barcelona cayó en poder de los musulmanes, en 1003 León fue destruida. Gracias a la crisis interna del califato de Córdoba comenzó la reconquista que terminó en 1492. En el transcurso de esta lucha nacieron las dos líneas de la Iglesia en España. Al sur estaba la Iglesia mozárabe, que llevó una vida muy rica pero poco conocida en algunos ambientes eclesiales; esta Iglesia, que tenía tres centros fundamentales: Toledo, Mérida y Sevilla, perdió lentamente su esplendor pero dejó a la posteridad, con el calendario de Córdoba, una amplia información litúrgica y hagiográfica escrita en latín y árabe, probablemente por el obispo Rescinvinto de Elvira. La Iglesia del norte, con Oviedo y León como centros importantes, tuvo influencia de Las Galias y se consolidaba como una red de diócesis, a raíz de la cual se configuró la Iglesia hispánica.

Italia[19] fue invadida por los lombardos y otros grupos hacia el 568, siendo el último de los pueblos germanos que emigraron; su invasión fue más despiadada que la de los otros pueblos, ya que expulsaron los habitantes y destruyeron los lugares de culto; con la presencia de los lombardos, los bizantinos perdieron la península itálica. Entre los enemigos que tenían los lombardos se citan: bizantinos, francos y romanos, sobre todo el Papa, a quien tenían como un enemigo de primer orden, porque no les concedía autonomía absoluta; cuando se dio la alianza entre el Papa y los francos, este reino fue destruido.

La situación de la Iglesia era difícil; el metropolitano de Aquilea se retiró, primero a una isla que todavía estaba en poder de los bizantinos y después a Turín. Unida a su fuerza destructora, está la fe arriana que traían; a pesar de ello el rey Aguilulfo contrajo matrimonio con la princesa católica Teodolinda, con quien el papa Gregorio I estableció comunicación epistolar.

En la segunda mitad del siglo VII ya se estaba acabando el arrianismo y a finales del mismo siglo se había extinguido, con ello la capital de este reino, Pavía, se transformó en un centro de actividad cristiana-católica y en sede episcopal que dependía de Roma; por esta razón no es correcto hablar de una Iglesia lombarda, aunque los reyes lombardos influyeron en el nombramiento de obispos y las leyes eclesiásticas.

Más tarde, Italia se encontró dividida en varios marquesados familiares, de los cuales

tres eran importantes: Friuli al oriente, Toscana en los Apeninos y Spoleto hacia el centro pero sin ambiente lombardo; es particular que la mayoría de las familias aristocráticas de estas marcas eran de origen francés. También existía el condado de Ivrea que buscaba su independencia. Estas familias comenzaron a luchar por la hegemonía y entró en escena Carlos el Gordo, último emperador carolingio de Italia, depuesto en el 888, quien apoyó a Berengario de Friuli contra Guido de Spoleto; aunque Guido no venció, fue proclamado rey y señor de Italia en Pavía y prosiguió su camino expansionista; en el 891 fue coronado emperador (en Roma) por Esteban V. Aquí comienzan los problemas: la familia de Guido de Spoleto, primer emperador no carolingio, tenía poder sobre Toscana y los estados pontificios (patrimonio petrino) cristalizándose el deseo que esta familia tenía de apoderarse de este patrimonio; además las tensiones continuaron entre los ducados y a eso se le suma la aparición de los húngaros (invasores) en la llanura del Po.

En Roma, a las luchas de la nobleza romana que intentaba influenciar los cónclaves, se unían los problemas políticos entre Spoleto y Friuli; así como Guido alcanzó la corona imperial en el 891, también Berengario la conquistó en el 915 al ser coronado por Juan X; ambos emperadores tuvieron poca influencia. En el marco de las luchas de la nobleza romana está Teofilacto quien se hacía llamar *dux senatu consuli* y cuya hija Marozia estaba casada con el duque Alberico de Spoleto.

El papa Juan X (914-929), sucesor de Sergio III (904-911), Anastasio III (911-913) y Lando (913-914), fue uno de los más notables pontífices del siglo oscuro, porque tuvo el valor de reclamar libertad y autoridad para la Iglesia; esta autoridad la hizo valer en otros sitios hasta el punto de participar personalmente en la batalla de Garellano contra los sarracenos; a raíz de esta batalla se dio la coronación de Berengario. Por reclamar la independencia y libertad del pontificado, lo apresaron y asesinaron.

La problemática romana, unida a la situación italiana, dejó al país sin defensa, porque los sarracenos volvieron a atacar, ubicándose en zonas estratégicas desde donde asaltaban a los peregrinos que se dirigían a la tumba de Pedro; esta situación hizo que Italia y Roma fueran vistas a la distancia por el resto de la cristiandad con lo que la confusión y los acuerdos aumentaron, al tiempo que comenzó la independencia de las ciudades italianas como Nápoles, Amalfi, Génova y Pisa.

1.2.2 Europa insular

En Irlanda el apóstol fue san Patricio (397-460) quien evangelizó una región que nunca fue conquistada por los romanos por lo que permaneció libre del influjo del mundo antiguo hasta cuando se dio la transición a la nueva civilización que se puede ubicar entre el 460 y el 560. De la Iglesia en esta isla se tratan dos elementos: el monacato irlandés y la penitencia privada.

Para entender el influjo del monacato[20] es necesario conocer los puntos esenciales de la estructura social y económica de Irlanda, dividida en dos reinos, a los cuales estaban subordinados otros cinco reinos locales conformados por cerca de cien tribus, que a su

vez estaban articuladas en clanes cuyos miembros eran propietarios colectivos; debido a esta estructura los monasterios fundados eran centros espirituales, administrativos e intelectuales donde el individuo que entraba comenzaba un proceso de culturización que permitía mantener la relación con la familia de tal manera que la relación entre clan y monasterio era una costumbre arraigada.

También se dio la identificación de la diócesis con la posesión de la tierra del monasterio, porque estas tierras no sólo eran las que estaban junto al monasterio, sino también las propiedades que estaban ubicadas en otras regiones; con esta intelección los abades estaban por encima del obispo, hasta el punto de que el abad hacía consagrar a uno o varios de sus monjes como obispos que continuaban bajo su obediencia, de tal manera que hacían lo que el abad no podía hacer; pero el influjo del monacato irlandés no se queda ahí, avanza más y esto se debe a la santidad personal de los monjes que eran *vir Dei*, quienes tenían poder espiritual y excelente vida personal.

Las reglas de san Columbano presentaban la relación del monacato irlandés con el oriental a través de algunos detalles que fueron tomados de Basilio y Casiano. *La regula monachorum* trata de la vida espiritual: obediencia, castidad, silencio, abstinencia, oficio divino, vigilias, etc. *La regula cenobialis* es un escrito disciplinario que presenta las determinaciones sobre la medida de los castigos para los transgresores de la disciplina monástica, que era muy importante porque los monjes vivían junto al pueblo sin buscar la soledad como los del continente; este contacto permitió que la población comenzara a asimilar las tradiciones monacales, entre las cuales sobresale la confesión ante un sacerdote, quien para imponer la penitencia contaba con los libros penitenciales donde el confesor encontraba las penitencias correspondientes para cada pecado, por ello, esta confesión también es conocida como "penitencia tarifada".

En la confesión, la penitencia por excelencia era el ayuno, entendido como remedio para todo. Era vista como algo que debe producir alivio moral y conversión; la concepción de la penitencia partía del concepto: "Dios castiga todo pecado" y era tan fuerte el sentido de pecado que a veces superaba la vida del individuo; frente a esta circunstancia varios penitentes pagaban para que alguien la cumpliera por ellos; para contrarrestar esta práctica, las penitencias comenzaron a ser más breves.

Cuando hacia el siglo VII la disciplina monacal se relajó, muchos monjes se retiraron a lugares solitarios, con lo cual se originó la primera reforma del monacato irlandés llamada "reforma de los seguidores de Dios"; debido a la posición marítima donde se ubicaron estos monjes, algunos llegaron a ser excelentes marineros, capaces de atravesar el Atlántico e iniciar la colonización de Islandia. Con esto se llega a otra característica de este monacato: la *peregrinatio*. El peregrino es un viajero piadoso que después de visitar los lugares sagrados regresa a su hogar; es aquel que vive sin patria y renuncia a la comodidad de una morada fija al lado de sus compatriotas, es decir, el peregrino era un asceta que vivía a plenitud la pobreza y la soledad. Esto no excluye la presencia de otros que estaban en la misma tónica, viviendo aquello de Abrahám: "Sal de tu tierra y de tu parentela" (Gn 12, 1).

Inglaterra[21] tiene dos ramas: una, la de los celtas y otra, la de los anglosajones. Antes de la llegada de éstos, existen testimonios del cristianismo en la isla; el más representativo es Beda el Venerable, quien en *Historia ecclesiastica gentis anglorum* habla del martirio de san Albano durante la persecución de Diocleciano, lo cual da a entender que el cristianismo en Inglaterra data de los primeros siglos de la historia de la Iglesia. Hacia los primeros años del siglo V la Iglesia en esta isla comenzó a sufrir la invasión bárbara: por el norte venían los pictos, escoceses, por el occidente se acercaban los irlandeses y por el sureste aparecieron los sajones, quienes después de atravesar el mar, se asentaron en la zona en torno a Londres y York y a finales del siglo VI fueron evangelizados cuando el papa Gregorio I (590-604) tomó la iniciativa de enviar misioneros. La isla estaba compuesta por siete reinos: Kent, Sussex, Essex, Wessex, Est Anglia, Mercia y North Umbría; por eso se habla de una heptarquía. Estos reinos estaban unidos bajo la idea de un pequeño imperio, en el cual el poder se desplaza del sur al norte hasta llegar a Alfredo el Grande en el siglo IX.

El proceso misionero comenzó en Kent, cuyo rey estaba casado con una princesa merovingia cristiana, siguiendo las normas dadas por Gregorio I; una de las normas era no destruir los templos sino los ídolos. Con la llegada y asentamiento de los misioneros romanos se presentan dos corrientes cristianas en la isla: la romana y la irlandesa; el triunfo de la corriente romana se obtuvo en el sínodo de Whitby (664), donde se trataron temas como la fecha de la pascua y la tonsura de los clérigos. Se dio una problemática teológica que llevó al aumento de la devoción a san Pedro quien era visto como el "portero del cielo", lo cual originó las peregrinaciones a Roma y se afianzó el deseo de ser enterrado en un templo cuyo titular fuera san Pedro. La romanización definitiva de la Iglesia anglosajona fue obra del monje oriental Teodoro de Canterbury (669-690), quien unió todas las corrientes en Inglaterra. En torno al 700 ninguna Iglesia nacional era tan cercana al Papa como la de Inglaterra; esto es importante para entender el influjo anglosajón sobre la Iglesia franca y la latina en general.

A partir de los últimos años del siglo VIII (789) las islas británicas sufrieron sucesivas oleadas invasoras por parte de vikingos y normandos quienes venían más en plan de conquista y apropiación de tierras que de comercio y hurto. Frente a estas invasiones, que llevaron a la creación de un reino normando cerca a Dublín que duró hasta 1170, se dio la reconquista en la que se afirmó la identidad anglosajona a partir de las regiones de Essex y Wessex; algunas regiones de estas islas, sobre todo Wessex, se convierten en puente para el continente. El reino de Wessex, además, asumió la defensa frente a los ataques y por ello lideró el proceso de unificación.

Es importante Alfredo el Grande (871-900) quien organizó los territorios reconquistados, promovió un movimiento de restauración queriendo imitar a Carlomagno; después de él, Eduardo y Édgar continuaron su obra hasta el 950. Después hubo una paz de medio siglo que se acabó hacia el 1000 cuando llegó una nueva oleada de vikingos. De este proceso de unidad se extrae una lección para la historia: la importancia de la guerra y la conquista para la formación del estado medieval.

Al tiempo que se daba esta unificación, la Iglesia también se reformó; Etevoldo, Dunstan (+988) y Oswald (+992) son los tres más importantes monjes que colaboraron en la restauración del monacato; también se presentó una rica literatura latina y sajona, y un esfuerzo misionero muy particular; en este esfuerzo misionero primero fueron cristianizados los nórdicos que vivían en Inglaterra y después los que estaban cerca a Dublín; algunas veces, este esfuerzo misionero ni siquiera es mencionado. En conjunto esta Iglesia fue la más floreciente del siglo X, y al igual que la "iglesia imperial" también tuvo una gran irradiación misionera.

1.2.3 Europa imperial

En cuanto al reino de los francos[22], existían grandes diferencias: al sur la influencia de la cultura antigua era notable, al norte y este de Francia no existían ni siquiera las condiciones para la cristianización; debido a esto el bautismo de Clodoveo (499) es un hito para la historia de la Iglesia en Francia y un modelo para entender la conversión de otros reyes, ya que se trataba de una conversión al Dios más fuerte que da la victoria en la batalla, y por esto se presentan las conversiones masivas, propias de un pueblo con mentalidad arcaica y guerrera. En este hecho se encuentra un cambio teológico importante: la cristianización comienza con el bautismo y no con la catequesis. Esta Iglesia, al no vivir la experiencia arriana, desarrolló un particular orgullo porque sus orígenes no eran heréticos[23].

En esta Iglesia los sínodos se tenían cuando el rey lo quería toda vez que él confirmaba los decretos; por ello el Papa sólo tenía un influjo espiritual, con lo cual la dependencia de la Iglesia terminó debilitando las estructuras eclesiásticas propuestas por Roma, que desaparecieron a finales del siglo VII, cuando la asimilación del esquema bizantino se hizo notorio sin la exposición y especulación teórica de allí. Los sínodos convocados con relativa frecuencia a partir del siglo VII nunca trataron cuestiones doctrinales, sino cuestiones disciplinarias y sociales en las cuales tuviera competencia el obispo; en este sentido los decretos de la Iglesia merovingia son una fuente para conocer la vida cristiana de la época. Los sínodos se preocuparon por abolir el sistema de las Iglesias privadas, pero no lo lograron porque la legislación al respecto sólo exigía que quienes atendían tales Iglesias fueran hombres libres; con esto la única relación del sacerdote que estaba al servicio de estas Iglesias con el obispo se reducía a la ordenación.

Debido a la importancia que tiene para el futuro de la historia de la Iglesia, se hace un paréntesis para hablar de una de las leyes nacionales de los francos, la *lex salica* o exclusión de la sucesión femenina al trono. El prólogo de esta ley elogia con un sorprendente lenguaje poético al pueblo franco: bello, inteligente, esforzado, ortodoxo que ha coronado de oro y piedras preciosas los cuerpos de los santos mártires que los romanos habían mandado deshacer. Lo problemático de los manuscritos de esta ley, está en el hecho de presentar a Cristo como un "dios nacional franco"; a pesar de ello, el proceso evangelizador es bien presentado, porque quien escribió el texto de la ley fue un sacerdote.

Algunas particularidades de esta Iglesia nacional son: el aislamiento de cada obispo debido a la desaparición de las estructuras eclesiásticas con lo cual los obispos comenzaron a depender del rey, el celo de los obispos por sus derechos, las funciones espirituales y públicas de los obispos incluyendo el aspecto judicial. Esto llevó a la creación de estados eclesiásticos e Iglesias privadas donde el obispo era guía espiritual y señor del territorio, bajo la hegemonía del rey merovingio, y a una serie de conflictos con algunos obispos depravados. Esto da a entender que existían dos problemas fundamentales: la falta de una verdadera definición del derecho del obispo porque los límites entre lo eclesiástico y lo civil no eran claros y las Iglesias privadas hacían a los sacerdotes independientes frente a obispos que no podían intervenir.

A propósito de las Iglesias privadas, término que no aparece en las fuentes, son templos pertenecientes a un terrateniente que hacía construir en su propiedad una capilla para los vecinos y empleados, dotándola de una renta para sostener al sacerdote que la atendía; este tipo de Iglesia llegó a ser una institución jurídica por la estrecha conexión del altar con la tierra donde estaba construido; con este sistema la Iglesia corrió el riesgo de ser explotada porque el propietario hacía una inversión y esperaba los réditos correspondientes. Lo mismo se puede decir de los monasterios fundados por familias nobles; en ellos el nombramiento del abad lo hacía el propietario o la familia. Con Ludovico Pío llegó el golpe final sobre estas Iglesias cuando fueron convertidas en propiedades reales y episcopales.

En cuanto al imperio carolingio, dejando para más adelante la política francocarolingia, la unidad sellada con la *Ordenatio imperii* de Ludovico Pío (817) no duró mucho porque sus sucesores entraron en luchas y batallas sangrientas, en particular la de Fontenoy[24], que condujeron al tratado de Verdún (843) donde se firmó la división del imperio y se perdió la validez de la *Ordenatio*: Lotario I gobernaría el "reino intermedio" que iba desde Hamburgo hasta Italia; Carlos el Calvo gobernaría el occidente, Galias o Francia occidental; y Luis el Germánico el oriente, Germania o Francia oriental; esta división era un retroceso al diseño arcaico y el reino quedaba dividido por problemas económicos, políticos y militares. Este tratado significó, además del rompimiento de la unidad imperial, la regionalización de la Iglesia. A la par con estos problemas, estaban las amenazas provenientes de los pueblos limítrofes: húngaros, nórdicos y musulmanes. A esta situación de división y temor, se le unía la incapacidad de mantener un gobierno central por lo que hubo necesidad de acudir a la aristocracia.

En el reino franco occidental[25], Carlos el Calvo (840-877) hijo de Judith, segunda mujer de Ludovico Pío, quiso influir sobre los otros reinos con el apoyo de los aristócratas que dominaban en Aquitania, donde nombró como representante a Bernardo Plantapilosa; allí nació el ducado de Borgoña. En el reinado de Carlos el Simple (893-923) se organizaron Normandía, donde aparecen los Robertinos que ya habían alcanzado una buena posición al interior del poder carolingio, y Neustria, donde Hugo el Grande recibió el título de *dux francorum* siendo reconocido como el segundo en el reino. Con Ludovico IV de Ultramar, quien comenzó el reinado hacia el 936 (+ 987), hijo de Carlos

el Simple, termina la dinastía carolingia, porque murió sin dejar hijos; a su muerte fue nombrado Hugo Capeto, de la familia de los Robertinos, rey entre el 987-996, con quien comienza una nueva página en la historia de aquella región. En pocas palabras, la historia francesa del siglo X es una permanente caída del poder carolingio y el fortalecimiento de los reinos feudales; esto favoreció a los germanos que alcanzaron el trono imperial con Otón I.

El reino de Lotaringia llevó una vida artificial a pesar de ser la zona más desarrollada y encontrarse en el corazón del imperio. A la muerte de Lotario II (869) quien no dejó sucesor legítimo por su problema matrimonial, se llegó a la ruina de este reino que tanto Italia como Francia y Germania pretendían; en estas luchas surgió el tratado de Meersen (870) que la dividió en dos partes con lo que ocasionó nuevos conflictos entre francos y germanos. Posteriormente, vino el tratado de Ribémot (880) según el cual Lotaringia, sin la parte de Italia, comenzaba a formar parte de Francia Oriental. Frente a estas divisiones, la Iglesia buscó la unión imperial pero los nobles y parte del clero promovían las divisiones.

Germania o reino franco oriental había conservado una cierta identidad cultural con límites precisos y lengua diferente. Estaba compuesta por cinco ducados: Baviera (Ratisbona era su centro) que era gobernada por delegados del rey carolingio que con el tiempo comenzaron a llamarse prefectos; Svevia (suroeste de Alemania) cerca a Constanza donde se encontraba el monasterio San Gall; Sajonia que había sufrido con la conquista donde la aristocracia colaboró mucho con el imperio y se destacó la familia de los Liudolfingios; Franconia era una zona central que en el siglo IX se transformó en ducado autónomo donde los Guelfos y los Conradinos son las familias más notables; y Lotaringia después de la desaparición del reino intermedio. El rey de este reino oriental se encontraba al frente de una organización política multinacional, con lo que aparecen dos líneas diferentes: en occidente se afirma una dinastía, en oriente se afianza un reino electivo.

Entre los ducados, para asegurarse la protección frente a las invasiones, se gestó la idea de elegir un rey después de la muerte del último carolingio oriental, Luis el Niño (+ 911) y no darle la corona a quien por derecho le correspondía, Carlos el Simple, rey de Francia; en efecto fue elegido Conrado de Franconia, pero la falta de colaboración y los ataques magiares hicieron fracasar este proyecto. Ante los fracasos, el rey elegido contaba con el apoyo de los obispos con la condición de que la Iglesia adquiriera algunos privilegios y se liberara del poder laico; la cuestión era clara: el poder central era débil, la subsidiaridad no se aplicaba bien y la Iglesia aprovechó, en una sociedad que comenzaba a ser piramidal, la oportunidad que se presentaba.

El imperio carolingio se fraccionó perdiendo la unidad; frente a esta realidad, un cierto nacionalismo, la Iglesia mantuvo las diócesis que había erigido durante el imperio franco lo cual, pasando el tiempo, creó problemas.

2. La Iglesia y la política francocarolingia[26]

La experiencia de la Iglesia en occidente entre los siglos VIII y IX se enmarca al interior de las relaciones políticas en las cuales la nota más representativa es el giro pontificio hacia occidente, después del pontificado de los últimos Papas orientales. Este cambio y las relaciones políticas que se dieron posteriormente marcaron la historia, no sólo de la Iglesia, sino también de diferentes campos políticos de Europa durante el medioevo.

2.1 Iglesia y reino franco

2.1.1 El influjo insular

Este influjo abarca dos esferas insulares un tanto diferentes: por un lado la de los irlandeses, y por otro la de los anglosajones. En ambas esferas la presencia de los monjes, quienes se entendían como varones de Dios, fue vital para comprender el proceso evangelizador.

Los irlandeses

El punto de partida es la obra *Vida de san Columbano*, porque este santo es el más notable de los misioneros irlandeses y su vida es típica para la actividad monástica y misionera de los irlandeses en el reino franco al conjugar la *peregrinatio* (ascética y misión) y la experiencia de ser *vir Dei* (santidad) en su vida. Columbano inició su vida monacal en Banghor, donde forjó su ideal monástico que más tarde puso en práctica cuando con autorización de su abad se embarcó con doce compañeros, primero para Inglaterra y después para Las Galias donde encontró una Iglesia que juzgó negativamente porque veía que la virtud de la religión estaba olvidada y sólo permanecía la fe cristiana. El sistema adoptado por Columbano era anunciar la palabra evangélica en forma agradable con elegante exposición. Esto quiere decir que en la vida monástica, peregrinación y actividad misionera van juntas, enfatizando que lo más importante no era la misión sino la peregrinación.

La Iglesia merovingia, a la que llegó Columbano, dependía de príncipes que con frecuencia combatían entre ellos; los reinos más importantes eran Neustria, Austrasia y Borgoña; tres reinos que tenían la idea de ser uno solo que podía ser dividido temporalmente. Cuando Columbano llegó, Austrasia y Borgoña estaban unidos y con la ayuda de la casa real fundó los monasterios de Annegray, Luxeuil y Fontaine que se encuentran en Borgoña; estos tres monasterios fueron fundados sobre ruinas romanas usadas para hacer cultos no cristianos y expresaban el auge de la vida monacal irlandesa en esta región. Cuando Columbano se negó a darle la bendición a los hijos ilegítimos del rey Teodorico II fue expulsado del reino burgundo y, escoltado por militares, fue embarcado con sus compañeros con destino a Irlanda, pero una tempestad los desorientó y volvieron a las costas francesas; ante la imposibilidad de regresar al reino del cual fueron expulsados, se dirigieron más al oriente hasta llegar al lago Constanza donde le

predicó al pueblo pero encontró resistencia entre la población que le rendía culto al dios Vodano. Debido a esta resistencia pasó a Italia, atravesando Suiza, allí se quedó el monje Galles, quien más tarde se convirtió en el patrón de un monasterio que lleva su nombre. En Italia, Columbano fundó el monasterio de Bobbio.

En el reino franco, Columbano influyó por medio del monacato de tal forma que a finales del siglo VII existían cerca de 350 monasterios que tuvieron como centro a Luxeuil. Jonás de Bobbio sostiene que quienes abrazaban la vida monástica casi siempre provenían de familias nobles; esto demuestra que la clase dirigente no sólo había abrazado el cristianismo sino que buscaba en él una nueva identidad por medio del ideal religioso; por esto no es raro que el modelo de santidad fuera el noble santo que, proveniente de una familia aristocrática, unía ascesis monástica con actividad política y vida eclesiástica; esto motivaba a las familias aristocráticas a tener entre sus hijos un santo.

Aquí inicia el monacato en la Iglesia franca como consecuencia del influjo de Columbano y los monjes irlandeses que duró hasta el siglo XII. Los estudiosos hablan de tres tradiciones monásticas que influyeron en la Iglesia franca y por medio de ella en la vida religiosa posterior. La primera es el monacato del valle del Ródano que procedía del monasterio de Lérins, donde se fomentaba la vida cenobítica; la segunda es el monacato de Martín de Tours que enfatizaba el aspecto eremítico; la tercera, es el monacato irlandés con sus características que le permitían asentarse en centros donde no había tradición ni cristiana ni monacal. Así como el monasterio de Lérins se convirtió en semillero de obispos, otro tanto se puede decir del monasterio de Luxeuil, con la diferencia que si aquellos provenían de la aristocracia romana, éstos provenían de la aristocracia franca y sus círculos cercanos.

En este monacato los monasterios basilicales sirven para entender la formación clerical y religiosa en la Iglesia Latina; estos monasterios se encontraban dispersos y estaban vinculados a un lugar de culto de un mártir o algún santo, alrededor del cual se establecían los monjes, quienes atendían el santuario; si para los monjes del desierto la soledad era la vocación, para estos monjes la vocación era la oración junto al santuario. El servicio al santuario implicaba la liturgia y el cuidado pastoral de los fieles, residentes y peregrinos, por lo que estos monasterios contribuyeron a formar la vida religiosa en la Iglesia occidental. Mientras que en oriente el monacato queda casi siempre al margen de la vida oficial de la Iglesia, en occidente la integración de los monjes a la vida pastoral es notable, hasta el punto de que en los siglos VIII y IX estos monasterios eran los más visitados en Roma[27].

En algunos de los monasterios basilicales se vivía la *laus perennis*, el oficio divino sin interrupción; algunos ejemplos son: San Galles, Saint-Dennis y Centula donde la *laus perennis* fue impuesta en tiempos de Carlomagno. El sistema de la oración sin interrupción era posible gracias a la cantidad de monjes existentes en cada monasterio: los monjes eran divididos en tres grupos que comenzaban en forma rotativa a celebrar el oficio de tal manera que día y noche se hacía oración. Este tipo de oración fue un

fenómeno restringido a pocos monasterios del reino franco y sólo por un breve período de tiempo porque desapareció hacia el siglo IX.

Finalmente, el monacato, tanto en oriente como en occidente, en la alta Edad Media (450-950) fue el modelo para la reconstrucción civil y religiosa de la sociedad; su múltiple actividad: oración, trabajo, estudio, actividad misionera y pastoral, contribuyó en las transformaciones sociales de la segunda mitad del primer milenio cristiano. A la luz de esta situación se entiende mejor la caballería como una mezcla singular de espíritu feudal, cristianismo y espiritualidad monástica.

Los anglosajones[28]

En el reino merovingio el palacio real era el centro administrativo y el funcionario encargado de la administración era el mayordomo o maestro de palacio; cuando el rey perdía autoridad, éste se convertía en la máxima autoridad del reino y aprovechándose de la debilidad personal del monarca, llegaba a ser el patrón del reino. Esta situación condujo, hacia el siglo VII, a la división del reino merovingio en reinos particulares con sus respectivos mayordomos: Neustria, Austrasia y Borgoña. Austrasia estaba hacia el este del reino merovingio y comprendía las regiones de Reno y Mosela y tuvo por capitales a Rietz y Metz; en este reino tomó fuerza la estirpe de los carolingios, descendientes de los pipinídidas, con reyes como Pipino el Medio (+ 714), Carlos Martel (+ 741) y Pipino el Breve (+768); estos tres personajes volvieron a unir el reino franco y lo renovaron.

En la lucha por el poder la religión fue un factor decisivo, de manera especial en las fronteras donde existían zonas que debían ser conquistadas porque aún no pertenecían al reino como frisones y sajones, quienes defendían su religión e independencia. Los duques bávaros promovían el cristianismo para asegurar el poder; otro tanto hacían los mayordomos francos. En este juego de intereses, de reordenación del reino franco, se constató un cambio de tipo de cristianismo con lo cual el movimiento de Columbano pasó a la historia dando paso a la presencia de cristianos anglosajones; por ello, si para los merovingios los extranjeros eran los irlandeses, para los carolingios, eran los anglosajones.

En la evangelización anglosajona de la Iglesia franca se debe tener presente que la Iglesia anglosajona, cuyos misioneros también vivían la *peregrinatio*, tenía sello romano como ninguna otra y por ello su misión y actividad reformadora difundía las huellas de la Iglesia romana en el reino franco; además, la suerte anglosajona en la región francesa estuvo ligada a la estirpe carolingia. Uno de los primeros misioneros fue el sacerdote Egbert, quien inició su predicación hacia el 691 con una idea muy clara: llevar la fe cristiana a los pueblos continentales que están emparentados con los anglosajones; no pudo realizar su proyecto pero transmitió su ideal a Willibrordo, quien había sido educado en el monasterio de Ripon cerca a York.

Willibrordo reunió doce compañeros y llegó a la corte de Pipino el Medio, mayordomo franco en Frisia; con esta determinación Willibrordo tomó una decisión de grandes

consecuencias: se alió con el conquistador franco[29]. Para ponerle contrapeso a esta situación, Willibrordo buscó ayuda y autorización del Papa para su trabajo y hacia el 695 viajó a Roma por órdenes de Pipino, donde obtuvo de Sergio I (687-701) la consagración episcopal y fue nombrado arzobispo, siendo ésta la primera vez que este título se usó en el continente.

Willibrordo regresó a Frisia para establecer una provincia eclesiástica pero no pudo porque los carolingios no quisieron, ya que una organización independiente era peligrosa en una zona apenas reconquistada. A pesar de ello, continuó su trabajo y fundó un monasterio, Echternach, en Luxemburgo hacia el 697; este monasterio pasó a poder de Pipino (706) con lo cual se da a entender que para el derecho germano incluso las propiedades eclesiásticas están sujetas a la tutela del señor que es propietario del terreno donde están construidas. A la muerte de Pipino el Medio (+ 714) se desató una rebelión en Frisia, región donde evangelizaban Willibrordo y sus compañeros; por aquello de la unidad de fe y política, los misioneros fueron expulsados y regresaron cuando Martel reconquistó la región.

A este punto del discurso conviene hacer una comparación entre los monjes anglosajones y los irlandeses. La misión de los irlandeses es casual y busca la conversión de los individuos, la de los anglosajones es sistemática y buscan la conversión de los pueblos; mientras los irlandeses comemzaban desde abajo, los anglosajones lo hacían desde arriba.

Otro anglosajón que evangelizó en el reino franco fue Bonifacio[30], Winfrid o Winfrido. Nació hacia el 675, hijo de un feudatario de Wessex, oblato desde los siete años en el monasterio de Nursling, a los 30 fue ordenado sacerdote y nombrado director de la escuela del monasterio; escribió obras de gramática y métrica en un latín bastante elevado y artificial, propio de la tradición anglosajona; hacia el 716 tomó la decisión de hacer la *peregrinatio*, viajó al continente pero tuvo que regresar porque el ambiente político era difícil; fue elegido abad del monasterio pero no aceptó y apoyado por el obispo Daniel de Winchester viajó nuevamente al continente; en el 718 se despidió de su comunidad y partió para Roma donde pidió la bendición de Gregorio II (715-731), quien lo animó en su actividad misionera a pesar de la presión bizantina que tenía Roma y la preocupación por Italia que tenía el pontífice. En mayo de 719 recibió de Gregorio II el nombre de Bonifacio y la autorización de predicar el evangelio en las regiones germanas, por ello fue calificado como ministro del Papa en la evangelización germana y estaba obligado a observar el rito romano; con esto se inicia la romanización de la liturgia franca. Salió de Roma, pasó por Lombardía, Baviera y Turingia para llegar a Frisia cuando ya había muerto el rey Radford, quien había expulsado a los misioneros anglosajones dirigidos por Willibrordo.

Se presentó la conjunción de tres personajes: Carlos Martel mayordomo del reino franco, Willibrordo misionero anglosajón y Bonifacio quien había llegado de Roma con autorización para evangelizar; las fuentes dan a entender que la relación existente entre Willibrordo y Bonifacio no va más allá del respeto, incluso Bonifacio declinó el

ofrecimiento que Willibrordo le hizo para sucederlo en la sede episcopal por razones de edad, ya que aún no había cumplido los 50 años; este rechazo significó la separación entre Willibrordo y Bonifacio toda vez que éste se fue a la región de Hesse, una zona del reino franco, donde fundó el monasterio de Amöneburg (722) que se convirtió en centro misionero.

En el 722, Bonifacio fue consagrado obispo por Gregorio II; en esta consagración se presentó el juramento de fidelidad al Papa, con lo que era reconocido como el metropolitano competente; es un hecho inaudito porque este juramento de fidelidad sólo lo hacían los obispos de Italia. Después del juramento, el Papa le dio algunas cartas de recomendación, una de ellas estaba dirigida a Carlos Martel, donde habla de Bonifacio como evangelizador de los germanos y los pueblos que habitan la zona oriental del Rin. Luego de recibir esta carta, Martel le dio una carta de protección a Bonifacio, en la cual no menciona al Papa. Contando con dos protecciones, Bonifacio comenzó un proceso de evangelización que lo llevó a tumbar la encina de Donar, símbolo de la religión germana que se encontraba en Geismar, con cuya madera construyó el primer templo de Fritzlar.

Entre 724 y 725 Bonifacio extendió la misión a Turingia, donde las condiciones eran diferentes porque ya había una tradición cristiana desde tiempo del rey ostrogodo Teodorico, quien había casado a su sobrina con el rey de Turingia de aquel entonces; con esta mujer entró el cristianismo en Turingia, de tal manera que cuando Bonifacio llegó ya había cristianos y clérigos que no vivían de acuerdo a las normas cristianas, como el caso de los obispos Milo de Tréveris y Liege de Maguncia, que habían heredado la diócesis y el episcopado de sus padres.

En el 731 fue nombrado Gregorio III (731–741), quien al año siguiente le envió a Bonifacio el palio arzobispal, con lo cual podría consagrar obispos y crear diócesis, pero no pudo porque Carlos Martel[31] no estaba de acuerdo; con la actitud de Martel, las cosas cambiaron y la oposición del episcopado y la aristocracia del reino franco no se hizo esperar porque existía un choque de intereses, ya que mientras Bonifacio quería obispos que observaran el derecho canónico, los francos deseaban enriquecerse con los bienes de la Iglesia. Se puede decir que con el nombramiento arzobispal de Bonifacio se dio una tensión entre los anglosajones y los francos que se mantuvo hasta su muerte.

Hacia el 737 se presentó la tercera visita de Bonifacio a Roma donde recibió el nombramiento como delegado Papal para Germania, con esto se le abrió un nuevo campo de acción en Baviera gracias al duque Odilón de Baviera, a quien el Papa le envió una carta recomendándolo. Una Iglesia regional, independiente del poder franco y sometida a Roma, era importante en aquellos momentos históricos en los cuales el reino franco quería convertirse en imperio; pero Bonifacio no alcanzó a terminar la reforma de la Iglesia en Baviera, que se extendió del 741 al 754.

El 741 fue fatídico para el proceso evangelizador de Bonifacio entre francos y germanos porque en Constantinopla subió al trono Constantino V, en Roma fue nombrado Zacarías y en el reino franco, a la muerte de Martel, asumieron sus hijos Carlomán y Pipino el Breve[32]. Frente a este panorama Bonifacio le escribió una carta al

Papa mencionando las reformas habidas en Germania y la situación de la Iglesia en el reino franco donde varias sedes episcopales habían sido confiadas a laicos que deseaban tener propiedades o a clérigos adúlteros y usureros, dados a los placeres mundanos. La reforma se inició, tanto en Austrasia donde era mayordomo Carlomán como en Neustria donde el mayordomo era Pipino, con el llamado *Concilium Germaniae* (742), culmen de la reforma de Bonifacio. Se tomaron algunas determinaciones: restablecimiento de la constitución eclesiástica contra el derecho de las Iglesias privadas, exclusión de los clérigos que no viven canónicamente, colaboración de obispos y autoridades contra las tendencias y prácticas no cristianas, observancia de la regla benedictina y legislación matrimonial que prohibía nuevas nupcias durante la vida de la compañera legítima. Las determinaciones fueron promulgadas en forma de *Capitulares*[33], que se convirtieron en signo de la colaboración entre la Iglesia y el reino franco. Hacia el 744 se realizaron dos sínodos: Les Estinnes en Hennegan para Austrasia y Soissons para la región de Neustria[34].

Después del *Concilium Germaniae* vino una lenta declinación que se puede esquematizar en tres núcleos. El primero era el tema del bautismo porque existía disparidad de ritos ya que mientras para los galos sólo existía una unción postbautismal que la hacía el que administraba el sacramento, para los romanos existían dos unciones postbautismales, una de las cuales era hecha por el obispo; en este orden de ideas, Bonifacio contribuyó a la separación de los sacramentos de iniciación en occidente. El segundo núcleo fue la abdicación de Carlomán y su ingreso al monasterio de Montecasino (747) con lo cual Pipino quedó como único regente del reino franco y comenzó a legislar sobre cuestiones eclesiásticas sin consultar con Bonifacio, a quien veía como un incómodo obispo anglosajón, porque ya había optado por Crodegango de Metz y Fulrado de Saint-Dennis. El tercero fue la fundación del monasterio de Fulda a partir del 12 de marzo de 744; este monasterio, ubicado en una región selvática, fue exento de toda jurisdicción episcopal para garantizar su seguridad; de este monasterio salió a evangelizar a los frisones, pero durante su viaje fue asesinado en Dukkum, Holanda, el 5 de junio de 754.

Cuatro puntos son importantes en la reforma de Bonifacio: la nueva orientación eclesial frente a Roma; la organización metropolitana de la Iglesia franca donde fue introducida la liturgia romana; la reforma del clero diocesano teniendo presente el modelo monástico, enfatizando su importancia como testimonio de vida consagrada en castidad; la cristianización del pueblo, en particular de los campesinos, con lo cual se llegó a un nuevo concepto de sociedad donde la pastoral tenía un marcado acento cultural. Al interior de la reforma hay que ubicar el tema del matrimonio y los diezmos; éstos pueden ser vistos como un creciente influjo del Antiguo Testamento o como una recompensa (no se habla de pago) por la administración de los sacramentos y los servicios litúrgicos.

Después de la muerte de Bonifacio, su herencia espiritual fue dividida: la abadía de Fulda pasó a manos de Sturmio quien defendió la independencia de Fulda frente a Lul,

discípulo de Bonifacio y obispo de Maguncia, y Metz pasó a manos de Crodegango, un noble franco que había servido en la cancillería de Carlos Martel. Crodegango asumió para el reino franco las funciones que desempeñaba Bonifacio; su vida fue ejemplar por su caridad con los pobres, la construcción de templos, la vida ascética y monástica porque escribió una *regula canonicorum* introduciendo de modo ordenado y sistemático la vida canónica para los clérigos, y la fundación de monasterios, uno de ellos, el de Gorze, sobresalió en el siglo X. La regla de Crodegango influyó en la legislación de Ludovico Pío de 817 y se convirtió en una alternativa a la regla de san Benito. Convocó varios sínodos; en el de Digny (762) impuso unas tareas concretas para los 27 asistentes: todos se obligaban por un contrato escrito a asistir a los miembros de la unión, después de la muerte de cada uno de los presentes, con un número determinado de oraciones, celebrando cien misas por cada obispo o abad y 30 por cada clérigo, en su defecto se debía hacer igual número de salterios. Esta tarea se convirtió en una tradición.

2.1.2 Primer giro pontificio hacia Francia[35]

Los últimos pontífices orientales

El último Papa que hizo un viaje a Constantinopla, antes de Pablo VI, fue Constantino I (708-715) quien bajo el gobierno de Justiniano II viajó buscando una solución al problema del Trullano (692)[36]. Desde Sergio I (687-701) todos los Papas rechazaron las decisiones de ese concilio; Justiniano II buscaba un coloquio personal con el Papa para llegar a un compromiso, que fue premiado por el emperador con un privilegio para el primado romano. A pesar de las tensiones, se presentó, desde el concilio III de Constantinopla (680-681), la afluencia de clérigos y monjes orientales hacia Roma debido a las discusiones y controversias cristológicas en el reino bizantino y la conquista del medio oriente por los musulmanes. En este contexto es fácil entender que los Papas a partir de finales del siglo VII fueran sicilianos, griegos y sirios y por ello algunos Papas de este período ayudaron al renacimiento del cristianismo occidental, entre ellos: Gregorio II, Gregorio III, Zacarías y Esteban II, quienes pusieron la base para el restablecimiento imperial llevado a cabo por León III; también se puede citar León IV (847-855) quien organizó la defensa contra los sarracenos[37].

Gregorio II (715-731) como diácono había acompañado a Constantino en su viaje a Constantinopla; sus relaciones con el emperador León III el Isáurico (717-741) fueron tensas porque el emperador quiso gravar a Roma con una nueva tasa pero el Papa se empeñó en defender los bienes de la Iglesia; por esta razón, el emperador atentó contra su vida por medio de los oficiales que estaban en Roma y la colaboración de Ravena. Las tensiones crecieron cuando León III hizo del iconoclasmo su programa político y religioso que condujo a la desobediencia italiana al exarca de Ravena y un ambiente de reforma que deseaba sustituir al opresor. Gregorio, al ver el tenso ambiente, cedió con la esperanza de que el emperador cambiara; en esos momentos el último exarca bizantino de Ravena, Luitprando, se unió a los lombardos para asediar a Roma, pero el Papa le hizo cambiar de política y le pidió ayuda contra León III, a quien veía como un

usurpador que venía de oriente. No obstante lo anterior, este Papa nunca quiso separarse del imperio bizantino.

Gregorio III (731-741), sirio, buscó resolver el problema bizantino por canales diplomáticos pero sin resultados ya que el delegado fracasó en varias oportunidades. Convocó un sínodo en Roma (731) donde el iconoclasmo fue condenado; las decisiones sinodales no fueron aceptadas por Constantinopla y en represalia el emperador golpeó los bienes de la Iglesia en Sicilia e Italia meridional que fueron gravados con tasas que terminaban confiscándolos; con esto la jurisdicción papal se redujo al centro de Italia y el Papa rara vez entraría en relación directa con la Iglesia oriental. La situación se hizo insostenible cuando el rey lombardo Luitprando conquistó el ducado romano para anexarlo a su reino (739). Frente a esta situación buscó apoyo en Carlos Martel, con lo cual se inició una tradición que marcó la historia de la Iglesia porque los francos veían en el Papa al vicario de Pedro; Martel dio una respuesta negativa a su petición porque no quería mezclarse en los asuntos de Italia donde era rey su amigo Luitprando. En medio de esta desesperada situación murió Gregorio.

Zacarías (741-752) último pontífice de origen griego, supo llevar una hábil política con los lombardos y los bizantinos. Con Luitprando, rey de los lombardos, obtuvo que Roma no fuera atacada durante 20 años, pero tuvo algunas dificultades cuando este rey quiso atacar Ravena; con esta actitud, que muestra la lealtad con Bizancio, obtuvo que las tensiones disminuyeran por lo cual se puede inferir que el Papa aún esperaba algo de oriente ya que su política no tenía futuro; por esto es fácil entender su poco interés por la Iglesia franca y el arzobispo Bonifacio. No obstante lo anterior, Zacarías, que deseaba mantener a toda costa el orden heredado al ignorar el cambio de los tiempos, inició la alianza con los francos.

Comienzo de la alianza

A la muerte de Carlos Martel (741), sus hijos Carlomán y Pipino se dividieron el poder; Carlomán se retiró en el 747 a un monasterio dejando a Pipino[38] como único mayordomo. Pipino le había formulado al Papa, en el 746, sin contar con Bonifacio, algunas preguntas sobre el rango de los metropolitanos, los derechos episcopales, el celibato sacerdotal, la validez de los votos monásticos, algunos detalles sobre la penitencia, cuestiones matrimoniales y el mayorazgo; el Papa respondió a cada una de las inquietudes y en una de esas respuestas aparece el título de rey en lugar de mayordomo para Pipino. Esta respuesta, que no era más que una decretal, se convirtió en un asunto político porque el rey tendría sacralidad de sangre, ya no por pertenecer a la estirpe de los merovingios, sino por voluntad de Dios expresada por el Papa y realizada a través de la unción, que marcó el carácter sagrado del monarca[39]. Todo parece indicar que cuando fue ungido por un obispo aparece con el nombre de Hilderico, después de haberse hecho elegir como rey por la nobleza franca; era el 750.

Entre el 753 y el 754 Esteban II (752-757)[40] viajó al reino franco ya que Roma estaba amenazada por Astolfo, rey lombardo. Esteban había pedido ayuda al emperador de

Bizancio quien, por estar ocupado en el sínodo de Hiereia (754), le envió una delegación al rey lombardo pidiéndole la restitución del territorio ocupado, sin ningún resultado positivo. Después del fracaso diplomático, llegó a Roma una delegación bizantina sugiriéndole al Papa que tratara con Astolfo; casi al mismo tiempo llegaron dos altos oficiales francos, uno de ellos el obispo Crodegango de Metz, con la misión de acompañar al Papa al reino franco, saliendo de Roma el 14 de octubre de 753; en Pavía fracasaron las negociaciones con Astolfo y Esteban siguió su camino hacia el reino franco. Allí fue recibido en la Epifanía de 754, con todos los honores por Pipino, quien siguió el ceremonial bizantino: postración en tierra, servicio de palafrenero y apoyo para descender del caballo. Al día siguiente el Papa se presentó ante el rey para pedirle protección y se postró ante él.

La situación para Pipino no era fácil porque los francos se sentían ligados a los lombardos y su hermano Carlomán viajó, por petición del rey lombardo, para pedirle que no aceptara la petición pontificia. Pipino retuvo a Carlomán en un monasterio franco y al poco tiempo murió, dándose un cambio favorable al Papa en la pascua de 754 en Quierzy (*Carisiacum*), a través de la *promesa carisiaca*, primer paso hacia la formación del estado pontificio, hecho que debe ubicarse en el marco de las concesiones feudales. En agradecimiento, Esteban coronó y ungió como rey a Pipino el 14 de julio de 754 en la basílica Saint-Dennis; esta era la segunda unción porque ya en el 751 había sido ungido por un obispo[41]. En esta segunda coronación existen varios motivos importantes para la historia: la dignidad de quien coronaba, el mandato del Papa bajo pena de excomunión, la posible ruptura con Bizancio, ya que Esteban II le concedió a Pipino el título de patricio romano que implicaba protección y garantía para los carolingios. Pipino tomó en serio su promesa y entre el 754 y el 756 atacó a los lombardos, quienes prometieron ceder algunos terrenos, pero no los desocuparon.

En la *promesa carisiaca* se encuentra el inicio de los estados pontificios porque Pipino conquistó algunos territorios que pertenecieron a los bizantinos y estaban en manos de los lombardos; éstos, aprovechando la ocasión, enviaron una delegación pidiendo la restitución de esos territorios, pero Pipino declaró que había hecho la campaña por amor a san Pedro, a quien le pertenecería lo conquistado. Esto indica que el inicio de los estados pontificios se puede datar en el 756. Andando el tiempo los estados pontificios abarcaban casi toda Italia, pero en estos momentos le fueron entregados a la Santa Sede los territorios del norte y parte del centro; esto da a entender que los francos no sólo dieron protección sino que le concedieron al Papa, por devoción a san Pedro, algunos territorios. En el contexto de esta donación se ubica el monumento a santa Petronila, la hija de san Pedro, que Pipino y los carolingios hicieron construir para trasladar sus reliquias y celebrar allí la misa; este monumento, erigido por Pablo I (757-767), estuvo en lo que hoy es la sacristía de la basílica vaticana.

Sobre el origen de los estados pontificios, territorios para proteger el ducado romano que había sido concedido tácitamente por los emperadores bizantinos, no se debe hablar del concepto de jurisdicción, sino de territorialidad y dominio, es decir, no era una cuestión eclesiástica, sino de soberanía territorial; por ello en aquel entonces no se

hablaba de estados pontificios sino de patrimonio de Pedro. Con honestidad histórica se dice que los Papas se preocupaban por el patrimonio de Pedro a raíz de la pérdida del sur de Italia, porque buscaban una fuente de ingresos para alimentar a los romanos, que producían poco pero consumían y gastaban mucho; además de esos gastos, existían otros como las lámparas de aceite que estaban encendidas día y noche. Los estados pontificios y la presencia real como garante del orden público se insertan en una dinámica de concesiones mutuas para superar el vacío del poder imperial occidental (legalidad sustancial) justificada por la autoridad moral que tenía el pontífice (autoridad formal)[42].

Para comprender mejor la *promesa carisiaca* se debe conocer la leyenda de la donación constantiniana o *Constitutum Constantini*[43] que data del siglo VIII y fue difundido en occidente en la colección canónica del Pseudoisidoro; se trata de un supuesto documento que dejó el emperador Constantino en el 330 cuando trasladó la capital del imperio a Constantinopla. Está dividido en dos partes: la confesión y la donación; en ésta son enumerados los derechos que el emperador le transfiere al Papa. Debido a una incurable lepra Constantino buscaba los medios para curarse, pero no lo conseguía; tuvo un sueño en el cual se le aparecían los apóstoles Pedro y Pablo, que lo enviaron al papa Silvestre, quien lo sanaría a través del agua de una piscina. Constantino quedó sano y en agradecimiento tomó unas determinaciones: el Papa tendría preeminencia sobre las otras sedes patriarcales (el primado); debería trasladarse al palacio imperial, Letrán, que de ahí en adelante sería su casa; debía tener la diadema, la corona, en oro y gemas preciosas en honor a san Pedro y en caso de no usarla debía utilizar sobre la tonsura un solideo blanco significando la resurrección del Señor; junto a estas determinaciones aparece el hecho de dejarle al Papa y sus sucesores las provincias, lugares y ciudades de Roma e Italia. Durante el medioevo este supuesto documento fue tenido como auténtico y no era usado para fines religiosos sino políticos y territoriales.

2.2 La Iglesia y Carlomagno

2.2.1 El pontificado

Carlomagno había subido al trono en el 768; la situación política de Roma era agitada y los Papas vivían en peligro. Después de la muerte de Pablo I (757-767), hermano de Esteban II, una familia romana se apoderó de la sede y nombró a Constantino II (767-768), quien buscó la ayuda de los carolingios sin encontrarla; en esos momentos hubo una rebelión en Roma liderada por los lombardos y llegó al pontificado Felipe (767), quien al poco tiempo fue enviado de nuevo a su monasterio; con esto se llegó a la elección de Esteban III[44] (768-772) con quien comenzó el primer siglo franco del papado que llegó hasta Adriano II (867-872).

Esteban III llegó al pontificado en circunstancias confusas, debido a las rivalidades existentes en Roma. Apenas elegido, renovó el pacto de amistad con los carolingios y pidió una delegación franca para el sínodo romano de 769 con más de 50 obispos, de los cuales 13 eran francos. Este sínodo, además de condenar a Constantino II, antipapa (767-768), dio disposiciones sobre la elección pontificia vetando el nombramiento de un laico

y la participación activa de los laicos en el nombramiento[45]. También se habló de la controversia de las imágenes y los iconoclastas fueron condenados. Si bien las disposiciones eran claras, las tensiones no desaparecían porque los francos se estaban acercando a los lombardos por el matrimonio de Carlos con la hija del rey Desiderio.

Adriano I

En el 772 asumió el pontificado Adriano I (772-795), quien se movió con habilidad entre los poderes que amenazaban su independencia: bizantinos, francos, lombardos y romanos; frente a la amenaza de los lombardos buscó refugio junto a Carlomagno, quien inició una campaña para dominar las corrientes que simpatizaban con ellos, asedió Pavía y se dirigió a Roma para celebrar la pascua. El Papa lo recibió en las escalas de la basílica con los honores de un patricio y cuando entraron se cantó el *Benedictus qui venit in nomine Domine* y renovaron el pacto de amistad; en esta ocasión el Papa hizo cantar la *laus regiae*, una alabanza franca, por primera vez en San Juan de Letrán[46]. En esta ceremonia Carlomagno renovó la promesa de Quierzy y el Papa lo trató como rey de los francos sin tener en cuenta al mundo bizantino; fue un acto diplomático de Adriano para mantener la independencia.

Después de esta ceremonia, Carlomagno conquistó Pavía, exilió a Desiderio y se proclamó *rex longobardorum*. Con esto terminó la dominación lombarda que duró cerca de 200 años y el reino lombardo comenzó a ser parte del reino franco. Esto significó para el Papa que en lugar de tener un potente aliado lejano ya tenía un vecino poderoso con quien no se podía estar en igualdad de condiciones.

Carlomagno tenía poder para darle una nueva configuración política a Italia, estableciendo los territorios que serían entregados a san Pedro. No se sabe cuál era la disposición de Carlomagno, lo que sí se sabe era que Adriano I quería que Carlomagno fuera fiel a la *promesa carisiaca* y la donación de Constantino; hubo un tiempo de espera en el cual el Papa le escribió una carta a Carlomagno, recordándole la donación de Constantino y la forma como había enriquecido a la Iglesia de Dios, del apóstol Pedro, de Roma, con lo cual la Iglesia de Dios era la de Roma en el sentido más estrecho de la palabra[47]. El Papa estaba pidiendo las regiones de Toscana, Spoleto, Benevento, Sabina y Córcega; Carlomagno, después de algunos años, concedió parte de esos territorios.

En el 781 se realizó la segunda visita de Carlomagno a Roma y se volvió a hablar de la restitución de los bienes para darle solución al problema; se confirmó el pacto de amistad y el Papa escribió una carta de agradecimiento de forma prematura porque aún no se había cristalizado la donación tal como la esperaba ya que las donaciones hechas no permitían un estado independiente del reino franco; no en vano Carlomagno durante su vida vio el *patrimonium Petri* como parte del reino franco. Se puede decir que Adriano fracasó en su intención de un Estado soberano frente al reino franco. Paralela a esta situación estaba la imposibilidad de la autonomía política pontificia al norte de los Alpes.

Estando Carlomagno por segunda vez en Roma llegó una embajada bizantina pidiendo

la mano de una de sus hijas, Rotruda, para Constantino VI; los tratados concluyeron pronto, se llegó al compromiso pero el matrimonio no se realizó porque el interés bizantino no era el matrimonio sino la recuperación del terreno perdido. En este momento surgió una actitud muy particular por parte de Adriano I, quien comenzó a datar los documentos con el año del pontificado para subrayar su independencia frente al emperador bizantino. En el contexto de esta embajada bizantina se trató, al margen de las cuestiones políticas, el tema de las imágenes; la emperatriz y su hijo le enviaron al Papa una carta pidiéndole que participara en un sínodo para eliminar lo tratado en Hiereia (754); éste respondió con entusiasmo y envió dos delegados[48], quienes lo representaron en el II concilio de Nicea, que fue favorable para el Papa por el restablecimiento del culto a las imágenes.

En Nicea II (787) no se aceptó la propuesta pontificia sobre la restitución del patrimonio petrino en Italia meridional y Sicilia, por lo cual los derechos patriarcales de Iliria y parte de Grecia siguieron bajo jurisdicción de Constantinopla. También fue doloroso para el Papa el hecho que Carlomagno no fuera invitado al concilio ya que Bizancio convocó, al lado de los patriarcas orientales, únicamente al obispo de Roma como patriarca occidental; con esto Carlomagno fue despreciado porque se estaba obrando como si él no existiera. Las primeras consecuencias de este hecho se manifestaron en el campo político porque, aprovechando la actitud de Irene, se disolvió el compromiso de la hija de Carlomagno con el hijo de la emperatriz y aparecieron las hostilidades contra las posesiones bizantinas del sur de Italia.

En el campo eclesiástico se presentó la negativa de Carlomagno frente a las decisiones del concilio con el deseo de demostrar la supremacía franca en occidente; con esta reacción aumentó la dependencia papal del rey franco. A pesar de la imposición a la cual se vio sometido para que rechazara el concilio, el pontífice se mostró valiente, no se adhirió a la condena que proponía el rey franco, defendiendo y justificando el concilio con calma pero decisivamente. Carlomagno tuvo en cuenta la actitud del Papa y convocó un sínodo en Francfort para el 794, que constituyó una humillación para Adriano I, quien se puso contento cuando en el sínodo fue condenado el adopcionismo, que él ya había condenado. Al poco tiempo murió Adriano, en la navidad del 795[49].

Hacia el 787 llegó una embajada del duque Tásilo, quien deseaba una cierta independencia frente al reino franco, pidiendo la mediación papal; Carlomagno se encontraba en Roma, con lo cual la ocasión sería propicia, pero el Papa tuvo que ceder a las intenciones de Carlomagno hasta el punto de amenazar con la excomunión a Tásilo y sus seguidores si no eran leales al reino franco. La actitud del Papa era una especie de apoyo moral a Carlomagno en su guerra contra Tásilo, quien se sometió inmediatamente a las disposiciones pontificias, pero el rey lo confinó, junto con su familia, a un monasterio del norte de Francia. De acuerdo a lo dicho, el Papa dependía de Carlomagno, debía plegarse en los asuntos económicos y ponía la situación eclesiástica de Italia en sus manos; mientras tanto, para Carlomagno Italia no era más que un lugar de interés secundario. Esto da a entender un cambio de mentalidad en Adriano I: de un

deseo de libertad de acción se pasó a una cierta dependencia para asegurar la autonomía frente a los intereses de Bizancio.

Sobre los 23 años de pontificado de Adriano se han hecho diferentes juicios: para unos no fue feliz, para otros fue brillante; lo cierto fue que el pontificado comenzó a depender del rey franco de una manera muy particular porque daba a entender que era una cuestión de responsabilidad compartida (*compaternitas*), un parentesco espiritual y político entre dos autoridades supremas, lo cual implicaba oración y ayuda militar. Por esto, cuando el biógrafo de Carlomagno, Eginardo, escribe que el rey lloró la muerte de Adriano como si fuera "la muerte del más querido de sus amigos o el más amado de sus hijos", se debe entender como la muerte de un buen aliado. A la luz de esto se comprende mejor la misión de Carlomagno, la cual se encuadra en tres sectores: la difusión del cristianismo, la organización interna de las instituciones eclesiales y la exaltación del pontificado dándole prestigio e independencia política[50].

León III[51]

Si Adriano I tuvo sus inconvenientes para mantenerse frente a Carlomagno, León III (795-816) también, y por ello se apresuró a enviarle la noticia de la elección junto con una promesa de obediencia y fidelidad, las llaves de la tumba de san Pedro y la bandera de Roma, reconociendo la supremacía del rey franco sobre Roma, sobre los estados pontificios. En el fondo el deseo de independencia de Adriano murió por el momento, debido a la oposición de algunos nobles de Roma que no aceptaban de buen grado a León III. Carlomagno envió a Angilberto como embajador exhortando al Papa a vivir una vida honesta observando los sagrados cánones. Además, daba a entender que la función espiritual pontificia quedaba limitada a la oración, mientras que la guía de la cristiandad debía quedar en manos del rey; esto no era una ironía sino un convencimiento personal de Carlomagno para quien la fuerza de la oración era imprescindible en las campañas bélicas contra sajones y musulmanes; es más, Carlomagno hizo aquellas guerras con la convicción de tutelar al pueblo cristiano contra sus enemigos.

Esta realidad fue un desafío para León III quien estaba dispuesto a colaborar; una prueba de ello es la nueva datación de la cancillería pontificia que al lado del año del pontificado ponía el del reinado de Carlomagno. Pictóricamente existe una prueba de esto en la basílica de Letrán: allí existen dos cuadros, en el primero Cristo da las llaves a Pedro y una bandera a Constantino, en el segundo san Pedro entrega con la izquierda una bandera a Carlomagno y con la derecha el palio a León III; es un monumento de la coexistencia del poder carolingio y el poder eclesiástico y era lo máximo que se podía esperar del Papa en aquel entonces, porque fue León III quien lo mandó a pintar.

No todo era felicidad porque en ese entonces, hacia el 799, el Papa era atacado en Roma. La rebelión se desató durante una procesión, el Papa fue asaltado y llevado al monasterio San Erasmo; en la noche logró escapar; el duque de Spoleto lo ayudó y le comunicó a Carlomagno lo sucedido; el rey que se encontraba en campaña militar ni

siquiera se inmutó y para ayudarlo hizo que se presentará en un campo militar, en Padeborn (Sajonia), donde fue recibido con todos los honores; en este hecho surgió el término *Pater Europae* para designar a Carlomagno[52]. En aquel campo militar las cosas se complicaron porque además del Papa, llegaron algunos representantes romanos para acusarlo; por esto las opiniones de los consejeros carolingios estaban divididas: para algunos la vida del Papa era impecable, para otros no; frente a esto, Alcuino citó el Pseudo-Símaco, un falso del siglo VI, según el cual nadie podía juzgar la sede apostólica.

El rey supo negociar: condujo al Papa con una escolta a Roma e inició la instrucción del proceso escuchando las acusaciones contra él; los jueces no dieron una sentencia definitiva sino que hicieron un informe que le entregaron al rey. En este contexto se gestó el tercer viaje de Carlomagno a Roma en noviembre del 800; allí llegó con su séquito y fue recibido con solemnidad y honores imperiales; se tuvo un sínodo en la basílica de San Pedro para dar una solución al problema papal pero nunca se pronunció una sentencia contra él. Frente a esto, León III hizo el juramento de purificación previsto por el derecho romano el 23 de diciembre del 800, jurando en el ambón de la basílica de San Pedro que no había seguido ni ordenado los hechos criminales y la traición de que lo acusaban; con este juramento el caso se dio por finalizado[53].

Dos días después, Carlomagno fue coronado como emperador; un acontecimiento de trascendencia histórica por las consecuencias que se derivaron[54]. Analizando las fuentes se encuentran algunos datos fundamentales: el título y la aclamación de parte del pueblo romano indican que se asiste al rito de la coronación imperial; el nuevo imperio (romano y cristiano) estaba ligado a Roma; la autoridad se fundaba en la del Papa, quien había concedido la corona y la unción. También surgen las divergencias entre las fuentes, porque las que son de origen franco, callan lo de la unción y en su lugar ponen el homenaje del Papa al nuevo emperador; la fuente romana pone la unción pero calla el homenaje. Carlomagno, después de la coronación imperial, no volvió a Roma, trató de minimizar lo referente a ella y puso la capital en Aquisgrán.

La coronación imperial de Carlomagno representó un problema con Constantinopla, porque hasta cuando los carolingios habían llevado el título de *Patricio de Roma* reconocían formalmente la autoridad del *Basileos* de Constantinopla, ya que el *Patricio* era un representante del *Basileos*; por esta razón con la dignidad imperial, Carlomagno aparece como un usurpador que deseaba conquistar Bizancio. Carlomagno soportó el desprecio bizantino con entereza porque fue una reacción sarcástica, aunque el trono bizantino como tal estaba vacío porque allí gobernaba la emperatriz Irene, quien había depuesto a su propio hijo; no obstante esto, en el 812 fue reconocido como tal por los bizantinos pero para la región de Italia que no pudieron reconquistar porque para el resto del imperio siguió siendo un escándalo. Sobre el título imperial para Carlomagno se debe tener presente que los francos, en especial Alcuino y los dignatarios, no querían un emperador como sucesor de los emperadores romanos, sino una cosa nueva, algo así como un imperio de acuerdo al Antiguo Testamento en el que Carlomagno sería el nuevo

David. Posterior a este hecho surgió la *traslatio imperii*, una teoría política que se desarrolló en el medioevo con raíces de la antigüedad cristiana: Eusebio, Jerónimo y la *Constitutum Constantini*; por ello se puede decir que en el momento de la coronación lo importante era la renovación del imperio, de ahí que Carlomagno pensara en un posible acuerdo con los bizantinos y no en el traslado del imperio[55].

Después de la coronación, Carlomagno juzgó al acusador del Papa, lo condenó a muerte y, gracias a las súplicas del pontífice, le perdonó la vida pero lo exilió. Carlomagno jamás renunció a la supremacía sobre la Iglesia en su imperio e incluso sobre la Iglesia de Roma; la relación con Roma no es por el Papa sino por la importancia de san Pedro. En el testamento de Carlomagno se reafirma esta situación porque el Papa es visto como el primer metropolitano del reino, plenamente integrado en la Iglesia imperial franca ya que la única cabeza era Carlomagno y los sucesores.

2.2.2 El renacimiento carolingio[56]

Son varios los historiadores que sostienen que entre el 450 y el 950, la baja Edad Media, el occidente promovió renacimientos espirituales más o menos duraderos en los cuales hubo escritores y promotores culturales de cierto relieve; un caso concreto es el renacimiento carolingio, en el cual se puso de moda el uso de los cuatro sentidos: el literal que informa sobre los acontecimientos, el alegórico sobre la fe, el moral sobre lo que se debe hacer y el anagógico en torno a lo que se debe aspirar. A propósito de los renacimientos, se dice que en sus autores se unen los símbolos paganos con los símbolos cristianos configurando una síntesis particular en la cual la historia se convierte en metahistoria y se traduce en arte.

Vida eclesiástica

En aquel momento se daba la unidad de vida eclesiástica y estatal; el punto de partida es la *Admonitio generalis* del 23 de marzo de 789[57]. En ese documento se encuentran los avisos generales para una renovación eclesiástica en el reino franco. Este documento está dirigido a los dignatarios del reino: obispos, abades, nobles, que estaban bajo la autoridad de Carlomagno, quien en su oratorio, su capilla, tenía algunos clérigos que dependían directamente de él y eran los responsables de los servicios litúrgicos y la correspondencia del monarca, es decir, eran los más altos oficiales de la administración del reino con competencia universal; esos clérigos, llamados capellanes, fueron los que escribieron la *Admonitio generalis*. El jefe de estos capellanes era llamado archicapellán, y como a medida que el reino crecía, el trabajo aumentaba, algunos clérigos se especializaron en hacer documentos (*diplomas*); al frente de este grupo estaba el *cancellarius*, el canciller. Los *misi dominici* son los oficiales enviados por Carlomagno para controlar las cuentas en las diferentes regiones del imperio, un imperio que estaba dividido en condados (*comitatus*); al frente de cada condado estaba un conde, funcionario real nombrado por el rey. Los enviados oficiales eran dos: un laico y un

eclesiástico, éste era por lo general un obispo o un abad.

En este documento Carlomagno se refiere al rey judío Josías (2 R 22) porque concebía su reino como el nuevo Israel, donde el rey sería responsable del bienestar terreno, el culto divino y la moral de los súbditos; en este contexto se ubica su preocupación por la capilla del palacio de Aquisgrán, que en su tiempo ocupaban el lugar central de la vida pública; debido a esta importancia Carlomagno se preocupó por la corrección de los libros litúrgicos, por lo cual la época carolingia fue un rico período para la liturgia romana que fue aceptada por el reino franco desplazando la galicana, debido al conocimiento que se tuvo de los sacramentarios de Gelasio y Gregorio, y la creación de un nuevo sacramentario romano franco, llamado "gelasiano mixto", que data del siglo VIII[58].

En relación a la renovación litúrgica se puede decir que bajo Carlomagno se llegó a la conclusión del proceso de romanización que se dio en tres momentos: Bonifacio, Pipino y Carlomagno. Con el deseo de recuperar los textos auténticos, el rey le pidió a Adriano un ejemplar del sacramentario gregoriano y éste le envió una copia hacia el 785 que no era lo que pedía Carlomagno, sino un libro para las celebraciones pontificales en las solemnidades litúrgicas y la cuaresma; como faltaba lo demás, Carlomagno, a través de sus liturgistas, lo adaptó a las necesidades de la Iglesia franca añadiendo un suplemento en el cual se encontraban las misas y ritos que faltaban, tomando elementos de los ritos galicano y visigótico. En torno al autor del suplemento existen dos posiciones: unos dicen que fue Alcuino, otros que fue Benito de Aniano (+ 821). Hasta la reforma de Pablo VI, parte de los formularios de la misa del rito romano eran casi los mismos que se habían desarrollado desde los carolingios; por esta razón cuando los seguidores de Lefebvre hablan de la misa tridentina en el fondo están hablando de la misa carolingia.

La reforma litúrgica es importante porque es el primer intento de extender la liturgia romana fuera de Roma ya que los Papas no se preocupaban por ello, además Roma era un punto de referencia por ser la sede de Pedro; en este sentido Roma sería, debido a la lejanía de Jerusalén, el anticipo de la Jerusalén celestial, un símbolo, un modelo, principalmente para germanos y anglosajones. No es extraño que en la reforma litúrgica no estuvieran ausentes algunas intenciones políticas como el deseo de acabar con el influjo bizantino en el reino franco, que se podía presentar a través de la liturgia ya que la antigua liturgia galicana miraba con simpatía al mundo bizantino de donde había heredado varios elementos. Tampoco es extraño que la liturgia asumiera un carácter utilitario al transformarse en un intercambio entre clérigos y laicos.

La unidad gobierno e Iglesia es notable en los sínodos, donde los problemas eclesiásticos y políticos se mezclan porque sus miembros eran clérigos y laicos; estos sínodos eran convocados por el rey, quien le daba a las decisiones fuerza de ley al promulgar las determinaciones en forma de capitulares; un caso típico de esta realidad bajo Carlomagno son las actas del sínodo de Francfort (794), el más importante de su reinado[59]. Además de los temas doctrinales, el adopcionismo y el iconoclasmo, también trató otros problemas como la cuestión del duque Tásilo, el precio del trigo, la reforma

monetaria, la administración de la justicia, etc. En este sínodo se determinó que el puesto de la Iglesia era educar al pueblo, civilizarlo y conducirlo a la salvación, no en vano la *Admonitio* prescribía que los sacerdotes debían preparar bien el canto romano, celebrar ordenadamente los oficios diurnos y nocturnos, y predicar sobre cosas útiles, honestas y rectas que conducen a la vida eterna explicando bien el contenido del credo; además se encuentra un catecismo que enfatiza la hospitalidad.

En la *Admonitio* también se hablaba de la formación sacerdotal pidiendo que en las diócesis los obispos debían tener cuidado de sus sacerdotes para que mantuvieran la ortodoxia; se solicitaba que los sacerdotes comprendieran las oraciones de la misa, es decir, que supieran algo de latín; también se urgía el canto siguiendo la cadencia de los versos y la comprensión del Padre Nuestro, el Gloria y el Santo. Se recomienda que los clérigos no lleven armas para que sean capaces de confiar en la protección divina. En cuanto a la formación en sentido estricto fue publicado un documento que se llamaba *Interrogationes et examinationes*, que era como un formulario para un examen de órdenes que incluía preguntas de teología, derecho, sacramentos, Biblia, liturgia y patrística.

A los fieles se les pedía que supieran de memoria el Padre Nuestro y el Credo aunque fuera en lengua vulgar. Para la formación de los fieles existía una especie de catecismo compuesto en cinco partes: Padre Nuestro, lista de pecados capitales, texto del símbolo apostólico, texto del símbolo atanasiano (ya desaparecido de la liturgia) y Gloria[60].

Otro aspecto importante son los *Capitula episcoporum*, textos promulgados por los obispos para sus diócesis; son importantes porque ofrecen una visión de la pastoral en el reino franco, son como un espejo de los problemas cotidianos pastorales de la Iglesia carolingia.

Finalmente, "la vida del cristiano estaba marcada por la liturgia, vivida en las parroquias, instituciones que se transformaron a lo largo de los siglos acercándose a la población pero perdiendo libertad por el influjo de la territorialidad y la feudalización, con lo cual se dio la formación de las Iglesias privadas que llevaron a la formación de una maraña de relaciones jerárquicas"[61].

La cristianización de los sajones[62]

Es la empresa misionera más importante del período carolingio y muestra la problemática de la relación del poder político con la Iglesia. Los sajones originalmente residían en el Elba inferior; desde el siglo VII comenzaron a migrar hacia el norte de Alemania y cuando llegaron a la zona de influencia e interés de los francos se dio un enfrentamiento en el cual triunfó Carlomagno después de varias campañas militares que duraron 33 años; la conquista, absorción y cristianización, fueron violentas y los sajones perdieron parte de su identidad por lo que, a veces, se habla de una agresión contra los sajones. Antes de Carlomagno, se habían presentado algunos intentos privados como los hermanos Evaldi antes del 700 y el sacerdote anglosajón Edwin un poco después; ambos intentos fracasaron porque no contaron con apoyo político.

Carlomagno comenzó la guerra hacia el 772, después de alcanzar la soberanía en el reino franco; en esta campaña destruyó el santuario principal de una de las tribus sajonas al tumbar el Irminsul, árbol sagrado considerado la columna del mundo para mostrar la superioridad del Dios cristiano; los sajones reaccionaron con actos de venganza; frente a esto, tomó la decisión de no tener paz hasta que los sajones, vencidos, aceptaran la fe cristiana o fueran eliminados. Aquí se ubica la dieta de Padeborn de 777, en Sajonia, con lo cual el rey quería demostrar que era el dueño de la región; a partir de esta dieta comenzó la primera organización de la misión entre los sajones, que se hicieron bautizar en masa. Un año después de esta dieta, algunos sajones que se habían hecho bautizar se unieron a sus hermanos para rebelarse contra el rey, incendiando templos y violando monjas; el rey reaccionó y en el 785 les impuso a los sajones la *Capitulación de Sajonia*, que fue muy dura para ellos porque fácilmente podían ser condenados a muerte.

Frente a esta capitulación los nobles sajones estaban de acuerdo pero el pueblo no, porque no deseaban abandonar su religión ni perder su libertad; aquí surgió Widukingo, quien organizó la rebelión, y por ello Carlomagno actuó con más dureza e hizo decapitar a muchos sajones en el "tribunal de sangre de Werden" (782), en el corazón de Sajonia; Widukingo huyó, al tiempo regresó arrepentido y en la navidad de 785 se hizo bautizar en Attengy siendo su padrino Carlomagno, quien le entregó un condado; los descendientes de Widukingo llegaron a ser reyes de Germania después del 900, sucediendo a Carlomagno en la protección de la Iglesia en esa región. Sólo en el 804 la región sajona estaba completamente pacificada.

En relación a esta *Capitulación*, algunos criticaron a Carlomagno y le hacían ver que la fe era algo voluntario que no debería ser recibida por presión; no obstante las críticas, Sajonia se convirtió en un floreciente centro cristiano. El principio de conquista y evangelización no es criticado, sólo se cuestionan los excesos de presión que se presentaron, como el caso del elenco de penas de la *Capitulación*. En este orden de ideas, sería bueno hacer un paralelo entre el estilo de Carlomagno y el de los españoles para con los americanos siete siglos después. A la altura del proceso evangelizar con la "lengua de hierro" conviene hacer una recapitulación del proceso de ingreso de los pueblos al cristianismo: para los griegos, una cuestión de credibilidad racional; para los romanos, un problema de licitud en sentido jurídico y moral, tanto desde lo civil como desde lo religioso; para los celtas y los germanos, particularmente para los segundos, era una cuestión de poder.

La reforma cultural[63]

Es otro de los aspectos de la reforma carolingia, que buscaba el retorno a la auténtica tradición. Ya se habló de la *Admonitio generalis* donde se encuentran algunos elementos de la reforma cultural, aquí se hablará de otros documentos que son importantes en esta reforma, que permitió la transcripción de muchos libros en los monasterios de aquel entonces, de los cuales hoy se conservan cerca de ocho mil. Hacia el 774 Carlomagno le pidió a Adriano I la colección canónica de Dionisio el Exiguo, pero como se habían

agotado los ejemplares, el Papa le envió una colección más amplia que ha sido llamada el *Derecho de Dionisio - Adriano*, que se convirtió en el libro de derecho más importante del reino franco e influyó en el *Decreto de Graciano* y el *Código de Derecho Canónico*.

Para unificar la vida monástica Carlomagno le pidió al abad de Montecasino una copia del texto de la *Regla de san Benito*; el ejemplar llegó a Aquisgrán en el 787 y se convirtió en la base para normar el texto de esta regla. Para Carlomagno los monasterios tenían la obligación de promover la cultura de acuerdo a lo expresado en una carta enviada al abad del monasterio de Fulda hacia el 784 donde se lamenta de los errores gramaticales en la correspondencia que le llegaba de los monasterios y el peligro de no comprender el significado de la Biblia, es decir, los géneros literarios. En este sentido, el monje, al igual que el sacerdote y los siervos, estaba en la obligación de aprender a leer y escribir bien porque los hombres libres sólo tenían tiempo para dedicarse a ser guerreros. Aquí conviene resaltar que la reforma carolingia no era una reforma más, sino que estaba imbuida de un espíritu de oración y por ello era importante corregir los libros que estuvieran relacionados con ella.

Otro aspecto importante era la unificación de un texto auténtico de la Biblia ya que los códices latinos existentes variaban notablemente. Alcuino fue el encargado de hacer la revisión y corrección del texto bíblico y en la navidad de 801 se la presentó a Carlomagno. La Biblia de Alcuino es un evento en la historia de la cultura europea que ha influido en el texto de la Biblia latina, que se conoce como la Vulgata; naturalmente que esta revisión no se puede entender como una revisión científica actual porque no fueron consultados los textos originales, es decir, sólo se eliminaron los errores más notables, la ortografía, la interpunción[64], etc. Además del intento de Alcuino, también se presentó otro, el de Teodulfo de Orleáns, un texto más válido porque se ayudó del hebreo, pero con menos éxito; Teodulfo, también hizo una redacción del salterio teniendo como punto de referencia la versión que san Jerónimo hizo directamente del hebreo.

Para llevar adelante la reforma Carlomagno contaba con sus colaboradores, los consejeros de la capilla de la corte; entre estos consejeros eran pocos los francos y los más importantes venían de otros países: Alcuino (735-804) era anglosajón, Teodulfo era visigodo. Alcuino había sido educado en York y durante una peregrinación a Roma (781) se encontró con Carlomagno, quien lo invitó a su corte; Alcuino aceptó y estuvo durante dos períodos: 782-790 y 793-796; del 796 hasta su muerte fue abad del monasterio de Tours; fue un erudito que publicó obras didácticas, exegéticas, dogmáticas, morales y hagiográficas; su principal obra teológica es *De fide sanctae et individuae Trinitatis*, dirigida a Carlomagno[65]; puede ser visto como el ministro para el culto de Carlomagno; fue en lo cultural lo que Bonifacio había sido en lo eclesiástico y político. Teodulfo, huyendo de los sarracenos, llegó al reino franco y en el 790 ya se encontraba en la corte; era el mejor biblista de su época, teólogo perspicaz y buen poeta. Otros dos colaboradores eran italianos: Paulino de Aquileya y Pablo diácono; el primero un gramático que se convirtió en el consejero teológico más consultado y, parece,

escribió el himno sobre la caridad que se canta en la liturgia del jueves santo; el segundo un lombardo que se hizo monje en Montecasino y escribió *Historia de los obispos de Metz* y la *Historia de los lombardos*.

Junto a esta reforma estaba el deseo personal de Carlomagno por aprender, pero fue poco lo que logró; quizá por ello todas sus iniciativas estaban al servicio de la fe cristiana como él la concebía, ya que la Iglesia carolingia había recibido y modificado la doctrina de los dos poderes. El mundo era considerado como algo ordenado porque existía una Iglesia universal gobernada por el Cristo Celeste, quien tenía sobre la tierra dos sustitutos o vicarios que gobernaban la *cristianitas* con oficios distintos; por esto, el cargo del soberano laico era sagrado. Teniendo presente este pensamiento se entiende la preocupación de Carlomagno por la Iglesia Universal y el establecimiento de relaciones con cristianos que vivían bajo dominio musulmán, con quienes también entabló relaciones, hasta el punto de que un califa de Bagdad le envió un elefante, un regalo exótico nunca antes visto en el reino franco; estas relaciones fueron los primeros contactos culturales de occidente con el mundo islámico con lo cual se logró que los peregrinos pudieran visitar libremente los lugares sagrados de Palestina.

Discusiones teológicas[66]

La primera es el adopcionismo. Esta controversia nació en la Iglesia española y repercutió en la franca. Al inicio está Migencio, quien había sostenido una teología trinitaria heterodoxa; Elipando, arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, afirmó en el concilio de Sevilla (782, del cual no existen testimonios) que había que distinguir respecto a la persona de Cristo entre su relación intratrinitaria según la cual es Hijo de Dios desde la eternidad (*Filius verus et propius*) y su estado de hijo por medio de la adopción que le compete en cuanto hombre (*Filius adoptivus*) porque los dos conceptos convergen en la persona de Cristo. Elipando sostenía que esta fórmula era perfectamente ortodoxa porque se basaba en ciertos textos litúrgicos mozárabes pero fue atacado por la Iglesia asturiana por dos motivos: la ortodoxia y el deseo de autonomía; el portavoz de Asturias era el sacerdote y monje Beato de Liébana, quien acusó a Elipando de romper la unidad personal del único Hijo de Dios con lo cual se rompería la unidad del hombre con Cristo en cuanto que el hombre sólo podría estar de parte del hijo adoptivo.

Elipando para defenderse contó con la ayuda de Félix de Urgel, quien en su deseo de combatir el islam buscó seguidores en los Pirineos orientales para conservar la unidad y concordia de la Iglesia española que se encontraba en una situación precaria frente al islam. Comenzó la división de la Iglesia española y su posible extinción; por ello Félix inició la defensa de las ideas de Elipando y escribió una obra que se perdió, pero gran parte del texto se conservó en la refutación que Alcuino hizo contra Félix, *Adversus Felicem Urgilitanum, libri septem*. Según Alcuino, para Félix existían dos argumentos importantes: distinguir la generación eterna del Hijo de Dios de su nacimiento de la Virgen y el Cristo encarnado como modelo de nuestra redención.

Estando así las cosas, los asturianos le informaron a Adriano; el Papa contestó condenando la cristología adopcionista como una cristología nestoriana. Elipando no hizo mayor caso a la carta papal y vino la reacción de Carlomagno, quien obligó a Félix a justificarse en el sínodo de Ratisbona (792); en este sínodo Félix fue condenado a repetir su retractación en Roma dejando una confesión de fe en la tumba de san Pedro; así lo hizo, pero una vez regresó a Urgel desmintió la retractación por lo que fue capturado por los francos. El episcopado hispano mandó dos cartas a Carlomagno y los obispos francos con palabras fuertes, acusando de herejía a Beato de Liébana y pidiendo la rehabilitación de Félix; Carlomagno y sus consejeros contestaron a través del sínodo de Francfort (794) donde el adopcionismo fue condenado.

Como la decisión del sínodo de 794 para capturar a Félix y Elipando era impracticable, se optó por luchar contra el eco que el adopcionismo encontró en la zona de influencia del reino franco donde aún existía la liturgia mozárabe, que era vista con sospecha por los francos. Dos obispos francos hicieron un viaje a esta zona hacia el 798 predicando contra la cristología adopcionista y en el 799 se tuvo un sínodo en Aquisgrán; a este sínodo se presentó Félix, quien tuvo que ceder frente a la argumentación de los francos, escribió una confesión de fe en señal de sumisión y fue confinado a Lyon con arresto domiciliario y allí murió en el 818. Los teólogos francos se preocuparon por erradicar la cristología adopcionista, porque la entendían como un ataque al corazón de su fe y su espiritualidad que se centraba en Cristo rey de las gentes y del universo; esta concepción, además de teológica, era política porque la soberanía de Cristo se refleja en la soberanía del rey pío y ortodoxo, vicario de Cristo, responsable de la Iglesia como reino de Dios.

La segunda discusión teológica fue en torno al Filioque. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (*a Patre Filioque procedens*; *qui ex Patre Filioque procedit*) es una expresión de la teología trinitaria de san Agustín, pero la fórmula como tal no se encuentra en él. Esta fórmula nació y tuvo éxito en la península ibérica porque expresaba bien la unidad sustancial del Hijo con el Padre; el problema consiste en que mientras oriente expresa el carácter de origen primero del Padre en relación al Espíritu Santo, occidente expresa la comunión sustancial entre el Padre y el Hijo de quienes procede el Espíritu Santo. La Iglesia franca en el sínodo del 767 discutió sobre el tema de la Trinidad e hizo de esta fórmula una expresión propia de su fe: Cristo había mandado su Espíritu, con lo cual la acción de Cristo se expresa mejor. Adriano aceptaba la doctrina pero no tenía intención de introducir la fórmula en el credo que, de hecho, es un texto intangible.

En el sínodo de Friuli (796) bajo la presidencia del patriarca Paulino de Aquileya y órdenes de Carlomagno introdujeron esta palabra en el credo. Mientras esta palabra estuvo en el ámbito franco no hubo problemas; pero hacia el 809 la discusión comenzó porque los francos cantaron en tierra santa el credo añadiendo la palabra *Filioque*, lo cual provocó una protesta de parte de los monjes griegos; los monjes latinos del monte de los Olivos, se dirigieron a León III, quien le envió dos cartas a Carlomagno; el rey encargó a sus teólogos para que hicieran algo. En el sínodo de Aquisgrán del 809 se decidió sobre la legitimidad del añadido y le mandaron las deliberaciones al Papa, quien consintió en

la doctrina teológica pero sostenía que había que dejar el credo como estaba y en señal de una protesta silenciosa hizo fundir dos placas metálicas con el credo en latín y griego sin la expresión *Filioque* y las fijó junto a la tumba de san Pedro. Para los francos era muy importante el *Filioque* porque expresaba la soberanía de Cristo, quien comunica el Espíritu Santo.

2.3 La Iglesia y los sucesores de Carlomagno

2.3.1 Camino a la división

El único sobreviviente legítimo de Carlomagno era Ludovico Pío[67], virrey desde el 781 para el sur de Francia; desde el 813 había sido nombrado emperador y se había ceñido la corona imperial en Aquisgrán sin la participación de un eclesiástico; con este hecho Carlomagno le dejó en herencia a su hijo el cuidado de la Iglesia. Ludovico no tenía ni la energía ni la seguridad de su padre pero supo llevar el imperio que le dejaron. En el 816 repitió en Reims la coronación imperial cuando Esteban IV (816-817) vino y lo coronó con una corona que perteneció a Constantino y no protestó cuando su hijo Lotario se hizo coronar en el 823 por Pascual I (817-824) en Roma sabiendo que ya Ludovico lo había coronado en el 817. Aunque es visto como débil, ejecutó la reforma eclesiástica iniciada por Carlomagno y propagó la civilización carolingia.

Ludovico unió reino e Iglesia dándole un nuevo significado a los privilegios de los templos episcopales y los monasterios. Hasta Ludovico la inmunidad significaba que el titular del privilegio juzgaba y castigaba a los habitantes del lugar sin la intervención de la justicia pública, decidía el impuesto que había que pagar al rey, etc.; junto a la *inmunitas* existía una forma de protección que derivaba del vasallaje, llamado *mundio* o *mundiburdium*, que implicaba ponerse bajo un señor feudal, quien estaba obligado a protegerlo y representarlo; la novedad consistió en unir las dos formas de protección concediendo ambos privilegios a monasterios y obispados. Con esta novedad se presentaron dos cosas: obispos y abades adquirieron nuevos poderes y el rey se hizo dueño de monasterios y obispados, con lo cual se inició la Iglesia imperial en la que abades y obispos estaban en la obligación de participar, con militares y en forma personal, en las guerras del imperio; esto lo hacían con gusto porque la mayoría provenía de la nobleza y estaban habituados a la guerra. En tiempos de paz debían hospedar al rey y su séquito (*servitium regis*), una onerosa carga financiera.

Una de las acciones más importantes para la historia de la Iglesia fue la legislación monástica y canonical que se dio en tres momentos: 816, 817 y 819 con la orientación del visigodo Benito de Aniano, quien desde el 814 hasta su muerte en el 822 estuvo cerca de Ludovico. Benito había comenzado una reforma en Aquitania cuando Ludovico era virrey y cuando fue emperador se trasladó a Aquisgrán. El punto central de la reforma era la obligación de observar la *Regla de san Benito* excluyendo cualquier otra tradición, excepto las que fueran aprobadas en Aquisgrán; por esta razón, Benito es considerado como el fundador del monacato benedictino carolingio. Junto a la reforma monástica vino una legislación para los canónigos[68] que habían sido organizados por el

obispo Crodegango de Metz, quien les había dado una regla propia; los sínodos de Aquisgrán se preocuparon de ellos y de las canoniquesas[69], acentuando los rasgos característicos: obligación del oficio divino, falta de profesión religiosa al prometer una especie de obediencia y recomendar la pobreza.

Después de 817 quiso modificar los estatutos para dividir el reino entre sus hijos habidos en dos matrimonios; con esto comenzó la desunión hasta el punto que Gregorio IV (828-844) viajó al reino franco (833) para mediar entre Ludovico y sus tres hijos; este viaje fue un fracaso porque después de la muerte de Ludovico (840) se encendió una guerra civil hasta formar tres reinos: Francia occidental para Carlos el Calvo, hijo de las segundas nupcias de Ludovico, Francia oriental para Luis el Germánico y Francia central o Lotaringia para Lotario. La problemática habida condujo a los tratados de Verdún (843) y Meerssen (870). El resultado de la nueva configuración jurídica de las relaciones entre el Papa y el emperador, iniciada bajo Esteban IV, es el *Pacto ludovisianum*; allí aparecía implícito un reconocimiento del naciente estado pontificio y del Papa como su soberano, por medio de la unidad y libertad de elección del pontífice; con esto la Iglesia romana se desvinculaba del imperio carolingio, pero el imperio tenía derecho de intervención en virtud de la protección que le concedía. Se menciona este pacto porque en él, sin entrar a discutir si es falso o no, se encuentra la base jurídica del estado pontificio. Como el *Pacto* dejó amplio margen de interpretación, Lotario promulgó la *Constitución romana* donde se estableció que el Papa electo no podía ser consagrado si primero no prestaba juramento de fidelidad al emperador frente a los representantes imperiales y el pueblo.

2.3.2 Las decretales Pseudoisidorianas[70]

Parte del programa reformador de los carolingios era el restablecimiento de las provincias eclesiásticas según la estructura metropolitana de la Iglesia franca propuesta por Bonifacio; Carlomagno y Ludovico optaron por los sínodos donde se hacía presente parte del episcopado, pero cuando decayó la praxis sinodal todo comenzó a decaer, por lo cual varios obispos metropolitanos, como Igmaro de Reims, comenzaron a buscar una especie de supremacía jurisdiccional sobre los obispos de la provincia eclesiástica; esto fue algo nuevo porque en la antigüedad los metropolitanos sólo eran jefes del sínodo de los obispos toda vez que la instancia suprema no era el obispo sino el sínodo provincial, que tenía en sus manos el poder eclesiástico. Al darse el debilitamiento de la estructura sinodal en occidente, varios obispos procuraron ejercer el poder jurisdiccional con lo cual comenzó el uso de denominar a los obispos de la misma provincia como sufragáneos[71], que tenía en su origen un sentido de asistentes.

En la base de la pretensión de Igmaro existe un problema eclesial: la insuficiente determinación entre los derechos del metropolitano y los de los obispos provinciales; este problema es una consecuencia de la caída del antiguo sistema metropolitano que Bonifacio había querido restablecer, pero no se pudo lograr porque durante Carlomagno no se vio la necesidad de retomar ese camino porque él, como cabeza de la Iglesia franca, decidía todo y por ello cuando el poder imperial se debilitó la problemática

volvió a aparecer. Aquí tomaron auge las *Decretales Pseudoisidorianas*, una recopilación del derecho canónico que, de acuerdo al prefacio de la obra, fue hecha por Isidoro Mercator; en realidad fue una recopilación realizada por un grupo de eclesiásticos francos muy hábiles que sintetizaron los puntos principales de la problemática existente: protección de los bienes de la Iglesia contra la usurpación laical, libertad del clero para las tareas eclesiásticas, extensión del privilegio de fuero para los clérigos y tutela de los obispos sufragáneos contra el metropolitano recordando que el Papa es el juez supremo de las causas mayores.

Cuando se habla del Papa como juez supremo aparecen cosas nuevas que reforzaron notablemente su poder, por ello este documento, hecho por los francos, se convirtió en un don del cielo para Roma, con un lenguaje jurídico igual al que Roma postulaba para el Papa desde hacía mucho tiempo en torno al primado romano, en un momento en que nadie pensaba en el ejercicio concreto de la jurisdicción universal. Como las *Pseudoisidorianas* las hicieron personas inteligentes, fueron tenidas como auténticas y los Papas supieron y pudieron utilizarlas en bien de sus prerrogativas; con esta utilización se le dio un carácter jurídico a la legislación eclesiástica y a la Iglesia al reforzar lo jurídico. Por eso se puede decir que quienes compilaron las *Pseudoisidorianas* querían defender los derechos de los obispos pero resultaron otorgándole poderes al Papa. Como los obispos poco se preocuparon por esta situación, porque para ellos lo más importante era vivir la unión de los dos poderes, los Papas sí y aprovecharon para extender la jurisdicción universal sobre la Iglesia occidental teniendo dos factores previos vitales: la organización de la nueva Iglesia anglosajona y la reforma de Bonifacio.

Con estos elementos se trataba de estrechar la unión con Roma y para expresarla de una forma concreta se utilizaba el palio. Los Papas del siglo VII concedieron este signo honorífico, que viene de la antigüedad, a los arzobispos anglosajones otorgándoles el derecho de ordenar obispos sufragáneos; en el siglo VIII esta tradición se trasladó con Bonifacio al continente y con Carlomagno nació en la Iglesia franca la costumbre de conferir el palio a los arzobispos metropolitanos; con el tiempo el palio llegó a ser la confirmación del nuevo honor concedido por el Papa, porque a partir de entonces los metropolitanos tenían que pedir a Roma, en los tres primeros meses, la confirmación de su cargo solicitando el palio, que posteriormente hizo de los arzobispos metropolitanos una especie de delegados pontificios.

La problemática de las *Pseudoisidorianas* radica en la forma de cómo un asunto esencial de la antigua estructura metropolitana, que se fundaba en la colegialidad del episcopado, comenzó a decaer hasta el punto de desaparecer de la conciencia viva de la cristiandad; con ello la victoria de la monarquía papal era una cuestión de tiempo. Unido a este hecho existe otro no menos importante: el progresivo alejamiento de la Iglesia occidental de la estructura sinodal de la Iglesia antigua que tiene algo que ver con el cisma de la Iglesia oriental, porque las Iglesias de oriente han conservado la estructura sinodal. En este sentido las *Pseudoisidorianas* son un eslabón más de la larga cadena de rupturas eclesiales.

A propósito de las *Pseudoisidorianas*, se puede hablar del material falso del medioevo: literatura, textos jurídicos, documentos diplomáticos, cartas, etc. Para la ilustración y algunos historiadores tantos falsos son signo de la hipocresía y deshonestidad moral de los clérigos del medioevo; pero un juicio de esta magnitud desconoce la visión del mundo del medioevo porque en aquel entonces la verdad era algo objetivo y trascendente que no se decidía por los hechos sino por Dios y su voluntad, es decir, la verdad depende de la relación con el orden querido por Dios y si para seguir ese orden era preciso cambiar un nombre, una fecha o hacer un documento, había que hacerlo; desde esta óptica producir un documento no es una mentira, porque el problema está en saber cuál o qué verdad quiere Dios. No obstante ello, en algunas oportunidades hubo verdaderos crímenes.

2.3.3 Nicolás I y la crisis de Lotario II

La Iglesia tuvo con León IV (847-855) y Nicolás I (858-867) un breve fulgor para después hundirse en una oscuridad de casi un siglo. Las ideas de Nicolás no eran nuevas pero sí bien formuladas y actuadas: Roma sería el máximo tribunal de apelación al cual se podía acudir en cualquier fase del proceso, el Papa sería el único con potestad para ratificar los decretos de un concilio y los hombres, en cuanto pecadores, estarían sometidos a su juicio; en el fondo, Nicolás I puso en práctica las *Pseudoisidorianas* y se convirtió en el segundo eslabón de la cadena de ascenso del pontificado: Gregorio I, Nicolás I, Gregorio VII (1073-1085) e Inocencio III (1198-1216). El pontificado de Nicolás I dejó una señal en la vida eclesial y social de aquel entonces porque el mundo dependía del Papa; por ello no es de extrañar que los cristianos protestantes afirmen que este Papa fue el constructor del papado medieval.

Este pontificado estuvo caracterizado por la aplicación práctica del "principio petrino" como sucedió en el caso de la situación jurídica y canónica de Lotario II[72], cuya problemática matrimonial es uno de los casos que han entrado en la historia de la Iglesia por sus consecuencias. Lotario estaba apoyado por los obispos de Colonia y Tréveris en un tema que en aquel entonces no tenía ni doctrina jurídica ni práctica fija ya que sólo la escolástica y la ciencia jurídica del medioevo precisaron el carácter sacramental del matrimonio. Lotario II era rey de Lotaringia, el reino intermedio que se extendía desde Frisia hasta los Alpes, y aunque se había casado canónicamente con Teutberga vivía con la noble Waldrada con quien tenía dos hijos; el problema era si Waldrada era una simple concubina o algo más que ello, es decir, podía ser su mujer con todo lo que ello implica o simplemente una amante sin dote y sin protección (*Muntehe* o *Friedelehe*, según las expresiones del antiguo derecho germano); la Iglesia, que bien habría podido favorecer el segundo, por aquello de la libertad de la esposa, privilegió el primero y devaluó el segundo como un concubinato al enfatizar la indisolubilidad del matrimonio. A esta realidad se le suma otro hecho: en el mundo germano un buen número de nobles tenía junto a la mujer legítima, una o más con una unión más o menos fija.

El punto central de esta clarificación era el siguiente: cuando Lotario II se casó con

Teutberga ya tenía su relación con Waldrada y como no tuvo hijos con Teutberga, con quien se había casado por motivos políticos, quería legitimar a los hijos de Waldrada para que no fueran excluidos de la sucesión al trono. Los obispos Guntaro de Colonia y Teutguardo de Tréveris expresaron un parecer favorable y justificaron la intención de Lotario quien quería elevar su unión con Waldrada a nivel de matrimonio indisoluble, lo cual implicaría el divorcio con Teutberga. Hacia el 865 Nicolás I estableció la validez de un único tipo de matrimonio, el tipo *Muntehe*, y abolió la antigua usanza germana con lo cual frustró los deseos de Lotario II y para evitar cualquier problema llamó a los dos obispos a Roma y los depuso, no aceptó la petición que Teutberga le hizo en torno a la anulación del matrimonio y excomulgó a Waldrada.

En el 867 murió Nicolás y lo sucedió Adriano II (867-872), quien se mostró partidario de absolver a Waldrada de la excomunión, porque no se quería separar de Lotario, y discutir el caso en un concilio que se celebraría en Roma en el 870, pero Lotario II murió en Piacenza el 8 de agosto del 869, Teutberga y Waldrada se retiraron a sendos conventos, y en el 870 Lotaringia desapareció a pesar de los esfuerzos que hizo Hugo, hijo mayor de Lotario y Waldrada por acceder al trono; Hugo fue capturado, cegado y confinado a un monasterio. Con esto concluyó la primera gran lucha y uno de los grandes triunfos de Nicolás I; la otra gran batalla fue la controversia entre los patriarcas orientales Ignacio y Focio, de la cual ya se habló al abordar la Iglesia bizantina después del iconoclasmo.

3. La Iglesia y la transición imperial[73]

3.1 Aproximaciones básicas

La Iglesia Latina buscaba liberarse del yugo civil, ya que en cada región vivía una experiencia diferente de acuerdo con el crecimiento o decaimiento del reino. En el reino franco vivía una desastrosa situación porque los reinos querían apoderarse de la Iglesia; en el germano, reyes y obispos estaban unidos en su lucha contra los duques. Además se presentaron dos factores comunes en las Iglesias territoriales: la herencia de la antigüedad y el impacto de la reforma carolingia.

La teología permaneció en el surco de la tradición, la pastoral y la piedad no sufrieron mayores cambios, la liturgia tuvo una fuerte estructuración, la disciplina fijó algunas normas; aunque oficialmente no se daban cambios, en la práctica sí pero no se presentaba la reflexión sobre su significado, simplemente se hacían y basta. En liturgia se comienza a imponer la romana asumiendo rasgos precisos, sin impedir que algunas liturgias[74] se conservaran. Son interesantes, como libros litúrgicos, el sacramentario de Fulda y el pontifical romano-germánico de Maguncia (950). Durante este período la liturgia francoromana adquirió gran importancia de manera que, después de la aprobación de Trento, fue la que rigió la Iglesia hasta el Vaticano II.

En la vida cotidiana aparecen las parroquias rurales que se sostenían con la dote y los

diezmos. La *Institutionis canonicorum* de Aquisgrán (816) da a entender que los clérigos podían llevar una vida comunitaria, con derecho a la propiedad individual; estas disposiciones estaban sometidas a las determinaciones episcopales. Otro aspecto de las parroquias fue el hecho de que no todas tenían derecho a bautismo y sepultura; teniendo esto presente se puede entender mejor porque algunas parroquias terminaron siendo Iglesias privadas.

La estructuración eclesial era jerarquizada, es decir episcopal; el contacto con Roma era poco y se reducía a la recepción del palio arzobispal y la presencia de delegados pontificios en algunos sínodos regionales. En este ámbito jerarquizado y sinodal, desaparecieron los *corepíscopos*, obispos consagrados de segundo nivel; su función principal era la crismación o segunda unción, que comenzó a llamarse confirmación al darse la ruptura de la unidad de los sacramentos de iniciación. Este tipo de obispos nació en Inglaterra, donde, por fidelidad a Roma, los obispos se vieron en la obligación de tener entre los misioneros que se desplazaban al continente alguien que pudiera administrar la crismación[75]; al final del medioevo volvieron a aparecer pero como obispos titulares. A pesar de la decadencia, la organización eclesiástica era estable; ello se puede captar en algunas colecciones o manuales para la administración pastoral, como la colección de Regino de Prüm (906) que era un manual para que los obispos en las visitas pastorales supieran desempeñarse como pastores y jueces. No debe extrañar que el ordenamiento de la Iglesia permaneciera dentro de un contexto político preciso, por lo que, algunas veces, aparecía como una federación de Iglesias territoriales.

Las Iglesias privadas dependían de un señor feudal y casi todas eran rurales, estaban en continua lucha con los monasterios y las colegiatas que eran de nobles y, al margen, quedaban las Iglesias catedrales. En este contexto desapareció la distinción entre patrimonio y jurisdicción por parte de los obispos, entre posición patronal y apropiación feudal por parte de laicos y señores feudales que deseaban adueñarse de diócesis y monasterios tomando para sí los bienes eclesiásticos; por esto se presentaron algunos abades laicos sobre todo en la región de Lorena[76].

La problemática suscitada entre la presión de los reyes y señores feudales por apoderarse de la Iglesia y la lucha de los monasterios y los obispos por adquirir privilegios para liberarse fue el germen de la lucha de las investiduras. En el contexto de esta problemática se encuentran: las exenciones (fiscal y judicial), las regalías (mercado, moneda y aduana) para episcopados y abadías y la lucha de las abadías para liberarse de los abogados. Como los monjes no podían tomar las armas ni participar en pleitos, existían los abogados, encargados de defender los derechos civiles de la Iglesia; con el tiempo este cargo comenzó a ser hereditario y los abogados terminaban siendo patrones de los monasterios para disfrutar sus bienes; contra estos abusos lucharon los monasterios no con armas sino con argumentos con lo que se originó un problema jurídico. A superar esta realidad en Germania y el norte de Francia, iba encaminada la reforma gregoriana, que de alguna manera ayudó al “renacimiento de la cristiandad medieval”[77].

En la presentación episcopal, un derecho patronal, el influjo del soberano era grande, tanto que normalmente se elegía al candidato presentado por el rey; la práctica era sin reglas fijas y daba al soberano y al señor feudal posibilidades para intervenir en una elección después de la cual venía la designación del cargo, la investidura, que era un *preaceptum* o documento para proceder a la consagración. En un principio la investidura era una cuestión simbólica en la que el soberano dotaba la Iglesia diocesana, catedralicia, y el obispo hacía un juramento de fidelidad al soberano; aquí aparece el *servitium regis* que comprendía *gistum* (alojamiento), *fodrum* (alimentación), *auxilium* (tropas); posteriormente el rey comenzó a entregar el báculo (fines del siglo IX) y el anillo (mitad del siglo XI) a los obispos; una cuerda (para la campana) a quienes eran nombrados para las capillas, y un fusil a quienes recibían una parroquia rural (un terreno para conservar). Además del *servitium* estaba la obligación de orar por el soberano y el bienestar del reino.

3.2 Transición real

En el mundo occidental el pontificado era la única autoridad máxima pero se vio sometida a las luchas de poder que se presentaron entre familias y reinos que originaron las Iglesias territoriales. En la época poscarolingia se presentó esta situación: en el 817 se firmó el *Pacto ludoviciano* en el cual, a raíz de la sucesión apostólica petrina, se le concedía mayor autonomía al Papa; en el 824 con Lotario I se firmó la *Constitución Romana* en la que, sin quitarle libertad al pontificado, se presentaba la posibilidad de intervención regia en la elección papal. Era una solución equilibrada en medio del caos, pero con la caída del imperio y la división política en tres regiones, una de las columnas de este naciente equilibrio también cayó con lo que la autoridad pontificia disminuyó en medio de las luchas por el pontificado y el aumento de poder episcopal, sin descontar lo llamativo que era estar al frente del patrimonio petrino, de los estados pontificios, que habían sido concedidos por Pipino el Breve[78].

Conrado I (911-918) fue el primer rey no carolingio que rigió los destinos de una parte del imperio. En la navidad de 911 visitó el monasterio San Gall; esta visita es importante para entender algunos aspectos de las relaciones entre la Iglesia y los reinos. Entre los datos importantes que se deducen de esta visita están: las abadías eran centros culturales y políticos, los reyes tenían intereses litúrgicos hasta el punto de que algunos desearon ser inscritos como hermanos generales, la recíproca sumisión del rey a la Iglesia en cuestiones religiosas y de la Iglesia al rey en cuestiones políticas, la ruptura que produce la presencia de un extraño al interior de un convento, la creación de libros de hermanos generales, por quienes se oraba, que tenían un uso básicamente litúrgico: unos, vivos, y otros, muertos. El rey tenía el deseo de ser inscrito como hermano general; se hizo la votación, fue aceptado y, siguiendo la tradición, la pagó generosamente[79]; después de la aceptación se celebraba la misa y luego venía la mesa. Con el hecho de ser inscrito como hermano general se creía que ya se tenía asegurada la vida después de la muerte.

Hacia el 916 se reunió el sínodo de Hohen-Altheim con obispos de Franconia, Svizzera

y Baviera; no hubo obispos de Sajonia. Fue el primer sínodo en tierras germanas que contó con la presencia de un delegado pontificio enviado por Juan X (914-928); en este sínodo se encuentra una concreta colaboración de la Iglesia (obispos) con las intenciones del rey en la lucha contra los duques quienes estaban alzando la mano contra el consagrado al darse tendencias separatistas; es cierto que se defendía el ideal de la unidad, pero no es menos cierto que algunos nobles fueron confinados a vivir como prisioneros en algunos monasterios (enclaustrados) con la aprobación de la Iglesia. La presencia del delegado pontificio deja entrever la influencia del obispo de Roma, que desapareció a los pocos años porque dentro de la mentalidad feudal, el rey era el jefe de la Iglesia territorial. En este sínodo comenzó a presentarse una cierta oposición a la simonía[80].

Dos elementos importantes para entender a Conrado I. El deseo de ser hermano general no debe ser visto como una jugada diplomática e hipócrita porque la vida cristiana de la mayoría de los reyes era un compromiso para buscar los medios con los cuales pudieran salir de su situación de pecado: se sentían pecadores, aceptaban esa realidad y sentían su vida cristiana. En su tiempo, el Estado no era una realidad jurídica como hoy se entiende; era una realidad personal encarnada en una persona concreta.

A la muerte de Conrado I, asumió el trono Enrique I (918-936) de Sajonia quien de rival de la casa de Franconia pasó a ser rey de Germania con lo que el reino germano se alejó de manos carolingias; este rey, que se hacía llamar “el primero entre los príncipes iguales”, pertenecía a la familia de los Liudolfinos. En su nombramiento y elección desempeñó un importante papel Abelardo, hermano de Conrado I. El obispo de Maguncia lo quiso coronar rey pero él buscó las mejores razones para que no sucediera; algunos han querido ver en esta actitud un cierto laicismo, otros la juzgan como un acto de humildad[81]. Tenía una actitud pacífica con los otros príncipes germanos, abandonó la región de Germania, se desplazó hacia el suroeste, a Lotaringia y Francia, donde fue reconocido como soberano; con esto se inició una nueva orientación de la historia imperial.

En el 928, Enrique I eligió como sucesor a su hijo Otón quien estaba casado con una princesa inglesa. En la capilla palatina de Aquisgrán, la ciudad de Carlomagno, sucedió la coronación[82] y unción de Otón I (agosto 7), quien después de aceptar el homenaje de vasallaje, ser nombrado rey por consenso de los príncipes y aclamado por el pueblo, participó en un festejo cultual y ritual en el que los cuatro duques del reino germano fueron los encargados del servicio: el de Lotaringia era el camarlengo, el de Baviera, el mariscal encargado del campamento y los caballeros, el de Svevia, el copero mayor, y el de Franconia, el encargado de la mesa. El ceremonial de esta coronación se fijó en el *Ordo de Maguncia* y en el pontifical romanogermánico con lo que terminó siendo el modelo para las coronaciones. Junto a la coronación, otro dato importante del reinado de Otón versa sobre los obispos como nuevos príncipes imperiales, es decir, no sólo pastores, sino también duques y condes.

La magnificencia de esta ceremonia no acabó con las rebeliones que aún antes de la

coronación se presentaron; estas rebeliones, en las que participaron los príncipes de los otros reinos e incluso los familiares de Otón I, condujo a que los obispos terminaran siendo príncipes. El príncipe de Baviera deseaba la libertad y la supremacía sobre la Iglesia; el hermano menor de Otón I, también participaba en las rebeliones y por esto se desplazó a Lotaringia para organizar la oposición. En el 941 se gestó un complot contra Otón I, del cual se liberó en el palacio de Quedlinburg; escapó e intervino en Francia donde fue reconocido como sucesor de Carlomagno; hacia el 951 aparece como rey de francos y lombardos; hacia el 954 su hijo Ludolfo figura como jefe de los rebeldes; al poco tiempo los húngaros volvieron a invadir territorios de Germania.

Estas vicisitudes hicieron cambiar los planes políticos; en lugar de confiar la autoridad de los ducados a sus familiares, optó (953) por entregar la autoridad política a obispos y abades con lo que la autoridad de la Iglesia se refuerza, al tiempo que se hace eficaz uso de ella. Este sistema, llamado sistema otoniano, que venía de siglos anteriores (merovingios y carolingios), fue mejorado por Otón I hasta el punto de que aparece la Iglesia imperial, en la que el rey tenía la autoridad suprema (no propiedad), y la Iglesia, una autoridad delegada en los estados episcopales; los obispos comenzaron a ser útiles al reino porque ni tenían herederos, ni tenían, supuestamente, intereses personales. El sistema germano, con sus inconvenientes, era diferente del sistema francés; mientras que en Germania los obispos no eran propietarios de las diócesis, en Francia algunos duques terminaron siendo obispos y propietarios de la Iglesia en sus territorios. Frente a esta estrecha colaboración, que convertía a los obispos en príncipes, hubo algunas críticas; entre ellas está la de Guillermo de Maguncia, familiar de Otón I, quien en el otoño del 955 le escribió una carta al papa Agapito II (946-955); esta carta es una protesta contra el proyecto de Otón I, quien quería crear algunas diócesis segregadas del territorio de Maguncia.

3.3 Relaciones políticas de los eclesiásticos

3.3.1 El pontificado[83]

Con Adriano II (867-872), cuyo pontificado terminó con la expulsión de los misioneros romanos de Bulgaria, se cierra la primera parte del libro de los pontífices que retoma las crónicas a mitad del siglo XI; aparece un largo y oscuro período, el siglo X, donde son pocas las noticias por lo que ha sido llamado “siglo oscuro y de hierro”. Al tiempo que se presentó esta laguna, está la decadencia moral del pontificado; no en vano algunos hablan de la pornocracia romana. A lo largo del siglo IX el pontificado estuvo metido en las contiendas entre los herederos carolingios y los partidos romanos y así estuvo hasta mediados del siglo X cuando Otón I, de la dinastía sajona, restableció la autoridad imperial (962), gracias al movimiento reformista que desde el 910 se había iniciado en Cluny.

Durante el siglo IX el Papa era el señor de Roma, los reyes de los diferentes ducados eran mantenidos fuera de la ciudad; el primer palacio pontificio, el Palatino, fue abandonado para centrarse en Letrán, cerca del cual se encontraban las estatuas de

Marco Aurelio y la Loba, signos de la autoridad y el poder de la ciudad, y una cierta preocupación por san Pedro, que no estaba sometido a ninguna jurisdicción; durante este siglo los ritos latinos comenzaron a tomar elementos del esplendor bizantino con lo que la liturgia pasó de la celebración a la manifestación, donde eran más importantes el lujo y las normas que la vivencia. Junto a estos elementos se ubican: la creciente importancia que va tomando el personal del palacio lateranense que comienza a ser llamado "sacro"; la aparición de los jueces clericales y el bibliotecario, entre los cuales el más célebre es Anastasio; y el creciente influjo de las familias romanas sobre el pontificado.

El siglo oscuro del pontificado comienza hacia el 882 cuando Juan VIII (872-882) fue asesinado y se desencadenaron unas rivalidades que disminuyeron en 1046, cuando tres Papas fueron depuestos por Enrique III. Durante este período pasaron por la sede petrina 45 personas entre Papas y antipapas; de esas 45 personas: 15 fueron depuestas, 14 murieron o en la cárcel o asesinadas y 7 fueron exiliadas. Lindo escenario para escribir una crónica negra sobre el pontificado que se encontraba entre los deseos de libertad, el poder de los reyes y las manos de la aristocracia. Algunos Papas de este período son:

Juan VIII (872-882). En el 875, cuando murió Luis II, el Papa optó por acogerse a la protección de Francia, consagrando emperador a Carlos el Calvo (navidad de 875) quien renovó el pacto con la Iglesia y le regaló la Cátedra de San Pedro, que hoy se encuentra en el ábside de la Basílica Vaticana, y una cruz de plata, de la cual hoy se encuentra una copia junto a la Pietà, porque la original desapareció en el saqueo de 1528.

Carlos el Calvo, a la muerte de Luis el Germánico (+ 876) quiso anexar ese territorio y al entrar a conquistarlo fue vencido por Luis el Joven; derrotado, quiso retornar a Italia y Roma pero al encontrar oposición de los grandes del reino franco occidental y fracasar en la reconquista a Italia, se refugió en Francia, cerca a Saboya, donde murió (octubre 6 de 877). Al mismo tiempo, Lamberto de Spoleto ocupó Roma. Frente a esto el Papa acudió a Francia (878) y después de varios trámites sin obtener ayuda, retornó a Roma (882) donde fue asesinado por un pariente que quería adueñarse del patrimonio petrino.

Formoso (891-896). En medio de luchas aristocráticas, tuvo el valor de enfrentarse al reino de Spoleto. En sus relaciones políticas optó por Germania, haciendo alianza con Arnulfo de Carintia, un carolingio habido fuera del matrimonio, quien llegó a Roma, comenzó a luchar y en el 896 fue coronado emperador. El problema estaba en el hecho de que el Papa había coronado como emperador (892) a Lamberto de Spoleto quien comenzó a aprovecharse del poder, por lo cual el Papa hizo alianza con Arnulfo de Carintia y lo desterró de Roma; a la muerte de Formoso, Lamberto retornó a Roma y en el pontificado de Esteban VI (896-898) convocó el concilio cadavérico.

Este concilio consistió en que el cadáver de Formoso fue exhumado, se le juzgó por ambicioso, ya que había dejado su diócesis de Porto[84]; por estas y otras razones, los actos de su pontificado fueron anulados. Se ignoró la verdadera razón: la venganza contra una persona que se había opuesto a Spoleto. A raíz de este concilio, la Iglesia se dividió entre quienes apoyaban a Formoso y quienes lo condenaban; se desató un período de crisis, que se pacificó un poco con el pontificado de Juan X (914-928), quien

optó por la casa de Friuli y cayó en manos de las familias romanas. El concilio cadavérico condujo a varias consecuencias positivas: hizo ver que el Papa no es solamente el obispo de Roma sino que su jurisdicción traspasa los límites de la ciudad, y se abolió la prohibición del cambio de sede. El Papa Teodoro II (897) hizo enterrar a Formoso en San Pedro; el libro de los pontífices calla sobre el asunto del juicio a Formoso y algunas disputas posteriores.

Con el pontificado de *Juan X* (914-928) se entra en la historia del pontificado en manos de las familias romanas que al final lo depusieron y lo mataron; entre estas familias está la de Teofilacto y Teodora cuya hija Marozia fue amante de un Papa (Sergio III, 904-911) y madre de otro (Juan XI, 931-935). Esta familia, entró en lucha con Alberigo II, preceptor romano (932-954), hijo y rival de Marozia debido a su segundo matrimonio con Hugo de Provenza, para quien el Papa sólo debía tener funciones espirituales. Durante estos años al Papa sólo lo conocían los miembros de la familia de Teofilacto, para los demás era un desconocido.

3.3.2 El episcopado[85]

Bruno (925-965), hermano de Otón I, fue destinado por su familia a la vida eclesiástica, recibió una esmerada formación en Utrech. A partir de 940 figura desempeñando funciones políticas, al tiempo que era el director de la capilla imperial, el puesto más influyente del naciente imperio, se preocupaba por la vida espiritual y el monacato. Siendo obispo de Colonia recibió la administración del ducado de Lorena. Como influyó en el episcopado germano para que los obispos aceptaran los cargos civiles, se le tiene por organizador del sistema eclesial germano. Junto a Guillermo de Maguncia fue regente del reino durante el tiempo que Otón I estuvo en Italia. Creó una escuela cerca de la catedral de Colonia donde se formaban los futuros obispos y clérigos que desempeñarían funciones civiles. A pesar de sus afanes políticos fue un celoso pastor con tendencia al monacato y el ascetismo.

Otro obispo fue Ulrico o Uldarico de Augsburgo, quien, cuando los húngaros quisieron tomarse la ciudad (954-955), se vio obligado a defenderla tomando parte en la batalla, portando los ornamentos sacerdotales, hasta que llegaron las fuerzas de Otón I; en esta oportunidad se obtuvo el triunfo en la batalla de Lechfeld (agosto 11 del 955). Con este triunfo, que fue un triunfo para todo el imperio, los húngaros fueron vencidos.

Sobre la base la actividad de esos dos obispos se puede describir y analizar el trabajo de los obispos teniendo presente la sinergia entre reino e Iglesia al interior del sistema otoniano de la Iglesia imperial; cuando se habla de Iglesia se hace referencia a la institución jerárquica del episcopado y los abades de los grandes monasterios, que normalmente estaban al servicio del rey; la expresión simbólica era la investidura. Las notas características de este servicio eran: ninguna elección episcopal y abacial era posible sin el consenso del rey, los candidatos eran elegidos de entre los miembros de la capilla imperial, normalmente los candidatos pertenecían a la aristocracia, obispos y abades presentaban un homenaje de vasallaje y fidelidad al rey y no al Papa[86], creando

un nexo personal mediante la recepción del báculo, y desde Enrique III del anillo y las regalías[87]. En contraprestación, obispos y abades, aceptaban el *servitium regis*, eran consultores políticos y se constituían en apoyo moral para el rey. En el fondo, la tarea política del obispo era compatible con su ministerio pastoral.

En torno a esta realidad se han dado varios juicios. Es un plan meditado contra la aristocracia laica que encontró el culmen cuando el pontificado fue unido a este sistema. Para otros era la continuación de la línea impuesta por los carolingios. No se puede entender el sistema otoniano como una Iglesia nacional, aunque es posible encontrar algunos elementos nacionalistas como la concentración de poder en manos del soberano. Más que lanzar un juicio, es justo decir que la Iglesia no fue vista como un instrumento y existía un alto grado de concentración de poder en el que la Iglesia colaboró; para entender esta realidad conviene comparar la vida de la Iglesia en las diferentes regiones para sacar una conclusión objetiva. Lo más preciso sería decir que se asiste a los primeros pasos de la lucha de las investiduras, que junto con la simonía y el nicolaísmo fueron las tres plagas que pretendió erradicar la reforma gregoriana.

3.4 El movimiento monástico[88]

Durante varios siglos el monacato influyó en la sociedad marcando una época, sembrando semillas que posteriormente dieron origen a las órdenes mendicantes, influyendo en la sociedad y la economía, y asumiendo notas características en las diferentes regiones. Además, recibió la tradición de la antigüedad y los primeros siglos del medioevo y la conservó y transmitió al mundo; por estas razones se convirtió en un fenómeno de la historia sobre todo cuando fueron los nobles quienes terminaron siendo monjes. Esta nota es vital para entender la teología monástica, básicamente escatológica, porque en un mundo que se acercaba al fin todos deseaban asegurar su salvación a través de la consagración religiosa. Por eso el monacato medieval era un asunto de interés público.

En los monasterios no sólo se oraba y se hacía silencio, también se trabajaba y se recibía formación cultural, por eso los monjes fueron llamados a desempeñar importantes cargos al interior de las cortes y de la Iglesia; a través de estos personajes se conoce la historia del monacato, pero se olvida que la mayoría de los monjes vivían en sus monasterios dedicados en su consagración, para sostener con su trabajo y oración las estructuras de la sociedad y la Iglesia. Por esto es importante apreciar las memorias, los libros de hechos notables, donde se imprimía la historia viva del convento. En aquel entonces, los monjes eran lo bastante inteligentes y por ello se encuentran los “libros memoriales” tanto de vivos como de muertos, por quienes a diario se hacía oración. En cuanto a la oración, ésta era el servicio fundamental de los monjes, porque hacia el siglo X no se entendía a un monje haciendo pastoral activa, cultural, política o económica.

En un documento de 819, del tiempo de Ludovico Pío, se habla de tres clases de monasterios atendiendo a sus riquezas: los que estaban obligados a pagar impuestos y servicio militar, los que pagaban impuestos sin proporcionar servicio militar, los que

eran eximidos de ambas cosas para prestar el *servitio monasticorum* a través de la oración por el rey, su familia y el imperio. De este documento se deduce que la vida monástica no era una isla, sino que la sociedad se interesaba por ella, porque era la garantía de los bienes públicos y su presencia era tan necesaria como la del ejército; unida a esta necesidad se ubica la mentalidad, que vivía un ambiente religioso donde se buscaba una cierta seguridad en torno a la salvación. En medio de tantas luces, es normal que aparezcan las sombras; frente a éstas apareció la reforma carolingia, liderada por Benito de Aniano con el apoyo de Ludovico Pío; esta reforma impuso la *Regla de San Benito* a los monjes y entre 817 y 819 promulgó una serie de disposiciones que se fueron aplicando aún después de la muerte de Benito de Aniano (+ 821). Esta reforma desembocó en la reforma de Cluny.

3.4.1 El monacato cluniacense[89]

La abadía de Cluny, villa feudal cerca a Mâcon, fue fundada en el 910. El documento sobre la fundación tiene la fecha del 11 de septiembre. Guillermo de Mâcon, duque de Aquitania y propietario de aquella villa, tomó la decisión de donarla y sostener el monasterio por aquello de dar los bienes a los pobres, a condición de asegurar su salvación gracias a la oración que se haría por él, su familia, el emperador y el imperio. La novedad consiste en organizar una orden que tuviera en Cluny el centro desde el cual se difundiera la vida monástica; al mismo tiempo Cluny fue nombrado como propiedad de los apóstoles Pedro y Pablo y por lo tanto exento de cualquier soberanía terrena, es decir, el fundador renunció a sus derechos, concedió *libertas romana* y le impuso la tuición y la defensa en favor de Roma. Además, permite captar la doble ventaja con la cual nació Cluny: el fundador renunció a sus derechos y fue construido donde no existían ni muchos problemas políticos, ni un fuerte influjo monárquico. Sus primeros abades fueron: Bernón (910-926), Odón (927-942), Aimaro (942-954), Mayolo (954-994), Odilón (994-1049), Hugo (1049-1109), personajes claves en la expansión del monacato cluniacense por Europa formando lo que se puede llamar la primera orden monacal en occidente. Para entender la expansión de este monacato se citan cuatro causas básicas:

La organización. Cluny se convirtió en el centro de una serie de monasterios satélites, que aunque independientes seguían las normas trazadas allí. Las cinco grandes abadías que giraban en torno a Cluny eran: Souvigny (921), Sauxillanges (950), La Charité-sur-Loire (1059), Lews (1078), Saint Martin-des-Champs (1079); cada una de estas abadías tenía varios prioratos que dependían de ellas y de Cluny.

El ideal eclesiológico y litúrgico. En lo eclesiológico, una cosa es la *Cluniacensis ecclesia* y otra el *Ordo cluniacensis*, a la primera pertenecían todos los profesos, el segundo se refiere a la forma de vida practicada y fijada que lentamente se expandió. En liturgia aparece la solemnidad del oficio divino: "Una Iglesia en oración que espera el juicio final"; junto a esta realidad surgía la importancia de la penitencia.

La relación con el feudalismo. Cluny tenía la *libertas romana* pero no se alejó del plano social porque de hecho, y dado que los monjes en su mayoría eran nobles, el abad

era el rey del monasterio quien podía elegir a su sucesor y a quien los monjes tenían que rendirle vasallaje. En relación con el mundo exterior, Cluny ofrecía la oración por los benefactores y un nuevo ideal de santidad: "Es cierto que en el monasterio se puede asegurar la santidad; también se puede ser santo viviendo en el mundo pero llevando un cierto ritmo de vida conventual"[90]; aquí nació el ideal del caballero cristiano de las posteriores cruzadas, el ideal de aquel que protege al pueblo.

La conciencia comunitaria y la acción social. En el campo comunitario existía preocupación por la oración por vivos y muertos; en cuanto a la preocupación por los difuntos, nació bajo el gobierno abacial de Odilón, la memoria de todos los fieles difuntos el día siguiente a la celebración de todos los santos. En relación con la memoria de los difuntos está el nacimiento de la acción social ya que cada vez que moría un monje se le concedía alimentación a un pobre por 30 días; el día del aniversario de la muerte de un monje se le daban dones a los pobres; en el siglo XII esta práctica fue restringida porque la crisis económica era grande, los "muertos se estaban comiendo a los vivos", y hubo que limitar la distribución diaria a 50 comidas.

3.4.2 La reforma lorenesa

En Lorena, cerca a Gorze, fue fundado el monasterio San Gorgonio (757) por parte del obispo Crodegango de Metz; después de un glorioso nacimiento vino un período de crisis en el que tomaron parte activa los abades laicos. Adalberto I, obispo de Metz y propietario del convento, lo ofreció a unos clérigos que deseaban vivir en comunidad; hacia el 934 comenzaron a vivir allí algunos canónigos bajo la regla de san Benito y las normas carolingias. Contemporáneamente Gauzalín de Toul, renovó los monasterios de Saint'Evre y Verdún; en Tréveris también se dio una reforma en el monasterio San Maximino. Estos monasterios entraron en contacto con Gorze, y bajo la protección de los Otones, comenzó una reforma diferente a la de Cluny que nunca pensó en crear una congregación porque cada monasterio era autónomo, no veían ningún problema en trabajar para el rey[91], no tenían *libertas romana*, y se intercambiaban las listas de difuntos.

Hacia el 956 se entra en la segunda etapa cuando los obispos de Metz y Toul, encargaron a un cluniacense, Guillermo de Diogine, fundador del monasterio de Fruttaria, en Italia, de la reforma, no porque faltaran personas idóneas sino porque querían recibir la influencia de Cluny; es la llamada reforma neogorziense en la cual se destaca el abad de Schwarzch, Ekkerberto (+ 1076); hacia la primera mitad del siglo XII termina este influjo.

Otro centro con influjo de Lorena era Brogne. Hacia el 918 el señor feudal Gerardo de Brogne fundó un monasterio de canónigos; en el 923 este señor tomó el hábito benedictino, fue nombrado abad del monasterio que fundó y comenzó un movimiento de reforma y organización de los monasterios de Lotaringia y Fiandra. Al monasterio san Pedro de Gans, centro de la reforma en Fiandra, llegó (955-957) el monje inglés Dunstan, quien era perseguido en su tierra y fue el que transportó la reforma lorenesa a

Inglaterra.

En Inglaterra, por las invasiones vikingas, los monasterios prácticamente desaparecieron durante el siglo IX. Entre 959 y 975 se dio la primera edad de oro anglosajona, cuando el rey Edgar quiso incluir a los vikingos dentro de la población; este rey quiso también una reforma monástica y eligió a tres monjes: Dunstan, Etevoldo y Oswald, quienes conocían los monasterios reformados del continente de Gans y Fleury. En el ámbito de esta reforma, los capítulos catedralicios de Canterbury, Winchester y Munster se convirtieron en abadías benedictinas, lo cual duró hasta 1539, cuando Enrique VIII decretó normas favorables a la Iglesia anglicana. En el 970, después del sínodo de Winchester, apareció la *Regularis concordia anglicis nationis* en la que, además de la reforma, se creó un nexo entre el monacato y la monarquía.

Para terminar, Cluny fue la cuna del movimiento reformador monacal, y junto a él, se dio el de Gorze. Ambos se expandieron por Europa: Cluny por Francia, Italia, España e Inglaterra, sin entrar en Germania; Gorze, además de expandirse por estas regiones también penetró en Germania. Algunos historiadores sostienen que Cluny no penetró en el imperio debido a la actitud de los obispos germanos.

---

2 Cf. Pierini, F. *Op. cit.*, pp. 85 y 104.

3 Cf. Jedin, Hubert (dir.). *Manual de Historia de la Iglesia,* III. Herder, Barcelona, 1987[2], pp. 56-61. De aquí en adelante se citará Jedin y el tomo respectivo.

4 Este apartado es una síntesis de varios textos: Guerriero, Elio (dir.). *Complementi alla storia della Chiesa diretta da Hubert Jedin.* Jaka Book, Milano, 1991[2], pp. 61-81; Jedin, III, pp. 89-123; Ostrogorsky, Georg. *Storia dell'impero bizantino.* Enaudi, Torino, 1996, pp. 139-197; Hughes, Philiph. Síntesis de historia de la Iglesia. Herder, Barcelona, 1984, pp. 104-106; Hertling, Ludwig. *Historia de la Iglesia.* Herder, Barcelona, 1989, pp. 159-161; Fliche, Agustín y Martin, Víctor (dir.). *Historia de la Iglesia de los orígenes a nuestros días,* V. Edicep, Valencia, 1974, pp. 455-478. Se citará Fliche – Martin y el tomo respectivo.

5 Alberigo, Guisuppe et al. (dir.). *Conciliorum Oecumenicorum Decreta.* Dehoniane, Bologna, 1991, pp. 131-156. Se citará COD.

6 Este Teodoro fue nombrado patriarca de Constantinopla en el 815 sustituyendo a Nicéforo, quien fue depuesto porque no cooperó con el iconoclasmo, ni ayudó a preparar un sínodo contra las imágenes.

7 Cf. Ostrogorsky, G. Op. cit., pp. 198-291.

8 Focio murió en el exilio en el 891.

9 Cf. Ostrogorsky, G. Op. cit., p. 256.

10 Cf. Rogier, L. J. et al (dir.). Nueva historia de la Iglesia, II, Cristiandad, Madrid, 1967, pp. 103-111. Se citará NHI y el tomo respectivo.

11 Después de la caída de su padre fue castrado y exiliado, se retiró a un monasterio donde se hizo monje y posteriormente fue abad.

12 Focio era un inteligente e influyente personaje del imperio bizantino, profesor de filosofía en el ateneo imperial de Constantinopla, director de la cancillería imperial y miembro del senado.

13 Cf. Pierini, F. Op. cit., p. 60.

14 Cf. Bihlmeyer, Karl y Tuechle, Hermann. Storia della Chiesa, II. Morcelliana, Brescia, 1996, pp. 40-50. Se citará Bihlmeyer – Tuechle, y el tomo respectivo.

15 Cf. Grivec, F. y Tonsic, F. Constantinus et Metodius. Tesalonicenses fontes. Rodevi Staronslavensko Institute, Zagreb, 1960; esta edición crítica tuvo como base Vita Constantini et Vita Metodii del siglo IX, escrita en lengua paleoeslava.

16 La creación del primer alfabeto eslavo es el glagolítico y no el cirílico; este alfabeto constaba de 38 letras con una grafía que en parte fue tomada de las letras minúsculas cursivas griegas añadiendo algunos signos orientales.

17 No pudo fijar allí su sede sino en el castillo de Szalavár que pertenecía a Cozel; con esto entró en crisis con el primado de Baviera y por ello fue apresado por Carlomán, hijo de Luis el Germánico. Cf. Jedin, III, p. 260.

18 Cf. Fliche – Martin, V, pp. 665-672; Orlandis, José. "Del mundo antiguo al medieval". En: Equipo. Historia Universal Eunsa, III. Pamplona, 1981, pp. 273-285. Esta obra se citará Historia Eunsa y el tomo correspondiente.

19 Cf. *Historia Eunsa,* III, pp. 303-312.

20 Cf. Masoliver, Alejandro. *Historia del monacato cristiano,* I. Encuentro, Madrid, 1994, pp. 104-108.

21 Cf. Fliche – Martin, V, pp. 291-307; Historia Eunsa, III, pp. 312-316; NHI, II, pp. 50-55.

22 Cf. Historia Eunsa, III, pp. 301-302; NHI, II, pp. 40-49.

23 Esta Iglesia conservó el latín para la liturgia y la teología, y el gálico para el derecho canónico; además, en su deseo de imitar la civilización antigua, se esforzaron por hablar y escribir bien el latín.

24 Junio 25 de 839.

25 Cf. Jedin, III, pp. 323-325.

26 Cf. Jedin, II, pp. 53-87.

27 Los cronistas galos dan a los monjes de estos monasterios los nombres de devotos, sirvientes, custodios e incluso canónigos.

28 Cf. Bihlmeyer – Tuechle, II, pp. 27-34.

29 Por ello se dice que la misión anglosajona es una misión franca que sigue a los conquistadores.

30 Cf. NHI, II, pp. 44-45; Fliche – Martin, V, pp. 547-548.

31 Martel después de la victoria sobre los árabes (732) estaba en la cima del poder.

32 Los nuevos regentes francos habían sido educados en un monasterio, es decir, era una generación abierta a la reforma eclesiástica que era fundamental para los intereses del reino franco.

33 Con este nombre se conocen las disposiciones legislativas escritas emanadas por los carolingios.

34 Cf. Jedin, III, pp. 69-70.

35 Cf. Lortz, Joseph, Storia della Chiesa in prospettiva di storia delle idee, I. Paoline, Milano 1987, pp. 310-317. Engelbert, Pius, "Viajes de los papas al reino franco", original alemán cedido por el autor.

36 En este sínodo existían algunos cánones expressa verbis contra los usos de las Iglesias de occidente: sobre el matrimonio de los clérigos (13), el ayuno sabatino durante la cuaresma (55) y la cuestión del papa Honorio (1). Cf. Jedin, II, pp. 680-681.

37 Cf. Pierini, F. Op. cit., p. 61.

38 Cf. Fliche – Martin, VI, pp. 13-26.

39 Por esta razón los soberanos europeos añadían a su título la expresión gratia Dei.

40 Técnicamente este Papa sería Esteban III, pero se conoce como II porque sucedió a otro Papa, Esteban II que apenas duró tres días en el pontificado.

41 Cf. Gasparri, Stefano et al. Fonti per la storia medievale. Dal V all'XI secolo. Sansoni, Firenze, 1992, pp. 226-227.

42 Cf. Pierini, F. Op. cit., p. 57.

43 Cf. MGH. Fontes iuris germaniae antiquae, X, 1968. En este volumen existe una edición crítica de la donación de Constantino.

44 En sentido estricto este Papa sería Esteban IV; el problema radica en que el Papa conocido como Esteban II, sucedió a otro Esteban que sólo estuvo en la sede tres días.

45 Esta consideración es importante porque hasta ese entonces las dos cosas eran posibles.

46 En este canto, una exaltación en forma de oración litánica, se encuentra, por primera vez, la aclamación Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

47 Cf. Carta 60, Codex carolinus; en MGH Epistulae, III. Este texto es la publicación de las 99 cartas del Codex Vindobonensis 449, un manuscrito del siglo IX. La carta citada data de mayo de 778 y es bastante discutida.

48 Eran el arcipreste Pedro y el abad Pedro del monasterio San Sabas.

49 En relación a la muerte de Adriano, Carlomagno envió una lápida en mármol con una inscripción redactada por Alcuino donde honra el recuerdo del Papa; actualmente esta lápida se encuentra en el atrio de la basílica de San Pedro.

50 Cf. Sanchís, Ricardo. También la Iglesia tiene historias. Mensajero, Bilbao, 1995, pp. 133-139.

51 Cf. Jedin, III, pp. 175-183; Fliche – Martin, VI, pp. 42-50.

52 Con este hecho ya aparecen tres personas a la cabeza del mundo: el Papa, el emperador bizantino y el rey.

53 En relación a las acusaciones sobre León III ninguna fuente las menciona; algunos proponen una conducta de adulterio o una irregularidad sexual. Conociendo la situación histórica es muy difícil creer esto y por ello opino que el problema fundamental era cuestión de dinero y la consecuente corrupción en un momento en que había obsesión por construir y embellecer a Roma.

54 Las fuentes principales son los Anales regni francorum. En: MGH, el Liber Pontificalis, Vita Leonis III, y Eginardo, Vita Caroli, c. 28. Existe una cuarta fuente: Codex Vindebonensis, 515, en MGH, Códices selectos, I. Cf. Gatto, Ludovico, Il medioevo nelle sue fonti, Monduzzi, Bolonia, pp. 146-147; este autor cita el Liber Pontificalis; Gasparri, S. Op. cit., pp. 338-339.

55 Del 850 data la única crónica que habla de la traslatio imperii, Cf. Acta Sanctorum, noviembre 3, 844. En el siglo XII, Otón de Frisingia y posteriormente Inocencio IV hablan de la misma idea pero en un contexto diferente.

56 Cf. Fliche – Martin, VI, pp. 63-86.

57 Cf. MGH, Capitulari, I, n. 22, 52-62; Gatto, L. Op. cit., pp. 153-156. El título correcto es Epistula delegationis edicto. En ella se encuentra delineada la legislación para la praxis eclesial.

58 El texto más antiguo se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, BN Lat. 12048; data de finales del siglo VIII y todo parece indicar que proviene de un monasterio del norte de Francia llamado Gelone. Los manuscritos anteriores al 800 están publicados en una colección que se llama Códices Latinos Antiguos.

59 Las capitulares de este sínodo se encuentran en MGH, Concilia II/1, p. 165.

60 El texto manuscrito data del 790 y proviene del monasterio de Neissenburg. Códice 91, Catecismo de Neissenburg, del Archivo de Alemania.

61 Pierini, F. Op. cit., pp. 62-63.

62 Cf. Bihlmeyer – Tuechle, II, pp. 34-40.

63 Cf. NHI, II, pp. 168-171.

64 Consistía en hacer puntos para separar las palabras de un texto; al eliminarse, aparecieron los espacios entre las palabras como actualmente se acostumbra escribir.

65 Patrología Latina, 101, pp. 11-58.

66 Cf. NHI, II, pp. 101-114; Jedin, III, pp. 164-166.

67 Cf. NHI, II, pp. 47-49.

68 Este concepto apareció en el reino franco en el siglo VI para designar a los clérigos que bajo la dirección del obispo o del arcipreste celebraban la liturgia en común y se encontraban en el registro (el canon); estos clérigos tenían derecho a asistencia de parte del obispo diocesano.

69 Cf. Institutiones aquisgranenses, en MGH, Concilia II, 1, pp. 312-421; 421-456.

70 Cf. NHI, II, pp. 147-149. Se llaman así porque se pensaba que su autor era Isidoro de Sevilla.

71 Este término aparece por primera vez en una carta capitular del 779.

72 Cf. Jedin, III, 233-236.

73 Cf. Jedin, III, pp. 319-410.

74 Como el caso de la ambrosiana y la mozárabe, en Milán y España, respectivamente.

75 Lo cual implicaba un rito episcopal. Esta realidad, unida a que en la práctica era un obispo, condujo a varias disputas sobre la legitimidad de la consagración.

76 Por ejemplo Bernardo Plantapilosa se firmaba abadcomes; además, algunas diócesis del sur de Francia estuvieron en manos de señores feudales.

77 Cf. Gutiérrez, Alberto. La Reforma Gregoriana y el renacimiento de la cristiandad medieval. PUJ, Bogotá, 1983.

78 Los estados pontificios hicieron que hasta el siglo XIX, el Papa fuera la figura más representativa de la política italiana. Las fuentes de este período dejaron testimonios valiosos, únicos, de aquellos siglos tristemente célebres para la historia de la Iglesia.

79 Quien deseaba ser inscrito como hermano general (frater conscriptus) tenía que cancelarle al monasterio lo que un monje gastara económicamente durante un año, aproximadamente una libra de plata. Como cada monasterio tenía su tarifa, lentamente se fueron enriqueciendo.

80 Cf. Gasparri, S. Op. cit., pp. 539-544.

81 Sin optar por ninguna opinión, la compra de la Santa Lanza, una de las reliquias más apreciadas de la Edad Media que hoy se encuentra en Viena, hecha por Enrique I al duque Rodolfo II de Alta Borgona (h. 926) entregando en pago algunos terrenos de Baviera y Basilea, da a entender que no es fácil juzgar de laicismo a este rey.

82 Cf. Gasparri, S. Op. cit., pp. 546-548.

83 Cf. Fliche – Martin, VII, pp. 11-105; Orlandis, José. Historia de la Iglesia, I. Palabra, Madrid, 1986, pp. 234-236.

84 En aquel entonces los obispos no podían cambiar de diócesis, por aquello de que eran esposos de la respectiva Iglesia.

85 Cf. Orlandis, J. Op. cit., I, pp. 276-278.

86 El gesto fundamental del vasallaje consistía en poner las manos entre las manos del rey. La fidelidad al rey y no al Papa era lo normal en aquel entonces.

87 Las regalías comprendían: tierras, inmunidad y prerrogativas territoriales como moneda, mercados, distritos, etc.; estas regalías, a su vez, crearon los núcleos de los “estados episcopales”.

88 Cf. Historia Eunsa, IV, pp. 190-195.

89 Cf. Hertling, L. Op. cit., pp. 176-178; Orlandis, J. Op. cit., pp. 244-247.

90 Cf. Gasparri, S. Op. cit., p. 523.

91 Por ejemplo Juan de Vendières, abad de Gorze, fue embajador de Otón I ante el califa de Córdoba.

Capítulo II

Apogeo cristiano medieval

Entre los siglos X y XIII (950-1250), la Iglesia desempeñó un importante papel al interior de la cultura occidental, en la cual las migraciones poblacionales le dieron a Europa una nueva configuración teniendo como eje el feudalismo con sus implicaciones, incluyendo los viajes y las peregrinaciones que de alguna manera aportaron a esa configuración en medio de contextos religiosos y políticos muy diferentes.

En lo referente al feudalismo, fenómeno que venía desde la antigüedad tardía, estaba patente en la era carolingia y se hizo realidad social con el vasallaje y la concesión de beneficios que llevaron a la fragmentación del poder que originó los linajes nobles y la caballería. A la par con ello, se fortalecieron dos líneas culturales: la militar y la clerical, que forjaron dos líneas diferentes en la educación: intelectual y militar, hasta llegar a las universidades, la más revolucionaria institución medieval. Conviene tener presente los cuatro imperialismos con los cuales la Iglesia entró en contacto: europeo, bizantino, islámico y mongol. Este cruce de imperialismos de la impresión de una ordalía, de un juicio de Dios, que al poco tiempo entró en crisis y provocó visiones apocalípticas. El espacio geográfico del período se encuentra formado por tres modelos culturales, dos cristianos y uno islámico.

1. Marco histórico

Dentro del contexto histórico es importante conocer los acontecimientos eclesiales para valorar mejor los acontecimientos que se desarrollaron en una sociedad que se entendía como cristiandad y no existía una clara división entre reino y sacerdocio.

1.1 El mundo bizantino[92]

1.1.1 El Imperio Romano

El Imperio Romano de oriente reivindicó para sí dos privilegios: la representación del imperio que implicaba la imposibilidad de reconocer a occidente y la preeminencia cristiana por la ortodoxia y la posesión de los lugares santos. La edad de oro del imperio bizantino estaba pasando toda vez que a partir de la muerte de Basilio II (1025) comenzó

un proceso de decadencia en el cual se vivía un particular tiempo de calma que terminó con la caída de Bizancio en poder de los cruzados en 1204.

Al interior se dio la transformación de la estructura social y económica con un feudalismo cada vez más potente. Hasta el siglo XI el imperio tenía un ejército fuerte con los soldados campesinos, a quienes el Estado les concedía algunos terrenos libres de impuestos con la condición de formar el cuerpo armado; estos campesinos estaban asociados. En el siglo XI esta política desapareció, porque el gobierno central impuso impuestos con lo que la aristocracia y sus latifundios se desarrollaron ya que no tenían que pagar impuestos; otro tanto se puede decir de los eclesiásticos. Este cambio produjo la crisis militar porque el número de soldados disminuyó con lo que hubo necesidad de acudir a mercenarios para mantener el ejército. Al aspecto militar, se le suma que Bizancio era un imperio básicamente agrícola, ya que sólo dos ciudades eran importantes: Bizancio y Tesalónica, a las cuales emigraba la mayoría de los aristócratas que a su vez eran los grandes latifundistas.

Al exterior está la presencia de los musulmanes y la aparición de nuevos pueblos más allá de las fronteras del imperio, como los pecenegos procedentes de las estepas rusas, los seldjúcidas que eran descendientes de los turcos y los normandos que estaban al sur de Italia; esto da entender que el imperio estaba rodeado de potenciales enemigos. El 26 de agosto de 1071 el ejército mercenario bizantino fue derrotado por las tropas seldjúcidas de Alp Arslan en la batalla de Mantzikert y apresaron al emperador romano IV Diógenes; mientras que el emperador hizo algunos pactos para ser liberado, el partido de oposición nombró otro emperador y cuando aquel regresó fue nuevamente apresado en Constantinopla donde murió en 1072. Los seldjúcidas no se sentían ligados ya que el emperador había muerto en situaciones irregulares e invadieron Asia Menor, perdiéndose cultural y cristianamente esta región.

En 1071 Bari, último baluarte bizantino en Italia, cayó en manos de los normandos dirigidos por Roberto Guiscardo, abriendo el camino hacia Bizancio, que entró en pactos con Venecia, concediéndole el monopolio comercial sin impuestos ni aduanas en 1082; con esto el poder bizantino en occidente era cada vez más débil. Aprovechando esta debilidad, llegaron los ataques y las peticiones de algunos reinos como Croacia y Serbia que estaban bajo la protección papal. Suerte diferente tuvieron los armenios, quienes fueron autorizados para entrar al imperio, ya que el poder central bizantino pensaba que así podría tener más ejército y vencer con mayor facilidad a sus enemigos en campos desolados.

La problemática descrita, sucedida después de la muerte de Basilio II, termina con el ascenso de la dinastía Comnena con Alejo I (1081-1118), quien fortaleció la aristocracia militar que estuvo en el poder hasta 1204. Con la dinastía Comnena aparecieron la *pronoia* y el *caristicariado*. La *pronoia* o providencia, era la concesión administrativa concedida a algunas personas con el compromiso de prestar servicio militar; este sistema condujo a la feudalización del ejército ya que cada administrador estaba al frente de un grupo de soldados que reunía en su territorio. El *caristicariado*, consistía en conceder en administración los bienes de un monasterio a un laico; mientras que los monjes eran los

que la concedían no había ningún problema porque eran los propietarios, pero cuando con Alejo I se convirtió en una concesión imperial, las cosas tomaron otro camino que condujo a los resentimientos porque el emperador se apropiaba de algunos bienes de la Iglesia para sostener la guerra[93].

En el contexto de esta situación, se ubica la pregunta de Urbano II (1088-1099) sobre la razón por la cual el Papa no era mencionado en los dípticos litúrgicos de oriente con lo que los cristianos se verían sin una autoridad máxima. El emperador, reunió el sínodo permanente de Constantinopla y envió una respuesta diciendo que la bula de excomunión de 1054 era contra el delegado pontificio y se le hacía ver que si quería ser admitido en los dípticos, debía aclarar algunas cosas sobre los ritos y los cánones, además de enviar la carta entronística, diciendo que había sido elegido en forma regular. El Papa aceptó las condiciones y envió a Basilio, quien había sido destituido como obispo ortodoxo de Reggio Calabria y no hizo mucho por la unión entre oriente y occidente. El emperador comenzó a negociar directamente con el Papa, y éste, olvidando la presencia del patriarca, aceptó los tratos, en los que se gestaron las cruzadas como un acuerdo político entre el Papa y el emperador.

En cuanto a la vida interna de la Iglesia, las antiguas controversias doctrinales aún seguían presentes, además existían dos corrientes divergentes: la mística y ascética, y la filosófica; la mística, liderada por Simeón el nuevo Teólogo (+ 1022) y Stethatos (+ 1090), no era muy intelectual; la filosófica liderada por Miguel Psellos (1018-1099) tenía una actitud neoplatónica y se enfrentó con el patriarca Juan Xifilino sobre el uso de la filosofía en la teología: Psellos defendía su uso en la teología, Xifilino no aceptaba esta posición porque la filosofía era vista con sospecha; por ello en 1082 fue condenada esta corriente como heterodoxa. Además, los bogomilos y los paulinos aún estaban presentes y el monacato oriental, después de la caída de Asia Menor, estaba llegando a un momento de ocaso.

1.1.2 Iglesia e imperio[94]

Existía una estrecha relación que permitía una recíproca intervención, porque la concepción de cuerpo cristopolítico no permitía una separación de poderes ya que el emperador era fiel, vicario y defensor de la ortodoxia. El patriarca se convirtió en el personaje más importante cuando se perdieron los otros patriarcados orientales y Roma fue prácticamente ignorada; para su elección, hecha por los metropolitanos, se proponía una terna; como era consagrado por el emperador era casi imposible el nombramiento de un patriarca contrario a él.

En torno al patriarca, existía un sínodo permanente llamado *endemusa* que se convirtió en un órgano de colaboración; este sínodo influía en el nombramiento del patriarca, quien normalmente estaba de acuerdo con el emperador; cuando esto no se daba, el sínodo hacía presión para que renunciara. A pesar de todo el patriarca estaba en el vértice de una jerarquía en la cual los obispos eran reunidos en regiones metropolitanas que casi siempre correspondían a las provincias imperiales. Los obispos, cuya elección

exigía el celibato, eran monjes; los sacerdotes se podían clasificar en clero alto y bajo. Tanto los unos como los otros buscaban las mejores posiciones porque la situación económica no era del todo segura; en este contexto nació el clericato, un auxilio económico que los sacerdotes recibían, parecido al beneficio occidental.

Junto a la jerarquía, está el monacato, que tenía en la contemplación y su laicicismo dos notas características. Se organizaba en grupos de monasterios y aunque normalmente no intervenían en política, en algunas oportunidades se opusieron al emperador. Su centro era el monte Athos; allí existía un monasterio que albergaba a los monjes que procedían de las lauras de Palestina y otras regiones, creándose una especie de reserva para monjes donde Atanasio Athonites, amigo y confesor de Nicéforo Focas, comenzó la construcción de un monasterio (963) para el cual dejó unas normas muy precisas como ascesis mitigada, oración y trabajo. Algunos monjes se opusieron y entraron en rivalidades en las cuales intervino Juan Tzimiskes, quien obligó al monje Eutimio a componer algunas normas (*Typicon*) todavía vigentes en aquel centro, donde no pueden entrar las mujeres.

1.1.3 Herejías orientales[95]

Se presentaron dos movimientos heréticos que criticaron la Iglesia por la situación social que presentaba un contraste entre el mensaje bíblico y la riqueza eclesial, llegaron a criticar la doctrina y tuvieron éxito porque daban respuesta a las protestas que se presentaban por las tensiones y desigualdades sociales.

El paulinismo aparece mencionado en un sínodo armeno de 719; las fuentes dicen que apareció en Armenia hacia el siglo VI y desde allí se difundió a otras regiones, siendo su fundador un tal Pablo; en los escritos de Juan de Otzun (717-728) y Pedro Sikeliotes (850-880), se encuentran algunos elementos de su doctrina en un contexto polémico. Es una doctrina maniquea que frente a la injusticia del mundo sostenía que era imposible que un mundo tan malo fuera creado por un Dios tan bueno; además buscaban la simplicidad de la Iglesia primitiva, negaban algunas partes del Antiguo Testamento y afirmaban el docetismo por lo cual la cruz no tenía sentido. Todo era interpretado desde una perspectiva espiritual que veía como malo cualquier tipo de poder. A causa de la persecución de Constantino V Coprónimo se desplazaron al norte de Grecia y comenzaron a florecer bajo Nicéforo I (comienzos del Siglo IX); a este punto se iniciaron las campañas contra ellos no tanto por su doctrina como por su alianza con los musulmanes.

El bogomilismo comienza en Bulgaria debido a la crisis social causada por las campañas de Simeón; la situación del clero bajo y los campesinos, quienes no tenían tiempo ni para rezar, condujo a una insurrección liderada por Bogomilis (amigo de Dios) a quien el sacerdote Cosme le dio el nombre de Bogoemilis (enemigo de Dios). Los seguidores de Bogomilis se sintieron cercanos a Dios contra la Iglesia oficial con el deseo de retornar a la Iglesia primitiva y separarse de una sociedad injusta. Lentamente su doctrina se volvió dualista al afirmar que un ángel renegado creó el mundo material,

por esto rechazaban partes del Antiguo Testamento; al interior de ellos existe la clásica división maniquea de perfectos y otros fieles. Después de la caída de Bulgaria difundieron su mensaje en el imperio y sólo a mediados del siglo XII pudieron ser vencidos; algunos huyeron a Bosnia y desde allí se desplazaron a Italia y Francia; en Bosnia se hicieron musulmanes y en Francia dieron origen al catarismo.

1.1.4 La cristianización de los rusos

Sus orígenes se encuentran en el desplazamiento de algunos monjes griegos por la tempestad iconoclasta a la orilla septentrional del mar Negro; en la segunda mitad del siglo IX aparecen algunas señales de cristianismo en la región del reino de Rus (Rhos) formado por vikingos y eslavos que tenían en Kiev y Novgorod los centros más importantes; algunos miembros de ese reino venían en una embajada bizantina que llegó hasta el emperador Ludovico Pío (839, a Ingelheim en Renania). En esta embajada se ha querido ver el primer paso para la cristianización de Rusia.

El segundo paso fue el bautismo de Olga de Kiev, quien a la muerte de su esposo Igor (945) asumió la regencia del reino por su hijo Sujatoslav y viajó a Constantinopla (956-957) donde fue bautizada[96]. En esta visita, Olga manifestó su deseo de autonomía eclesiástica; para obtenerla envió una embajada a Otón I pidiendo un obispo misionero, pero la oposición de Sujatoslav apoyada por Bizancio, hizo fracasar al obispo enviado, el monje Adalberto.

Con Vladimir (978-1015) se dio el paso definitivo de la cristianización rusa que se logró después de un examen de las tres grandes manifestaciones religiosas del momento: la Iglesia Latina juzgada en la vivencia cristiana de los germanos, el islam y la Iglesia bizantina; ésta fue aceptada por su festiva liturgia. Además, la derrota de las tropas imperiales por los búlgaros (976) y el intento de golpe de estado por parte de Barda Foca a Basilio II (978) permitieron que, previa solicitud de auxilio, Vladimir se hiciera presente con sus tropas, venciera a los rebeldes, recibiera a la princesa Ana y se hiciera bautizar en el 988; después, los dirigentes y el pueblo también lo hicieron. La conversión de Rusia fue uno de los últimos ejemplos de cristianización desde arriba, desde el príncipe.

A partir de este momento comienza la organización de la Iglesia rusa. De Kiev sólo se sabe que a partir de 1039 era una sede metropolitana que dependía de Bulgaria o de Constantinopla, hasta que ésta cayó en poder de los turcos (1453). En esa ciudad se construyó entre el 989 y el 996 el templo de las décimas, llamado así porque Vladimir prometió la décima parte de sus réditos para mantenerla.

1.1.5 El cisma de 1054[97]

Desde el siglo IV hasta el siglo VII se presentó el nacimiento de las Iglesias nacionales orientales en sus dos tradiciones: la Iglesia Asiria de Oriente (nestoriana) y las Iglesias no Calcedonenses (copta, jacobita y armena). Después de esas rupturas se había vivido

una cierta unidad en la cual existía la paz en medio de las tensiones; hasta el siglo XI la situación se mantuvo en esa línea, de tal manera que Roma era ortodoxamente católica y Constantinopla católicamente ortodoxa. "A partir de esa fecha, estos dos adjetivos se convierten en sustantivos y van a servir para denominar dos Iglesias hermanas"[98]. Además, este cisma fue el cuarto episodio del enfrentamiento entre oriente y occidente después del sínodo Trullano de 692, la crisis iconoclasta de 726, la polémica con Focio por el problema de Bulgaria y su irregular nombramiento patriarcal; estas tensiones crearon desconfianza de ambas partes[99].

León IX (1049-1054) consagró a Humberto de Silvacándida como arzobispo de Sicilia (1050); al tiempo entraron en juego tres fuerzas diferentes: Roma, Bizancio y los normandos con el deseo de conseguir el poder en el sur de Italia; el Papa quiso aliarse con ellos pero no pudo, buscó apoyo en Enrique III y no lo obtuvo, buscó un acuerdo con el gobernador bizantino de Sicilia, Argyros, quien estaba dispuesto a aceptarlo pero cuando iba a firmarse el pacto, intervino el patriarca bizantino Miguel Cerulario (1043-1058). Cerulario tuvo una vida muy particular antes de ser patriarca: por participar en una conjura contra el emperador Miguel IV fue exiliado y se convirtió en monje; tenía pocos conocimientos teológicos, mucha ambición y aversión contra los latinos. Su oposición al acuerdo entre León IX y Argyros se debe a que en ese pacto veía un aumento del poder latino y una posible subordinación de la Iglesia bizantina en el sur de Italia.

Vino entonces la polémica cuando en 1053 León, arzobispo de Ochrid, le envió un tratado al obispo Juan de Trani, acusando a los latinos de ayunar el sábado y comulgar con pan ázimo. Los cristianos latinos de Constantinopla protestaron porque se sentían tratados como judíos; en respuesta sus templos fueron cerrados. Frente a la acusación se alzó Humberto de Silvacándida, exagerando el primado romano y haciendo responsables a los bizantinos de noventa herejías; al mismo tiempo, aumentaba en Italia el peligro político porque las tropas, tanto pontificias como bizantinas, fueron derrotadas por los normandos, quienes al conseguir tierras dejaron de ser los mercenarios del sur de Italia.

Para superar esta dificultad y hacer una alianza contra los normandos, el emperador Constantino IX Monómaco pidió a Roma que enviara unos delegados. El Papa nombró a Humberto de Silvacándida, Federico de Lorena y Pedro de Amalfi, quienes viajaron a Constantinopla portando dos cartas una para el emperador y otra para el patriarca. Los delegados fueron recibidos bien por el emperador en abril de 1054, pero fríamente por el patriarca; las cartas fueron entregadas y como Cerulario no respondía, Silvacándida comenzó a movilizar la población contra el patriarca; en esta movilización apareció el monje Nicetas Stethatos o Pectoratos, quien atacó el ayuno y el celibato sacerdotal latino, Silvacándida contestó con palabras poco adecuadas, el emperador hizo silenciar al monje para no comprometer la alianza que estaba negociando.

La ambición de ambas partes no tenía límite y Silvacándida introdujo el *Filioque*, redactó una bula de excomunión que dejó en el altar del templo Santa Sofía el 16 de julio de 1054, un diácono pensó que este documento había sido olvidado y lo quiso restituir a

sus dueños quienes no la aceptaron; en esta bula se hacían afirmaciones falsas contra Cerulario y León de Ochrid. El emperador fue informado y llamó a los delegados quienes en lugar de responder, abandonaron la ciudad; el 20 de julio Cerulario excomulgó a los autores de la bula y el 24 del mismo mes, un sínodo hizo lo mismo. Posteriormente Cerulario envió una carta al patriarca Pedro III de Antioquía en la que iban la carta dejada por Silvacándida y la bula de excomunión, traducidas al griego; en esta carta Cerulario deja en claro tres cosas: la carta recibida no es del Papa, los delegados no representan al Papa porque ya había muerto y los delegados fueron excomulgados.

En la experiencia humana se suele buscar un culpable. Al respecto, es cierto que Silvacándida y Cerulario no eran ni unos angelitos ni las personas más indicadas porque su pasión era grande, con lo que las relaciones llegaron al más bajo nivel posible; como si ello fuera poco las cruzadas, sobre todo la cuarta (1204), bajaron aún más el nivel del abismo. Así permanece aún hoy a pesar de que en diciembre de 1965 se abolieron las excomuniones lanzadas en el 1054. A esto se le añade que el movimiento de reforma liderado desde Roma más que buscar la identidad de la Iglesia imponía costumbres romanas que chocaban con las costumbres orientales; en otras palabras, se identificaba la tradición latina no con la Iglesia de Roma, sino con la Iglesia Católica imponiendo más la unicidad que la unidad. No obstante ello, la división de 1054 con las faltas y razones para las excomuniones mutuas no fue tan traumática con el resultado de la cuarta cruzada (1202-1204) cuando Constantinopla fue conquistada y se fundaron el imperio y el patriarcado latino de allí.

1.2 El mundo latino[100]

Comparando oriente y occidente, mientras la cristiandad bizantina disminuye, la occidental aumenta y se expande gracias a dos conceptos que la animaban: la uniformidad litúrgica con el rito romano a partir de Gregorio VII con el progresivo reconocimiento y aumento de la autoridad papal y la cristiandad como una realidad territorial y espiritual que se distingue de las demás regiones que son llamadas paganas, es decir, no cristianas.

1.2.1 La situación europea

En orden a una mejor comprensión del marco histórico que se está desarrollando, se abordan algunos datos básicos para comprender la situación de Europa en aquel entonces; este recorrido se hará por regiones, centrando la atención en Europa mediterránea (Francia, Hispania e Italia) y Europa insular (Inglaterra e Irlanda), dejando de lado a Europa imperial que será vista al interior de los apartados dedicados al estudio de la sinergia entre reino y sacerdocio y la reforma gregoriana.

Europa mediterránea

Hasta el siglo X, Francia era un reino débil en manos de feudales y nobles, que ni el rey ni los príncipes podían vencer; hacia el 1000 Francia se vio colmada de castillos donde vivían los pequeños nobles, llamados castellanos, que controlaban el territorio e imponían normas a los campesinos. Esta nobleza deseaba adquirir más poder y hacía guerras cuyos gastos eran sufragados por los campesinos que debían pagar décimas, protección y construcción; como esto no era suficiente, a partir del siglo X se convirtieron en jueces, y posteriormente en señores, que monopolizaron todo obligando a los campesinos a usar los bienes públicos del señor: el molino, los hornos, el establo, etc. Esto proporcionaba buenas entradas, pero hacía morir a los campesinos; por ello, la anarquía feudal produjo carestías, hambres, guerras y debilitamiento del poder central.

La anarquía feudal se superó con la defensa que la Iglesia hizo de los pobres; esta actitud era la respuesta que obispos y abades daban a los señores que querían apoderarse de los bienes de la Iglesia, sobre todo obispados, abadías y parroquias pudientes, jurisdicciones eclesiásticas entregadas a laicos. Conviene señalar la diferencia existente entre Francia y Germania en cuanto a las abadías y los episcopados; en Germania estaban bajo el poder del emperador, en Francia bajo el poder de los señores; por esto se entiende que las reformas vinieran desde Francia donde la Iglesia sufría bajo el poder laico de la anarquía feudal. Además del deseo de reforma expresado en la cuestión disciplinaria, están: la paz o tregua de Dios, la propuesta del celibato sacerdotal y la lucha contra la simonía; las dos últimas para liberar la Iglesia de la sofocación del poder laico y las investiduras.

Felipe I (1060-1108), contribuyó a una cierta estabilidad del reino y dejó en el aire la aplicación de la reforma gregoriana en Francia por lo que las investiduras se siguieron dando sin usar báculo y anillo. Si bien el rey no hizo mucho, no se niega que existieron prohibiciones sobre las investiduras; además, Felipe podía mostrarse generoso porque sólo tenía poder sobre 25 de las 70 diócesis francesas, el centro del conflicto era entre el Papa y el emperador Enrique IV y los obispos franceses tenían pocos derechos y sólo eran administradores de algunas propiedades estatales. La Iglesia vio en el rey un baluarte que ayudaba en su lucha contra los señores feudales, es decir, comenzó a apoyarse en el rey a pesar de su desinterés y su problema matrimonial; no obstante ello se dio un adecuado entendimiento entre los poderes. El rey Felipe tuvo problemas con la Iglesia porque repudió a su mujer para casarse con Bertrand de Monfort, esposa de Fulco Anjou; en un sínodo de 1094 el rey fue excomulgado; en 1095 Urbano II estuvo en Francia y en el sínodo de Clermont confirmó la excomunión; las cuestiones sobre este problema matrimonial siguieron hasta que en 1104, después de una promesa hecha por los dos adúlteros, el rey fue absuelto; finalmente Pascual II cerró el caso porque le interesaba más afrontar el problema con el emperador Enrique V (1106-1125).

Un elemento importante fueron las soluciones propuestas para las investiduras. En el ambiente de la reforma gregoriana algunos pensadores admitían que la Iglesia no podía sustraerse del poder estatal; uno de estos pensadores fue Ives de Chartres, quien dio una solución a las investiduras distinguiendo entre lo temporal y lo espiritual, con lo que hacía ver que el obispo era administrador en lo temporal y pastor en lo espiritual[101]. Otra

solución fue propuesta por Hugo de Fleury, quien escribió un tratado sobre el poder real y la dignidad sacerdotal dirigido a Enrique I de Inglaterra, proponiendo que durante la ceremonia de investidura el rey usara otro símbolo para evitar algún equívoco, pero mantenía que el obispo recibiera del rey los bienes temporales y del arzobispo el báculo y el anillo. En el sínodo de Clermont se prohibió el vasallaje, siendo reemplazado por el juramento de fidelidad; con esto se llegó en Francia a un acuerdo: el rey conservaba el *ius regalía* mientras que la Iglesia conservaba lo espiritual.

Dejando de lado las investiduras, se abordan dos áreas que son importantes. La primera es la posición de algunos duques y condes como el caso de Guillermo de Normandía (1035-1087), quien conquistó el sur de Inglaterra creando una compleja situación al norte de Francia, y Balduino V de Fiandra (1035-1067), quien dio origen a Bélgica siendo al mismo tiempo vasallo del rey francés y del emperador. La segunda es el movimiento comunal, que se desarrolló al norte de Francia; gracias al comercio, algunos municipios ricos comenzaron a emanciparse del poder que estaba en manos del obispo, y en algunos casos lo alejaron de la ciudad; en el contexto de estos movimientos están las conjuras para defender sus intereses.

Otro elemento es el ascenso de los capetos en Francia por aquello de la unción sagrada de la cual era objeto. Luis VI hizo ungir como rey a su hijo Luis en la catedral de Reims con el óleo que, según la tradición, una paloma había traído del cielo y depositado en manos de san Remigio, cuando bautizó a Clodoveo (499); este óleo fue conservado y se utilizaba para ungir al rey el día de su coronación[102]. Otro elemento de la sacralización de la monarquía es el estandarte de Saint-Dennis, abadía donde estaban enterrados los reyes franceses bajo la protección de este santo y la llama de oro, el estandarte de Carlomagno, de la cual habla la *Canción de Rolando*; a partir de esto el rey francés se convierte en el continuador de la dinastía carolingia con derecho al imperio.

En lo referente a Hispania, durante el medioevo la historia se divide en dos períodos: musulmán y reconquista. El dominio islámico comenzó hacia el 711 por la preponderancia política árabe que, aunque no alcanzó a conquistar toda la península, estableció un califato que tenía en Córdoba la capital; la unidad política de los árabes duró poco, porque hacia 1031 el último califa abandonó Córdoba y se fueron formando los pequeños reinos independientes que no eran lo suficientemente fuertes como para oponerse a los cristianos que venían desde los reinos de León (sucesor de Asturias), Castilla (que había sido un condado de León), Porto (que dio origen a Portugal hacia 1140) y Navarra. Bajo el gobierno de Sancho el Mayor (+ 1135) León, Castilla y Barcelona fueron sometidos hasta formar un sólo reino que después cayó y se dividió en Navarra, Aragón, León - Castilla, Galicia y Portugal, que formaban un entramado político inestable en cuanto se aliaban y enemistaban con facilidad.

Cuando en 1083 Alfonso VI de León, amenazó con destruir el reino de los musulmanes y tomó Toledo en 1085, éstos pidieron ayuda a los musulmanes del norte de África, quienes reconquistaron algunas regiones de España e hicieron de esas regiones parte del reino almorávide[103] del norte de África. Poco después el reino de Aragón

comenzó, bajo Sancho Ramírez a vivir un ambiente de cruzada por defender los territorios del poder almorávide; del mismo tiempo es el Cid Campeador, quien creó el reino de Valencia entre Aragón y los musulmanes (1094 y 1099), y era vasallo de Alfonso VI de León. Se comenzó un ambiente de cruzada ya que la expedición de Barbastro contó con una indulgencia para los que participaran en la reconquista.

La Iglesia se encontraba dividida en dos corrientes: mozárabe y francoromana; la primera tenía en Santiago de Compostela su centro espiritual, que comenzó a ser sede independiente de Braga hacia 1095; la segunda, tenía en Toledo su centro espiritual sobre todo a partir del 1088 cuando fue restaurada ya que en 1085 fue reconquistada. El rito mozárabe despertó sospechas por lo que la Iglesia francoromana comenzó a tenerlo por hereje; a esto se le suma que en 1088 fue nombrado como obispo de Toledo un monje cluniacense que además era delegado pontificio, partidario de la reforma gregoriana, con la misión de acercar la península a Roma.

En Europa mediterránea, luego de Francia e Hispania se aborda Italia. Hasta el siglo XI se hablaba de dos Italia: norte y sur, un dualismo con dos problemas diferentes: el sur con el reino normando y siciliano, el norte con el desarrollo de las ciudades - estados; en medio de estas dos regiones comenzaba a tomar fuerza el estado pontificio que bajo el poder de un papado reformado, exigía los derechos feudales y estaba interesado por las dos Italia para superar los peligros que rodeaban el patrimonio de Pedro.

Italia septentrional tenía una organización comunal que se venía reafirmando a partir del 1000 a través de un gobierno gestionado por asociaciones privadas que sostenían sus derechos frente al señor de la ciudad; estos municipios teóricamente pertenecían al imperio, pero eran apoyados por el papado para debilitar la presencia y el poder imperial en Italia, hasta el punto que la Liga Lombarda tuvo enfrentamientos con Federico Barbarroja, en los cuales los municipios salieron triunfantes. La Iglesia vivía una situación pacífica a pesar de los problemas existentes, el monacato era floreciente y las reformas se hacían realidad; fue en esta región donde desarrolló su ministerio el canonista Deusdedit quien en el sínodo de Piacenza (1095) propuso una solución al problema de la simonía: validez de las ordenaciones pero concediendo dispensas para evitar problemas.

En Italia meridional el dominio normando había construido una particular estructura a partir de la familia Altavilla (Hautville): el príncipe de Puglia, Calabria y Capua era vasallo del Papa; el duque de Sicilia era vasallo del príncipe normando de Puglia. Roberto Guiscardo (el Astuto) con el acuerdo de Melfi (1059) obtuvo de Nicolás II el título de vasallo papal con el compromiso de expulsar definitivamente a los ortodoxos y atacar la Sicilia musulmana; por unos veinte años Roberto dominó casi todo el sur italiano, desembarcó en Epiro y amenazó a Constantinopla. Rogerio I, hermano de Roberto, estaba empeñado en la conquista de Sicilia (1061-1091) y recibió de Urbano II el "privilegio sículo": sin autorización y aprobación del rey no se enviaría ningún delegado pontificio[104]. Rogerio II reunificó ambos reinos y asumió el título de rey de Sicilia poniendo la capital en Palermo, ciudad conquistada en 1072; fue un reino que se

convirtió en una potencia militar, con una particular organización territorial y una adecuada centralización, que creó un fuerte aparato burocrático para contrarrestar la influencia de algunos nobles. Al interior de este reino era lamentable la situación de los campesinos, que impedía cualquier movilización social y sofocaba todo anhelo comunal, exceptuando el caso de Palermo que se convirtió en una metrópolis donde se encontraban oriente, los árabes y occidente.

La Iglesia vivía una situación confusa: Bizancio tenía algunas jurisdicciones en las cuales la Iglesia Latina, bajo la aprobación de los normandos, sustituyó los obispos bizantinos pero dejó el clero para respetar las tradiciones locales; Sicilia era musulmana y había que cristianizarla para lo cual se erigieron diócesis, todas latinas; y los normandos eran cristianos. Por el acuerdo de Melfi, Roberto se comprometió a poner todas las jurisdicciones bajo la *potestas papae*; por ello los normandos comenzaron a intervenir en la Iglesia. Los monjes prácticamente eran pocos, unos de la reforma cluniacense y otros griegos pero controlados por latinos; la ausencia de monjes cistercienses se entiende porque san Bernardo no era partidario de Rogerio quien apoyaba al antipapa Anacleto II (1130-1138) porque en 1130 le concedió la corona del reino de Sicilia. Había necesidad de la reorganización para tratar de recuperar las antiguas diócesis que se habían perdido; junto a esta reorganización se dio la creación de nuevas diócesis, unas 150 en total. En Sicilia fueron creados algunos monasterios griegos, los cuales fueron permitidos para tener una fuerza más contra el islamismo.

Europa insular

Inglaterra, hacia 1066, comenzó a ser conquistada por los normandos. A la muerte de Eduardo el Confesor se presentaron tres candidatos al trono inglés, uno de ellos fue Guillermo el Conquistador, príncipe normando que había recibido de Alejandro II (1061-1073) el estandarte de San Pedro y se hizo coronar rey en Westminster, no en Canterbury como era lo normal, en 1071, después de derrotar a Harold en la batalla de Hastings. Guillermo comenzó a hacer algunas reformas al interior de la Iglesia inglesa contra la simonía y el concubinato de los clérigos; para llevar adelante estas reformas contó con el apoyo del monacato normando que era floreciente y la elaboración del *Domesday Book* (1086), que es el más antiguo catastro inglés; según este catastro la Iglesia apareció como propietaria del 30% de la tierra. Al interior de las reformas se dio el cambio de obispos que comenzó a hacer Guillermo quien nombró para la sede de Canterbury a Lanfranco de Le Bec; los problemas comenzaron porque el rey introdujo la investidura con el anillo y el báculo y transfirió las sedes episcopales del campo a las ciudades; esto condujo a que el clero apareciera dividido por la lingüística. No contento con esto, siguió avanzando en sus pretensiones y en 1072 comenzó a reunir sínodos, prohibir el viaje de los obispos a Roma y exigir explicaciones a los delegados para dejarlos entrar en Inglaterra.

En 1087 murió Guillermo, sucediéndole Guillermo II el Rojo (1087-1100) quien no era conciliador, sobre todo en lo referente a la división entre Normandía e Inglaterra, que

Guillermo el Conquistador había hecho. En 1089 murió el obispo Lanfranco, el rey dejó la sede vacante y se apropió de los bienes de la Iglesia porque necesitaba dinero. Para evitar problemas con Roma, se declaró neutral en la cuestión de Urbano con el antipapa Clemente III; y cuando sintió cerca la muerte permitió que fuera elegido el nuevo obispo de Canterbury, elección que cayó en Anselmo, quien prestó juramento de vasallaje y al poco tiempo comenzó a cambiar y pidió la restitución de los bienes eclesiales de los cuales el rey se había apropiado. Como el rey no cedió, Anselmo quiso viajar a Roma pero el rey se lo impidió, el obispo hizo algunas consultas sobre qué era más importante si la obediencia al Papa o la fidelidad al rey, a lo que le respondieron que era más importante la fidelidad al rey; frente a esto, luego de sostener algunas controversias, salió de Inglaterra sin permiso del rey, quien en respuesta confiscó los bienes de la Iglesia de Canterbury y lo exilió; en 1100 murió Guillermo II en un accidente de caza y todo cambió.

Subió al trono Enrique I (1100-1135) quien quiso mejorar las cosas, llamó a Anselmo, quien se hizo intransigente y se negó a prestar otra vez juramento de fidelidad; esto dio origen a una nueva lucha por las investiduras, que fue motivada por diferentes medios como el caso del *Anónimo Normando* (o de York), obra que habla de las relaciones entre reino y sacerdocio sosteniendo la cristiandad como congregación de fieles en oposición al partido gregoriano al afirmar que el rey es el jefe de la Iglesia en Inglaterra con derecho a las investiduras. En este sentido el rey exigía de Anselmo el respeto de las tradiciones y como el obispo se refutó a coronarlo, ordenó la confiscación de los bienes de la Iglesia y exilió por segunda vez a Anselmo (1103-1106) por desear la abolición de las investiduras y el juramento.

Frente a estas circunstancias, Pascual II (1099-1118) comenzó a negociar hasta llegar al concordato de Westminster (1107) que fue un arma de doble filo. Anselmo había retirado el juramento de fidelidad, el Papa le concedió al rey el juramento de fidelidad pero quitó el báculo y el anillo, dejando el *ius regalía* y el homenaje; el problema está en que el homenaje era un rito impreciso porque no se sabía si era vasallaje o juramento. Este concordato dejó en claro que el obispo elegido debía prestar juramento antes de la consagración, con lo cual la elección de obispos quedó prácticamente en manos del rey. De todas maneras este compromiso disminuyó el poder del rey sobre la Iglesia; pero, si bien produjo un momento de tranquilidad, o al menos así era cuando murió Anselmo (1109), la libertad de la Iglesia no era más que una quimera.

Por lo que hace referencia a Irlanda, ésta fue conquistada, primero por los vikingos quienes comenzaron a construir algunas ciudades como Dublín y posteriormente tuvo una cristiandad influenciada por los monjes con lo que la Iglesia sería más personal que territorial. Hacia el comienzo de este período llegaron los anglonormandos, quienes describieron a los irlandeses como no cristianos por no tener las mismas costumbres de ellos.

1.2.2 Sinergia entre reino y sacerdocio

En el capítulo anterior se habló del comienzo de las relaciones de la Iglesia con la política germana, realidad que abarcó varios siglos y diferentes etapas, viviendo una especie de carrusel de amores y desamores. Por lo que hace relación a la unidad entre reino y sacerdocio, si bien ésta se presentó en diferentes momentos, la experiencia vivida con los emperadores Otón I, II y III marcó la historia.

Otón I hizo tres incursiones en Italia: 951-952, 961-965, 965-972 con lo que se puede entender que parte de su gobierno se desarrollará en una región de territorios feudales y familias aristocráticas que luchaban continuamente; cada vez que una familia o un reino adquiría cierto poder comenzaba a llamarse rey de Italia. Uno de estos personajes fue Hugo de Provenza, rey de Italia desde 927, quien trató con Juan X (914-928) e hizo elegir a su hijo Lotario como regente para crear una dinastía; a esta política de Hugo de Provenza se le opuso Berengario de Ivrea quien huyó a la corte de Otón I, juró vasallaje y regresó a Italia. Al poco tiempo de su regreso, murieron Hugo de Provenza y su hijo Lotario por lo cual Berengario se hizo coronar y encarceló a la viuda de Lotario, Adelaida; ésta apeló a Otón I, quien hizo su primera incursión en Italia. En Pavía recibió homenaje real y se casó con Adelaida, pero no llegó a Roma porque Alberigo II, hijo de Teofilacto y regente de Roma, se opuso porque existía la posibilidad de que Otón I fuese hecho emperador. Berengario II fue tratado con benignidad y recibió en feudo el reino itálico.

Vinieron años difíciles para Otón I por las rebeliones y regresó a Germania; frente a esto, Berengario II quiso extender su poder al patrimonio petrino por lo que Juan XII (955-964), hijo de Alberigo II y familiar de Marozia, apeló a Otón I, quien antes de venir en su ayuda hizo coronar en Aquisgrán a su hijo Otón II (mayo de 961). Otón I salió de Aquisgrán (agosto de 961) rumbo a Pavía, desde donde envió un delegado a Roma, el abad Atón de Fulda, y el 2 de febrero de 962 entró en Roma. Fue coronado emperador junto con su esposa Adelaida y recibió juramento de fidelidad. Esta coronación, llamada imperial, era superior a la coronación habida en Aquisgrán con lo que el Papa se convertía en el primer vasallo; esta coronación, con su liturgia (unción, coronación y alabanzas) era una sacralización del poder. El 13 de febrero, el emperador confirmó al Papa en San Pedro y el patrimonio petrino con el *privilegio otoniano*; el documento de este privilegio es el único original que se conserva de los años comprendidos entre 724 y 1020, ha sido muy estudiado por su cláusula: “El Papa debe hacer, antes de su consagración, una promesa de fidelidad al emperador”[105].

Antes de continuar se abordan dos inquietudes que han creado problemas en el transcurso de la historia de la Iglesia: el significado de la coronación imperial de Otón I y la intención que tenía el emperador. En cuanto al significado existen dos posiciones: la primera dice que fue un error ya que las fuerzas germanas se dispersaron para ayudar a otros pueblos; la segunda sostiene que era un evento internacional en el que se encuentra la ascendencia carolingia de Otón I. Hoy se va a las fuentes para descubrir que aun antes de la coronación, Otón I era llamado emperador sin ninguna referencia a Roma[106] porque la coronación imperial no exigía que fuera concedida por el Papa. En el pontifical

germano se encuentra el *secundum occidentales* donde se describe la coronación imperial sin ser concedida por el Papa.

En cuanto a la intención de Otón I se han dado diferentes interpretaciones: las posibles ventajas para el imperio debido a la creación de episcopados y la posibilidad de regir la Iglesia a su arbitrio; el aumento de la sacralidad para ubicarse mejor al interior de la cristiandad, creando una cierta hegemonía que entraba en la línea escatológica en la que el emperador sería el único que podía obstaculizar el poder del mal (cf. 2 Ts 2,7). La verdad es que la coronación imperial hecha por el Papa fue una decisión personal de Otón I, quien unió los imperios germano y romano con lo cual el título *Imperator Augustus* era una consecuencia del deseo de unidad del antiguo imperio carolingio; además, el apoyo de grupos aristocráticos y episcopado fue un medio de pacificación y crecimiento económico.

Después de la coronación imperial, Otón I salió de Roma para luchar contra Berengario II; Juan XII, hijo del segundo matrimonio de Marozia, se arrepintió y cambió de orientación, Otón I regresó a Roma, el Papa huyó y fue depuesto. En el 965 fue elegido Juan XIII (965-972) quien fue el primer Papa que entró en la órbita de la Iglesia imperial, al coronar en el 967 a Otón II como emperador. En este ambiente se gestó la tercera venida de Otón I a Italia con el objetivo de lograr un acuerdo con los bizantinos que estaban al sur de la península. Para llegar al acuerdo sin necesidad de armas, Otón I envió a Liutprando como delegado suyo para negociar con el emperador bizantino Nicéforo II Focas y se pedía en señal del acuerdo una princesa que sería la esposa de Otón II; esta misión de Liutprando no obtuvo ningún resultado. La situación en oriente también era problemática; allí Juan Zimiskes o Tsimiskes derrocó al emperador Nicéforo II Focas y para buscar el reconocimiento oficial se dirigió a Otón I, a quien llamó "emperador de los francos", enviándole una princesa, su sobrina Teófano, inteligente y joven mujer que desempeñó un importante rol político. En 972 se realizó el matrimonio entre Otón II y Teófano y en 973 murió Otón I.

De Otón I se ha dicho que aprendió a leer y hablar varias lenguas; además, antes de las fiestas en las que tenía que portar la corona siempre ayunaba. Su interés por Italia se debía a la relación entre reino y sacerdocio, que tuvo como símbolo el privilegio otoniano que le garantizaba a los Papas la posesión del patrimonio petrino pero le reservaba al emperador la supremacía sobre ese patrimonio y el derecho a intervenir en la elección papal.

Otón II, emperador del 973 al 983, no tuvo un gobierno tan brillante como su padre porque murió muy joven y tuvo problemas familiares. En el marco de estos problemas, con el deseo de restarle poder al rey Enrique, le dio en feudo una parte de Baviera al conde Liutpold Babemberg; esta parte es la actual Austria. En el 980 centró su atención en Roma e Italia; en 981 tomó la decisión de suprimir la diócesis de Meseburg porque su obispo Gisilher quería ser promovido a arzobispo; en el 982 comenzó a llamarse *Imperator Augustus Romanorum* y emprendió una expedición militar contra musulmanes y bizantinos, que se encontraban al sur de Italia, fue vencido y en el 983 murió de malaria en Roma a los 28 años; su tumba se encuentra en el Vaticano.

A la muerte de Otón II (955-983), su hijo Otón III tenía tres años. Teófano lo hizo coronar emperador en Aquisgrán con la presencia de los obispos de Maguncia y Ravena. Mientras el emperador alcanzaba la mayoría de edad, Teófano asumió la regencia del imperio hasta su muerte en el 991 en Colonia; como Otón III apenas tenía once años su abuela, Adelaida, tomó la regencia del imperio hasta que en el 994 y con quince años asumió el poder.

Con Otón III, quien recibió formación de Juan Filogato y otros maestros, entre quienes se destaca Bergardo obispo de Hildeshein, aparece la idea romana bizantina del imperio, la *Renovatio Imperii Romanorum*. Este emperador que recibió el apoyo de Juan XV (985-996) e hizo nombrar a Bruno de Carintia como Papa (Gregorio V, 996-999), quien lo coronó emperador el 21 de mayo de 996. Otón III hizo de Roma la capital del imperio y buscó la hegemonía occidental; en estrecha relación con Roma y, después de restaurar el antiguo palacio imperial en el Palatino, quiso unir dos autoridades occidentales en una misma ciudad; esta política se llama sinergismo y se caracterizó porque el pontificado perdió su autonomía. Otón III fue el primero que rechazó la donación constantiniana del patrimonio petrino[107] y, al tiempo que la rechazaba, hizo nuevas donaciones al Papa para que ejerciera mejor su apostolado dándole el título de *servus apostolorum*. La cima de su pensamiento intervencionista se dio cuando hizo nombrar al francés Gerberto de Aurillac como Papa, Silvestre II (999-1003), quien soñó una *renovatio imperii* con Otón III mostrándose como precursor del papado reformado y reformador.

Silvestre II nació en Aquitania (950), estudió en el monasterio benedictino de Aurillac; en alguno de sus viajes conoció a Otón I, quien le ofreció la posibilidad de continuar sus estudios en Reims aprovechando su capacidad intelectual. En 981 tuvo una disputa pública en Ravena con Ohtrich, maestro de Marburgo; en premio a su triunfo, Otón II le concedió la abadía de Bobbio a la que renunció para retornar a Francia; hacia el 991 asumió, después de ser depuesto el obispo Arnulfo[108], el arzobispado de Reims; en 998 aparece como obispo de Ravena después de un nuevo viaje que hizo por Italia; en 999 asumió el pontificado y confirmó al depuesto Arnulfo en el arzobispado de Reims.

El nombramiento de Silvestre II tiene su historia. A los romanos no les gustaba que un extranjero los gobernara, por ello durante los últimos años del siglo X se presentaron en Roma varias revueltas populares. En una de esas revueltas el senador Crescencio II se apoderó de la ciudad, desterró a Gregorio V aprovechando que Otón III no se encontraba en Roma, nombró a Juan Filogato, quien tomó el nombre de Juan XVI (997-998), después de algunos acuerdos políticos. Frente a esta situación, Otón III regresó a Roma, hizo decapitar al senador Crescencio II y mutilar y encarcelar a Juan XVI, su antiguo maestro, suprimió las oposiciones y nombró a Silvestre II. Con este nombramiento comenzó en firme la política de la *renovatio imperii* con dos modelos unidos: el bizantino y el carolingio; a esto se le une el ideal místico del emperador quien entró en contacto con los reformadores religiosos: Adalberto de Praga, Nilo de Rosano, fundador del monasterio de Grottaferrata, y Romualdo de Camaldoli, fundador de los camaldulenses.

En el contexto de esta política se entiende la elección de Otón III de Roma como capital. Esta elección no acabó con las continuas revueltas que se presentaban. Luego de alguna de esas revueltas el Papa y el emperador tuvieron que huir de Roma desplazándose a Ravena, donde esperarían los refuerzos militares que procedían de Germania para acabar con las revueltas; de esa ciudad retornaba a Roma, cuando la muerte sorprendió a Otón III a la edad de 21 años; su cadáver fue trasladado a Aquisgrán y Silvestre II se alió con la aristocracia romana.

La actividad de Otón III se puede enjuiciar desde dos puntos de vista. Su empeño evangelizador y político originó encontradas reacciones por lo que se dice que fue una persona polarizante; puede ser visto como una persona que presentó y vivió un concepto que la Europa de aquel entonces no entendió al superar la concepción señor - vasallo (concepto germano) y proponer una monarquía estructurada en familias reales con reinos independientes y principados dependientes (idea bizantina). En cuanto a su relación con el pontificado los juicios pueden cambiar: aunque el pontificado adquirió algunas ventajas perdió la libertad, esto se entiende mejor si se tiene en cuenta que sin el apoyo real el Papa no podía sentirse responsable de la Iglesia en otros lugares; con esto se llega a una constatación: el pontificado fue débil porque durante la época cerrada por Otón III hubo un buen número de Papas desterrados[109].

Después del pontificado de Silvestre II y la muerte de Otón III, el pontificado retornó a una cierta insignificancia porque no existía un apoyo fuerte y el aspecto jurisdiccional pontificio ni estaba previsto ni era practicado toda vez que los nexos entre los obispos y Roma eran mínimos y se reducían a la concesión del palio arzobispal y dar respuesta frente a los conflictos entre obispos o entre religiosos y obispos a raíz de las exenciones abaciales y monásticas[110].

1.2.3 El culto a los santos y las beatificaciones

Desde Enrique I (918-936) hasta Otón III (980-1002), siempre hubo una preocupación en la Iglesia porque no existía la división entre lo civil y lo religioso. Aunque de estos reyes no se tiene ninguna referencia cultual, sí se encuentran en Matilde, esposa de Enrique I, y Adelaida, esposa de Otón I, veneradas como santas; en las biografías de estas mujeres se encuentra que son consideradas santas por su preocupación por los pobres y la construcción de monasterios. Teófano, esposa de Otón III, no es venerada como santa; la razón es simple: aunque llevó una vida impecable como cristiana, esposa y emperatriz no se preocupó por fundar monasterios y murió antes que Adelaida.

En el 993 Juan XV (985-996) canonizó a Ulrico de Augsburgo (+ 973), el primer santo canonizado por un Papa, después de un proceso que tenía tres pasos: *petitio*, *informatio* y *publicatio*. Antes de este hecho, normalmente se le llamaba santo a aquel cristiano que después de su muerte, su cadáver permanecía en cierto sentido incorrupto (excepción hecha de los mártires), razón por la cual el culto siempre comenzaba junto a la tumba; cuando aumentaba el culto aparecía el problema de las reliquias porque el cuerpo era distribuido por diferentes sitios; esta dispersión de los restos mortales dio origen a los

traslados para reunir de nuevo el cuerpo cuya sacralidad encerraba el concepto de la forma cómo se entendía la resurrección de los muertos.

Los procesos de canonización tenían tres etapas. En la primera, partiendo de la presencia de las reliquias, los laicos proponían el culto y finalmente se presentaba el proceso oficial; la canonización era oficializada a través de un sínodo. En la segunda ya comienza a intervenir el Papa: después de una petición de canonización, que incluía vida y milagros, se llegaba a la información sobre la veracidad de los datos y en un sínodo se promulgaba la canonización, esto en tiempos de Eugenio III (1145-1153). En la tercera etapa, después del proceso descrito, era el Papa quien tomaba la determinación sin necesidad de un sínodo[111]. En el proceso de las canonizaciones (petición, información y publicación) se presentó un método de lo que hoy se llama inculturación, porque el culto a los santos fue un aspecto de la inculturación del cristianismo en el medioevo.

Entre los cultos más representativos están san Miguel Arcángel; san Mauricio, legendario mártir romano venerado por los merovingios y Otón I; san Nicolás, obispo de Mirna, cuyo culto fue propagado en occidente por Teófano. Caso especial es Hildegarda quien es venerada como santa sin ser todavía canonizada porque el obispo de Maguncia siempre se opuso.

1.2.4 Actividad misionera

La Iglesia siempre ha estado en misión y este período no es la excepción de la regla. Hasta el siglo X, después de la invasión musulmana, el mundo conocido era el occidente de Europa, ya que el norte y el oriente eran prácticamente desconocidos. En este ambiente se ubica la preocupación misionera de Otón I, quien extendió su acción hacia Dinamarca al norte y los pueblos eslavos, incluyendo Polonia y una parte de Rusia, hacia el oriente; para lograr la evangelización de estos pueblos, Otón estableció las marcas siguiendo el estilo que los carolingios usaron con los sajones, pero distinguiendo entre la cristianización de los pueblos que querían incluir en el imperio y la de otros reinos.

Aquí hubo algunos problemas porque los pueblos eslavos eran confederados pero independientes y no querían aceptar el cristianismo porque lo veían como la religión de los opresores; además, los señores feudales no eran partidarios de estas misiones porque se perdían unos terrenos aptos para ser conquistados y adquirir más propiedades, siempre y cuando permanecieran no cristianos. Frente a esta problemática, el mérito de Otón I consistió en proclamar que aceptar el cristianismo no implicaba el reconocimiento de la soberanía; lo único que propuso fue que el soberano no sólo era responsable de la seguridad de los súbditos, sino también de su salvación. En el fondo de esta solución se encuentra la unidad de sacerdocio y reino, siguiendo el pensamiento de Carlomagno. Por ello se debe tener presente que "el cuadro múltiple y confuso que ofrece la cristianización de los países del norte y del este, se hace claro apenas se atiende a las relaciones de estos pueblos entre sí"[112].

Fundación del obispado de Magdeburgo

En el siglo X la fundación de un obispado requería el consenso de varios intereses. La

fundación de este obispado, en la frontera del imperio, básico para entender la acción misionera emprendida por Otón I, comprende un proceso de 30 años durante los cuales fueron superados los problemas a través de cinco etapas.

Hacia 936 Otón I fundó un monasterio benedictino con monjes procedentes de San Maximino de Tréveris en la frontera oriental y lo consagró a san Mauricio; por la dotación concedida se entreveía su futura importancia. En el 948 se fundaron los obispados de Brandeburgo y Havelberg como puntos de apoyo para las misiones; al mismo tiempo fueron promovidos los obispados daneses de Schleswig, Ribe, Aarhus que eran sufragáneos del arzobispado de Bremen-Hamburgo. Así quedan dos centros en Germania, Bremen-Hamburgo y Maguncia, de los cuales dependían las misiones del norte y el este.

Hacia 955, después de la batalla del Lech contra los húngaros, Otón I fundó el monasterio San Lorenzo en Merseburg; con esto ya quedaban dos monasterios como centros misioneros. El mismo año Otón I le solicitó a Agapito II (946-955) la fundación del obispado de Magdeburgo; aunque el Papa aprobó la petición, algunos obispos se opusieron y así finaliza la segunda etapa.

En 962, a propósito de la coronación imperial de Otón I por parte de Juan XII (955-964) comienza la tercera etapa. La información de la coronación iba unida a la autorización papal para crear el arzobispado de Magdeburgo y el obispado de Merseburg; como hubo oposiciones, Otón I decidió esperar y, a la muerte de algunos opositores, logró la fundación.

Hacia 967 comienza la cuarta etapa, cuando Juan XIII (965-972) y Otón I se reunieron en Ravena para discutir asuntos políticos y eclesiásticos. Allí se decidió la creación de la arquidiócesis de Magdeburgo como sede metropolitana con Brandeburgo y Havelberg como sufragáneas. Además, el Papa autorizaba al metropolitano para nombrar obispos donde fuera necesario, propiamente en Merseburg, Zeitz y Meissen; esta determinación permite entender que el Papa toma en sus manos la acción misionera que hasta 967 estaba en manos del emperador Otón I[113]. La autoridad pontificia se hace internacional bajo el influjo de los Otones; aquí se confirma que si bien el emperador tomaba la iniciativa era el Papa quien en última instancia decidía.

La ejecución del mandato (968) se realizó después de la muerte de los obispos que se oponían. Fue elegido obispo el monje benedictino Adalberto de Weissenburg, quien hacia 961 había vivido una experiencia misionera en Kiev cuando la princesa Olga le pidió a Otón I misioneros para aquella región. La ejecución del mandato exigía que Adalberto, quien había sido nombrado obispo de aquella diócesis, recibiera el palio arzobispal en Roma. En este momento se presenta una diferencia entre el Papa y el emperador; mientras Otón eligió a Adalberto para ser obispo de la zona con regencia sobre los cristianos y los no cristianos, el Papa sostiene que la jurisdicción de este obispo era sólo sobre los eslovenos recientemente convertidos. Con este obispado ya eran seis las provincias eclesiásticas germanas: Maguncia, Tréveris, Colonia, Salizburgo, Bremen, Magdeburgo.

El inicio del cristianismo en otras regiones europeas

Hacia el siglo X el único estado cristiano era Bohemia, convertido al cristianismo en el siglo IX bajo la casa de los Premyslidas, quienes se apoderaron de Moravia. Es importante Wenceslao, símbolo de la nobleza y el clero bohemo. En esta región comienza la organización eclesiástica con la diócesis de Praga (973) que dependía de Maguncia, del imperio.

La cristianización de Bohemia comenzó hacia el siglo IX, cuando llegaron algunos misioneros procedentes del monasterio de San Everardo de Ratisbona en Baviera; a la caída del reino de Moravia, donde predicaron Cirilo y Metodio, esta región continuó bajo la dirección de Ratisbona. Bohemia, cuyo centro era Praga, estaba dirigida por la familia Premyslida y dependía, desde 928, de Sajonia cuando su rey se hizo vasallo de Enrique I de Sajonia; cuando sucedió este vasallaje se presentó la lucha entre Wenceslao I y su hermano Boleslao, quien hacia 935 asumió el gobierno en medio de problemas internos después de asesinar a su hermano. Aunque Bohemia era políticamente independiente, eclesiásticamente seguía dependiendo de Ratisbona. En esta situación Boleslao deseó un obispado y en 975 Otón I hizo crear la diócesis de Praga, eligió como obispo a un monje sajón y la hizo sufragánea de Maguncia; esta anexión era una indemnización por el territorio de Magdeburgo. El sucesor del primer obispo fue Adalberto Vojtech que tuvo como maestro a Adalberto de Magdeburgo y fue consagrado por el obispo de Maguncia.

El episcopado de Adalberto no tuvo mucho éxito debido al rigorismo que exigía a los súbditos, su pertenencia a la familia Slavnik, la rivalidad con los Premyslidas y faltaba claridad sobre si era un obispo imperial o territorial. Frente a los problemas dejó el país, llegó a Roma en el 990 pero el obispo de Maguncia, su metropolitano, lo obligó a regresar si el pueblo estaba de acuerdo; él quería regresar, pero al ser asesinada su familia, se convirtió en misionero en las regiones polacas donde fue asesinado por los miembros de un pueblo báltico donde estaba misionando (997). El duque polaco Boleslao Chroby compró sus restos mortales que fueron trasladados a Gniezno; fue canonizado por Silvestre II en 999, a instancias de Otón III, y se convirtió en el primer santo del cual se conservaba su cuerpo.

En Polonia todo comenzó en Gniezno con el duque Mieszko I quien se casó con la hija de Boleslao según el rito latino; al darse este hecho comenzaron a llegar los primeros misioneros procedentes de Bohemia. Hacia 968 se creó la diócesis misionera de Poznan; con este hecho Polonia da un giro hacia Sajonia, por lo que al finalizar la primera etapa de su cristianización comenzó a girar en el mundo sajón. Al mismo tiempo Mieszko I buscó relaciones con Roma para asegurar, poniéndose bajo la protección petrina, una cierta independencia; con esto se presentaba una realidad muy particular: Roma adquiría un triunfo (991) donde Bizancio había obtenido el éxito de Rusia (987).

Vino la segunda fase de la cristianización polaca, ésta bajo Boleslao Chrobry (992-1025), quien entró en contacto con Otón III. Es importante el “acto de Gniezno” del

1000, cuando Otón III quiso visitar la tumba de Adalberto de Praga y al llegar a Gniezno la hizo arquidiócesis con tres diócesis sufragáneas: Kolberg, Cracovia y Breslau; Poznan ni siquiera fue mencionada. En este encuentro hubo un intercambio de regalos: Otón le entregó al rey un clavo de la cruz del Señor y la lanza de san Mauricio; Boleslao le entregó a Otón un brazo de san Adalberto. El hecho creó dificultades porque el emperador hizo rey a Boleslao y proveyó jurisdicciones que no le competían ya que no respetó los derechos ni de Silvestre II, ni del obispo de Poznan.

Otro impulso a la evangelización cristiana se inició en Pomerania, que en 1122 conquistó el rey polaco Boleslao III. El rey llamó en su ayuda al obispo de Bamberg, Otón, que en dos momentos, 1123 y 1128, trabajó bautizando y predicando. Poco después se inició desde Hamburgo - Bremen el trabajo para cristianizar a los eslavos del otro lado del Elba. La cruzada contra los vendos en 1147 no significó sólo la interrupción de los trabajos misionales, sino también un endurecimiento de los frentes y una mayor dificultad en el posterior apostolado sobre los eslavos. Para proteger el territorio evangelizado desde Riga se hicieron durante el siglo XIII levas de cruzados que repelían los ataques de los no cristianos. La dominación del obispo Alberto fue dividida por la intervención de la curia, éste declaró a Livonia propiedad de la madre de Dios, con lo que teóricamente la sometió a la Iglesia; aún después de la división del poder, esta idea siguió siendo el vínculo de la unión de obispo, ciudad y orden.

Los primeros intentos de evangelización de los no cristianos prusianos entre el Vístula y el Memel hacia fines del siglo X se debieron a iniciativa de Boleslao I de Polonia, pero sólo la iniciativa de Inocencio III hizo progresar seriamente la obra. Hermann de Zalsa, gran maestre de la orden teutónica desde 1209 hasta 1239, aceptó el ofrecimiento; el emperador Federico II le otorgó protección imperial y Gregorio IX también aprobó el proyecto. Por otra parte Honorio III puso bajo su protección personal a los nuevos convertidos de Prusia y Livonia. La bula de oro de Rimini (1226) de Federico II, autorizaba a la orden para ejercer señorío en los territorios conquistados y el gran maestre fue hecho príncipe del imperio.

Hacia 940 el cristianismo comenzó a ser importante para los húngaros[114]. El primer intento fue hacia 948 cuando algunos nobles querían unir esta región a la Iglesia bizantina; hacia 957 Olga de Kiev llegó a Constantinopla con lo que el emperador Constantino VII comenzó a anexionar el territorio ruso a Bizancio; años después, el 972, fue enviada una embajada a Otón I manifestando su deseo de unirse al occidente porque de oriente no se podía esperar nada. A partir de ese momento comienza la cristianización latina de Hungría, después de un primer período de evangelización bizantina.

La primera etapa comienza cuando Otón envió a Bruno de San Gall como obispo misionero quien posiblemente bautizó a Géza y fundó algún monasterio (Pananalma). La segunda etapa comienza con el obispo Piligrim de Passau, quien ayudó al anterior pero de manera interesada hasta el punto que falsificó algunas bulas. En esta fase es importante Esteban quien fue coronado rey en Esztergom en 1001 con una corona enviada por Silvestre II, que se convirtió en el símbolo nacional de Hungría; en su

gobierno llegó a fundar diez diócesis y por ello puede ser considerado fundador de la Iglesia húngara.

Los Arpad (o Parpati) pusieron una base sagrada al reino con el rey Esteban el Santo (+ 1038) que fue canonizado en tiempos de Ladislao I; Esteban se convirtió en protector y patrón de la nación, que fue definitivamente cristianizada por la presencia de los benedictinos. Silvestre II le concedió autonomía a esta Iglesia en tiempos de Esteban el Santo. Como aún existía el paganismo, éste no tuvo mucha fuerza por la presencia de los colonizadores germanos, quienes hacían prevalecer el cristianismo.

En Dinamarca la evangelización comenzó en tiempos de Ludovico Pío, posteriormente llegó san Ansgario (+ 1065); en el siglo X esta región dependía de Hamburgo - Bremen; con Canuto I, rey de Inglaterra y Noruega (+ 1035) la Iglesia se vio favorecida; cuando Adalberto obispo de Hamburgo – Bremen, quiso transformar la diócesis en el patriarcado del norte, también fue impulsada la evangelización de esta región; hacia 1104 se creó el obispado de Lund con jurisdicción sobre los países nórdicos, Islandia y Groenlandia.

En Suecia la evangelización fue escasa hasta el siglo XI cuando el cristianismo se fortaleció al sur por el influjo de sajones y germanos; hacia 1120 ya tenía seis obispados y en 1164 Upsala se convirtió en sede metropolitana.

En Noruega el cristianismo es más fuerte; el rey Olaf (1014-1030) puso las bases de una cultura cristiana con la ayuda de los anglosajones, al proponer el cristianismo como la única religión legítima para suprimir el paganismo; hacia el siglo XI tenía ya cuatro diócesis pero ninguna sede episcopal porque todo dependía de Hamburgo - Bremen; en 1104 comenzaron a depender de Lund; en 1152 se creó la provincia de Trondheim. En esta región la vida sacerdotal era particular porque el celibato apenas fue introducido en el siglo XIII.

La obra misional entre los mongoles estaba bajo la idea de aquellos tiempos de una *dilatatio imperii christiani* y estuvo caracterizada por la conexión de motivos políticos y religiosos de acuerdo con la idea que la Iglesia tenía de sí misma. La obra principal no estuvo, como era de esperarse, en manos de los Papas, sino en las de las nuevas órdenes reformadas del siglo XII: cistercienses, premonstratenses y canónigos regulares, a las que se juntaron en el siglo XIII las órdenes mendicantes, como el caso de misión franciscana en Pekín. La evangelización de los eslavos y pueblos del Báltico estuvo estrechamente unida con la conquista y dominio de los territorios y la cruzada se tornó en instrumento de expansión y poder.

2. La reforma gregoriana

Al interior de este proceso se ubica el drama de la experiencia eclesial y su relación con los altibajos del imperialismo occidental donde se pasó del agustinismo político de Gelasio I (492-496) que inspiró la coronación de Carlomagno a la querella de las

investiduras con la dinastía Franconia (1027-1125) y el enfrentamiento con la dinastía Suabia o Hohenstaufen (1138-1250) hasta perder con Bonifacio VIII el brazo secular a comienzos del siglo XIV. La reforma gregoriana se ubica históricamente al interior de la querella de las investiduras.

2.1 Auge de la sinergia

En el siglo XI comenzó una etapa que duró hasta el siglo XII, conformándose un período en el que se dieron algunos cambios que condujeron al enfrentamiento entre Gregorio VII y Enrique IV; frente a ello existen posiciones divergentes, como es apenas normal.

2.1.1 Los comienzos

Con la muerte de Otón III (1002) desapareció la dinastía otoniana y fue elegido como rey el duque Enrique II de Baviera. Enrique II nació en 973, fue destinado al estado clerical por su padre, pero en 995 fue elegido duque de Baviera y se casó con la princesa Cunicunga de Luxemburgo, contando con el apoyo del alto clero germano. La elección se presentó en junio de 1002 y comenzó una cabalgata por el imperio solicitando apoyo a los súbditos. Desde el momento de su elección todo cambió porque para él lo más importante no era la renovación del imperio sino la renovación del reino franco, la idea de Ludovico era nuevamente acogida, dejando de lado la concepción romana; así se llega a un interés particular por Germania y una aceptable intención administrativa imperial. Como el objetivo es la historia de la Iglesia, el interés se centra en la relación con Italia y el pontificado y la Iglesia imperial.

En relación a Italia y el pontificado, Enrique II buscó la estabilidad germana; mientras tanto en Italia, algunos tenían interés por el gobierno germano, otros deseaban ser autónomos como el caso de Arduino de Ivrea, quien fue el último rey italiano hasta el siglo XIX. Enrique II viajó a Italia y en Pavía fue coronado rey de Italia por el obispo Arnulfo de Milán en 1004.

Al tiempo que Italia estaba convulsionada, en el pontificado se presentaban luchas entre los Crescencio y los Tusculano; los Crescencio recuperaron el poder con Juan XVIII (1004-1009) y Sergio IV (1009-1012) quienes evitaron que Enrique II llegara a Roma; mientras tanto, los Tusculano buscaban contactos con Enrique. Hacia 1013 Enrique II llegó a Roma donde fue coronado en febrero de 1014 por Benedicto VIII (1012-1024) siguiendo el ritual del orden sálico; después de la coronación convocó un sínodo en Roma y una dieta en Pavía y concedió varios documentos. Es importante el sínodo realizado en 1014 porque, además de condenar algunos aspectos simoníacos, introdujo la costumbre de recitar el credo en la misa después del evangelio[115].

La política imperial con relación a Italia también tuvo un episodio al sur, que estaba en poder de los bizantinos. Benedicto VIII, después de haber sido derrotado por los bizantinos del sur de Italia (1018), atravesó los Alpes para buscar unidad de criterios con

el emperador en relación a la política italiana; el emperador hizo la tercera incursión en Italia siendo, en esta ocasión, reconocido como emperador en Capua y Salerno, y cuando retornaba a Germania convocó el sínodo de Pavía (1022) que fue presidido por Benedicto VIII contando con la asistencia de obispos germanos e italianos, entre los cuales estaba León de Vercelli. En este sínodo fue condenado el concubinato del clero y el matrimonio de los sacerdotes lo cual tiene que ver con los bienes de la Iglesia que podían ser heredados por los hijos de los clérigos; las normas, que primero fueron pastorales, terminaron siendo imperiales[116].

En relación a la Iglesia imperial, dos diócesis acapararon la atención: Merseburg y Bamberg que fueron creadas en 1007 a pesar de la oposición del obispo de Maguncia. La diócesis de Bamberg fue creada en un territorio que le había sido expropiado al duque Enrique de Schweinfurt porque se había rebelado contra Enrique II, quien quiso hacer de esta diócesis el centro espiritual de Germania dándole buena dotación. En esta diócesis murió Enrique II el 13 de julio de 1024; la leyenda surgida en torno a su actuar y su vida matrimonial (no relaciones sexuales) permitió su pronta canonización junto a su esposa Cunegunda[117].

A la muerte de Enrique II fue elegido Conrado II (1024-1039) con quien comenzó la dinastía sálica de Franconia[118]. Continuó la política de alianza con la Iglesia, favorecida con los dominios eclesiásticos en Germania que existieron hasta el siglo XIX, donde el gobierno era presidido por un eclesiástico (obispo o abad). Este favor de la Iglesia conllevaba los dones que los obispos daban; aquí se encuentra el germen de la simonía y la lucha de las investiduras, porque para regentar un dominio eclesiástico había que pagar.

En relación al pontificado, dejó en libertad a los Tusculano para que siguieran adelante. Viajó dos veces a Italia; la primera para ser coronado emperador (1027), después de haber sido coronado rey de Italia, por Juan XIX (1024-1032); la segunda hacia 1036 cuando se presentaron algunos problemas en Milán. Cuando fue coronado emperador, tomó como lema *Roma caput mundi regit orbis frena rotundi*, se creó el imperio, ahora sí romano con tres grandes reinos: Germania, Italia y Borgoña, que recientemente se había anexionado.

Durante su gobierno cambió el papel del emperador en relación a Italia. Ariberto de Milán (1018-1045) tuvo problemas con la rebelión de unos súbditos que dependían de los capitanes, porque aún no habían obtenido ninguna herencia. En este enfrentamiento, en la época precomunal, el obispo estaba de parte de los barones o capitanes; Conrado II reconoció con la *Constitutio feudis*[119] que los súbditos de cada feudo pudieran heredar; fue una revolución que no tuvo en cuenta las esferas sociales, sino las dos que se encontraban en conflicto y por ello surgió otro movimiento que se opone a los nobles, a quienes tenían alguna posibilidad de heredar. Aunque el rey fue claro y las presiones del pontificado no se hicieron esperar, Ariberto estuvo en su cargo hasta su muerte; este obispo no fue capaz de mantener en orden la población y pretendió conjurar contra Conrado II al hacer una alianza con el príncipe de Lorena.

Dos hechos son notables en la actitud de Conrado II: el cambio de orientación al no sostener el pensamiento de los obispos feudales en Italia porque quería incardinar una nueva clase, y el origen de la pataria, un movimiento religioso, espiritual y social que pretendía una violenta renovación.

2.1.2 La concreción[120]

Durante aquella época no es fácil separar la historia de la Iglesia de la imperial, por ello es mejor hablar de historia de la cristiandad, que tuvo marcados acentos durante el reinado de Enrique III, quien nació el 28 de octubre de 1017. Con erudita formación e interés teológico, asumió el trono en 1039; su piedad mariana era grande y presentó algunos signos ascéticos por el influjo monástico que vivió. Uno de estos signos se presentó cuando en su matrimonio con Inés de Poitou hizo alejar a cantantes y bufones; otro signo fue el perdón que le concedió a quienes había vencido en una batalla. Promovió la paz y la justicia e hizo suyo el movimiento de la paz de Dios toda vez que ésta era su responsabilidad ante Dios como emperador, por lo cual la sacralidad real era vital.

En su política tuvo que resolver algunos problemas y por ello nombró duques de confianza en algunas zonas del imperio; por la división que hizo del ducado de Lorena (1044) tuvo dificultades con Godofredo el Barbudo, quien se convirtió en su enemigo personal[121]. Con los ducados sajones tuvo tensas relaciones por razones obvias y para asegurar la dinastía hizo elegir como sucesor a Enrique IV a condición de que fuera un hombre recto; además, fundó la colegiata de Goslar que terminó siendo su sede preferida.

Con Italia y el pontificado tuvo buenas relaciones. El problema de Milán se aplacó, aunque continuó siendo una ciudad violenta, que no aceptó al obispo Guido nombrado por él; Milán era una ciudad que continuaba en lucha porque la nueva clase noble deseaba participar en el gobierno. En Italia entró en contacto con los centros reformadores de Valleumbrosa y Ravena.

Los sínodos de Sutri y Roma

Conrado II había dejado que los Tusculano siguieran adelante; en el 1046 Enrique III se dirigió a Roma para ser coronado emperador, cruzó los Alpes, se dio cuenta que la situación de la sede de Pedro era caótica y decidió intervenir. El pontificado era un negocio Tusculano: Alberigo III hizo elegir a su hijo Teofilacto, quien tomó el nombre de Benedicto IX (1032-1044/1045/1047-1048) cuando sólo tenía entre 10 y 12 años y fue acusado de llevar una vida escandalosa; hacia 1044 el pueblo romano, liderado por los Stefano, se rebeló, la familia triunfante nombró a Silvestre III (enero de 1045), en marzo regresó Benedicto IX y cedió la dignidad pontificia al canónigo Juan Graciano (Gregorio VI, 1045-1047), por dos mil libras de plata; este Gregorio VI obtuvo el dinero de una familia hebrea.

Estando así la situación romana, Enrique III inició su viaje de coronación en el verano de 1046 y en octubre convocó un sínodo en Pavía, del cual, aunque no se conocen las

actas, se dice que condenó la simonía; después continuó su viaje a Roma y en Piacenza se encontró con Gregorio VI e hizo una alianza de oración; prosiguió su viaje y el 20 de diciembre de 1046 convocó el sínodo de Sutri para deponer los Papas que había encontrado y elevar uno sobre quien no hubiese dudas para que lo coronara. Las decisiones que allí se tomaron fueron básicas, pero su estudio está condicionado por los prejuicios y la división de los primeros cronistas entre pontificios (jerárquicos) e imperiales.

Sutri, tenía como objetivo preparar el camino para ingresar a Roma sin problemas. Allí se dijo que el proceso contra Benedicto IX no era necesario porque su pontificado ya había terminado; el proceso contra Gregorio VI, quien alegó que tuvo como objetivo, al comprar el pontificado, el deseo de liberarlo de cualquier duda, fue diferente porque se declaró culpable, se quitó las vestiduras pontificales y dimitió; Enrique III lo hizo arrestar y lo exilió a Colonia donde murió en 1047. En esta intervención de Enrique III fue un juicio eclesial que terminó siendo político. Aunque esos fueron los hechos, algunas fuentes sostienen que Gregorio VI fue obligado a dimitir, a confesar contra su voluntad, siendo depuesto por quien no tenía competencia; el hecho fue que el Papa, aceptado como legítimo por Gregorio VII, dimitió, teniendo presente que ya existía un precedente cuando Otón I depuso a Benedicto V (964–966).

El 23 de diciembre de 1046, Enrique III llegó a Roma, el 24 fue abierto el sínodo de Roma donde, por sugerencia imperial, fue elegido Suidger de Bamberg, quien tomó el nombre de Clemente II (1046-1047); este Papa fue entronizado el 25 de diciembre y el mismo día coronó emperador a Enrique III y su esposa Inés. Este Papa continuó la reforma que venía desde Silvestre II, según la inspiración de Cluny. Al tiempo que fue coronado, Enrique III se hizo conceder el título de patricio romano, que no se usaba desde Carlomagno, dando a entender la participación del pueblo y los derechos imperiales del Papa.

El 5 de enero de 1047 se tuvo el sínodo de coronación en el cual los obispos de Milán, Ravena y Aquilea litigaron por el puesto de presidencia en caso de ausencia del emperador; en este sínodo se dieron algunas disposiciones antisimoníacas moderadas para solucionar el problema de la validez de una ordenación simoníaca. El mismo año murió Clemente II, Benedicto IX retornó a Roma y se alió con Bonifacio de Canosa; mientras tanto, Enrique III nombró a Dámaso II, cuyo pontificado duró 24 días; murió posiblemente de malaria, aunque algunas crónicas admiten la posibilidad de un envenenamiento.

En este punto del recorrido conviene anotar que algunos obispos elegidos Papas no renunciaron a sus diócesis de origen[122]; esto obedecía a varios motivos: por cuestiones prácticas y económicas era lo más recomendable, por una concepción mental, según la cual el obispo era el esposo de su diócesis. Esta realidad cambió con la intervención de Enrique III para quien el obispo de Roma tenía el primado jurisdiccional; esta idea imperial se une con el pensamiento de los romanos para quienes el Papa era el obispo de Roma; ambas teorías convergen en la teoría del primado pontificio dentro de una

concepción espiritual según la cual, cuando un obispo de una diócesis diferente a Roma asume el pontificado se encarga tanto de su esposa como de la madre de ésta.

Los sínodos de Sutri y Roma son una muestra de la lucha contra la simonía conducida por el Papa y el emperador; además, la posibilidad de una reforma tomó cuerpo en Sutri, sínodo que planteó el problema de la validez de las ordenaciones simoníacas.

El pontificado de León IX

Bruno de Egisheim, obispo de Toul, fue designado Papa (1049-1054) por Enrique III. Buscó la reforma en diferentes ambientes y sometió su designación a la acogida romana; en el fondo de esta determinación está el deseo de crear un principio canónico para la elección del pontífice y concretizar la idea del primado a través de sínodos; en ellos se trataban la reforma del clero, la simonía y el nicolaísmo. Si bien al comienzo fue exigente, fue cediendo y haciendo compromisos porque de otra manera el clero desaparecería; el problema fundamental era la simonía que adulteraba la presencia del Espíritu Santo en el proceso vocacional sacerdotal. En 1051 quiso renunciar a su diócesis de Toul, dando unas normas, según las cuales se precisaba la elección canónica (clero y pueblo) antes de la investidura imperial; por esta forma de pensar se dice que León IX comenzó a rehabilitar el poder pontificio después de Enrique III. Dos hechos son fundamentales durante su pontificado: la reestructuración del pontificado y el cisma de Cerulario, del cual ya se habló.

En cuanto a la reestructuración del pontificado y sus instituciones con la presencia de algunos hombres de Iglesia procedentes de Lorena, León IX comenzó a independizar el pontificado del influjo de las familias romanas al transformar los cardenales obispos y los cardenales presbíteros en administradores haciéndolos instrumentos para llevar adelante la reforma. Junto a este cambio, está el hecho de pasar del papiro al pergamino para los documentos oficiales que comenzaron a ser escritos en letra minúscula. Además, algunos obispos comenzaron a mostrar un nuevo pensamiento, incluso frente al emperador; todo ello manifiesta síntomas de una reforma. En este campo se ubica uno de los grandes inconvenientes para la historia de la Iglesia porque la reforma pontificia comenzó a presentarse en términos de competencia con la autoridad imperial, lo cual implicaba la superioridad de lo espiritual sobre lo civil; lo peor fue que esta posición de ahondó con los sucesores de León IX[123].

La ruptura con la Iglesia bizantina se dio por diferentes motivos porque la política sinodal y la estructuración pontificia hicieron cambiar tanto la concepción episcopal como la del primado jurisdiccional que pedía supremacía de honor y respeto. A esta situación, unida al *Filioque*, se debió el cisma cuando el patriarca Miguel Cerulario fue excomulgado. También se deben tener presentes: la equivocada política de Humberto de Silvacándida y el problema de las ordenaciones simoníacas. La carta *Libellus* de León IX a Miguel Cerulario, donde la Iglesia bizantina es presentada como hija de Roma, también ayudó a la división. En el panorama de este cisma hay una particular concepción de herejía, la cual, más allá de la cuestión doctrinal, consiste en no estar de acuerdo con

Roma.

El pontificado de León IX, testigo de la rebelión de algunos obispos, desencadenó un proceso de reforma unida al imperio, ya que nunca discutió la estrecha relación entre reino y sacerdocio y dejó el camino abierto para pasar de Iglesia imperial a libertad de la Iglesia; fue un papado de transición, un puente entre dos épocas.

León IX participó en el conflicto entre Benevento y los normandos y, buscando el control sobre el sur de Italia, se puso al frente del ejército pontificio, que fue derrotado el 18 de junio de 1053; el Papa fue hecho prisionero y murió, después de retornar a Roma, en abril de 1054. En esta acción bélica papal, con la cual no todos estaban de acuerdo, Enrique III, que no estaba de acuerdo con esta actitud, no es que haya ayudado mucho; Pedro Damián la vio como un castigo de Dios.

A la muerte de León IX, sin acabarse el influjo imperial sobre el pontificado, una comisión romana presidida por el monje Hildebrando llegó a Maguncia para solicitar el nombramiento de un nuevo Papa; en 1055 fue nombrado Víctor II (1055-1057, Gebardo de Eichstätt) a quien en el sínodo de Florencia (contra la simonía y la clerogamia) le fue confiada la administración de Spoleto para contrarrestar el influjo de Godofredo de Lorena. Este Papa viajó a Germania en 1056; allí Enrique III le confió la tutela de su hijo Enrique IV; el 5 de octubre de 1056 murió Enrique III y en 1057 murió Víctor II; con este hecho la tutela quedó en el aire y una época llegaba a su fin.

La paz de Dios

Entre los siglos X y XI nació un movimiento que da a entender la acogida que el pueblo le dio a los movimientos de reforma. Este movimiento nació al sur de Francia a finales del siglo X, bajo el influjo de Cluny, para restablecer la paz en el país debido a las luchas por el poder; como el rey estaba lejos, los obispos intervinieron dando normas precisas. En estas normas se ubican: las de Le Puy en Auvernia "los nobles deben respetar las propiedades de la Iglesia y los pobres" (975); y el sínodo de Charroux (989), que habla de la excomunión para quien se apropie de las cosas de la Iglesia, los pobres y los campesinos[124]. En el fondo era un deseo de proteger la economía de la población rural. A comienzos del siglo XI se encuentra el movimiento en Borgoña, más cercano a Cluny, y desde allí se proyecta a otras regiones como Cataluña (sínodo de Vich, 1033).

También surgió la tregua de Dios como una prohibición de hacer guerra algunos días de la semana (de jueves a domingo) y algunas temporadas (de adviento a epifanía y de la cuaresma al segundo domingo de pascua). La mejor expresión para el cumplimiento de esta tregua es el entredicho. En general, la paz de Dios es la base de las cruzadas, la muestra de un entusiasmo religioso en el que el pueblo era el protagonista; es el primer movimiento laical porque los príncipes y el pueblo estaban contra los que violaban la tregua.

La relación de este movimiento en la edad pregregoriana se dio no sólo en la competencia eclesiástica para conseguir fines temporales, sino también en el hecho que en los sínodos habidos para tratar el tema de la tregua de Dios también se daban decretos

para la reforma del clero: simonía, nicolaísmo y porte de armas.

2.2 El choque de poderes[125]

Es un sentir histórico que a mediados del siglo XI se dio un cambio en Europa porque a partir de ese momento comenzó a romperse la unidad entre reino y sacerdocio dando origen a la revolución europea del siglo XI. Cada historiador propone diferentes fechas para enmarcar esta reforma; aquí se propone el siguiente prospecto: 1057-1075, la ascensión de los gregorianos; 1076-1085, enfrentamiento entre reino y sacerdocio; 1085-1100, el cisma antigregoriano; 1100-1122, la lucha de las investiduras. Esto da a entender que dos hechos enmarcan este apartado: la muerte de Enrique III (1056) y el concordato de Worms (1122).

2.2.1 Fortalecimiento del poder pontificio

A Enrique III (+ 1056) le sucedió Enrique IV quien nació en 1050, fue bautizado en 1051 siendo su padrino Hugo de Cluny, elegido rey en 1053 y coronado en Aquisgrán en 1054, en 1055 su padre le dio como prometida a Berta de Turín. Como era menor de edad cuando su padre murió, su madre, Inés de Aquitania, tomó la regencia del reino; durante ésta los príncipes seculares se hicieron más independientes con lo que el eje de la historia de la cristiandad retorna a Italia, gracias al triunfo del partido de la reforma que transformaría el pontificado.

A Víctor II (+1057) le sucedió Esteban IX (Federico de Lorena, 1057-1058); en su elección no fue consultada la corte porque con la muerte de Enrique III y la regencia de Inés las cosas no estaban del todo claras y, además, el papado iba adquiriendo independencia. Este Papa era hermano del duque Godofredo de Lorena, quien por su influjo, incluso en Italia, no era bien visto por la corte; a pesar de esta situación, Roma envió una embajada dirigida por Hildebrando para solicitar la confirmación imperial. En el primer sínodo que convocó Esteban IX fueron condenados la simonía y el nicolaísmo. Uno de los hechos más notorios de su pontificado fue el nombramiento cardenalicio de Pedro Damián, exponente del partido reformador y defensor del *status quod* en las relaciones entre reino y sacerdocio pero respetando el derecho canónico.

Dos intentos de reforma

El primero de ellos es la pataria. Para entender este movimiento se retrocede un poco en el tiempo. A la muerte de Ariberto obispo de Milán (1045), Enrique III rechazó los cuatro nombres propuestos por la nobleza de Milán y nombró a Widón, partidario de los intereses imperiales, para contrarrestar el creciente poder de la nobleza. Este obispo, consagrado en 1045, se apoyó en el poder imperial y no participaba de las ideas reformadoras por lo que la nobleza y el alto clero se unieron a él para, con simonía y nicolaísmo, seguir usufructuando el patrimonio eclesial. En reacción a esta situación nació la pataria, en la que participaron los laicos; el término pataria es un epíteto para

calificar a las personas que perturbaban el orden o pretendían cambiar las costumbres de la Iglesia.

A la muerte de Enrique III el diácono Arialdo de Varese comenzó a predicar contra las costumbres del alto clero y la nobleza, con lo que las clases sociales inferiores se veían favorecidas; el clérigo Landulfo Cotta se unió a Arialdo y así nació la pataria entre 1056 y 1057. Como el obispo Widón no estaba en Milán, el movimiento creció rápidamente, concentrando su acción contra simoníacos y nicolaístas hasta obligarlos a dejar sus puestos. La situación hizo que ambas partes acudieran a Roma y en un sínodo provincial Arialdo y Landulfo fueron excomulgados sin haberse presentado; aprovechando esta condena, el partido antipatario hizo violentas acciones contra los templos patarinos.

Para apaciguar la tempestad, Roma envió dos delegaciones; en la segunda iban: Anselmo de Baggio (Alejandro II), Hildebrando (Gregorio VII) y Pedro Damián. En esta oportunidad Arialdo cambió de estrategia y dirigió su lucha contra la simonía. Con esto se formaron dos partidos en Milán: Widón, el alto clero, los nobles y los clérigos que no querían reformarse, y Arialdo y sus seguidores. Uno de los asuntos que se trataron fue la creación de unas casas canónicas para que allí vivieran los clérigos y así se pudiera superar el nicolaísmo y la simonía.

En 1061 murió Landulfo y Arialdo encontró en Erlembaldo un gran aliado y el brazo armado de la pataria porque este personaje recibió de Alejandro II una insignia petrina con lo que el movimiento parecía ser aceptado por Roma; sintiéndose con más poder, Arialdo comenzó a criticar los ritos litúrgicos celebrados por simoníacos y nicolaítas, con lo que el movimiento perdió la fuerza interna que traía para convertirse en una fuerza armada que había perdido su finalidad original.

Frente a esta doble circunstancia, la intervención de Roma y la radicalización de la pataria, Widón lanzó un entredicho contra Milán que era válido mientras que Arialdo estuviera en la ciudad; Arialdo fue apresado y deportado a una isla donde murió el 28 de junio de 1066; al poco tiempo Erlembaldo emprendió una expedición militar para rescatar sus restos mortales y en 1068, con el apoyo de Hildebrando, Arialdo fue declarado beato. Como la situación era cada vez más delicada, Widón renunció (1070) y el emperador nombró a Godofredo (1070-1074), quien asumió como coadjutor la sede ambrosiana con simonía y en medio de un rechazo casi unánime; como casi todo estaba contra él, fue excomulgado. Aprovechando esta excomunión y la muerte de Widón (1072), Erlembaldo propuso como obispo de Milán a Atón (1072) quien fue apoyado por Gregorio VII. Con esto se gestó un cisma en Milán y comenzó el enfrentamiento entre reino y sacerdocio.

Aunque Gregorio VII apoyaba la pataria, Erlembaldo cometió el error de ir contra la liturgia, fue asesinado en Milán en 1075 y al poco tiempo comenzó a ser venerado como santo. Aprovechando la muerte de este líder y para no seguir sosteniendo a Godofredo, Enrique IV nombró a Teodaldo (1076-1085) como obispo de Milán; éste permaneció fiel al rey e incluso dirigió alguna de las expediciones contra Roma; murió el 25 de mayo de 1085, justo el mismo día en que murió Gregorio VII.

El segundo intento es la lucha contra el nicolaísmo, fundamental para comprender la reforma gregoriana; su inspiración bíblica se encuentra en Apocalipsis 2,6 y para entenderlo conviene tener presente la disciplina celibataria de la Iglesia Latina. En la Iglesia primitiva se prohibía la bigamia pero no el matrimonio, que era normal entre los ministros eclesiásticos. En los siglos IV y V comenzó en occidente la prohibición del matrimonio después de recibir las órdenes pero sin decir nada respecto a quienes eran casados; con ello la división entre oriente y occidente se hizo más notoria; para llegar a esta decisión se debe tener presente la corriente monacal que defendía la vida virginal frente a la matrimonial[126]. En los siglos VI y VII la disciplina celibataria fue más fuerte: no matrimonio para los sacerdotes y a quien fuera casado se le exigía continencia perfecta después de la ordenación. Entre los siglos VIII y X las prohibiciones seguían en pie pero en la práctica eran normalmente violadas.

Este sumario sirve para ubicar la reforma del siglo XI que hunde sus raíces en la historia del celibato. Si bien las leyes negaban la posibilidad del matrimonio posterior a la ordenación, en la práctica se presentaban tres tipos de clérigos: celibatarios, concubinos y casados con obligación de continencia. Además de las violaciones existían dos motivos de base: uno, de tipo económico, ya que al afirmarse el concepto jurídico de propiedad y herencia, los bienes de la Iglesia corrían peligro de desaparecer; otro, de tipo espiritual, hablaba de la necesidad de la pureza ritual que veían incompatibilidad entre la celebración eucarística y las relaciones sexuales. Esto condujo a que durante la reforma gregoriana, concubina y esposa fueron términos sinónimos; y aunque las normas se aceptaron, la práctica no era mucha. Posterior a esta reforma, el II concilio de Letrán (1139)[127] dice que el matrimonio de un clérigo es ilícito e inválido. Dos cosas trajo esta actitud frente al nicolaísmo: la alternativa de la vida canónica o monaquización del clero y la drástica disminución en la frecuencia sacramental de la comunión debido a la exigencia de pureza ritual.

Nicolás II

A la muerte de Esteban IX (1058) los Tusculano hicieron elegir a Benedicto X (1058-1059) quien al no ser entronizado por Pedro Damián, obispo cardenal de Ostia, encontró oposición; los reformadores eligieron a Gerardo, obispo de Florencia, quien tomó el nombre de Nicolás II (1059-1061), sus electores pidieron consentimiento a la corte imperial y después de algunos meses y la huida de Benedicto X, llegó a Roma. Dos hechos son importantes en su pontificado: el sínodo romano de 1059 que condenó la simonía y propuso un mecanismo para elegir al Papa y el cambio de política frente a los normandos.

El sínodo de 1059 produjo la encíclica *Vigilantia universalis* que es la primera formulación canónica contra el nicolaísmo (n. 4) y la simonía (n. 6). La rigidez propuesta por este documento fue la base para la obra del cardenal Humberto de Silvacándida; actualmente se cree que la prohibición es contra las investiduras menores ya que la episcopal, incluso la papal, no fue tratada para no atacar la investidura regia.

También produjo un decreto sobre la elección papal en seis puntos: la libertad frente a cualquier interferencia; la abolición de la prohibición del traslado de un obispo a la sede petrina; la primacía de la voz de los cardenales; la nueva presentación del influjo de la nobleza y el clero romano que se redujo a una aclamación ya que el Papa, además de obispo de Roma es Pastor Universal; el papel del rey es velado, es el "parágrafo del rey", al concederle un papel de honor y reverencia; y la posibilidad de hacer la elección papal fuera de Roma. Este decreto fue un paso decisivo para la creación del colegio cardenalicio que cuando se reunía con el Papa se llama consistorio, con lo que comenzó a imitar al emperador oriental porque los cardenales conforman una especie de senado. Por cuanto hace referencia a los cardenales, existían tres grados: los obispos, que estaban al frente de las diócesis romanas (Ostia, Albano, Palestrina, Porto, Silvacándida, Túsculo, Veletri-Sabina); los sacerdotes, quienes celebraban en las cuatro grandes catedrales (San Pedro, San Pablo, San Lorenzo y Santa María; siete por cada una); y los diáconos que estaban adscritos a la basílica lateranense y eran 18.

En relación con el decreto sobre la elección papal se hacen dos precisiones: la mayoría y el cónclave. La mayoría no se puede entender en sentido numérico sino que se basaba en el criterio del sano juicio; esto condujo a las elecciones dobles, por lo que entre 1059 y 1179 hubo doce antipapas, y a las luchas entre los cardenales; uno de los concilios de Letrán solucionó el problema al proponer el concepto de mayoría sobre una base numérica. Con esto se debe tener presente que la elección papal implica: el hecho histórico y el significado teológico.

La segunda nota esencial del pontificado de Nicolás II es el cambio de actitud política con los normandos. Como ningún emperador podía protegerlo en su enfrentamiento con Benedicto X, Nicolás II, reafirmando la independencia, envió a Hildebrando para negociar con los normandos quienes tenían en Ricardo de Capua y Roberto Guiscardo sus dos principales jefes que aceptaron ser feudos pontificios. Con este acuerdo, que se convirtió en la legitimación de las conquistas normandas, el pontificado consiguió otra fuerza que lo protegía, además de los toscanos que estaban al norte. Los normandos comenzaron a defender la elección papal hecha por la mayoría de los cardenales (no en sentido numérico).

Alejandro II

Las consecuencias del acuerdo de Nicolás II con los normandos sólo se vieron después de su muerte (1061) cuando fue elegido Alejandro II (1061-1073) porque la nobleza romana había acudido a la corte imperial nombrando al rey Enrique IV, de once años, como patricio romano. De esta manera el rey podía nombrar un Papa porque el "parágrafo del rey" del sínodo de 1059 no era del todo claro; a las intenciones del rey se le unió el episcopado lombardo y así fue elegido Honorio II (1061–1072) quien no pudo asumir la sede petrina porque las fuerzas reformadas apoyaban a Alejandro II; en un sínodo habido en 1064 Honorio fue excomulgado.

Con Alejandro II el pontificado aumentó su influjo en diferentes regiones de Europa.

En Aragón a través de Hugo Cándido, promovió la liturgia romana contra la mozárabe; en 1068 el rey Sancho Ramírez I de Aragón, quien viajaba como peregrino a Roma y con el deseo de aumentar su autoridad, se hizo vasallo del Papa y en 1071 se dio el cambio a la liturgia romana. En Inglaterra, Alejandro II intervino en la controversia por la sucesión a la muerte de Eduardo Confesor; el Papa apoyó a Guillermo de Normandía, frente al rey de Noruega y el conde Aroldo de Wessex que pretendían el trono, enviándole una insignia petrina, con lo que la guerra emprendida por los normandos fue justificada; casi todos los obispados quedaron en manos de normandos o loreneses, pero Guillermo no cumplió con lo prometido. El influjo pontificio también se extendió a Francia, país preferido por los delegados pontificios para realizar sínodos, y Milán, a propósito del apoyo dado a los patarinos cuando Arialdo fue beatificado. En relación a Germania, el sínodo de 1073 excomulgó a los consejeros reales, que habían propuesto la elección de Godofredo de Milán, con lo que el rey quedó en una lamentable situación; a esto se le suman sus problemas matrimoniales porque buscaba la anulación del matrimonio contraído cuando él tenía cinco años, esto da a entender que con el imperio, es decir con Enrique IV, la relación era fría y tensa.

En el pontificado de Alejandro II se gestaron los primeros problemas de un caldeado ambiente de cambio y la ascensión del poder pontificio por la institucionalización de la curia romana y el apoyo de los cardenales obispos. Este poder se nota en que durante su pontificado el derecho canónico comenzó a ser fundamental en la vida de la Iglesia y la pastoral se realizaba a través de los delegados pontificios.

2.2.2 Gregorio VII

Los primeros años de su pontificado

Hildebrando fue aclamado Papa por el pueblo y el clero romano durante los funerales de Alejandro II y como no tenía ningún grado del orden, primero recibió el sacerdocio y el 30 de junio de 1073 recibió la consagración episcopal. El proceso verbal de la elección confirmó la aclamación popular; en enero de 1076 los obispos alemanes criticaron no la forma de la elección sino el hecho de no pedir el consentimiento real. El origen de Hildebrando permanece en la oscuridad; pertenecía a una familia toscana y sus padres confiaron su educación a un tío materno que vivía en Roma en el monasterio Santa María en el Aventino. De joven perteneció al séquito de Gregorio VI, a quien acompañó hasta su muerte; después se hizo monje en Cluny donde lo encontró León IX, en 1049, quien lo convenció de ser su colaborador, en 1050 fue encargado del gobierno de la basílica San Pablo Extramuros, en 1059 fue nombrado archidiácono.

En su servicio diplomático se dio una gradual ascensión en el poder, un radicalismo afirmado hasta hacer de Roma el centro de la reforma de la Iglesia; en este radicalismo se enmarcan: los patarinos, el caso del obispo Pedro de Florencia, quien fue acusado de simonía, el enfrentamiento con Pedro Damián y el deseo de obstaculizar toda acción de Enrique IV, quien deseaba una Iglesia imperial al norte de Italia; no se puede ignorar que la cuestión milanesa es uno de los elementos de la ruptura entre la Iglesia y el imperio.

Entre 1073 y-1075 siguió la línea de sus predecesores con dos preocupaciones: los problemas de Enrique IV, porque sus consejeros habían sido excomulgados y tenían dificultades con los sajones, y las inexistentes relaciones con el episcopado germano. En septiembre de 1073 Enrique IV le escribió una carta a Gregorio VII donde se reconoce simoníaco y promete observar las decisiones papales; era un deseo de acercamiento para ser reconciliado y protegido; Gregorio eligió como delegados a Geraldo de Ostia y Humberto de Palestrina, quienes fueron recibidos por el rey y la emperatriz. En Nurimberg se realizó la reconciliación en 1074, con la cual el rey se comprometía a apoyar a los delegados pontificios para establecer relaciones con el episcopado a través de un sínodo germano en el que condenarían el nicolaísmo y la simonía; de hecho este sínodo no se realizó porque los obispos germanos y el clero no iban a aceptar ser condenados en un sínodo realizado por ellos mismos; no en vano se dice que los sínodos convocados bajo el pontificado de Gregorio VII eran tribunales de inquisición y promulgación de determinaciones papales más que una reunión para deliberar. En 1074 se realizó un sínodo cuaresmal que dio normas contra el nicolaísmo; el Papa buscó, con férrea voluntad, aplicarlas pero encontró una crecida oposición del episcopado.

En 1075 se tuvo el segundo sínodo cuaresmal, que fue la primera actuación política de Gregorio VII contra la investidura laica; además, fueron condenados cuatro obispos acusados de simonía y amenazados con la excomunión el rey de Francia y algunos consejeros de Enrique IV; fue una advertencia para quienes querían oponerse a Gregorio VII y su política reformadora. Este sínodo, del cual no existen las actas, según testimonio de Arnulfo de Milán, produjo la primera prohibición contra la investidura laica en relación a las "iglesias mayores" y se inició el enfrentamiento entre reino y sacerdocio. Otros cronistas dicen que esta prohibición no se dio en este sínodo sino en otro porque a finales de 1075 Gregorio VII le solicitó a Enrique IV el nombramiento de un obispo para Bamberg. Esta posición fue confirmada ya que estas decisiones son las que se encuentran en el *Decreto de Graciano* y el cuerpo jurídico eclesiástico. Durante los primeros años del pontificado de Gregorio VII se dio la prohibición de investidura eclesiástica por parte del rey que condujo a la ruptura entre el rey y el Papa.

De 1075 también data el *Dictatus Papae*, uno de los textos más importantes en la historia de la Iglesia[128]. En dos cartas que datan de 1074 y 1075 se encuentran 27 proposiciones que son o un programa para realizar o unos criterios para actuar. Este documento producido antes de la ruptura de 1076, cuando Enrique IV y los obispos germanos no reconocieron al Papa, se puede sintetizar en cinco temas básicos: institución divina de la Iglesia, primado romano, centralización de la organización eclesiástica, relación del Papa con el concilio y relación del Papa con emperadores y príncipes. Lo propuesto de hecho ya existía pero no con tanto radicalismo. El problema es el fin del documento: para unos es una *capitulatio* o índice de cosas para hacer, para otros es una lista de temas para tratar la unión con la Iglesia bizantina, para algunos más es el borrador de un discurso del Papa; como era un documento que pocas personas conocían, aumentan las dificultades.

Enfrentamiento entre reino y sacerdocio

Son los años más importantes de la reforma gregoriana con la cual se rompió una tradición, se afirmó un nuevo concepto de Iglesia y el pontificado terminó siendo cada vez más independiente, porque ya estaban dados los ingredientes necesarios para darse el enfrentamiento teniendo presente los pontificados precedentes.

En los anteriores pontificados Enrique IV se había mantenido alejado pero con el triunfo sobre los sajones y la tragedia de los patarinos, aprovechó la oportunidad para afianzar su poder en Italia; para Milán hizo nombrar a Teodaldo como obispo, para Fermo y Spoleto también hizo nombrar obispos. Frente a estos hechos, Gregorio VII reaccionó con rudeza y a finales de 1075 le escribió una carta exhortándolo para que alejara de su corte a los consejeros que habían sido excomulgados; el rey respondió convocando la dieta de Worms (enero 26-28 de 1076) donde estuvieron presentes 26 obispos germanos.

Después de la dieta, los obispos germanos le escribieron una carta a Gregorio VII en la cual, además de no reconocerlo, escribieron algunas acusaciones contra Hildebrando: la cuestión del gobierno femenino, el autoritarismo, el desprecio a los obispos, etc. Enrique IV escribió una carta al Papa pidiéndole que descendiera del trono, es la llamada carta de deposición; en su calidad de patricio romano también escribió una carta dirigida al pueblo romano; en ambas cartas hace notar la ilegalidad del pontificado de Gregorio VII. El Papa respondió y a través de una oración dirigida a san Pedro, excomulgó y depuso a Enrique IV[129], además de prohibir a los súbditos del imperio germano el servicio real y la obediencia; con los obispos tuvo actitudes diferentes: a Sigifredo de Maguncia lo excomulgó y depuso, a los obispos lombardos los excomulgó y a otros los suspendió.

Aparecen dos posiciones encontradas: la del rey que actuó imprudentemente y con razones no convincentes, y la del Papa que reaccionó fría, osada y políticamente, porque hasta ese entonces era normal que un pontífice fuera depuesto por el rey, pero no que el rey fuera depuesto por un Papa. Estas posiciones tuvieron efectos inmediatos: la concordia del rey con los obispos desapareció, los sajones aprovecharon la oportunidad y propusieron una asamblea para febrero de 1077 en Augsburgo, que sería presidida por Gregorio VII con el fin de elegir un nuevo rey. Con el deseo de asistir a esta asamblea Gregorio VII se puso en camino en noviembre o diciembre de 1076; al mismo tiempo Enrique IV emprendió viaje a Italia y cuando esta noticia llegó a Gregorio, éste se dirigió a Canosa donde se hospedó en el castillo de la condesa Matilde.

La humillación de Canosa, sobre la cual existen varias fuentes, se presentó en enero de 1077. Enrique IV, junto con su esposa Berta y su hijo Conrado, se presentó como penitente en Canosa el 25 de enero pidiendo ser recibido por el Papa, los días 26 y 27 vuelve a hacer lo mismo; ante la intercesión de Matilde y el abad Hugo de Cluny, el Papa lo recibió el 28 de enero levantándole la excomunión pero sin reintegrarle todos los derechos ya que esto se haría en la asamblea de Augsburgo. Canosa no es ni un triunfo del clericalismo ni una humillación del orgullo germano ya que el rey simplemente estaba siguiendo las normas penitenciales; fue un suceso político que rompió el orden

medieval: por un lado el rey impidió que el Papa le diera a sus opositores un apoyo más decidido al tomar en serio la penitencia; por otro lado el carácter sagrado de la realeza fue golpeado con lo que se confirmó la supremacía del poder sacerdotal sobre el real, del espiritual sobre el temporal.

Gregorio VII cambió sus planes después de Canosa, su actitud despertó a la oposición germana que en Forchheim eligió como rey a Rodolfo de Rheinfeldn en presencia de dos delegados pontificios pero sin aprobación de Gregorio VII; esto creó problemas pero parece que eso era lo que buscaba el Papa quien en un sínodo de 1078 se contentó con hacer jurar que los reyes no impidieran a los delegados pontificios el derecho de convocar un sínodo o coloquio para determinar cual de los dos reyes debía ocupar el trono. De este sínodo es la primera referencia real de la prohibición absoluta de la investidura bajo la pena de excomunión. Mientras tanto en Germania había una clara división: la mayoría de los ciudadanos, la baja nobleza, el bajo clero y algunos obispos que no querían la reforma apoyaban a Enrique IV, los demás apoyaban a Rodolfo; a esta división se le suma el hecho que Gregorio VII contó con el apoyo de la reforma cluniacense que ya había llegado al sur de Germania (la reforma de Hirsau).

Después de Canosa, el Papa permaneció en silencio hasta que en el sínodo cuaresmal de marzo 7 de 1080, volvió a deponer a Enrique IV a través de un discurso en el que criticaba la desobediencia del rey, quien se opuso a la proyectada asamblea de 1077. Algunos estudiosos dicen que esta deposición se debió a que Enrique le pidió al Papa que excomulgara a Rodolfo ya que de no hacerlo él se vería obligado a elegir otro pontífice. La amenaza del rey se hizo eficaz y en un sínodo realizado en Bressanone el 25 de junio de 1080, después de ser depuesto Gregorio VII, fue elegido el antipapa Guiberto de Ravena, quien tomó el nombre de Clemente III (1080-1100)[130].

Después de este sínodo y de vencer a Rodolfo, quien murió en 1080, Enrique IV quedó en libertad de acción y en 1081 llegó a Roma, pero encontró la ciudad cerrada; el objetivo de Enrique era hacer un trato con Gregorio VII pero éste se opuso porque esperaba la ayuda de los normandos y mientras llegaban se recluyó en el castillo Sant'Angelo. En 1084, mientras Gregorio estaba prisionero en Sant'Angelo, el rey fue coronado emperador por Clemente III; en estos momentos llegaron las tropas normandas que alejaron al nuevo emperador, saquearon la ciudad[131] y para liberar al Papa se lo llevaron a Salerno donde bajo la protección de Roberto reafirmó lo que había dicho; en esa ciudad murió el 25 de mayo de 1085; se dice que sus últimas palabras fueron: "Amé la justicia y odié la iniquidad, por ello muero en el exilio"[132].

Gregorio dejó tres nombres para que de entre ellos fuera elegido su sucesor, pero ninguno de ellos fue tenido en cuenta en la elección del abad de Montecasino, Desiderio, quien tomó el nombre de Víctor III (1086-1087) buscando la reconciliación con Enrique IV, no en vano su nombre hacía referencia a Víctor II, quien tuvo buenas relaciones con Enrique III. A la muerte de Víctor III, fue elegido Otón de Lagery quien tomó el nombre de Urbano II (1088-1099) y era un gregoriano convencido. Lo más importante del pontificado de Gregorio VII y su lucha política es la visión escatológica en referencia al

sermón de la montaña que lo animaba toda vez que su lucha era por la salvación de los hombres.

Relaciones con la cristiandad

Dando un giro de aborda la relación de Gregorio VII con otros países europeos. Se parte de un doble hecho: la reivindicación para sí del derecho a intervenir en Europa y África y la moderación que tuvo frente a los otros soberanos europeos. A este respecto se entiende el radicalismo frente a Enrique IV, en quien veía su rival más poderoso porque este rey dominaba gran parte de Italia y tenía la colaboración episcopal como algo fundamental, lo cual Gregorio VII no podía aceptar jamás.

En relación a Francia, el rey Felipe I fue amonestado por su adulterio. Felipe I tenía influencia sobre 25 de las 70 diócesis francesas, y por esto no le fue muy difícil aceptar la reforma, desprenderse de su influencia en relación a ellas y ver con buenos ojos los sínodos que se hicieron en su territorio; como resultado de estos sínodos, a los sacerdotes se les exigió que refutaran las investiduras.

Las relaciones con Inglaterra, donde reinaba Guillermo el Conquistador, tuvieron alguna fricción por la aceptación de sacerdotes casados que no fueron alejados de su ministerio por orden del rey, la prohibición hecha a los obispos en torno a la visita ad limina y la imposibilidad de los delegados para comunicar las decisiones tomadas en Roma.

En España se buscó la colaboración para vencer la fuerza y la resistencia de la liturgia mozárabe que era vista como sospechosa de herejía. Más allá de la cuestión está la aversión de Gregorio VII a lo que tuviera una impronta de localismo, porque la única forma de expresar la fe era aquella que se usaba en Roma; por ello no es de extrañar la prohibición que le hizo al duque de Bohemia para celebrar la misa en eslavo.

Planteamientos históricos

Existen tres textos para entender el pensamiento de Gregorio VII: el *Dictatus papae* y dos cartas al obispo de Metz (agosto 25 de 1076 y marzo 15 de 1080). En la primera, habla sobre la autoridad que tiene la sede apostólica para juzgar las cosas seculares y reprimir a los secuaces del anticristo; en la segunda, trata del primado petrino contra el carácter diabólico del poder monárquico que es entendido como una actitud de soberbia para dominar a los demás, de ahí que la única salida es asumir el poder con humildad y en favor de los cristianos, es decir, el rey tiene que ser un vasallo obediente al Papa y a la fe.

El conflicto entre reino y sacerdocio fue librado a través de principios y escritos polémicos. En el marco de este conflicto se cita: la teoría de la práctica celibataria que aparece hacia 1080, la lucha de las investiduras y la inversión del orden tradicional de aquel entonces. Es un cambio de tradiciones: mientras que para el rey lo más importante era la tradición, para Gregorio VII lo vital era la verdad, la teocracia con la cual el

mundo laico adquirió mayor autonomía.

Cuatro ideas para un juicio histórico: la desacralización del oficio real, la separación entre reino y sacerdocio, el centralismo romano y la clericalización de la vida eclesial al distinguir entre el clérigo como célibe que debe renunciar a las investiduras y el laico. En relación a esta última idea está el *Decreto de Graciano* (1142) donde se habla de dos géneros de cristianos: clérigos al servicio divino y laicos que pueden poseer bienes y hacer oración y donaciones para que sus pecados sean perdonados.

2.3 Regreso a la sinergia

El imperio comprendía tres reinos: teutónico, itálico y burgundo (Borgoña); el problema mayor en relación a la Iglesia era el de las investiduras, que condujo al enfrentamiento entre reino y sacerdocio por lo que desde Gregorio VII se presentó un cisma papal cuando en 1080 Enrique IV hizo elegir al antipapa Clemente III (1080-1100). En 1085 murió Gregorio VII y en 1086, sin tener en cuenta sus indicaciones, los cardenales eligieron a Desiderio, abad de Montecasino quien tomó el nombre de Víctor III y murió en 1087.

En 1088 fue elegido en Terracina el obispo cardenal de Ostia, Otón de Lagery[133]; tomó este nombre para recordar a Gregorio VII, quien había muerto el día de San Urbano. Era partidario de la reforma gregoriana y escribió una carta en la que comunicó su intención de seguir el derrotero propuesto por Gregorio; si bien utilizó palabras fuertes, era flexible, conciliador y con facilidad para adaptarse a las circunstancias. Al momento de su elección la situación era complicada porque cuando llegó a Roma tuvo que refugiarse en la isla Tiberina ya que la ciudad estaba en manos del antipapa Clemente III quien había convocado un sínodo contra la simonía y era partidario de una reforma pero sin enfrentamiento con el emperador. Este antipapa salió de Roma en 1092 y en 1093 Urbano II llegó allí.

En 1090 Enrique IV emprendió la segunda expedición contra Italia para imponer a Clemente III y luchar contra Matilde de Canosa; Urbano II intervino sugiriéndole a Matilde, una mujer de más de 40 años, que se casara con el príncipe Welfo V de Baviera quien tendría 18 años. El matrimonio se realizó, lo cual fue un peligro para Enrique IV quien fue vencido y tuvo que retirarse; al tiempo que esto sucedía, Conrado, hijo primogénito de Enrique IV, se separó de su padre por influjo de Matilde, se hizo coronar rey de Italia en 1095 y cuando Urbano II llegó a Cremona, le sirvió de escudero; también en 1095 se deshizo el matrimonio entre Matilde y Welfo y con ello las cosas mejoraron para Enrique IV quien en 1098 nombró como sucesor a su hijo Enrique V.

En el pontificado de Urbano II hay dos datos importantes: el reconocimiento del primado pontificio y el impulso a la vida consagrada canonical. En relación al primero, la iniciativa del Papa en Clermont es fundamental porque extendió su influjo a Francia, España, Italia, Inglaterra, pero sin atraer a los partidarios de Clemente III, no en vano este pontificado representa el punto más bajo de la influencia de la reforma gregoriana en Germania.

En 1099 murió Urbano y le sucedió Pascual II (1099-1118); era la ocasión propicia para solucionar los problemas pero no fue así porque el emperador se mantenía en su derecho a las investiduras y en el sínodo cuaresmal de 1102 Pascual II fue radical contra las investiduras y reafirmó la excomunión para Enrique IV; el emperador quería superar los problemas mediante una acción de paz y justicia, quería la absolución y deseaba establecer la concordia entre reino y sacerdocio; en 1103 proclamó una paz general por cuatro años para ir a Jerusalén, pero en 1104 su hijo Enrique V lo capturó y lo hizo abdicar el 31 de diciembre de 1105. Poco después, Enrique V fue coronado y el 7 de agosto de 1106 Enrique IV[134] murió en Lieja, expresando su deseo de ser sepultado en Speger, pero su hijo no lo permitió porque había muerto excomulgado. Es importante conocer estos datos porque Pascual II tomó partido en favor de Enrique V.

Enrique V (1106-1125), tuvo una tensa relación con los Papas por las investiduras y la simonía, es decir continuó nombrando obispos, y el Papa actuó contra ellos y no contra el rey; frente a esto, Anselmo protestó porque la actitud de Pascual II era peligrosa para la Iglesia en Inglaterra. El Papa quiso acabar con las investiduras pero fuera de algunas palabras contra Enrique V, no hizo nada. Aprovechando esta actitud, Enrique envió en 1109 una embajada a Roma para organizar su viaje con motivo de la coronación imperial; a raíz de esta situación comenzaron los problemas y se llegó a un conflicto inevitable, al distinguir entre el campo espiritual y el temporal, una unidad que de hecho se estaba rompiendo; en este contexto tomaron fuerza las posiciones de Ives de Chartres, quien tuvo en Guido de Ferrara[135] un predecesor, y de Heriberto de Gambloux quien actuaba como perito por parte del imperio.

La problemática se solucionó temporalmente con el acuerdo de Sutri (1111) cuando el rey renunció a las investiduras y el Papa restituyó los bienes de la Iglesia imperial. Frente al poder imperial, Pascual II debía elegir: o se oponía al rey o le ofrecía una propuesta para que renunciara definitivamente a las investiduras; los embajadores no aceptaron estas propuestas, entonces el Papa le propuso al emperador la restitución al imperio de los bienes que le había concedido a la Iglesia, dejando diezmos, limosnas y alo que poseía antes de las donaciones y las concesiones. En esta inesperada propuesta del Papa está la liquidación del sistema otoniano: Iglesia imperial e imperio. Este tratado, firmado el 4 de febrero de 1111, implicaba el aumento del poder real frente a los príncipes. El 12 de febrero era la coronación imperial, se comenzaron a leer los dos documentos que se habían hecho a raíz del acuerdo, pero cuando el Papa dio la orden de restituir las regalías, los príncipes y obispos que no querían renunciar se rebelaron y por ello fue imposible la coronación. Entonces Enrique hizo prisionero al Papa, salió de Roma y dos meses después el Papa cedió a sus exigencias.

En abril de 1111 se dio el acuerdo de Tivoli: el emperador renunciaría a las investiduras y los eclesiásticos renunciarían a los beneficios, quedándose con diezmos y ofrendas; el Papa se comprometió a no excomulgar a Enrique V en ningún caso. Enrique cumplió su palabra, liberó al Papa y fue coronado emperador el 13 de abril de 1111. Esta victoria de Enrique fue aparente porque el privilegio concedido a Enrique fue contestado

en Italia y Francia; el sínodo lateranense de 1112 hablaba de un robo y el de Viena silenció al Papa y excomulgó al rey; lentamente Enrique V se encontraba en la misma situación de su padre[136]. En 1115, Enrique volvió a Italia, después de la muerte de Matilde de Canosa para posesionarse de sus propiedades por el acuerdo hecho en 1111, pero había problemas ya que Matilde en 1080 y 1102 había prometido sus propiedades a San Pedro, al Papa.

En 1118 murió Pascual y Enrique nombró un antipapa, Gregorio VIII (1118-1121), quien se enfrentó a Gelasio II (1118-1119) y Calixto II (1119-1124), noble europeo que se mostró favorable para tratar con el emperador; era el primer canónigo regular en llegar a la cátedra de Pedro. Con la actitud de Calixto II se abría el camino hacia un acuerdo: en junio de 1119 los príncipes que habían reconocido a Calixto, pidieron el acuerdo entre el Papa y el emperador; en septiembre comenzaron los coloquios donde se le propuso al emperador que renunciara a las investiduras pero dejando las Iglesias imperiales con el *servitium regis*. Para octubre de 1119 se organizó un encuentro entre el Papa y el emperador, pero no se pudo porque lo sucedido en 1111 todavía estaba en el aire, y para evitar algún problema, Calixto II regresó a Riems, donde estaba presidiendo un sínodo y allí excomulgó tanto al emperador como al antipapa.

En 1120 Calixto II llegó a Roma, luego viajó al sur de Italia donde recibió el vasallaje de los normandos obteniendo un éxito político; regresó a Roma, le quitó la basílica San Pedro al antipapa Gregorio, quien en 1121 se entregó y fue encarcelado en una abadía bajo estrecha vigilancia; en septiembre de 1121 se tuvo una asamblea de paz en la cual los príncipes obligaron a Enrique V a un acuerdo con Calixto II; el emperador envió a Roma tres cardenales; comenzaron los negocios y en septiembre de 1122 se llegó al concordato de Worms, uno de los hitos en la historia de la Iglesia[137]. Este acuerdo contiene dos documentos uno de Enrique V y otro de Calixto II. El de Enrique, dirigido a Dios, los apóstoles y la Iglesia era la renuncia del emperador al anillo y al báculo y fue firmado por varios príncipes, eclesiásticos y laicos, que formaban la representación del imperio; llama la atención que no estaba la firma del principado de Sajonia. El de Calixto estaba dirigido a Enrique V, a quien le concedía el derecho a estar presente en la elección de los obispos pero sin simonía ni violencia, y cuando se presentaran para una misma sede episcopal dos candidatos, debía prevalecer el de la Iglesia. En el fondo este documento conservaba las regalías que fueron aplicadas en dos formas: en Germania antes de la consagración, en Italia y Francia después de la consagración; de acuerdo a esto, los obispos eran vasallos de los reyes ya que tenían que prestar juramento de fidelidad; en otras palabras, era un privilegio para la parte pontificia y un precepto para la parte imperial. No obstante este tratado, la lucha entre el papado y el imperio por la hegemonía política y religiosa en la cristiandad continuó ya que el compromiso no contentó a nadie.

El tratado de Worms significó: el fin del sistema otoniano de la Iglesia imperial, que sostenía la sacralidad del rey que fue atacada por Gregorio VII; la oficialización de la diferencia entre lo temporal y lo espiritual; la derrota del partido gregoriano que deseaba

libertas ecclesiae que de hecho no se logró; la nivelación entre prelados y príncipes con lo que se crearon los principados eclesiásticos que duraron hasta 1830; la continuación del influjo del rey germano en las elecciones episcopales si bien ya con menos fuerza porque Worms fue una pérdida para el imperio; además fue un acuerdo provisional que estuvo en vigor por varios siglos. Con este concordato pacificador, posterior a una mala ley, se puso fin a la querella de las investiduras, llegando a un acuerdo real que llevó a la práctica de dos investiduras: la eclesial y la laical[138]. En la dieta en Bamberg el imperio ratificó el tratado; en 1123 la Iglesia también lo hizo en el I concilio de Letrán poniendo fin a las luchas y reformas de la época gregoriana; las discusiones realizadas en este sínodo dan a entender que los gregorianos entendían el tratado de Worms como una traición: todos estaban de acuerdo en que el rey debía renunciar, pero los gregorianos no estaban de acuerdo con las concesiones que el Papa debía dar; frente a esto el Papa propuso la tolerancia por el bien de la paz.

3. Manifestaciones del apogeo cristiano medieval

En este campo se abordan cuatro elementos básicos para conocer la fuerza que tuvo la Iglesia en el apogeo medieval cristiano: el pontificado[139], los movimientos religiosos, las cruzadas y la inquisición.

3.1 El pontificado

En los siglos XII y XIII, el poder del Papa era indiscutible a pesar del de los cardenales, quienes a partir del siglo XI reemplazaron el sínodo del clero romano como órgano de consulta; bajo Urbano II (1088-1099) el sínodo fue sustituido por el consistorio que inicialmente fue una asamblea solemne y pública judicial, en la cual se reunía el Papa con los cardenales y podían participar clérigos y laicos. Después de Alejandro III (1159-1181), al interior del consistorio comenzó a tomar parte un creciente número de canonistas, con lo cual se demuestra su interés jurídico.

La historia del pontificado como institución no puede prescindir del cardenalato[140] ya que los cardenales elegían al Papa y se convirtieron en sus colaboradores en el gobierno; desde el siglo XII comenzó a crecer su importancia hasta llegar a la cima con el cisma de occidente y el concilio de Constanza y aunque tenían funciones litúrgicas, las abandonaron para comenzar a desempeñar funciones de gobierno. Debido a esto, los cardenales, que normalmente mantenían el título de la diócesis a la cual pertenecían, fueron llamados senadores. El vestido rojo, dado por Inocencio IV (1243-1254) en 1246 es señal de la unión con el Papa; la concesión de la púrpura, que data del siglo XIII, servía para simbolizar que los cardenales formaban parte del cuerpo papal, ya que sus vestidos eran blancos y rojos.

Antes de entrar en materia, conviene conocer algo en torno al derecho canónico y la

constitución eclesiástica para comprender mejor el papel desempeñado por los Papas. Desde el Decreto de Graciano (1140), el derecho canónico se fue desarrollando en Bolonia y París. Con un método escolástico los canonistas prepararon un código en forma de glosas, cuestiones, tratados y sumas para la enseñanza académica y los tribunales. Al Papa con las decretales y los concilios con las constitucionales, les correspondió la parte más importante en la actividad legisladora de la Iglesia. Hacia 1234 apareció en la legislación eclesiástica, bajo el auspicio de Gregorio IX, el *Liber Extra*, un código de la Iglesia con carácter oficial, auténtico, uniforme, universal y exclusivo. En la enseñanza del derecho canónico se utilizaban los métodos seguidos en las facultades de teología: la *lectio* y la *disputatio*. Posteriormente, nacieron sumas y comentarios destinados a la praxis como manuales. Estos comentarios solían ocuparse de temas parciales (derecho matrimonial, procedimiento judicial, derecho penal, derecho electoral).

Los canonistas no desarrollaron una teoría general del poder jurídico o legislativo de la Iglesia, porque se ocupaban de los problemas especiales que surgían del cambio de estructuras. La evolución histórica trajo consigo que la ordenación jerárquica (de institución divina) tuviera la primacía en el pensamiento y acción de la Edad Media, y pasara a segundo término la Iglesia como pueblo de Dios. Por ello, el Papa fue reconocido como maestro, juez y guía de la cristiandad en la acción y gobierno de la misma. Este reconocimiento se hizo en los siguientes aspectos: se estructuró el supremo derecho administrativo del Papa, las canonizaciones fueron reservadas y la elección papal comenzó a ser exclusiva de los cardenales.

Se convocaron asambleas generales a las cuales eran invitados cardenales, metropolitanos, obispos, abades y prelados de los cabildos catedralicios y regulares. En estas asambleas habían votaciones deliberativas (cardenales y obispos) y consultivas. La visita *ad limina* fue hecha obligatoria por Gregorio IX (1227-1241). Los obispos nombraban oficiales (tribunales) y vicarios generales (administrativos) como representantes personales de oficio. En la organización de la diócesis, el párroco recibía su cargo por institución episcopal o por el patrono de la Iglesia (régimen de patronato), no raras veces también por elección de la comunidad. El clero ocupaba en esta organización un lugar privilegiado respecto de los laicos, formaba una entidad propia, se sentía como minoría selecta. El cabildo catedralicio vino a ser un elemento integrante de la constitución episcopal, estaba compuesto por capitulares que se encargaban del culto en la catedral y el servicio en el gobierno de la diócesis. El cabildo catedralicio vino a ser en este tiempo (siglo XIII) una potencia en la Iglesia y la sociedad. Finalmente, los laicos, que constituyen la masa del pueblo cristiano, fueron aparentemente menos atendidos por la legislación eclesiástica que el clero que gozaba de atención privilegiada. Sin embargo, en muchos casos este derecho regulaba las relaciones del laico con el clero.

3.1.1 El siglo XII

Durante este siglo se dieron dos cismas: 1130 y 1159; las causas de estas elecciones se

encuentran en las tensiones existentes al interior del colegio de electores, del cardenalato.

Cisma de 1130

El pontificado de Honorio II (1124-1130) fue tranquilo a pesar de los problemas que tuvo con los normandos quienes pasaron de aliados a enemigos con Rogerio II de Sicilia, quien desde 1127 comenzó a dominar los feudos papales de Calabria y Puglia; Honorio quiso impedir esta conquista con una expedición militar pero fracasó y capituló a través de una paz con la cual le concedía a Rogerio la región de Puglia.

Cuando Honorio II se enfermó, Aimerico lo hizo trasladar de Letrán al monasterio San Gregorio que estaba en poder de los Frangipani; fue constituida una comisión electoral formada por ocho cardenales, de los cuales cinco eran amigos de Aimerico, con lo que sería más fácil hacer una elección unánime y sin influjos externos; es más, la elección se realizaría en la fortaleza San Adriano que sería entregada por los Frangipani, quienes no la entregaron. El cardenal Pedro Pierleoni de Santa María in Trastévere junto con Jonatás, obispo de Cosme y Damián, abandonaron la comisión propuesta por Aimerico, ya que no querían formar parte de una elección dirigida por esta familia. En la noche del 13 de febrero de 1130 murió Honorio II, quien fue enterrado sin los debidos honores y vino la elección del candidato propuesto por Aimerico, Gregorio del Santo Ángel, quien fue elegido por cuatro cardenales en Letrán y tomó el nombre de Inocencio II (1130-1143). Como fue elegido sin que la mayoría de los cardenales lo supieran, trece cardenales se reunieron y eligieron a Pedro Pierleoni, el 14 de febrero, quien tomó el nombre de Anacleto II (1130-1138). En pocas horas fueron elegidos dos Papas, ambos irregularmente.

Las dos elecciones eran criticables, por ello lo más importante es entender la actitud de la Iglesia frente a los papas elegidos. Los rivales se preocuparon por conseguir apoyo de parte de los reyes cristianos. Anacleto entró a tratar con Rogerio II, a quien le fue concedido el sur de Italia, Rogerio prestó juramento feudal y fue creado un estado normando con el cual el pontificado tuvo que luchar posteriormente. Inocencio contó con más fortuna porque Aimerico y sus relaciones con Bernardo de Claraval y el abad Pedro de Cluny influyeron en Luis VI, quien convocó un sínodo (1130) donde Francia lo reconoció y en noviembre de 1130 el Papa recibió en Clermont la obediencia de varios obispos. Enrique I de Inglaterra también apoyó a Inocencio II y bajo el influjo de Bernardo le rindió homenaje; Castilla y Aragón también apoyaron a Inocencio; Aquitania estaba de parte de Anacleto.

Aún faltaba el apoyo del rey germano, candidato al trono imperial; en 1125, después de la muerte de Enrique V, fue elegido Lotario III de Sajonia. Ambos Papas buscaron su apoyo, pero Lotario III quiso contar con el parecer de los obispos y príncipes por lo que convocó el sínodo de Wurzburg (1130) donde, bajo el influjo de Norberto de Xanten, fue reconocido Inocencio II. Cinco meses después de este reconocimiento, Lotario III e Inocencio II se encontraron en Lieja donde el rey germano actuó como escudero y

mariscal del Papa; allí se trató sobre el viaje de Lotario a Roma para ser coronado emperador pero fue postergado hasta 1132. Mientras tanto, Inocencio II en el sínodo de Reims excomulgó a Anacleto y coronó al rey francés, pero aún no podía regresar a Roma porque Anacleto era defendido por Rogerio.

Hacia 1132 hubo una insurrección en Sicilia, Rogerio tuvo que salir de Roma para aplacar la insurrección y Anacleto quedó sin protección por lo cual aceptó la presencia de Lotario y su esposa; en 1133 parte de la ciudad cayó en manos de Inocencio II y Lotario III fue coronado emperador el 4 de junio. A este punto conviene tener presente dos ideas que el nuevo emperador quería tratar: las investiduras y los bienes de la condesa Matilde de Canosa, que fueron reconocidos como propiedad de San Pedro pero dados en calidad de feudo al emperador quien debía pagar anualmente un impuesto.

A la muerte de Anacleto II, fue elegido como sucesor Víctor IV, quien a los pocos meses se sometió; de esta forma se superó el cisma de 1130, cuando Inocencio II fue reconocido por la cristiandad. Después de este reconocimiento, ya en 1139 Inocencio convocó el sínodo de Letrán, que pasó a la historia como el X concilio ecuménico y II de Letrán[141]. El número de participantes en este concilio varía entre 500 y 1000 que provenían de los países cristianos[142].

En 1139 Inocencio II entró en lucha con Rogerio II, pero la empresa fracasó, el Papa y los cardenales que lo acompañaban fueron apresados y en julio el Papa firmó una paz con Rogerio, en la cual reconoció la dignidad real concedida por Anacleto. A pesar de esto, en el II concilio de Letrán (1139) se puso de manifiesto lo que la Iglesia pensaba y lo que pesaba la preocupación política y religiosa al ser proclamados varios decretos que confirmaban la reforma y excomulgaban al rey. Rogerio comenzó a extender su reino hacia el norte e Inocencio quiso reaccionar porque el rey se estaba apropiando de territorios del estado pontificio. A esta problemática se le suma la reactivación del movimiento comunal romano que buscaba revivir el pasado romano y la destrucción de Tivoli; así estaban las cosas cuando en 1143 murió Inocencio II; a su muerte fue elegido Celestino II, quien estuvo en la sede petrina cuatro meses; posteriormente fue elegido Lucio II (1144-1145) quien fue asesinado cuando se enfrentó con los partidarios del movimiento comunal.

Eugenio III (1145-1153)

Su pontificado se centró en la lucha contra los musulmanes y los romanos. De la primera se hablará en el tema de las cruzadas; la segunda es clave para entender su ausencia de Roma. A la muerte de Lucio II, los cardenales se reunieron en San Cesáreo Palatino y eligieron al monje cisterciense Bernardo Paganelli de Pisa, abad del monasterio de Cuatro Fuentes, quien tomó el nombre de Eugenio III; tomó posesión de Letrán pero no de San Pedro y fue coronado en el monasterio de Farfa; sólo en diciembre de 1145 logró restablecer la autoridad pero duró poco debido al problema con el movimiento comunal romano. En 1147 viajó a Francia donde fue apoyado por san Bernardo, quien a pesar de no haber sido partidario de su elección, estuvo a su servicio e

invitó a apoyarlo para llegar a la reforma de la Iglesia en simplicidad; además Bernardo le dedicó la obra *De considerationes* que se convirtió en una especie de espejo para Papas y príncipes[143].

Eugenio estuvo en Francia hasta 1148; allí convocó dos sínodos, París y Riems, donde se trató el tema de Gilberto de Poitiers sin llegar a condenarlo. Después del fracaso de la cruzada regresó a Italia y desde el norte del país condenó a Arnaldo de Brescia, canónigo regular que predicaba contra la mundanidad y riqueza de la Iglesia desde una perspectiva revolucionaria que era apoyada por el movimiento comunal. Rogerio no sometió a Roma que continuaba siendo hostil al Papa y protegía a Arnaldo; por esto el Papa se dirigió a Conrado III, quien a su vez quería ser coronado emperador; sólo en 1151 los príncipes germanos aceptaron la expedición de Conrado a Roma, pero en 1152 murió y con él la esperanza papal para someter el movimiento comunal; con el sucesor de Conrado, Federico Barbarroja, las cosas fueron diferentes.

Federico I Barbarroja (1152-1190), hombre mítico y figura imperial medieval, pertenecía a la familia de los Hohenstaufen[144]; después de ser coronado rey en Aquisgrán por el arzobispo de Colonia, le envió una carta a Eugenio, quien le respondió dos meses después usando una fórmula no tradicional al decirle que para ser rey germano y candidato al imperio debía contar con el favor apostólico. Eugenio no estaba poniendo condiciones porque necesitaba la ayuda para vencer el movimiento comunal, pero este movimiento también le envió a Federico una embajada ofreciéndole la corona imperial concedida por la ciudad de Roma y no por el Papa; el rey percibió las tensiones existentes en Roma y quiso intervenir por lo que envió una embajada para negociar.

En marzo de 1153 se firmó el tratado de Constanza aprobado por Federico; este tratado era diferente al concordato de Worms. Fue un tratado bilateral en el cual Federico se comprometía a no firmar la paz con romanos y normandos sin consenso papal, someter los romanos, no conceder territorios italianos al emperador bizantino, luchando contra él en caso de que atacara. El Papa se comprometía a coronar a Federico como emperador, proceder eclesiásticamente contra los enemigos del imperio y anular el matrimonio de Federico con Adela de Vonburg para casarse con Beatriz de Borgoña. Este tratado ha sido juzgado desde diferentes puntos: para unos fue una ventaja para el Papa, para otros fue una ventaja para Federico. El viaje de Federico estaba listo, pero el Papa murió al poco tiempo, su sucesor Anastasio IV murió a los pocos meses de su elección lo mismo que Bernardo de Claraval; con esto se cerró una época.

Adriano IV (1154-1159)

Era el cardenal inglés de Albano Nicholas Breakspear; llevó una vida de estudiante pobre y fue creado cardenal por Eugenio III, quien lo nombró delegado de los países nórdicos; durante esta delegación la Iglesia nórdica obtuvo la autonomía cuando la diócesis de Trondheim fue separada de Lund. Era una persona enérgica y decidida; procedió contra los rebeldes romanos que defendían a Arnaldo de Brescia, fijó su residencia en la ciudad leonina y cuando los partidarios de Arnaldo atacaron a un

cardenal puso en entredicho la ciudad; el senado aceptó las condiciones, exilió a Arnaldo, el Papa levantó el entredicho y tomó posesión de Letrán.

Mientras tanto Adriano había enviado una comisión de tres cardenales a Federico, quien de hecho ya se encontraba en Italia. En abril de 1155 Federico fue coronado rey de Italia en Pavía y desde allí buscó contactos con la escuela de derecho de Bolonia a cuyos estudiantes y profesores les concedió el *autentica habitat*, que se convirtió en la base legislativa imperial que puso a los juristas a favor del imperio. Contemporáneamente Federico había enviado su ejército a Roma y el Papa se mostró escéptico porque quería que Federico hiciera un juramento de fidelidad antes de entrar en la ciudad entregándole a Arnaldo, el rey cumplió: le entregó a Arnaldo quien fue asesinado, quemado y sus cenizas dispersadas.

El encuentro entre el Papa y Federico se realizó en Sutri. Como Federico no prestó el servicio de mariscal, el Papa no le dio el beso de la paz; para solucionar este inconveniente se hizo una investigación, después de la cual Federico prestó el servicio de mariscal sin el significado de vasallaje. En esos momentos también llegó a Sutri una delegación del senado romano que pedía el reconocimiento de sus derechos de parte de Federico, en contraprestación el senado le concedería la corona imperial; Federico dio una respuesta negativa con lo cual dejó abierta la puerta para una posible insurrección. Sin perder tiempo, Federico hizo ocupar la ciudad leonina y el 18 de junio de 1155 se realizó la coronación imperial; como los romanos quisieron asaltar la ciudad, Federico la dejó y el Papa quedó desilusionado porque el rey no había mantenido su promesa.

Adriano IV inició una expedición contra los normandos, contra Guillermo I de Sicilia; fue un nuevo fracaso para las tropas pontificias, el Papa tuvo que negociar y así se llegó al concordato de Benevento, junio de 1156, que fue favorable a los normandos: el Papa reconoció la unificación del sur de Italia y la existencia de un estado normando[145]. Esta nueva alianza le trajo algunos problemas con Federico, quien sólo lo reconocía como obispo de Roma imperial y no admitía la participación del pontificado en su coronación imperial; el Papa por su parte decía que los germanos lo querían deponer.

Hacia 1157 el conflicto entre Adriano y Federico I se agudizó a raíz de un mal entendido diplomático en Besançon. Adriano había conferido a Eskul, obispo de Lund, el primado sobre Suecia; el arzobispo de Bremen protestó y cuando Eskul viajaba a Roma fue arrestado; el Papa envió al emperador unos delegados; a esta dieta los delegados pontificios llevaron una carta que fue traducida al alemán por Reinaldo de Dassel, quien entendió la expresión *beneficia excellentia* como la concesión imperial feudal dada por el Papa y Federico actuó para favorecer a los delegados. Cuando iban a regresar, sus maletas fueron revisadas y encontraron instrucciones en las cuales se hablaba del centralismo curial romano; frente a esto Federico reaccionó y ordenó que en adelante para viajar a Roma se necesitaba permiso del obispo o del superior. Adriano se sintió casi solo porque los obispos estuvieron a favor del emperador, se mostró conciliador y le escribió otra carta donde aclaraba la expresión *beneficia* como una buena acción y no como una concesión feudal. Aquí es importante comprender que la lucha

entre el Papa y el emperador era sobre los principios del derecho romano que estaba renaciendo, con lo cual el emperador era heredero de los Césares; se vuelve a antes del edicto de Milán: ya es mucho que el Papa sea respetado.

Después de Besançon, Federico inició su segunda expedición a Italia (1158-1159) para imponer su doctrina y en la dieta de Roncaglia reafirmó su competencia para conceder regalías[146]; con esto el proceso de centralización imperial se iba organizando. Adriano IV quiso excomulgar a Federico pero murió antes de la fecha fijada. Lo importante de estos hechos es la nueva ideología imperial elaborada jurídicamente como una respuesta al concepto de *honor imperii* en la cual tomaron parte los juristas de Bolonia.

Alejandro III (1159–1181)

En la elección del cardenal Bandinelli se repitió el cisma de 1130: un partido quería abandonar los conflictos entre reino y sacerdocio, el otro estaba contra el movimiento comunal del norte de Italia y la intromisión imperial. El 5 de septiembre de 1159 se inició el cónclave, cada partido tenía su candidato, el partido imperial presentó a Ottaviano de Monticello, el otro partido presentó a Bandinelli, quien obtuvo dos tercios de los votos y fue vestido con el manto papal tomando el nombre de Alejandro III, Ottaviano protestó y también fue vestido con un manto papal tomando el nombre de Víctor V; ambos salieron de Roma el uno fue coronado en Ninfa y el otro en Farfa; así se llegó al cisma que duró hasta 1177. La Iglesia se vio otra vez en la necesidad de legitimar al Papa; esta dolorosa experiencia condujo a la determinación del III concilio de Letrán de 1179: dos tercios de votantes son suficientes para elegir al Papa.

Detrás del cisma existían problemas políticos: o la paz o el enfrentamiento con el emperador Federico, quien, si bien estaba en favor de Víctor V, no se quiso expresar sobre el particular hasta que Francia e Inglaterra lo hicieron. En 1160 fue convocado un sínodo en Pavía donde fueron invitados ambos papas pero como cardenales, Víctor estuvo de acuerdo, pero Alejandro no; tampoco asistieron los obispos franceses e ingleses; Reinaldo de Dassel, obispo de Colonia, manipuló el sínodo donde fue reconocido Víctor V, a quien Federico le prestó el servicio feudal y Alejandro fue condenado. Este sínodo confirmó el cisma y constató que el imperio se estaba disolviendo por las tendencias nacionalistas. En 1160 Alejandro III excomulgó a Federico y a los promotores del cisma, incluyendo a Víctor V, al disolver el juramento de fidelidad de los súbditos del imperio frente a Federico.

Debido a las tensiones entre sacerdocio e imperio por legitimar al Papa, surge la importancia de los reyes de Francia, Luis VII, e Inglaterra, Enrique II. Estos dos reinos eran partidarios de Alejandro, los monjes cistercienses también, los cluniacenses favorecían a Víctor V; en el sínodo de Touluose (1160) Luis y Enrique reconocieron a Alejandro con lo cual Hungría y otras regiones italianas también se inclinaron por él, e incluso algunos obispos de Germania. Frente a esta circunstancia Federico tenía que fortalecer el imperio en Italia y convencer al rey inglés para que apoyara a Víctor V, ya que por los problemas en Roma, Alejandro se había trasladado a Francia. En relación al

fortalecimiento imperial está la toma de Milán (1162) después de un largo asedio y la destrucción de las fortificaciones milaneses; esta reorganización fue obra de Reinaldo de Dassel, quien obtuvo y trasladó las reliquias de los reyes magos desde el templo San Eustorgio en Milán hasta Colonia, su sede episcopal, a donde llegaron el 23 de julio de 1164.

Como el trato con el rey inglés no se realizó, Federico quiso convencer al rey francés, Luis VII, para que apoyara al antipapa Víctor V. Esto se realizaría a través de un encuentro entre los dos papas, el emperador y el rey en Saint-Jean de Laune el 29 de agosto de 1162; cada soberano expondría sus razones, pero Alejandro no se presentó, Luis VII tampoco pero pidió una prórroga, Federico perdió la paciencia y en un sínodo convocado en Saint-Jean Alejandro fue nuevamente condenado; esta condena se convirtió en otro fracaso para Federico quien quería sostener una posición anacrónica, que reforzó la posición de Alejandro, quien tomó la decisión de tratar con Federico, aprovechando la muerte de Víctor V el 20 de abril de 1164 en Lucca; pero no se pudo realizar nada porque Reinaldo de Dassel hizo elegir como antipapa a Guido de Cremona, quien tomó el nombre de Pascual III (1164-1168), sin que el emperador lo supiera.

Pascual III, el antipapa, fue sostenido como papa en la dieta de Würzburg donde, paradójicamente, los príncipes y obispos germanos fueron obligados a rechazarlo[147]. Mientras tanto Alejandro regresó a Roma donde organizó las fuerzas antiimperiales, que dejó en el aire cuando Pascual III llegó a Roma protegido por Federico y huyó a Benevento; en Roma se realizó la segunda coronación de Federico como emperador y su segunda esposa como emperatriz. Debido a una epidemia de malaria que se desató en Roma, de la que fue víctima Reinaldo de Dassel, Federico salió de la ciudad pero en su camino de regreso se encontró con la sublevación de la Liga Lombarda que, apoyada por Alejandro, pedía la liberación del yugo imperial y la restauración comunal; el emperador no fue capaz de vencerlos y los lombardos en agradecimiento construyeron la fortaleza de Alessandria. Con la derrota de Legnano, después de otras excursiones de Federico, esta región se perdió para el imperio[148].

En el contexto de la lucha entre reino y sacerdocio se abordan dos puntos interesantes: la paz de Venecia y el III concilio de Letrán.

La paz de Venecia: el nombramiento del antipapa Calixto III (1168-1178) produjo una situación particular ya que las fuerzas se estaban agotando y con la intervención de los abades de Citeaux y Clermont se comenzó a caminar hacia la paz; entre 1176 y 1177, Federico logró separar al Papa y los lombardos y se originó el tratado de Anagni, donde los obispos alemanes estuvieron de parte del emperador; en este acuerdo Federico reconoció a Alejandro, prometió restituir las regalías tal como estaban en el pontificado de Inocencio II y los bienes de Matilde de Canosa, firmar la paz con lombardos y normandos y desocupar los territorios ocupados del estado pontificio; Alejandro se comprometía a no excomulgarlo y reconocerlo como emperador. En 1177 se llegó al acuerdo cuando una comisión le levantó la excomunión a Federico, quien fue acompañado a San Marcos, allí se acercó al Papa y se postró en tierra, y éste lo levantó y

lo aceptó. El 1 de agosto fue ratificada esta paz y el 14 se sancionó; Calixto III se sometió y fue nombrado gobernador de Benevento.

El 5 de marzo de 1179 se inauguró el III concilio de Letrán[149]; de este concilio data, por primera vez, la lista de los participantes, 291, la mayoría era italiana y la minoría procedía de diferentes naciones cristianas católicas, incluyendo los estados cruzados. La decisión más importante hace referencia a la mayoría de dos tercios exigida para la elección papal; esta norma estuvo vigente hasta cuando Pío XII decretó que se exigía dos tercios más uno; también son importantes las decisiones contra quienes vendían armas a los árabes y la cruzada contra los cátaros. Este concilio celebró la victoria de Alejandro III sobre Federico I. En 1181 murió Alejandro III, primer Papa de la burguesía europea, dispuesto a compromisos para no tener grandes pérdidas; su pontificado se caracterizó por el progresivo crecimiento de la centralización curial.

3.1.2 El siglo XIII

Entre 1181 y 1198 ocuparon la sede petrina cinco papas, todos ancianos con pontificados cortos. Lucio III (1181-1185) en cuyo pontificado se dio la paz de Constanza, Urbano III (1185-1187), Gregorio VIII (1187), Clemente III (1187-1191), quien coronó como emperador a Enrique VI, hijo de Federico I, y Celestino III (1191-1198).

Inocencio III y el apogeo pontificio

Lotario de Segni fue elegido cuando tenía 37 años; de noble familia y gran cultura jurídica y teológica, se educó en Bolonia y París. Fue creado cardenal por Clemente III, Celestino III lo alejó un poco de la curia; cuando fue elegido sólo era diácono, recibió la ordenación el 21 de febrero y el 22 el episcopado. Fue un hombre enérgico, práctico y ordenado, dotado de un intelecto superior con capacidad para captar lo más importante de los asuntos. Su programa se centra en la plenitud de la potestad; esto da a entender que se identificó con su oficio a través de unas rígidas costumbres y una sincera piedad y, consciente de la dignidad de su cargo, no se limitó a llamarse solamente sucesor de Pedro sino vicario de Cristo: el Papa es puesto entre Dios y los hombres con plena potestad, por lo que estaba por encima de cualquier tipo de autoridad con una libertad sin límites.

Su programa eclesiológico es importante para conocer su acción. La supremacía papal se aplica por la *plenitudo potestatis*, una jurisdicción sin límites que tiene como base una razón de pecado. Para lograr este objetivo se preocupó por el ritual de la coronación imperial que desarrollaba el simbolismo de la supremacía papal, expresada a través de algunas alegorías: las dos espadas (Lucas 22,38), el sol y la luna, el ánima y el cuerpo. La actitud del Papa se entiende como consecuencia de un pensamiento frente al creciente deseo de libertad de los reyes; todo parece indicar que Inocencio era un hombre elástico que supo aplicar con rigidez los principios de la reforma gregoriana.

Su actividad, que buscaba plasmar la *plenitudo potestatis*, se sintetiza en las relaciones políticas, la lucha contra las herejías y la reforma de la Iglesia.

En cuanto a las relaciones políticas, después de su posesión, invitó al gobernador de Roma a someterse a su autoridad; el gobernador lo hizo y al poco tiempo los barones también. Comenzó un proceso de recuperación de territorios que Carlomagno había prometido a la sede de Pedro; Inocencio tuvo la ventaja de que el poder imperial estaba cayendo en Italia y el sentimiento nacional italiano crecía; así logró adquirir varios territorios como Spoleto, Ancona, Sora (parte de Toscana). Con la anexión de estos territorios se creó una franja transversal que dividía a Italia, estaba fuera del poder imperial y sólo se sometía al Papa; por ello, el verdadero fundador del estado pontificio fue Inocencio III a través de una política de recuperación que refutaba darle al emperador el título de rey de los romanos.

El segundo campo de las relaciones políticas es el imperio. A la muerte de Enrique VI en Messina (1197) y su esposa Constanza (1198) le fue entregada la custodia del futuro emperador Federico Rogerio, de acuerdo al coloquio de Francfort de 1196 con los príncipes alemanes. Los príncipes alemanes rompieron el acuerdo de 1196 y eligieron dos reyes: Felipe de Suabia, de la familia de Enrique VI, los guibelinos, y Otón IV de Brunswick de los güelfos; esto provocó una guerra civil de diez años.

En mayo de 1199 Inocencio publicó un escrito en el cual mostraba el daño de esta doble elección y amenazó con apoyar a quien lo mereciera; días después los partidarios de Felipe se reunieron en Spira y buscaron el apoyo del Papa quien respondió con un escrito donde afirmó que el Papa debía dar la corona porque el sacerdocio estaba por el encima del reino. Este texto es fundamental para comprender el pensamiento político de Inocencio ya que habla del traslado del imperio como acción papal; en este sentido la santa Sede sería la primera y última instancia, la encargada de entregar la corona imperial. Esta teoría se convirtió en doctrina papal durante el medioevo con dos elementos básicos: era reconocido el derecho de las naciones germanas para elegir al rey pero se afirmaba que el título y la corona imperial sólo la concedía el Papa, con lo cual el emperador era visto como el brazo fuerte del Papa para garantizar la unidad de la Iglesia, toda vez que el emperador tenía unas tareas precisas e incluso actuaba con poder pleno que llegaba hasta donde el Papa se lo permitía; el imperio fue sometido al pontificado.

El 5 de enero de 1201 en un consistorio secreto el Papa se pronunció sobre los tres candidatos que se presentaron: Federico Rogerio, Felipe de Suabia y Otón de Brunswick. Lo dicho en este consistorio es conocido con el nombre de *Deliberatio* que afirma que la contienda por el trono es competencia de la sede apostólica; después de examinar a los tres candidatos con base al derecho, la conveniencia y la oportunidad, Inocencio se inclinó por Otón; los príncipes presentaron una propuesta formal y el Papa contestó con la *Venerabilem* que entró en el derecho canónico y estuvo en vigor hasta el código de 1917. Inocencio reconoce el derecho de los príncipes a nominar el emperador, pero dice que ese derecho fue recibido de la Santa Sede que hizo el traslado imperial y reafirma que es competencia del Papa la consagración del emperador, porque de resto se corría el peligro de elegir a alguien no digno, y que al pensar en el bien de la Iglesia había optado

por Otón.

La lucha entre Otón y Felipe siguió adelante, e Inocencio se dio cuenta que con ideas abstractas no se gobierna; se mostró flexible cuando Felipe y sus partidarios ofrecieron algunas concesiones; hacia 1208 quería apoyar a Felipe pero cuando las cosas estaban listas el rey fue asesinado; Otón quiso recuperar su posición aprovechando que las fuerzas estaban diezmadas a raíz de una guerra civil de diez años, y el 4 de octubre de 1209 fue coronado emperador. Después de la coronación de Otón IV, Inocencio se dio cuenta de su error porque el nuevo emperador no cumplió las promesas, y cuando en 1210 se quiso apoderar del reino de Sicilia lo excomulgó y declaró nulos los juramentos.

En 1211 los príncipes germanos con el apoyo del rey de Francia, Felipe Augusto, eligieron a Federico Rogerio; esta noticia hizo regresar a Otón IV a Germania; en 1212, después de su coronación en Maguncia, Federico buscó el apoyo papal y en 1213 le ofreció a Inocencio el reconocimiento de los estados conquistados y la potestad para influir en los principados. Estando así los tratados se dio la batalla de Bouvines, julio 27 de 1214, en la cual el rey francés derrotó la coalición del imperio con Inglaterra, Felipe Augusto tomó el águila dorada y se la envió a Federico; en 1215 Federico fue coronado en Aquisgrán cerró la urna de oro que contiene los restos de Carlomagno, tomó la cruz porque su deseo era participar en la cruzada, pero esto ya no lo vio Inocencio.

Otro campo de las relaciones políticas se refiere a Inglaterra, donde existía la lucha entre los obispos y los benedictinos porque nueve capítulos catedrales eran comunidades benedictinas; frente a esto, algunos obispos habían creado un segundo capítulo catedral; Inocencio III no había sido claro sobre el tema, pero cuando el obispo de Canterbury creó otro capítulo catedral, Inocencio ordenó la abolición de estos nuevos capítulos, violadores de un derecho que tenían los benedictinos. Si bien algunos obispos protestaron, el rey Ricardo Corazón de León no lo hizo porque necesitaba el apoyo papal para su sobrino Otón IV, pero cuando subió al trono Juan sin Tierra (1199-1216) las cosas cambiaron porque el rey se unió a la protesta; el Papa se mantuvo un tanto tolerante y cuando cambió la situación imperial, comenzó la lucha entre el Papa y el rey.

En 1205 el obispo de Canterbury, Hubert Walter, murió, y para ocupar la sede fueron propuestos tres candidatos; fue elegido John de Gray de Norwich, pero era necesaria la aprobación papal y para lograrla fue enviada una embajada a Roma; otro tanto hicieron los benedictinos; Inocencio rechazó ambos, aunque se inclinaba por el de los monjes, a quienes presionó para que en Roma eligieran como arzobispo de Canterbury a Stephan Langton que era su candidato[150]. Juan sin Tierra se vio ofendido, reaccionó contra la consagración de Langton que el Papa hizo en Viterbo; en 1208 el Papa lanzó el entredicho contra Inglaterra suspendiendo todo servicio litúrgico; el rey se apropió de los bienes de la Iglesia, Inocencio III lo excomulgó y en 1213 le quitó el juramento de los súbditos e invitó al rey francés para que invadiera la isla; en mayo de 1213 Juan sin Tierra aceptó la paz propuesta y convirtió el reino en un feudo papal con lo que Inocencio fue señor feudal de Inglaterra. En junio de 1215 Juan sin Tierra fue obligado a conceder la *Carta Magna* que aseguraba los derechos en favor de los nobles; no era una

constitución democrática sino una limitación de los derechos reales. Para su confirmación el rey se dirigió a Inocencio III quien como señor feudal la declaró nula. Cuando el Papa y el rey murieron en 1216 no se había llegado a ningún acuerdo; este acuerdo se logró con Honorio III a través del delegado Walla y Enrique III el 12 de noviembre de 1216, cuando el papado reconoció la *Carta Magna*.

El cuarto frente de las relaciones políticas es Francia. Inocencio III había estudiado en París y tenía predilección por este reino, pero las relaciones con Felipe Augusto (1180-1223) fueron tensas debido a la política real a favor del candidato Felipe de Suabia por el trono imperial y su doble matrimonio. En 1193 Felipe ganó para su causa contra los ingleses, al rey danés Canuto IV y se casó con su hermana Ingeborg pero después la repudió; en 1196 contrajo de nuevo matrimonio con Inés de Merant. Cuando Inocencio III fue nombrado Papa exigió la reintegración de la primera esposa y autorizó al delegado Pedro de Capua en 1199 para que decretara el entredicho. Frente a esto el rey comenzó a hacer tratos y en el sínodo francés de Saisson, al cual Inocencio envió dos cardenales, se quiso tomar una determinación, pero después de catorce días de disputas el rey abandonó el sínodo e hizo prisionera a su primera esposa Ingeborg que continuaba alegando sus derechos; en 1201 murió Inés, pero ni aún así el rey regresó a su primera esposa ya que en 1208 pidió la anulación de su matrimonio, en 1212 Inocencio respondió negativamente y en 1213 Felipe le concedió libertad a su esposa pero sin unirse a ella.

Finalmente están las relaciones con España. En esta región Inocencio también insistió sobre la cuestión matrimonial. Alfonso IX de León se casó por intereses políticos con Teresa de Portugal a pesar de la consanguinidad existente, por esto fue excomulgado pero no le causó ningún efecto. Cuando entró en guerra contra Castilla se separó de Teresa y para lograr la paz con Alfonso VIII de Castilla se casó con Berenguela con quien también era consanguíneo, y otra vez fue excomulgado. Esto fue lo que encontró Inocencio III quien puso en entredicho el reino y excomulgó al rey, pero las cosas siguieron igual hasta que en 1204 los esposos se separaron. Con Pedro II de Aragón, quien se hizo coronar el 14 de noviembre de 1204, en Roma, comienza el Papa a ser el señor feudal de este reino. Inocencio concedió como sede de la coronación a Zaragoza y como ministro al obispo de Tarragona quien coronaría al rey con una corona enviada por el Papa; todo iba bien hasta cuando llegó el conflicto debido a que Pedro II quiso repudiar a su esposa María de Montpellier.

La lucha contra las herejías fue una cruzada contra los albigenses de Francia; durante esta cruzada la actitud del Papa no fue la actitud típica contra los herejes, porque dejó todo en manos de los delegados pontificios Pietro de Castelnou y Arnardo de Citeaux, quienes no pusieron en práctica las exhortaciones papales porque tuvieron una actitud más política que pastoral y en ese sentido su predicación era diferente en relación a la realizada por Diego de Osma y Domingo de Guzmán en España que se centraba en la pobreza.

Inocencio exhortó a los príncipes del sur de Francia para que expulsaran a los albigenses pero no tuvo éxito porque el príncipe Raimundo de Tolosa, condado que era

feudo de Aragón, era favorable a los herejes. Cuando el 15 de enero de 1208 fue asesinado Pietro de Castelnou por un súbdito de Raimundo, las cosas empeoraron porque el príncipe y el súbdito fueron excomulgados y se le quitó a los súbditos de Raimundo el juramento de fidelidad y fue promulgada una cruzada contra los albigenses. El Papa invitó al rey francés para que tomara parte en esta cruzada, pero no lo hizo porque estaba en lucha contra el rey de Inglaterra Juan sin Tierra; el Papa hizo un nuevo llamado y en esta ocasión los príncipes del norte de Francia respondieron. Cuando se comenzó a predicar la cruzada y los príncipes de norte de Francia se estaban acercando al condado de Tolosa, Raimundo se sometió por lo cual la cruzada se dirigió contra el vizconde de Biziere Carcassone, donde fueron asesinadas unas 15.000 personas entre albigenses y católicos, y el jefe militar, Simón de Montfort, se apropió del condado; posteriormente dirigieron la cruzada contra el condado de Tolosa donde aún seguían los albigenses.

Simón de Montfort deseaba la soberanía sobre el sur de Francia apoyado por los delegados pontificios; en 1213 Pedro de Aragón entró en la guerra y acudió al Papa en favor de Raimundo, porque Simón estaba invadiendo terrenos feudales suyos; el Papa actuó con prudencia: desaprobó la actitud de los delegados y prometió una investigación para Raimundo; surgieron nuevos problemas porque los delegados obstaculizaron las decisiones papales ya que consideraban como un error la rehabilitación de Raimundo; Inocencio se dejó convencer por los delegados, retiró sus iniciativas e invitó a Pedro de Aragón para que hiciera la paz con Simón, pero entró en guerra contra éste, siendo derrotado y asesinado en septiembre de 1213; Simón tomó posesión de Tolosa, Raimundo y su hijo huyeron a Inglaterra, y el Papa admitió a Simón como administrador del condado hasta cuando en el futuro concilio ecuménico se tomara una decisión. Simón de Montfort murió en 1218, pero la guerra continuó hasta 1229.

En el IV concilio de Letrán, las disputas que hacen referencia a este tema fueron ásperas y eran patrocinadas por Fulco de Tolosa. Se llegó a un compromiso: Raimundo fue declarado hereje y por ello perdía la soberanía, el territorio le fue concedido a Simón, exceptuando la región de Provenza que después de una breve administración eclesial pasaría a manos del hijo de Raimundo. El mayor problema está en que Inocencio no apoyó la forma como los delegados actuaron, pero tampoco los retiró de sus puestos. Otros problemas son: el hecho de abrir la puerta contra movimientos como los campesinos rebeldes del norte de Alemania y la dinastía Suabia; además no se puede negar que a partir de este momento apareció la utilización instrumental de las cruzadas.

En lo referente a la reforma de la Iglesia, se dieron varias iniciativas frente al pauperismo y el reconocimiento de su significado; entre éstas está el hecho de atraer a los humillados lombardos, a quienes les fue concedida una regla en 1209 dando origen a una orden con tres ramas, y a los pobres católicos de España, exvaldenses dirigidos por Durando de Huesca, que tuvieron que afrontar serios inconvenientes. Otros grupos de pobres fueron lentamente incorporados hasta llegar a la unión de varios de ellos en la Orden de Ermitaños de san Agustín. Otro elemento es el inicio de las órdenes dominicana y franciscana; la primera aprobada en 1216, la segunda en 1223 por Honorio III.

La cima del proceso reformador fue el IV concilio de Letrán (1215) al cual asistieron más de 400 eclesiásticos y cerca de 800 dignidades civiles casi todos embajadores de los reyes, exceptuando al emperador Federico II quien estuvo presente. El discurso inaugural es una interpretación de Lucas 22,15 “deseo ardiente de celebrar esta pascua” entendida como un paso en tres formas: de occidente a la liberación de Jerusalén (cruzada), de la tibieza al ardor (reforma) y de lo temporal a la vida eterna (espiritualidad). El concilio produjo 71 constituciones que cuando fue clausurado, aún no habían sido promulgadas, porque fueron escritas posteriormente; casi todas fueron incluidas en el *Corpus Iuris Canonici*. Algunas de estas constituciones son: la primera es un símbolo de fe donde aparece el término transubstanciación; las segunda y tercera son contra las herejías. También habla de la reforma eclesial del clero (14-20), la simonía (63-66), los obispos (9-10), la vida religiosa (12-13), la confesión y la comunión una vez al año (21), la legislación contra los hebreos (67-70) que tenía el sentido de buscar la pureza de la fe y no el racismo[151]. Este concilio fue visto como el triunfo de la lucha pontificia contra las pretensiones imperiales y en favor de la reforma eclesiástica; pero ello fue sólo una ilusión

Dentro de las constituciones también se habla de la cruzada, cuando los cruzados fueron convocados para que el 1 de junio de 1217 se reunieran en las costas del sur de Italia donde el Papa se presentaría. Para lograr este fin se dieron algunas normas como: por tres años los sacerdotes debían pagar el 20% de los ingresos, los cardenales el 10% y 33.000 liras de plata, los cruzados no tendrían que pagar nada, y por cuatro años fue decretada una paz para la cristiandad con severas penas de excomunión para quien la violara. Inocencio se trasladó en 1216 al norte de Italia para solucionar los problemas entre Pisa y Génova, pero murió en Perugia en julio de 1216 a los 54 años.

Honorio III: primera fase de las tensiones con Federico II

Celso Savelli, camarlengo de Inocencio III, fue elegido Papa y tomó el nombre de Honorio III (1216-1227); su objetivo era seguir el camino iniciado por su predecesor: la ejecución de la cruzada, pero antes tenía que superar algunos obstáculos: la lucha entre Francia e Inglaterra y la actitud de Federico II. Murió en 1227 y fue enterrado en Santa María la Mayor.

Federico II, rey de Sicilia desde 1197, fue coronado rey de Alemania en 1215 y tomó simbólicamente la cruz sin decir nada pero buscando el apoyo de Inocencio III frente a su rival Otón IV; su voto se venía postergando por la presencia de Otón IV pero después de la muerte de este (1218) siguieron otros problemas, uno de ellos, era su deseo de unir el reino de Sicilia al imperio, que desde 1212 estaba en manos de su hijo Enrique; el problema está en que antes de la muerte de Inocencio III, Federico había renunciado a Sicilia, pero en 1220 en la reunión de Francfort hizo nombrar a su hijo Enrique como rey de Germania; para lograr este objetivo renunció a los privilegios concediendo a los principados eclesiásticos mayor autonomía a través de la *Confirmatio cum principibus ecclesiasticis*. En 1231 concedió a los príncipes laicos un documento a cambio del apoyo

a Enrique, quien sería regente del imperio. Esta política tuvo varias oposiciones contra Enrique de parte de algunas ciudades que querían la libertad; la oposición siguió adelante y en 1235 Enrique fue depuesto y murió en 1242.

El 22 de noviembre de 1220 Federico II fue coronado emperador por Honorio III con el compromiso de la cruzada pero surgió el problema de Sicilia, ya que Federico tenía dos estados a título personal y puso su campamento en el Monte Mario; desde allí declaró que renunciaba a la unión de los dos reinos (Sicilia y el imperio), ya que Sicilia era un feudo papal que debía ser administrado por un siciliano. Después de la coronación, Federico renovó el voto de la cruzada para agosto de 1221 y promulgó algunas leyes favorables a la Iglesia: privilegio del fuero, amenaza a los herejes y a quienes los apoyaban y defendían; en resumidas cuentas, casi todas las leyes iban contra las ciudades lombardas y fue producto del deseo papal.

Frente al problema de Sicilia, Honorio III esperaba que Federico asumiría la cruzada pero fue desilusionado por los problemas económicos y administrativos de Sicilia. A la muerte de Enrique VI, Sicilia cayó en el caos, y Federico II se empeñó en restaurarlo. Dentro de esta restauración está, en primer lugar la cuestión de los musulmanes quienes fueron sometidos después de largas luchas hacia 1224 y deportados a Lucea, en Foggia, donde les garantizaron la libertad religiosa y les concedieron algunas condiciones favorables. Otros elementos importantes son: la fundación de la Universidad de Nápoles en 1224 y la creación de una flota autónoma después de alejar a los genoveses.

En relación a las ciudades lombardas se tuvo la dieta de Cremona en 1226; estas ciudades formaron una liga contra Federico II. La cuestión lombarda es importante por el tema de la libertad de los comunes que estaba unido a la libertad de la Iglesia en el norte de Italia. En marzo de 1226, durante la estadía de Federico en el norte de Italia, le fue concedida, en Rimini, una bula de oro a los caballeros teutónicos con la cual se da inicio a la conquista de Prusia.

Gregorio IX: el enfrentamiento con el imperio de Federico II[152]

Hugolino de Segni era obispo cardenal de Ostia cuando fue elegido; había nacido en Anagni y era familiar de Inocencio III; estudió en París y Bolonia; hábil e inflexible diplomático que quiso dominar con la fe puesta en Dios e intrepidez frente al peligro. Sus relaciones con Federico II eran complicadas y tuvieron como punto de partida: la cruzada, la región lombarda y la cuestión de Sicilia, que fue convertida en un estado moderno con un absolutismo que influía sobre la Iglesia; el problema de Lombardía era el tema de restauración de la soberanía imperial que ni los lombardos ni el Papa deseaban.

El regente de Sicilia atacó los territorios de Ancona y Spoleto; Gregorio lo excomulgó y lo atacó con un ejército formado con los fondos provenientes de las rentas eclesiásticas que tenía como insignias las llaves de Pedro. Federico regresó de Jerusalén en 1229 y comenzó un proceso de reconquista respetando los territorios pontificios, en cada ciudad conquistada se hacían procesos y se celebran misas de acción de gracias. Para aliviar las

tensiones entre el Papa y el emperador se comenzó a caminar hacia la paz de Ceprano, pero antes se tuvo una reunión de conciliación en San Germán, cerca a Cassino, entre Hermman von Sailzal y el cardenal Tomás de Capua. El 23 de julio de 1230 fue hecha la lectura de los motivos por los cuales Federico había sido excomulgado; Federico aceptó y se sometió a las órdenes de la Iglesia, aceptó el proyecto de paz y perdón en favor de quienes lucharon contra él, se comprometió a respetar los territorios de Ancona y Spoleto; también concedió otros privilegios en favor de la Iglesia en Sicilia, entre los cuales el más representativo es la inmunidad eclesiástica y el fuero eclesiástico especial. El 28 de agosto de 1230 le fue levantada la excomunión a Federico y en septiembre del mismo año el Papa y el emperador se encontraron en Anagni para cerrar el proceso de reconciliación que pensaba acabar con la lucha entre reino y sacerdocio. Este proceso es llamado la paz de San Germán y ha sido vista como una segunda Canosa.

La paz de San Germán no solucionó todo, porque dejó abierto el problema lombardo, frente al cual el Papa y el emperador tenían puntos de vista diferentes, ya que el deseo del emperador se convertía para el Papa en un atentado contra la libertad de la Iglesia. El punto central gira en torno a quien tiene la última palabra en cuestiones temporales. El Papa deseaba tenerla, pero Federico II le contestó este deseo. A pesar de ello la paz de San Germán duró cerca de diez años, mientras tanto Federico consolidó el reino de Sicilia con una fuerte burocracia que fue sometida a él; sus deseos los manifestó en la *Constitución de Melfi* de agosto de 1231; entre los elementos fundamentales se citan: el decreto contra los herejes considerados como enemigos del Estado en consonancia con el pensamiento de Inocencio III, sumisión de feudos y comunes, reorganización fiscal, burocracia con estipendio, administración formada por juristas y políticos, y prohibición de las ordalías; dejó en la sombra la inmunidad eclesiástica lo cual fue visto como peligroso por el Papa, quien descubrió en esta constitución un documento absolutista.

Durante estos años, Federico se dedicó a restaurar el poder imperial en Lombardía: en enero de 1232 decretó un bando contra las ciudades de la liga y el 27 de noviembre de 1237 se realizó la batalla de Cortenuova en la cual fue derrotada la liga lombarda y el poder de Federico II llegó al cenit; a esta lucha Federico le quiso dar el sentido de cruzada, pero lo único que hizo fue confirmar los temores de Gregorio IX, quien se sentía amenazado en Roma por un partido imperial compuesto por el pueblo y algunos cardenales; a miembros de ese partido, Federico les envió la señal de la soberanía lombarda, que fue puesto en el Campidoglio a pesar de la oposición de Gregorio IX; este gesto de Federico se entiende como el deseo de hacer de Roma el centro de su imperio con lo cual estaría atacando los intereses del Papa quien lo excomulgó el 29 de marzo de 1239, presentando como motivo la opresión de la Iglesia en Sicilia, que de hecho no era el verdadero motivo ya que el verdadero motivo era la cuestión lombarda; el mismo día de esta excomunión murió el mediador entre los contendientes, Hermman von Sailzal.

El 7 de abril de 1239 Gregorio motivó la excomunión contra Federico poniendo en entredicho los lugares donde estuviera; esto trajo consecuencias: la lucha de vida o muerte entre ambos, el fin de los Hohenstaufen, el inicio de una campaña publicitaria. Federico contestó la excomunión acusando al Papa de sostener a los rebeldes lombardos

y corromper a los jueces en Milán, por ello se pedía un concilio general que estaría contra el Papa; la respuesta papal también fue fuerte señalándolo como la bestia apocalíptica y precursor del anticristo que habría sostenido que el mundo fue engañado por tres grandes timadores: Moisés, Jesús y Mahoma; frente a estas acusaciones Federico respondió subrayando su fe, su papel de protector de la Iglesia y las leyes que había dado en favor de la Iglesia y contra los herejes. Además de la lucha publicitaria, también se desarrolló la lucha literaria donde se descubrió la importancia de manejar la opinión pública.

Gregorio entró en alianza con Génova y Venecia para atacar a Sicilia, pero Federico también tomó medidas rompiendo relaciones con la curia y ocupando los territorios de Benevento, Ancona y Spoleto con lo cual unía casi toda Italia. En febrero de 1240, Federico avanzó contra Roma pero Gregorio supo resistirle al realizar una solemne procesión el 22 de febrero, que dejó impresionados a los asistentes; Federico dio marcha atrás, pero se dio cuenta que la excomunión que pesaba contra él no fue acogida por todos. En agosto de 1240, el Papa convocó un concilio para 1241 y para traer a los padres conciliares, que no podían venir por tierra porque era territorio imperial y el emperador había prohibido cualquier tipo de viaje a Roma, hizo un tratado con Génova ciudad que prestaría las naves; Federico tomó medidas y el 3 de mayo capturó a más de cien prelados que venían en la isla Lirio y los llevó prisioneros a Puglia; esto trajo consecuencias: el concilio no se realizó, la cristiandad reaccionó contra Federico, quien deseó viajar a Roma para invadirla, pero ya en el horizonte se divisaba el peligro de los mongoles. Ninguna cosa se solucionó porque Gregorio murió el 22 de agosto de 1241.

Inocencio IV: el fin de Federico II[153]

A la muerte de Gregorio IX, Federico se retiró a Puglia a esperar la nueva elección, porque entendía que su lucha no era contra el pontificado sino contra Gregorio IX y esperaba la absolución y un tratado de paz. Los doce cardenales, de los cuales dos eran prisioneros de Federico, se reunieron en cónclave que fue largo debido a las discusiones que se presentaron sobre la política a seguir en relación al emperador; el senador Mateo Rosso Orsini encerró a los cardenales en un viejo palacio al sur del Palatino y después de dos meses fue elegido, el 25 de octubre de 1241, Godofredo de Sabina, quien tomó el nombre de Celestino IV y murió el 10 de noviembre antes de ser coronado; los cardenales huyeron de Roma y se demoraron casi dos años para elegir al nuevo Papa, Sinibaldo Fieschi, quien tomó el nombre de Inocencio IV. Este Papa fue quien en 1252 autorizó a los inquisidores eclesiásticos a utilizar torturas, contradiciendo la condena que de este método había hecho Nicolás I en el 866.

Inocencio IV era de familia genovesa, estudio en Bolonia donde se formó como canonista; con esta elección Federico se mostró satisfecho porque veía la posibilidad de la paz y la amistad, pero la cuestión lombarda impidió el encuentro; Inocencio quiso hacer de árbitro pero le fue imposible; Federico restituyó algunos territorios pontificios e invitó al Papa a un encuentro, pero Inocencio huyó el 27 de julio de 1244 hacia Génova

y posteriormente a Lyon, donde llegó el 1 de octubre; en la vigilia de la navidad, Inocencio anunció un concilio ecuménico para 1245 que se realizaría en Lyon, cuyos temas serían: la ayuda a los lugares santos, el peligro mongol y el problema con Federico. La fuga del Papa fue para Federico un duro golpe; le escribió una relación donde expuso su plan, se puso en contacto con los cardenales pero le fue imposible reunirse con el Papa quien se encontraba atrincherado en una ciudad libre.

El concilio de Lyon (1245) tuvo tres sesiones importantes. En la sesión preconciliar realizada en el monasterio San Justo el Papa no recibió a Tadeo de Sueza, enviado del emperador, para presentar su plan, de hecho Inocencio rechazó todas las mediaciones. El 28 de junio fue la primera sesión con la participación de unos 140 prelados, la presencia de Balduino de Constantinopla, los embajadores de Francia e Inglaterra y los generales de las órdenes mendicantes; en esta sesión el Papa hizo un discurso sobre sus cinco dolores: los pecados del clero, la pérdida de Jerusalén, la tribulación del imperio latino de oriente, el peligro de los mongoles y la persecución de la Iglesia de parte de Federico II. En la segunda sesión un obispo que había sido rechazado por Federico II hizo una intervención contra él. Entre la segunda y la tercera sesiones, Inocencio preparó la sentencia de deposición del emperador, la cual fue leída en la tercera sesión el 17 de julio de 1245[154]; con esta deposición Federico fue privado de todo honor y los súbditos liberados de la fidelidad feudal, fue decretada la excomunión para quienes lo ayudaran, además los príncipes germanos fueron invitados a hacer una nueva elección y el Papa se reservó para sí el reino de Sicilia en calidad de señor feudal; la base de esta bula se encuentra en las luchas y violaciones de los tratados, el sacrilegio por detener a algunos prelados, la sospecha de herejía por su actitud ante la segunda excomunión y el entredicho, la amistad con los árabes y la situación de la Iglesia en Sicilia que no había efectuado el pago feudal.

Después vino el enfrentamiento final entre Inocencio IV y Federico II. Inocencio fue más allá de los límites y se presentó como el emperador; la lucha fue dura y desesperada, para Federico era el dilema de ser o no ser. En marzo de 1246, Federico se dejó examinar sobre su fe por una comisión de prelados, el resultado le fue enviado en una bula de oro al Papa porque a Federico le importaba ser tenido como cristiano. Esto no tuvo ningún resultado y ambos contendientes se dieron a la publicidad; Federico denunció las deficiencias en los procesos contra él, contestó el derecho del Papa para destituir al emperador e introducirse en temas temporales haciendo notar que presidir la ceremonia de coronación no se puede entender como potestad para deponer, porque en lo temporal el emperador no tiene a ninguno sobre él, además lanzó la propuesta de una reforma de la Iglesia. Inocencio contestó definiéndolo como precursor del anticristo, diciendo que la riqueza y la mundanidad del clero no serían las únicas cosas para reformar, por ello escribió el tratado *Eger cum lenia*, proclamó lo dicho en Lyon y rechazó el pensamiento imperial contra la destitución, con esto defendió su poder como juez debido a la facultad concedida al príncipe de los apóstoles que se desarrolla tanto en lo espiritual como en lo temporal.

En marzo de 1247 fue descubierta una conjura contra Federico y su hijo Enzo, en la

cual algunos cardenales participaron y los que escaparon fueron protegidos por el Papa. De 1247 a 1250 fueron años difíciles para Federico: su hijo fue apresado en Bolonia, en la primavera de 1250 quiso emprender una expedición contra Lyon, pero estando en Castelfiorentino en Foggia se enfermó, el obispo de Palermo, Eberardo, lo absolvió, y el 13 de diciembre de 1250 murió; fue sepultado en Palermo junto a sus padres. Con él se cierra una época y termina el antagonismo entre sacerdocio e imperio; el papado resultó triunfante pero perdió crédito, se laicizó y comenzó a depender de Francia. Federico II encarnó las dotes y los defectos de los emperadores suabos: genial pero absolutista, inteligente pero escéptico y cínico, brillante pero violento y cruel; debido a ello no encajaba en ningún proyecto eclesiástico y por ello se dieron las tensiones con el pontificado por más de 40 años. Con este emperador desapareció el imperio medieval que había nacido con Carlomagno y se había fortalecido con Otón I.

Otro aspecto importante de Inocencio IV fue su actitud frente a los mongoles de Gengis Kan y el reino de la horda de oro, el cuarto imperialismo medieval con el cual la Iglesia tuvo que relacionarse; el Papa no envió una cruzada sino una misión de paz y aprovechando un período de tranquilidad se organizaron tres grupos de franciscanos y dominicos para dirigirse a tierra de mongoles pero en direcciones distintas.

3.2 Los movimientos religiosos

La edad gregoriana había iniciado un proceso de reforma, buscando la formación del clero y la libertad de la Iglesia; el proceso de reforma monacal había comenzado con Cluny y Lorena. Hacia el 1100 el monacato benedictino no tenía necesidad de reforma y aunque su fuerza inicial se estaba acabando aún tenía un alto nivel espiritual, social y económico; por ello la reforma se entiende como una nueva orientación. Durante varios siglos nadie había dudado que el monacato era la mejor imitación de Cristo y la realización del ideal de la Iglesia primitiva; de hecho los monjes tenían al interior de la sociedad un papel preciso porque eran uno de los órdenes en los cuales estaba clasificada la sociedad: oradores, veladores o defensores y los trabajadores. Además, son indicio de los cambios sociales y la disolución de las categorías sociales.

La reforma gregoriana también llegó a los laicos y se fortalecieron tres ideas para entender los movimientos religiosos del siglo XII: pobreza radical, vida eremítica y predicación itinerante; surgió un movimiento religioso que unió los tres elementos al interior de una particular vida común. No todo marchaba por los caminos de la ortodoxia ya que a veces se presentaron tendencias no eclesiales y heréticas, pero no es fácil dar una apreciación justa sobre estos movimientos porque los confines entre la reforma y la herejía eran vagos, toda vez que al interior de una reforma se podía llegar a puntos radicales que destruían la orientación genuina. En medio de los extremos, se ubican los movimientos de reforma como el caso del noble Esteban de Muret (+1124), quien afirmaba que la única y verdadera regla para Dios era el evangelio, ya que las reglas existentes solían caminar por las ramas.

3.2.1 Los eremitas

El aspecto más representativo de los movimientos religiosos medievales es la pobreza. Hacia 1100 aparecen en Francia los *pauperes Christi* quienes vivían una pobreza radical y real, teniendo en la imitación de Cristo el ideal de vida. Utilizaban el evangelio de Mateo cuyos discursos se aplicaban a la Iglesia oficial, estigmatizando a las personas ricas por su hipocresía. Al interior de estos pobres había dos ideales: el predicador, que invita a la penitencia convirtiéndose en guía espiritual y el eremita que busca una vida simple en la soledad y por ello se convierte en modelo.

Llama la atención el florecimiento de la vida eremítica, que desde el siglo XI se fue extendiendo por Europa a partir de Toscana y Ravena, como es el caso de san Romualdo (+1026), un hombre carismático y poco teórico que tuvo en Pedro Damián al organizador una congregación de ermitaños cuando escribió para sus hermanos la vida de san Romualdo dando un nuevo modelo para imitar; por ello, los escritos de Pedro Damián son el fermento del ideal eremítico: una comunidad estable que vive en pobreza y soledad. Este nuevo estilo monástico se desplazó de Italia a Francia donde se desarrolló hasta convertirse en un elemento típico de Francia en aquel entonces.

El eremitismo francés era menos unido a la idea de la *stabilitas loci* por lo que se confunde con la idea del predicador itinerante, que vive en los campos y atrae a un crecido número de personas que vivían cerca a él. Tal es el caso de Roberto de Arbrissel (1045–1116), hijo de un párroco quien hacia 1078 estudió en París y recibió la ordenación sacerdotal; en 1095 comenzó como predicador itinerante y en 1096 recibió de Urbano II el mandato de predicar moderadamente; en 1098 fundó una comunidad en Fonterault. Posteriormente fundó otras comunidades que puso bajo la guía de unas viudas que lo habían seguido y continuó su vida como predicador itinerante fundando otras comunidades siempre dirigidas por mujeres. Sus enemigos lo criticaron por violar las normas existentes; entre sus enemigos está el obispo de Reims, quien en una carta manifestó duras acusaciones: la escandalosa familiaridad con las mujeres, sus discípulos lo llamaban maestro y la crítica que hacía a los eclesiásticos.

La dirección espiritual e institucional del monacato era vaga y casi siempre comenzó con una fase eremita, pobre y ascética; en cuanto a la regla seguida hay tres elementos: la *Regla de san Benito* no era aceptada por todos debido a las diferencias institucionales, la *Regla de san Agustín* era aceptada con menos problemas porque les daba más libertad para su organización, otros escribían reglas particulares porque ninguna de las dos les satisfacía. Un caso particular es Gilberto de Sempringham quien fundó un monasterio donde las monjas observaban la *Regla de san Benito*, los monjes la *de san Agustín* y los religiosos no canónigos seguían una regla propia. Es importante tener presente al interior del nuevo monacato la presencia femenina que no siempre fue aceptada por las diferentes congregaciones: los premonstratenses lograron finalmente separarlas, los cistercienses, a pesar de su oposición, las tuvieron que aceptar después de un privilegio que obtuvieron las monjas cistercienses.

3.2.2 Los cistercienses

De un grupo de eremitas de Colan surgieron los cistercienses[155], quienes se caracterizan por la estrecha observancia de la *Regla de san Benito*; el centro más conocido fue Citeaux. Las fuentes son partes de algunas cartas papales y episcopales que se encuentran en el monasterio de Molesme. Existen dos textos principales: uno narrativo, el *Exordium parvum* y otro constitucional, la *Carta Caritatis*. El *Exordium* es una introducción al texto constitucional; como tal no forma un texto independiente, sino que hace parte de un cuerpo más amplio que era usado para expresar su ideal. El problema se pone sobre la historiografía porque ambos textos tienen más de una redacción; el *Exordium* presenta dos redacciones: 1130 y 1135; la *Carta* también tiene dos redacciones: la primera salió cuando la nueva observancia era practicada en pocos monasterios y fue presentada por Esteban a Calixto II en 1119, la segunda, data de los años comprendidos entre 1165 y 1194 cuando Citeaux ya había cedido el puesto a un capítulo general.

Los inicios de Citeaux están impregnados por la acción de los primeros abades. Roberto de Molesme, típico representante del monacato del siglo XI, quien después de salir de varios monasterios y llevar una vida eremita, fundó un monasterio en Molesme; descontento con el camino que tomó esta fundación la abandonó junto con otros monjes hacia 1098 y se dirigió a Citeaux, donde fundó otro monasterio, pero la comunidad de Molesme y los señores feudales de ese lugar obtuvieron, a través de un documento papal, el regreso de Roberto, y allí en Molesme murió en 1111; por este hecho los cistercienses lo consideraron por algunos siglos como traidor. A Roberto lo sucedió el abad Alberico, quien le dio fisonomía propia al instituto aprovechando un privilegio papal de 1100; la forma de vida estaba inspirada en san Benito y creó un *scriptorium* para procurarse los libros necesarios para la independencia intelectual y litúrgica.

El tercer abad fue Esteban, a partir de 1109, tenido como el verdadero fundador ya que le dio un camino a través de la estrecha observancia de la *Regla de san Benito* (*rectitudo*, *puritas et regula ad litteram*); los cistercienses aplicaron esta concepción en los diferentes campos de su vida: liturgia, trabajo, renuncia a los privilegios y construcción de monasterios en lugares desérticos que tenían un templo sin adornos y exclusivamente para los monjes. Las constituciones de la orden fueron fijadas en la *Carta Caritatis* con tres elementos estables: autonomía abacial como una reacción a la congregación de Cluny, principio de filiación o relación permanente con la abadía madre a través del derecho y obligación de visita canónica, el capítulo general anual de Citeaux que tomaba las decisiones y estaba formado por todos los abades.

El hecho más notorio durante el tiempo del abad Esteban fue el ingreso de Bernardo de Claraval en 1113 con 30 compañeros más; este ingreso cambió radicalmente la situación de Citeaux porque le dio origen a un movimiento de expansión; en 1115 Bernardo fue nombrado abad de Claraval y cuando murió en 1153 era padre de 68 monasterios en línea directa y de 164 si se cuentan las fundaciones hechas a través de los árboles genealógicos del Císter. Bernardo de Claraval fue y es famoso no sólo por el hecho de

ser abad, sino también por su refinado estilo para escribir, su alta espiritualidad y sus relaciones políticas con los jefes de aquel entonces; fue canonizado en 1174.

3.2.3 Los militares

Como se verá en las cruzadas, para la historia de la Iglesia es vital la creación de la jerarquía latina en oriente que tuvo dos patriarcados: Jerusalén y Antioquía, y varias arquidiócesis y diócesis creadas más por cuestión de prestigio que por necesidad pastoral; un problema grave fue el de los patriarcas ortodoxos de las sedes tomadas por los latinos. Hacia los años treinta del siglo XII la Iglesia Latina Oriental contaba con 30 diócesis desde Cilicia hasta el mar Rojo. La presencia de latinos y ortodoxos creó una situación particular porque coexistieron dos ritos, lo cual no era fácil de entender, mucho menos cuando también existían monasterios de ambos ritos. La Iglesia Latina era monástica e importada, porque quienes cuidaban los lugares santos eran en su mayoría monjes y europeos y por ello se dice que su mayor aporte a occidente fue la fraternidad surgida en torno al santo Sepulcro y el nacimiento de dos formas religiosas: hospitalaria y militar. Entre ellos: Hospitalarios de san Juan, Caballeros Teutónicos, Caballeros de san Lázaro y Templarios; los dos primeros aún existen, los dos últimos ya desaparecieron.

Los Hospitalarios de san Juan existían desde antes de las cruzadas. Los amalfitanos habían creado un hospital regentado por monjes occidentales de tradición benedictina, que se hacían llamar siervos de los pobres de Cristo y su misión era ayudar a los peregrinos que llegaban a tierra santa. En tiempos del gran maestro Gerardo se convirtieron en una orden con ideales muy cercanos a la reforma gregoriana; en 1113 recibieron de Pascual II (1099-1118) un privilegio, *Institutos ad propositus*, y bajo el influjo de los Templarios se convirtieron en una orden militar que tenía tres tipos de religiosos: militares, enfermeros y eclesiásticos; hoy en día son los Caballeros de Malta. El hospital que regentaban en Jerusalén se convirtió en un modelo para occidente y cubría sus gastos gracias a las donaciones que recibía de occidente.

Los Templarios[156] desde el inicio eran militares; su fundador, el caballero Hugo de Payns (+1136), se juntó en 1119 con ocho compañeros para crear una comunidad religiosa de laicos que tenían como objetivo defender los caminos por donde cruzaban los peregrinos que iban hacia Jerusalén. El grupo obtuvo apoyo del rey de Jerusalén, Balduino II, quien les donó como sede un lugar cercano al templo de Jerusalén, por lo que comenzaron a ser llamados hermanos de la milicia del templo. Con el apoyo de Bernardo de Claraval, quien había escrito *De laude novae militiae ad militis templi*, el sínodo de Troyes (1128) aprobó su regla que en 1130 fue completada por Esteban de Jerusalén. Fue una orden militar que duró hasta que en 1312 Clemente V, bajo presión de Felipe IV el Hermoso, la suprimió después de un escandaloso proceso.

3.2.4 Los canónigos

Su fuerza, todavía desconocida, condujo a que las colegiatas fueran vistas desde otra

perspectiva. En su historia medieval se dieron algunas fases que se pueden esquematizar en tres ideas básicas.

La distinción entre monjes y canónigos data de la reforma carolingia cuando el obispo Crodegango de Metz escribió una regla para canónigos y después del sínodo de Aquisgrán se publicó la *Institutio canonicorum* o *Regla de Aquisgrán*; según estas normas, los canónigos no estaban obligados a un voto particular, ni a la pobreza personal; vivían una vida común no muy rigurosa y una liturgia solemne en un templo propio.

El concilio de Letrán de 1059 presentó el ideal de la vida común con pobreza personal al estilo de la primitiva Iglesia. Este ideal no era novedoso porque en Germania ya se practicaba, como el caso de Bamberg y Heilsdesaing antes de la reforma gregoriana; en Francia e Italia las cosas eran diferentes porque como no existía el apoyo de los monarcas, algunos obispos y eremitas apoyaban este movimiento como el caso de Juan de Cessena, quien hacia 1042 reformó el clero de su diócesis a través de un documento que presentaba una teología de la vida clerical ubicada entre laicos y monjes para ser más cercana a los apóstoles. Las ideas de Ravena fueron difundidas por Pedro Damián quien proponía renunciar a san Benito para regresar a la vida apostólica. Este modelo fue tomado por Gregorio VII quien fue el promotor de la "monaquización" de los canónigos. A finales del siglo XI no se alcanzó mucho éxito debido al problema de las investiduras.

Con Urbano II (1088-1099), se dio el paso decisivo porque puso bajo protección pontificia algunas colegiatas, asignándoles a los canónigos un papel particular, tal como se expresa en un privilegio que en 1092 fue concedido a la colegiata de Rottenburg; en este documento aparece por primera vez una referencia explícita a la *Regla de san Agustín*, que hasta ese entonces había desempeñado un modesto papel en la vida religiosa. Urbano II presenta a san Agustín como el autor de una regla que se debe observar, la cual estaba formada por dos partes: el *preceptum* y el *ordo monasterii*. El primero es una orientación espiritual, el segundo es una serie de normas ascéticas: ayuno, silencio, trabajo, oficios corales, ordenación litúrgica; según Verheijen, el *precepto* fue escrito por san Agustín, el *ordo* por Alipio[157]; en los siglos XI y XII, ambos textos eran considerados de san Agustín y debido a esto comenzaron los problemas porque algunos solamente aceptaron el precepto y tomaron el nombre de "orden antiguo", otros aceptaban las dos partes y tomaron el nombre de "orden nuevo"; en Germania fueron aceptadas ambas partes, en Francia, Italia y España solamente el *precepto*.

Dentro de los canónigos se destacó Norberto de Xanten, nacido en 1080 y destinado desde la infancia al estado clerical, siendo canónigo de San Víctor; en 1115 sucedió un cambio, se hizo ordenar sacerdote y comenzó su vida como predicador itinerante dirigiéndose a Germania; como allí fue conminado a presentarse a un sínodo, se retiró a Francia donde recibió permiso de Gelasio II (1118-1119) para predicar; en Nantes, cuya colegiata reformó, reunió algunos discípulos y con el permiso del obispo se dirigió a un campo y hacia 1120 fundó en Premontrè una comunidad de canónigos eremitas; en 1121

esta comunidad comenzó a vivir bajo la regla agustiniana, conocida como *ordo monasterii*, algunos en los monasterios dobles, que fueron abolidos en el capítulo de 1140. Después de 1121 Norberto continuó su predicación itinerante, fundó otros monasterios y en 1126 fue nombrado arzobispo de Magburgo; este hecho cambió su vida y la de la orden, ya que se convirtió en un obispo imperial que no se preocupó más por su fundación, por lo que se ganó varios enemigos, para quienes era un traidor del ideal del "pobre de Cristo". Como obispo encargó la predicación en su diócesis a varias comunidades premonstratenses, quienes junto con los cistercienses extendieron el influjo occidental al oriente de Europa. Murió en 1134, después de llevar una vida que sembró inquietud en su época.

3.2.5 Los mendicantes

Hacia el siglo XIII en la sociedad europea todo cambiaba y la progresiva riqueza creó un ámbito de materialismo al cual los movimientos paupertistas se opusieron; algunos de estos movimientos llegaron a la herejía, otros dieron origen a las órdenes mendicantes que nacieron en este contexto: franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos, casi todas dedicadas a la predicación. Inocencio III se empeñó desde el comienzo de su pontificado en renovar la vida monástica de la Iglesia, ya que las abadías benedictinas se encontraban en crisis económica y religiosa, lo mismo que las órdenes reformadas del siglo XII: cistercienses y canónigos regulares; por eso las órdenes mendicantes pueden ser vistas como un aspecto de la reforma eclesial propuesta por Inocencio III.

Entre las características de los mendicantes: pobreza individual y colectiva, actividad pastoral y no estabilidad monacal, gobierno central, formación metodológica y teológica, y la creación de una tercera orden de laicos que colaboraban en el ministerio. El mérito consistió en hacer propia la idea de una vida simplemente evangélica en Europa, compatible con la sumisión al pontificado, y transformar la práctica pastoral porque los nuevos monjes iban al encuentro del hombre para persuadirlo, por esto los templos de los mendicantes eran espacios donde los ciudadanos se podían reunir y a veces se daban predicaciones públicas; de ahí que los conventos sean típicos de las ciudades medievales. Además, desarrollaron la filosofía y la teología impulsando la piedad cristiana al punto que los franciscanos cambiaron la idea de cruzada en la práctica del vía crucis. De estos años data el conocido dístico: Benedicto prefirió los montes, Bernardo los valles, Francisco las ciudades pequeñas y Domingo las grandes.

Finalmente, "mientras los cluniacenses, los cistercienses y los premonstratenses habían respondido a la sociedad feudal sobretodo en el mundo agrícola, y las órdenes de caballería habían tratado de asumir una tarea semejante en la coyuntura excepcional de las cruzadas, las órdenes mendicantes tuvieron que responder a los retos anteriores y además a otras dos necesidades que empezaban a plantearse: la predicación y el testimonio religioso en el mundo urbano y la predicación y el testimonio religioso frente a las primeras herejías del mundo medieval"[158].

Dominicos

Domingo de Guzmán nació en Caleruega hacia 1170 y murió el 6 de agosto de 1221 en Bolonia; fue canónigo de Osma y siguió a su obispo Diego de Osma en la predicación contra los albigenses hacia 1205. En 1207 Diego regresó a Osma y Domingo siguió adelante con lo cual se llega a la primera fase de la creación de los dominicos al fundar una casa para convertidos en Proville (1207) que después terminó siendo un convento femenino. La segunda etapa se desarrolla desde esta fecha hasta el IV concilio de Letrán (1216): la mayoría de los primeros compañeros de Domingo era de Tolosa, cuyo obispo había confirmado la fundación; el obispo de Tolosa y Domingo asistieron al concilio e Inocencio les concedió la aprobación después de que Domingo optó por la *Regla de san Agustín*. Después vino la tercera fase entre 1216 y 1217 Domingo regresó a Roma y obtuvo de Honorio III dos bulas que confirmaron la orden enfatizando que el monasterio de Tolosa era para predicadores itinerantes, por ello Domingo envió a sus compañeros dejando algunos pocos en Tolosa; en Roma les fueron concedidos los templos San Sixto y Santa Sabina, que desde entonces conforman la sede del maestro general. Los primeros capítulos generales celebrados en Bolonia entre 1220 y 1221 son importantes por las constituciones.

Las ideas que animan el carisma dominico son: la vida evangélica y la predicación apostólica a lo cual todo se debe someter, de aquí el estudio, la pobreza, la oración y la vida común. Por el estudio atrajo a los universitarios de aquel entonces a quienes impulsaba a que se mantuvieran al tanto de las corrientes del momento; de ahí que todo deba ser sometido al estudio y el apostolado. La pobreza era vista como el medio eficaz para remediar la situación de la Iglesia pero sin llegar al radicalismo franciscano.

La intención de santo Domingo era renovar la predicación de la doctrina de la fe partiendo de la teología y por ello sus compañeros venían de las universidades como su sucesor, el beato Jordán de Sajonia (1222-1237) que había estudiado en París y luego Raimundo de Peñafort (1238-1240). También venían vocaciones de los dirigentes de la burguesía. Como la constitución recalcaba pobreza, ayuno, abstinencia, penitencia y elementos tomados de la vida mendicante de los cistercienses, Gregorio IX e Inocencio IV colmaron de privilegios a la orden y se valieron de ella para la organización de la inquisición. De una cofradía de laicos de la milicia de Cristo nació la orden tercera.

Franciscanos

En relación a las fuentes se distingue entre los escritos de Francisco y los escritos franciscanos. Los escritos de Francisco se pueden clasificar, de acuerdo al género literario, en: reglas y admoniciones, cartas y oraciones e himnos. Existen dos reglas: la no bulada de 1221 que si bien no fue aprobada por la santa Sede es importante para entender el desarrollo del movimiento franciscano entre 1210 y 1221; y la bulada de 1223 con lo cual Honorio III aprobó la orden franciscana, esta regla es tenida por los estudiosos como una obra de equipo. El testamento de 1226 es un texto discutido.

Las biografías sobre Francisco son de dos tipos: las oficiales y las no oficiales. Las oficiales nacieron por voluntad del Papa o del gobierno de la orden; entre ellas están: las

dos biografías escritas por Tomás de Celano, una con motivo de la canonización de san Francisco (1228-1229) y la otra por orden del capítulo general de 1244 (1246-1247), la primera presenta a Francisco en su realidad concreta, la segunda hace de Francisco un mito porque es una visión hagiográfica; las dos biografías escritas por san Buenaventura, una es la *Leyenda Mayor* (1260-1262) escrita en París cuando la tensión entre los espirituales y la comunidad amenazaba con destruir la unidad, la otra es la *Leyenda Menor* que es una abreviación de la *Mayor* con el fin de leerla en el oficio divino. Estas dos biografías exasperan el tema hagiográfico, que fue reforzado cuando el capítulo general de 1266 ordenó la destrucción de las vidas anteriores exceptuando las biografías escritas por san Buenaventura. Debido a esta orden se puede hablar de biografías no oficiales en cuanto que algunas de las biografías anteriores siguieron con vida; entre éstas: *Leyenda de los tres socios* que ha dado origen a varias discusiones franciscanas y *Recopilación de Asís*, una serie de episodios, conocida como *Leyenda Antigua*.

Otro tema importante y espinoso es la conversión de Francisco; al respecto hay dos teorías. De acuerdo al testamento, su conversión comenzó con su experiencia en medio de los leprosos. Frente a esta teoría se habla de un proceso realizado entre 1204 y 1208 cuando Francisco entró en la Porciúncula y escuchó el texto de Mateo 10,1-13 que entendió como un programa de vida por lo cual se despojó de su hábito eremítico; en el transcurso de estos años Francisco tuvo varias visiones. Estas teorías dan a entender que Francisco puede ser modelado de acuerdo a los tiempos.

En relación al ideal franciscano y su posible fallo, se presentan dos actitudes. La primera: en el fondo el ideal solamente lo podía vivir como lo entendía Francisco y ningún otro por lo cual es normal que los sucesores hayan hecho modificaciones, de hecho Francisco sólo quería un movimiento religioso para presentar y predicar el evangelio desde la pobreza concreta; la santa Sede quiso canalizar este movimiento y terminó fundando una orden nueva. La segunda: parte con la bula de Gregorio IX (28 de septiembre de 1230), que le quitó al testamento de Francisco la fuerza que el santo exigió a sus religiosos frente a la pobreza permitiendo que los franciscanos pudieran usar los bienes que les regalaban o iban consiguiendo; esta bula se convirtió en el punto de partida de la división al interior del franciscanismo: los espirituales, fieles al ideal de Francisco, se identificaban con el Cristo sufriente y hacían de la pobreza la clave de su lucha incluso contra la orden y los Papas; los conventuales, más orientados hacia el apostolado, el estudio, las parroquias y las universidades y con gran cultura, aceptaron sin mayores oposiciones, la bula gregoriana. La pregunta sigue en pie en torno a quien tiene la razón en relación a la vivencia del ideal franciscano, si los espirituales o los conventuales. Los primeros, por fidelidad a las raíces rechazaron la Iglesia; los segundos, aceptaron la Iglesia pero los orígenes quedaron muy atrás.

Agustinos

La Orden de san Agustín tuvo su origen en la fusión de grupos eremíticos radicados en lo que hoy es el centro de Italia. Los avances sociales hacían que el sistema de vida

llevado por los ermitaños quedara descontextualizado ya que la vida religiosa caminaba hacia una mayor inserción social, un apostolado más intenso y una organización centralizada; este proceso, unido al esfuerzo para contrarrestar las herejías, fue favorecido por la santa Sede. Un paso más en este proceso de fusión fue la intervención de los obispos y la Curia Romana en la vida de los grupos eremíticos de las regiones de Romagna, Toscana, Las Marcas y Umbría al obligarlos a elegir una de las tres reglas monásticas que habían sido aprobadas, teniendo presente los cánones conciliares del IV de Letrán. Entre 1225 y 1244 adoptaron la *Regla de san Agustín* los discípulos del beato Juan Bueno, las comunidades ligadas al yermo de Brettino, los guillermitas y un grupo de 44 yermos toscanos, que se habían unificado en 1244.

El proceso evolutivo hacia la Gran Unión fue decisivo en cada uno de los grupos porque todos experimentaron una discreta expansión, se abrieron al apostolado y al sacerdocio. En 1255 la Curia Romana decidió acelerar esa evolución y en julio de ese año Alejandro IV (1254-1261) ordenó a toscanos y guillermitas que enviaran a Roma un par de delegados de cada casa para tratar "ciertas cosas saludables". Esta invitación fue extendida a los ermitaños del beato Juan Bueno, Brettino y Monte Favale. El capítulo tuvo lugar en marzo de 1256 en el templo romano Santa María del Pueblo; en él los cinco grupos renunciaron a su autonomía y se fusionaron para dar vida a una nueva orden religiosa la *Orden de Ermitaños de san Agustín*, que vestiría de negro, se dedicaría al apostolado y no podía poseer bienes terrestres; el 9 de abril el Papa ratificó los acuerdos del capítulo a través de la bula *Licet Ecclesiae*; el cardenal degli Annibaldi nombró general a Lanfranco de Milán.

La escolástica y la universidad

Al interior de las órdenes mendicantes se ubica el desarrollo de la escolástica y las universidades, teniendo presente que el período de la cultura medieval culminó en el siglo XIII debido a tres factores: el descubrimiento de la enciclopedia aristotélica compuesta por comentarios y tratados de filosofía natural (traducciones, comentarios); rápida organización de las universidades, que junto al Papa y la autoridad secular conforman los tres poderes del mundo medieval; y la contribución de las órdenes mendicantes. Las estructuras que contribuyen al concepto de universidad medieval, sólo se desarrollaron en París, Bolonia, Oxford y Nápoles. En Bolonia los profesores pertenecían a la burguesía; en 1224 la santa Sede pudo imponerse en la vigilancia de la universidad, cuya característica seguía siendo que los estudiantes y no los profesores se asociaban. En París se asociaron profesores y estudiantes; esta universidad nació de la escuela catedralicia de Notre-Dame por la fusión de asociaciones de maestros y estudiantes; hacia 1222 se distinguía en medicina, teología, artes liberales y derecho (canónico). En 1217 se establecieron los dominicos y dos años más tarde los franciscanos; Inocencio IV en 1231 le dio sello propio y con ello existencia legal. Académicamente sólo trabajaba la ética de Aristóteles y el organón. Oxford se desarrolló en Inglaterra como tercer centro universitario de occidente, donde se abrió paso al

aristotelismo; a diferencia de París, las órdenes mendicantes, sobre todo los franciscanos, pudieron imponerse fácilmente en la facultad de teología; allí se estudiaba la metafísica y la filosofía natural. En Nápoles se tradujo y se filosofó y como fruto de esta actividad hubo una multitud de obras literarias, incluyendo las traducciones de los escritos de filósofos árabes como Alfarabi (+950), Avicena (+1037) y Averroes (+1198), y judíos como Maimónides (+1204).

Las universidades citadas tenían en común una estructura fundamental que recordaba a las escuelas catedralicias. En la vida de estas universidades los maestros debían pertenecer al clero, excepto Bolonia. Al principio la enseñanza debía impartirse gratis, por lo menos en artes y teología; la medicina y el derecho se pagaban. Poco a poco se impuso la costumbre de elevar las tarifas de los estudios con lo que los maestros obtenían prebendas (renta anexa a una dignidad eclesiástica) lo mismo que los estudiantes. Falta de dinero y espacio imperaba en las grandes universidades, lo mismo que escasez de alojamiento y lugares para enseñar. Mientras decaían las escuelas monásticas y capitulares, las universidades vinieron a ser durante el siglo XIII lugares privilegiados de la ciencia filosófica y teológica, medicina y derecho. La teología del siglo XIII se dividió por la tendencia conservadora de la escuela de Pedro Lombardo donde se compusieron sumas teológicas y trabajos menores de carácter litúrgico, homilético y pastoral; este siglo se puede calificar como una época de cultura filosófica y teológica, la edad de oro de la metafísica en la cual la teología comenzó a ser especulativa.

Cada orden mendicante iba creando una escuela o línea de pensamiento con sus respectivos maestros. Entre los franciscanos se distinguen tres fases: la primera, los discípulos de Alejandro de Hales, la segunda, san Buenaventura, y la tercera, Duns Scoto. La escuela dominica antigua comenzó con Ronaldo de Cremona; en esta escuela la tendencia aristotélica fue fundada por Alberto Magno quien recibió el título de *Doctor Universalis* porque dominó la filosofía, las ciencias naturales y la teología, y escribió comentarios a los libros de Aristóteles; su *Summa de creaturis* contenía la ética sistemática, los sacramentos y la escatología y muchas de sus obras menores trataban cuestiones dogmáticas de mariología y doctrina cristiana.

Tomás de Aquino es el representante cumbre de la escolástica y de la escuela dominica, fue discípulo de Alberto Magno, su obra literaria puede dividirse en: comentarios filosóficos de las obras más importantes de Aristóteles; comentarios bíblicos; comentarios teológicos a las obras de Boecio (*De Trinitate*, *De hebdomadibus*), Pseudo-Dionisio (*De Divinis nominibus*) y Pedro Lombardo (*Liber Sententiarum*); obras de síntesis teológica: las dos sumas; disputas académicas; obras menores: filosóficas, teológicas, apologéticas en defensa de las órdenes mendicantes, litúrgicas y homiléticas. Poseía un conocimiento universal de la tradición patrística, pero su exégesis se reciente por su ignorancia del griego y el hebreo. Tomás fue un maestro de vida espiritual.

La contribución de Inglaterra a la historia de la escolástica se mantuvo en la línea continental. El más grande de los teólogos ingleses es Duns Scoto (1266-1308), quien estudió y enseñó en Oxford y París; como franciscano permaneció ligado a la tradición

agustiniana pero su aristotelismo ecléctico fue mucho más allá de Buenaventura; se esforzó por mantener la unidad de fe y saber y logró una síntesis de metafísica y teología con lo que la vida científica se enriqueció.

3.3 Las Cruzadas[159]

Sobre las cruzadas existen dos vías de investigación histórica: como una acción eclesiástica por lo que es importante estudiar las motivaciones políticas y las expectativas espirituales; la otra vía las ve como un movimiento independiente del pensamiento papal. Existen dos datos que crean problemas para hacer un juicio sobre ellas: ningún Papa fue comandante de una cruzada y la mayoría de los participantes iban por voluntad propia. Esto da a entender que las cruzadas no pueden ser definidas como una organización política y militar para hacer una guerra promovida a través de indulgencias; por ello, conviene conocer las ideas teológicas que lo animaron. No está de más advertir que el término cruzada fue acuñado en la modernidad y nunca se usó en el medioevo; en aquel entonces se utilizan los términos: peregrinación, paso, viaje o expedición a ultramar[160]. Además, estas expediciones fueron vistas como la manera que tuvo la Iglesia occidental y el cristianismo en general para relacionarse con el islamismo, tercer imperialismo con el cual la Iglesia Latina se encontró en la Edad Media (siglos X-XIII) dando una respuesta a la guerra santa islámica que unía religión, política y guerra. Incluso se podría pensar que frente a las invasiones, incursiones y opresiones islámicas, en algún momento concreto la cristiandad tuvo que dar una respuesta bélica; pero esa no es toda la verdad porque la cristiandad organizó las cruzadas cuando tenía capacidad para defender y devolver el golpe que durante cinco siglos (VII-XI) había recibo.

3.3.1 Ideología de las cruzadas

El nuevo concepto de guerra y milicia de Cristo. La Iglesia había distinguido entre *militia Christi* y *militia secularis*, la primera era la lucha espiritual contra el mal; la segunda, el servicio militar que implicaba los servicios al emperador. Esta desconfianza hacia el servicio militar continuó hasta el medioevo, cuando surgió la idea de la guerra justa, es decir, por defensa; hacia el año mil la base teórica cambió cuando se comenzaron a presentar las excepciones que hablaban de una guerra justa, incluso cuando se atacaba como el caso de la reconquista española y las luchas contra los sarracenos. Con Gregorio VII esta diferencia comenzó a desaparecer, ya que el uso de las armas para luchar por la fe cristiana fue vista como parte de la milicia de Cristo.

Los intereses de la caballería europea, principalmente francesa. En Francia existía una multitud de pequeños nobles que deseaban tener su ejército privado; dentro de esta aristocracia estaban los caballeros, quienes, al haber alcanzado este nivel social, querían dejarlo a su descendencia; como sus propiedades eran pequeñas y no se debían dividir surgieron las fraternidades para garantizar la unidad de la propiedad que sería para los hijos; al estar garantizada la unidad se buscaba ampliar la propiedad, lo cual se hacía a

través de las pequeñas guerras particulares que condujeron a una difícil situación económica. Frente a esta situación económica los jóvenes de estas familias tenían como alternativas: el monasterio, la ampliación de la propiedad, o ganarse la vida como caballero; por esto se entiende que algunos caballeros franceses siguieron a Guillermo el Conquistador en 1066 o participaran en la cruzada de los españoles contra los sarracenos en 1064. Esto da a entender que la idea de cruzada no está ligada a la conquista de la tierra santa, sino a los territorios que estaban en poder de quienes no eran cristianos.

La peregrinación para expiar las culpas. La peregrinación a lugares santos es típica del medioevo cuando se visitaban las tumbas de Pedro y Pablo, Martín, Santiago y los Reyes Magos; según esto, las cruzadas serían el deseo de visitar la tierra santa. Si se tiene en cuenta la primera idea, milicia de Cristo, y la peregrinación, se encuentran dos conceptos importantes para entender las cruzadas como una peregrinación armada, es decir, una empresa de penitencia y defensa de la fe para combatir a los no cristianos.

El deseo de unión con la Iglesia bizantina a través de una campaña militar contra el islamismo. Gregorio VII, en 1074 le escribió una carta a Enrique IV explicándole la idea de una ayuda militar a oriente, al frente de la cual se pondría él, dejando la protección de la Iglesia en manos de Enrique. Este deseo de unión con oriente también se encuentra en Urbano II y otros Papas; pero todo terminó cuando los occidentales conquistaron a Constantinopla en 1204.

Las cruzadas como un movimiento escatológico realizado por los pobres y los campesinos. Hacia el siglo XI se vivía una tensión apocalíptica y por ello se esperaba el fin de los tiempos, que vendría después del Anticristo; junto con el fin de los tiempos estaría el triunfo definitivo de Cristo y el establecimiento del Reino de Dios, un reino que tendría su punto de partida en Jerusalén, reconquistada por los cristianos y de la cual serían herederos los pobres y los campesinos, es decir los pobres de aquel entonces.

3.3.2 El nacimiento del movimiento de las cruzadas

El nacimiento de las cruzadas tuvo su origen en la petición de ayuda que el emperador Alejo I le hizo a Urbano II porque desde 1089 ya existían contactos entre Roma y Bizancio, y, debido a la debilidad militar de Bizancio, existían mercenarios occidentales en el ejército bizantino. El culmen de las peticiones hechas por Alejo llegó con una embajada que se presentó en el sínodo de Piacenza en marzo de 1095; el emperador solicitaba la presencia de algunos soldados, pero el Papa y sus consejeros entendieron otra cosa y no se llegó a ningún acuerdo. De Piacenza Urbano se desplazó a Francia, a Le Puy, donde era obispo Adhemar de Monteil, y desde allí convocó el sínodo de Clermont para noviembre de 1095.

El sínodo de Clermont, del 14 al 28 de noviembre de 1095, convocado para la reforma de la Iglesia pasó a la historia cuando el 27 de noviembre el Papa pronunció un discurso con el cual convocó la cruzada. Si bien no existe el texto original, los cronistas hablan de este discurso y al confrontar las fuentes se encuentran ocho ideas básicas: necesidad de ayudar a los cristianos en oriente, descripción de los sufrimientos de los cristianos en

oriente, la santidad espiritual de Jerusalén, la cruzada como una obra de Dios, las indulgencias, la lucha contra los bárbaros y los infieles, la promesa de una recompensa terrena y eterna, y combatir bajo la guía de Dios. En este orden de ideas, el discurso de Urbano II se convirtió en un eco inesperado de las ideas que se venían gestando desde antes. Una carta dirigida por el Papa a los cristianos de Fiandra en febrero de 1096[161] que habla de la ayuda a los cristianos en oriente es la clave de interpretación para entender las cruzadas, con base en dos ideas fundamentales el modelo de la reconquista española y las indulgencias.

En relación a la indulgencia, el viaje a tierra santa para liberar la Iglesia no era para conseguir honor y dinero sino para hacer penitencia, obteniendo de este modo la indulgencia temporal; esta indulgencia se refiere al aspecto de la confesión que se debe hacer en el contexto del sacramento de la penitencia, pero no al aspecto sobrenatural, es decir, a la remisión espiritual del reato de culpa posterior a la muerte. Con la predicación popular de las cruzadas esta distinción teológica desapareció y se llegó a dos ideas diferentes: una en el pueblo y otra en la jerarquía, ya que mientras para el pueblo era muy atractivo descontar penas con una aventura que se desarrollaría en oriente, en Jerusalén, para el Papa lo importante era hacer de la cruzada un retiro penitencial. La más reciente doctrina sobre las indulgencias, data de Pablo VI[162] quien afirma que la indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal de los pecados perdonados a través del cumplimiento de unas condiciones que son presentadas por la autoridad apostólica.

El entusiasmo despertado en los países latinos cambió todo hasta el punto que el Papa perdió el control de la situación, a ello se le suma que se comenzaron a dar privilegios a quienes participaban en las cruzadas. Los cruzados debían cumplir algunas obligaciones: llevar una cruz roja sobre su vestido, hacer el voto de juramento de ir a Jerusalén, cumplir con los requisitos estipulados; entre los privilegios dados a los cruzados se citan: la indulgencia, la protección de los bienes y la postergación del pago de las deudas.

3.3.3 Las peregrinaciones armadas[163]

La historia habla de varias cruzadas oficiales hasta 1270 sin contar las no oficiales, como la de los niños que se realizó en 1212 con un fracaso rotundo porque los pequeños fueron embarcados y llevados al norte de África, donde fueron vendidos como esclavos, y otras cruzadas como el caso de las que se realizaron en España y los Países Bálticos y la que se realizó contra los albigenses. En las cruzadas se encuentra que casi todas son reacciones occidentales frente a los peligros que amenazaban a los francos en oriente, exceptuando la primera.

En cuanto a la primera, es importante conocer que para los musulmanes el mundo está compuesto por dos casas: la del islam y la de la guerra; en la primera viven los convertidos, en la segunda quienes deben ser conquistados y convertidos. La casa del islam era formada por España, Sicilia, África del Norte, Siria, Irán, Irak y Asia Central, pero se encontraba dividida por el cisma debido a la presencia de dos grupos fuertes: los

sunnitas que tenían el centro en Bagdad y los shiitas descendientes de los fatimistas que tenían su centro en El Cairo. A través de una serie de acuerdos, bizantinos y musulmanes convivieron en una cierta paz, pero cuando los turcos seljúcidas se presentaron y conquistaron Bagdad y parte de Asia Menor, las cosas cambiaron porque a partir de la creación del sultanato de Al-rom, que tenía a Iconio como capital, los pueblos cristianos de Palestina y Asia Menor comenzaron a caer en su poder; por esta razón los bizantinos veían a los turcos musulmanes como un pueblo apocalíptico, sobre todo a partir de la batalla de Manzikert (1071) y el fin del dominio bizantino en Siria (1084). El florecimiento del islam ya era una cuestión del pasado, si bien aún permanecían sus centros intelectuales en Alejandría, Bagdad y Córdoba; desde estos centros era reanimada la idea de la estrecha ortodoxia musulmana. Los cristianos que vivían en territorio musulmán eran vistos como personas de segunda categoría, se les daba protección porque tenían un libro sagrado como los judíos, pero tenían que pagar un impuesto, eran sometidos a vestirse de una forma particular y a los caprichos de los gobernadores locales.

Antes de comenzar la cruzada ya se habían reunido algunas personas bajo el influjo de Pedro el Ermitaño de Amiens, un predicador popular que logró reunir un considerable número de personas de la baja sociedad y formó un ejército que saqueó algunas ciudades e incluso persiguió a algunas personas; esta situación condujo de una parte al fracaso, de otra parte a un cierto odio y prevención contra este tipo de acciones.

La cruzada oficial comenzó después de los preparativos realizados por los señores feudales y los acuerdos entre el emperador oriental Alejo I y algunos príncipes occidentales sobre la fidelidad y la restitución de los territorios conquistados; al poco tiempo se presentaron las discordias entre los tres jefes occidentales: los hermanos Godofredo y Balduino de Boulogne de Baja Lorena y Bohemundo de Tarento. Balduino en 1098 se posesionó del emirato de Edesa y lo convirtió en un condado personal; Bohemundo, después de la conquista de Antioquía en 1098, también se posesionó de esta zona; ambos violaron el acuerdo fijado con el emperador oriental antes de la cruzada.

Los cruzados que seguían fieles a su ideal, guiados por Godofredo llegaron a Jerusalén y la conquistaron el 15 de julio de 1099; pero el 29 de julio murió Urbano II sin conocer la noticia. Godofredo tomó el título de “Abogado del santo Sepulcro” y su sucesor, Balduino I (1100-1118), asumió el título de rey de Jerusalén. Esta reconquista, violenta y sangrienta, y la violación de los acuerdos pactados condujo a que se presentara el recelo y que algunos franceses no quisieran regresar con lo cual se originó la colonización europea de Siria y Palestina, y la fundación de cuatro estados: el reino de Jerusalén, el condado de Trípoli, el principado de Antioquía y el condado de Edesa. En estos reinos se impuso una monarquía hereditaria que no tuvo ningún adversario hasta que apareció una clase aristocrática con lo cual el modelo de la sociedad francesa se desarrolló en oriente.

La segunda cruzada, realizada entre 1147 y 1149, fue provocada por la política del Emir de Mossul Imad-a- Din Zenghi (Imadeddin Zenghi), hijo de un oficial turco quien tomó en 1144 el condado de Edesa, después de motivar al pueblo musulmán a través de

la guerra santa; en 1146 Zenghi fue asesinado y su hijo Nur-ed-Din (Norandino) asumió el mando y tomó otras ciudades. Frente a esta agresión se organizó la cruzada, que fue predicada por Bernardo de Claraval y liderada por los reyes Luis VII de Francia y Conrado III de Germania; los acuerdos de Luis VII con Rogerio de Sicilia y de Conrado III con Miguel Comneno, destruyeron la unidad del ejército cruzado. Además, Luis VII tomó la cruzada con un sentido de penitencia ya que él había hecho quemar un templo con varias personas dentro y fue a Jerusalén como peregrino. El fracaso de esta cruzada acabó con el mito de Francia invencible y le dio fuerzas a Norandino, quien en 1155 tomó a Damasco con lo que la región de Siria fue islamizada. Norandino hizo de la guerra santa una teoría concreta que condujo a una política precisa: a través de la guerra santa se llega a la sacralidad de la tierra santa para el islam y a la necesidad de unir políticamente el área musulmana para derrotar definitivamente a los francos; desde este punto de vista la guerra santa se convierte en un movimiento espiritual de retorno a la más pura ortodoxia musulmana para defenderse contra francos y latinos; así se llegó al fundamentalismo.

Para esta cruzada Eugenio III (1145-1153) quiso imitar a Urbano II, el llamado fue escrito el 1 de diciembre de 1145 en una bula dirigida a Luis VII de Francia; el rey quería ir pero no obtuvo el consenso de los nobles franceses, por ello el Papa repitió la bula el 1 de marzo de 1146 invitando a los que quisieran tomar parte concediendo la indulgencia. La cruzada fracasó y las consecuencias fueron incalculables porque el prestigio de Bernardo fue herido, pero él salió al paso diciendo que los responsables del fracaso eran los cristianos debido a sus pecados.

En el contexto de la predicación de la segunda cruzada en Germania se ubica la predicación de la cruzada del norte, contra los eslavos no cristianos; por sugerencia de algunos nobles, Bernardo le solicitó al Papa la extensión de la indulgencia a esta posible cruzada, y la obtuvo; la forma como se entendió esta cruzada es uno de los puntos negros de la historia de la evangelización en los pueblos eslavos, ya que según la dieta de Francfort, los eslavos sólo tenían como alternativa hacerse cristianos o enfrentarse a la muerte; políticamente fue un error porque impedía la posibilidad de una evangelización pacífica.

La obra de Norandino (+1174) fue continuada por Saladino (Salah ad-Din), que fue más temible para los árabes que para los occidentales porque acabó con el califato de El Cairo y unió el mundo árabe dentro de la ortodoxia. En nueve años conquistó los territorios de Siria. Frente a esto los francos en 1183 tomaron la iniciativa de atacar a Saladino, quien estaba empeñado en la conquista de Egipto; Saladino atacó a los francos por tierra y mar, los rodeó y venció; en 1184 el patriarca latino de Jerusalén y los maestros de Templarios y Hospitalarios viajaron a occidente buscando ayuda, pero no la consiguieron; los francos se vieron solos y en 1185 pidieron una tregua; Saladino la concedió por cuatro años, pero en 1187 el señor feudal de Transjordania, Reinaldo de Châtillon, rompió la tregua al atacar una caravana procedente de La Meca. Para recuperar el botín, Saladino atacó a los francos en la batalla de Hattin, julio 4 de 1187, donde el ejército francés fue derrotado, cayendo prisioneros el rey de Jerusalén y los

maestros de Templarios y Hospitalarios; Reinaldo fue ajusticiado por Saladino y en octubre 21 de 1187 Jerusalén cayó en sus manos; frente a los cristianos latinos vencidos tomó una actitud benévola ya que no los asesinó sino que los dejó salir pagando un impuesto y permitió que los cristianos ortodoxos permanecieran. A partir de 1187 las mezquitas fueron abiertas y Saladino se convirtió hasta la ilustración en un príncipe modelo de generosidad. Para la historia de la piedad, es notable la pérdida de la santa cruz.

La pérdida de Jerusalén llevó a la tercera cruzada (1189-1192). Federico Barbarroja, consecuente con su idea del primado universal del emperador se puso al frente de la empresa, reunió algunos cristianos, marchó a oriente y conquistó a Iconio, pero en 1190 murió en oriente. Su hijo Federico quiso tomar Acri pero murió en 1191; Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y Felipe II Augusto, rey de Francia, conquistaron a Acri. Ricardo llegó a un acuerdo con Saladino y obtuvo los territorios de Tiro y Jaffa y la promesa de no obstaculizar a los peregrinos que iban a Jerusalén. El nuevo reino latino de oriente, que conservaba el nombre de Reino de Jerusalén, tenía como capital a Acri y duró hasta 1291 cuando fue destruida la presencia latina en tierra santa.

Con Inocencio III (1198-1216) se realizó la cuarta cruzada, cuyo objetivo principal era la reconquista de Jerusalén. El 15 de agosto de 1198 Inocencio promulgó una encíclica donde convocaba a los cristianos a participar en la cruzada y extendió a todos la posibilidad de ganar la indulgencia; esta actitud de Inocencio condujo a un cambio en la intelección de las cruzadas: el aspecto económico sería a partir de entonces lo más importante y junto al dinero estaba la presencia de acuerdos políticos. Después de las respectivas organizaciones, se tomó la decisión de iniciar la cruzada viajando por mar; como Génova y Pisa estaban en guerra, los cruzados se dirigieron a Venecia y en abril de 1201 se firmó un contrato por 80.000 escudos de plata entre los cruzados y Enrique de Venecia; como los cruzados sólo tenía la mitad, Enrique de Venecia propuso pagar la otra mitad siempre y cuando los cruzados le ayudaran a reconquistar a Zara, en Croacia.

Al tiempo que esto sucedía, el príncipe bizantino Alejo Ángelo ofreció dinero en cambio de ayuda, si los cruzados conquistaban Constantinopla y recuperaban el cetro imperial para su padre Isaac II. Las luchas y los problemas políticos hacían que el imperio bizantino se presentara militarmente débil. Los cruzados accedieron y se desviaron a Constantinopla, ciudad que conquistaron en 1204, Isaac II asumió el trono y su hijo Alejo Ángelo fue nombrado emperador; después de un saqueo en el cual desapareció la posibilidad de unión de la Iglesia, se creó el imperio latino de oriente con Balduino de Fiandra como emperador; mientras tanto Venecia se adueñó de los centros importantes, los dirigentes bizantinos huyeron a Nicea y se creó la política eclesiástica véneta.

Una de las grandes preguntas de la historia hace referencia a la actitud de Inocencio III frente a esta cruzada que destruyó la posibilidad de unión entre Roma y Constantinopla, creó una barrera de odio que aún no se ha superado porque las obras de arte fueron expropiadas y se gestó un proceso de latinización forzada, que era dirigido por Venecia. Esta concepción de la cruzada era una idea nueva si bien mantenía la voluntariedad para

participar en ella; la cruzada y la cristiandad le permitían al Papa la adaptación y concentración de las fuerzas en sus manos porque la cruzada era una defensa de la cristiandad; en este orden de ideas la cruzada era un ejército de cristianos voluntarios, que esperaban alguna ganancia espiritual dispuestos a actuar donde fuera necesario; esto hizo que la cruzada se convirtiera en un instrumento político ya que el Papa sustituyó a príncipes y emperadores. Esta nueva idea de cruzada era un poco atrasada en relación a la evolución del pensamiento cristiano que estaba proponiendo una cruzada más como una misión que como una guerra; la idea de misión, salvo cuando hace referencia a España, no aparece en el pensamiento de Inocencio[164].

Con Honorio III (1216-1227) se dio la quinta cruzada. Los cruzados eran dirigidos por el cardenal Pelagio; las fuerzas cruzadas comenzaron por asediar Egipto con el deseo de golpear la potencia más temida; el 24 de agosto de 1218 fue tomada Damietta, el sultán Malik al-Kabil quiso entregar Jerusalén a los cruzados pero el cardenal jefe se opuso; en 1220 las cosas empeoraron; Federico II envió una tropa que llegó tarde; la cruzada fracasó y de este fracaso fue responsabilizado el emperador Federico II. En abril de 1222 tuvo lugar un coloquio entre Federico II y Honorio III sin ningún acuerdo ya que el Papa continuaba sospechando que Federico quería apropiarse de Ancona y Spoleto, territorios pontificios.

Con Gregorio IX (1227-1241) se presentó otra cruzada. El Papa exhortó a Federico II a la cruzada que ya había sido preparada, por lo cual los cruzados se encontraban en Brindisi; la cruzada partió y en ella iba el emperador y Ludovico de Turingia, pero se presentó una epidemia por lo cual cuando llegaron a Otranto desembarcaron; Ludovico murió en Otranto y Federico renunció a la cruzada hasta que se aliviara y regresó a Puozzoli; Federico le comunicó su situación al Papa, quien no le creyó y el 29 de septiembre de 1227 lo excomulgó; Federico no hizo mayor caso y el 28 de junio de 1228 partió nuevamente con 40 galeras, llegó a Chipre y el 7 de septiembre llegó a San Juan de Acri con un pequeño ejército. Los cristianos de tierra santa no le colaboraron porque no podían tratar con un excomulgado, por esto Federico entregó el mando a Hermman von Sailzal, comenzó a negociar con el sultán de Egipto y en 1229 hizo un acuerdo por diez años por el cual le concedieron a los cristianos: Jerusalén, Nazareth, una franja costera y el ingreso libre a Belén; en Jerusalén, Federico les permitió a los musulmanes continuar con algunos sitios cercanos al templo. Estos negocios fueron criticados por el patriarca de Jerusalén y el Papa. La cruzada fue vista como inválida porque fue realizada por un excomulgado; se debe tener presente que a través de acuerdos políticos Jerusalén fue entregada a los cristianos, excepto la plaza del templo, hasta 1244 cuando fue tomada nuevamente por los musulmanes.

Finalmente, una breve mirada sobre la reconquista española, introducida por los Papas en el contexto de las cruzadas hasta llegar a Inocencio III, quien sólo aceptaba como cruzada la conquista de Jerusalén. En España son importantes las órdenes militares, entre las cuales brilla la Orden de Calatrava. En 1147 Lisboa fue liberada por los cruzados nórdicos que iban a participar en la segunda cruzada, pero se detuvieron allí. En 1212 se realizó la batalla de las Navas de Tolosa donde fueron derrotados los almorávides. En

1213 se presentó el ascenso del reino de Castilla que se unió con el reino de León; así quedaron tres estados cristianos fuertes empeñados en la reconquista: Portugal, Castilla - León y Aragón; Navarra permaneció al margen. En 1248 Sevilla fue conquistada y lentamente también fueron conquistadas otras ciudades, hasta que en 1492 fue conquistada Granada. Toledo se convirtió, en el contexto de esta reconquista, en un centro de intercambio cultural donde convergían tres culturas: española, árabe y hebrea.

3.4 La Inquisición

Para comprender la inquisición[165], es vital entender las herejías que se presentaron como movimientos laicales e intelectuales, un despertar del laicado, con poca reflexión sistemática, que tuvo como punto de partida la invitación hecha por Gregorio VII para que los laicos se rebelaran contra los enemigos de la reforma. Cada herejía se convertía en un reto para la Iglesia toda vez que representaba una laguna teológica o pastoral; además, dado el enfrentamiento entre los imperialismos, en la sociedad y la Iglesia se presentaron inquietudes, protestas y rebeliones que terminaron siendo heréticas y cismáticas. Estas inquietudes no existieron en el primer milenio, pero sí en los primeros siglos del segundo milenio. Tal fue el caso del libre examen de valdenses y apocalípticos (Joaquín de Fiore) y el anticlericalismo y laicismo de cátaros, paulicianos, bogomilos, patarinos y arnaldistas (de Arnoldo de Brescia, ejecutado en Roma en 1155 por orden de Federico I).

Los movimientos heréticos del medioevo se pueden agrupar en dos categorías: movimientos doctrinales y evangelismo ascético; el evangelismo ascético, como los valdenses, se caracterizaban por el deseo de vivir el pauperismo e imitar radicalmente a Cristo con lo cual se oponían a la riqueza de la Iglesia y la donación constantiniana; los movimientos doctrinales, como los cátaros, presentan un principio teológico y filosófico. Es una distinción que no olvida la complementariedad existente entre los diversos movimientos heréticos.

3.4.1 Herejías

Las primeras noticias son del 1000 en el nordeste de Francia y los confines del imperio; entre 1018 y 1028 se mencionan algunos fenómenos aislados y distantes provenientes de las clases rurales sin un contenido doctrinal fuerte. Glabro en *Crónica del año mil* habla de Leutardo quien dejó su mujer, destruyó la cruz y rechazó la Biblia. En 1022 se tuvo un proceso en Orleáns contra los que sostenían la diferencia entre el mundo visible y el espiritual, criticaban el matrimonio, sostenían el docetismo, etc. Estos movimientos señalaban la necesidad de coherencia moral y mayor libertad del pueblo frente al poder del clero, es decir, son movimientos autóctonos del pueblo que busca regresar a los orígenes. Estos movimientos aparecieron en territorios económicamente fuertes donde era más fácil propagar la herejía y por ello, con el paso del tiempo, los laicos comenzaron a reaccionar contra ellos.

La primera ola herética terminó hacia la mitad del siglo XI, en tiempos de Gregorio VII (1073-1085) quien luchó contra la pataria; después de la reforma gregoriana nacieron otros movimientos heréticos en lugares más conocidos y transitados como el norte de Italia, Fiandra y Francia. Casi todos los herejes eran pobres itinerantes que criticaban y actuaban contra la Iglesia. Uno de los primeros predicadores fue Pedro de Buis, quien comenzó a predicar al sur de Francia contra los edificios de la Iglesia, las cruces, la oración por los difuntos, la eucaristía, sosteniendo que la única autoridad eran los evangelios; con su predicación paupertista motivó a la gente a destruir varios edificios eclesiales; en Saint-Gilles fue apresado y quemado hacia 1132, pero su herejía continuó y sus seguidores fueron llamados pietrobrusianos; hacia 1135 apareció el exmonje Enrique quien predicó contra la Iglesia como institución porque sólo admitía el evangelio, hasta cuando se perdieron sus huellas hacia 1145.

Los cátaros

En 1143 aparecen en Colonia los *pauperes Christi* con lo que se habla de un nuevo tipo de herejes que tienen una doctrina parecida a los bogomilos, una división de fieles entre creyentes y perfectos que se dejaban quemar sin mayores problemas. Antes de 1147 llegaron al suroeste de Francia donde llevaban una vida apostólica, oraban siete veces al día y rechazaban la propiedad; fue en esta región donde san Bernardo los conoció entre 1144 y 1147. En 1163 aparece por primera vez el nombre de cátaros, aunque también utilizaban el nombre de verdaderos cristianos, de "buenos hombres". En 1162 llegaron a Inglaterra, allí Enrique II los arrestó e hizo condenar. Los centros principales de esta herejía fueron el norte de Italia, donde fueron llamados patarinos, y el sur de Francia. En 1165 se realizó una disputa en Lombers entre cristianos y cátaros, pero los cátaros evitaron las discusiones dogmáticas para centrarse en la crítica a los obispos y la vida poco evangélica del clero.

Hacia 1167 Papas Nicetas, obispo bogomilo de Constantinopla y representante de la Iglesia dragovítica se hizo presente en un sínodo cátaro realizado en Saint-Félix de Caraman; allí consagró nuevos cátaros de acuerdo al rito dragovítico; a partir de entonces los cátaros franceses se hicieron radicales. En este sínodo se crearon otras diócesis cátaras, tanto en Italia como en Francia, pero el centro seguía siendo Albi; así nacieron varias Iglesias cátaras que se colaboraban mutuamente sin organización centralizada; posteriormente buscaron llegar a otras zonas europeas pero no obtuvieron éxito y aunque lograron hacerse presentes nunca crearon un fenómeno de masas.

Menos difundido estaba el catarismo en otras partes de Europa. Intentaron penetrar en Champagne, Borgoña y Flandes, incluso estaban presentes en algunas ciudades alemanas, como Colonia, Maguncia, Bonn, Coblenza, Pasavia y Viena, entre otras. También hay rastros de grupos cátaros en Inglaterra y el norte de Aquitania.

De las fuentes[166] y otros testimonios resulta la doctrina cátara que subraya y acentúa la importancia del dolor, el sufrimiento, la muerte, la pureza y la santidad. En esta acentuación del momento del mal, del negativo en la vida de los hombres, emerge

Satanás, el Diablo, el Tentador que en las diversas articulaciones de las herejías se presenta con un doble rostro.

Los cátaros radicales enseñaban la doctrina de la metempsicosis, la transmigración de las almas, en el sentido que mi alma es un ángel caído el cual ya se ha transmigrado a través de muchos cuerpos. Tras la venida de Cristo a la tierra se había revelado la vía de la redención, que no es un don gratuito sino que se consigue a través de pena y sacrificio, es decir mediante la obediencia a los preceptos de la moral cátara. Además de esta observancia se tenía que recibir un sacramento especial, la Consolación, único sacramento cátaro consistente en el rito de la imposición de la mano derecha por parte de un perfecto considerado portador del Espíritu. Este sacramento permitía dejar el cuerpo terreno y unirse al Dios bueno sin más transmigraciones e implicaba una serie de responsabilidades, ya que quien transgrediera los preceptos de la moral y la pureza perdía los efectos redentores del sacramento debiendo renovarlo.

Los que habían recibido la Consolación y vivían según las estrictas reglas de la Iglesia cátara eran los "perfectos". La segunda clase era mucho más numerosa y la formaban los "creyentes". La mayor parte de los cátaros era, en general, sólo "creyentes", que retrasaban la Consolación hasta el momento de la muerte para no soportar las difíciles reglas de vida que se le imponía. En casos excepcionales, la Consolación era acompañada de una especie de "suicidio ritual", que en Francia meridional se llamó "endura" (= penitencia) y consistía en dejar morir de hambre con su consentimiento a quien la hubiese recibido. En el fondo los cátaros no son una secta cristiana, sino una religión no cristiana, aunque se pueden considerar un movimiento de protesta contra algunas deficiencias de la Iglesia.

La ofensiva eclesial comenzó en los años 20 del siglo XIII con Inocencio III, quien proclamó la cruzada contra los albigenses y el trabajo de los predicadores con el fin de convertir a los cátaros entre los que se destacó Santo Domingo de Guzmán, y más tarde los franciscanos. La cruzada duraría hasta 1229 y no consiguió eliminar completamente a los cátaros en el sur de Francia, naciendo así la Inquisición. A partir de aquí el catarismo se convierte en un movimiento clandestino. Las formas organizativas de los obispos cátaros franceses desaparecerán hacia 1275.

Los valdenses

Deben su nombre a un tal Valdés; las fuentes más antiguas citan el nombre de Valdesius. Se trata de un toponímico, pero no se sabe el lugar. El nombre de Pedro se le atribuyó a partir del siglo XIV por motivos apologéticos de los valdenses en oposición a san Pedro. Las fuentes sobre la conversión de Valdés son muy pocas y de procedencia católica[167]. La obra *Tractatus*, en un texto sobre los dones del Espíritu Santo, introduce muchas anécdotas y la conversión de Valdés describiéndolo como un rico mercader de Lyon que descubrió el evangelio y para conocerlo mejor habría encargado a un sacerdote gramático la traducción del latín a la lengua vulgar de una selección del texto sagrado. Era una empresa costosa y Valdés la emprendió antes de deshacerse de sus bienes. Esta

iniciativa se introduce en el proceso según el cual las lenguas europeas se desligan de la matriz latina, es decir, el inicio de las lenguas romances. Valdés y sus amigos comenzaron a leer el evangelio y encontraron al Jesús del evangelio en el contexto de una ciudad medieval, Lyon caracterizada por un régimen episcopal.

Las fuentes son unánimes en afirmar que Valdés experimentó una conversión (1176), entregó sus bienes y comenzó a predicar por las calles. Los puntos fundamentales de su conversión fueron: la pobreza voluntaria y la predicación. Valdés habría oído por casualidad un domingo por la calle a un músico giróvago que cantaba la leyenda de san Alejo y poco después habría decidido imitarlo. Dejó a su mujer, a la que le entregó sus bienes y muebles, mientras que parte de su dinero la utilizó para instalar a sus dos hijas que confió a un monasterio. Así comenzó su nueva vida. Valdés no se limitaba a abrazar la pobreza ya que añadió la predicación itinerante penitencial.

En 1179 se tuvo en Roma el III concilio de Letrán, es comprensible que Valdés y los suyos presentaran en el concilio su proyecto de vida y acción para ser aprobado; de suyo está documentada la presencia de dos pobres de Lyon en las sesiones del concilio y no se puede excluir que uno de ellos fuese Valdés. Los valdenses cayeron en los razonamientos escolásticos, ellos no eran teólogos y no se dieron cuenta de la insidia contenida en las preguntas que les hicieron. Este asunto demuestra el desprecio y la superficialidad con la que fue acogida la petición de los valdenses por la comisión conciliar. Los valdenses no han olvidado nunca aquel momento en que vieron romperse su confianza en el concilio e incluso en el clero y la Iglesia. Sólo se podría encontrar una excusa para el comportamiento del concilio, todos los prelados de aquel momento estaban muy preocupados por las discusiones con el movimiento cátaro, que les parecía un peligro grave. Afortunadamente para los valdenses, el catarismo en Francia meridional se reforzaba en concomitancia con la aparición del valdismo. Los seguidores de Valdés no eran cátaros, querían diferenciarse de ellos y fueron ayudados por ellos en la posición frente a una sociedad deficiente y hostil.

Tras el concilio parece que el arzobispo de Lyon había recobrado el control del movimiento valdense. En 1181 Valdés fue convocado a una asamblea de representantes del clero y la nobleza de Lyon, presidida por un cisterciense junto al arzobispo de Chartres que era el delegado pontificio, Enrique de Marsi, y el Abad de Altaconva. Esta comisión hizo jurar a Valdés una profesión de fe y suscribiendo esta profesión, Valdés demostró su fidelidad a la enseñanza católica porque era católico. El valdismo no se contrapone a la Iglesia, Valdés y sus pobres de Lyon quisieron ser católicos e imitar la vida de los apóstoles. Con esto se cerró la primera etapa.

Entre 1182 y 1215, se dio la segunda etapa con la excomunión. A la muerte de Guischard, arzobispo de Lyon, asumió esta sede el inglés John Bellemane quien pensó que el grupo se le estaba yendo de las manos con lo cual reaparecía el conflicto entre pobres y jerarquía; por esta razón los valdenses fueron excomulgados y expulsados de Lyon. Además, en 1184 con la bula *Ad Abolendam* Lucio III los condenó junto con los humillados lombardos; el IV concilio de Letrán confirmó la excomunión. Pedro Valdés salió de Lyon diciendo que era mejor obedecer a Dios que a los hombres, sus huellas

históricas se pierden y se presupone su muerte hacia 1206.

La tercera fase se ubica entre 1215 y 1532 cuando el valdismo se convirtió en evangelismo herético. Los valdenses continuaron considerándose como cristianos porque pensaban que la excomunión era injusta. Existen dos fuentes para conocer el ambiente medieval de este movimiento después de 1215: Durando de Huesca, quien se reconcilió con la Iglesia en tiempos de Inocencio III y formó el grupo de los pobres católicos, y Esteban de Borbone, inquisidor que interrogó a Valdés. A raíz de la cruzada contra los albigenses pasaron a la clandestinidad y se refugiaron al norte de Italia en Piamonte, que se conoce con el nombre de Valles Valdenses. Hasta el siglo XVI se difundieron por varias regiones del imperio donde podían afianzarse con cierta facilidad siendo predecesores de los hussitas. Ruptura y clandestinidad los condujo a adquirir una nueva estructura: perfectos y creyentes, los primeros eran confesores y directores espirituales pero sin predicación pública; en esta nueva estructura surgen los "barba" y posteriormente los "mayor", que se pueden equiparar con los obispos. El ocaso de este movimiento llegó en el siglo XVI cuando dos "barba" se pusieron en contacto con los reformadores suizos y con el sínodo reformado de Chauroun se unieron a ellos con lo cual murió el movimiento de los pobres de Lyon y nació una nueva Iglesia evangélica.

Otras tendencias heréticas

A la par de cátaros y valdenses asomaron en el siglo XII, primero aisladamente, luego creciendo de diferentes maneras, herejías de otra clase, que no llegaron a organizarse en sectas. Sus fuentes fueron especulaciones teológicas y filosóficas de círculos eruditos. Aparecen también tendencias espiritualistas, sobre todo entre mujeres. Hay que tener presente que el IV concilio de Letrán condenó la doctrina trinitaria de Joaquín de Fiore y las del maestro parisino Amalrico de Bena. La doctrina de las tres edades de Joaquín de Fiore influyó en un grupo de herejes de París, compuesto de discípulos de Amalrico de Bena, pues consideraban al Espíritu Santo encarnado en ellos. Ideas semejantes a las defendidas por los amalricanos y David de Dinat aparecieron en Ortlieb de Estrasburgo, quien sólo quería oír al Espíritu Santo que se le revelaba interiormente. Los ortliebianos de Alemania no creían en la creación y enseñaban la eternidad del mundo como los averroístas; tampoco creían en la resurrección de la carne y el juicio final, y entendían los sacramentos en el sentido de la tradición.

Estos movimientos crearon expectativas religiosas hasta llagar a dar motivos de malestar y descontento con la Iglesia que estaba preocupada por las luchas de poder. Contra estos movimientos heréticos resultaba insuficiente la defensa papal. En Francia España, Italia y el Imperio, la Iglesia llamó al brazo secular y, aprovechando la idea de la cruzada, aplicó medidas de guerra; por ello el papado desarrolló la inquisición, cuyos orígenes se remontan al siglo XII, pero su constitución sólo se adquirió en el siglo XIII.

Entre otras tendencias heréticas se ubica el iluminismo medieval porque al realizar las cruzadas, la Iglesia, con la predicación de las órdenes mendicantes y la inquisición, logró que cátaros y valdenses sucumbieran; sin embargo, fue creciendo un nuevo movimiento

que deseaba hacer que el cristianismo se viviera con rigor, postulando que la Iglesia institucional y jurídica debería ser sustituida por una Iglesia espiritual que viviera las exigencias del evangelio. En este contexto Joaquín de Fiore consideraba la historia de la Iglesia en tres etapas: la primera era la del Padre, que correspondía al hombre carnal; la segunda, la del Hijo, donde el hombre vive en la carne y el espíritu, y finalmente la del Espíritu Santo donde se vive el evangelio eterno y corresponde al hombre espiritual, proponiendo una Iglesia invisible, sin sacramentos, jerarquía y culto externo. Un posible origen de este movimiento espiritual se halla en la generación de san Francisco, donde algunos que anhelaban vivir estrictamente la vida religiosa se retiraron a eremitorios, mostrando hostilidad a la ciencia y lejos del apostolado para darse a la contemplación. El concilio de Lyon y sus medidas disciplinarias llevaron a formar grupos en Provenza y Toscana, como una forma para evitar el daño que causaría las determinaciones conciliares. Con la llegada de Bonifacio VIII, las medidas se tornaron más duras, hasta el punto de tener que huir, pero hallaron apoyo de los Aragón, los Anjou y Arnoldo Vilanova. Con Juan XXII quedaron limitados a la orden franciscana.

El grupo de los apostólicos de Gerardo de Parma, quienes proclamaban la penitencia, dio origen a las procesiones de disciplinados, que invitaban a volver a la pobreza al estilo de la comunidad primitiva, criticando la Iglesia rica. Este grupo llegó a su término con la cruzada de 1307 en Novara. Otros grupos como las beguinas, grupo de mujeres piadosas, deseaban vivir en comunidad pero sin votos.

Los herejes condenados por la Iglesia eran desterrados y se les confiscaban sus bienes, pena que se extendía a sus herederos. A los sospechosos de herejía se les imponía infamia y excomunión y, en caso de contumacia, las mismas penas que a los herejes. El que hubiere sido convencido de hereje por el obispo de su diócesis, era detenido por la autoridad y condenado a la hoguera. En España, Pedro de Aragón admitió en 1197 la muerte por fuego, pero Jaime I no lo recogió en la legislación de 1226. En Italia Federico II mandó aplicar la pena de fuego, mientras la curia vacilaba todavía. Gregorio IX prosiguió enérgicamente la política de su antecesor, que dio validez en Francia, España y el imperio a los cánones del IV concilio de Letrán. Desde 1232, Gregorio IX confió, como lo harían sus sucesores, la inquisición a las nuevas órdenes.

3.4.2 La inquisición

Frente a las herejías del medioevo, la Iglesia respondió de dos maneras. Primero intervino el Magisterio a través de sus órganos oficiales pronunciando condenas claras y explícitas por boca de Papas, concilios y obispos; luego intervino con la inquisición "institución jurídica destinada a la búsqueda de oficio, directa y sistemática, de las herejías y los herejes, con el fin de identificarlos y tomar las medidas pastorales pertinentes"[168]. Esta inquisición tuvo tres etapas: confiada a los obispos, confiada al Papa y delegados pontificios y confiada por el Papa a los religiosos, principalmente dominicos y franciscanos.

Se debe distinguir entre inquisición como proceso y como institución. Como proceso

es el resultado de la madurez del pensamiento jurídico occidental; hasta aquel momento se usaba la difamación que venía del derecho germano arcaico que sólo admitía como absolución un juramento de purificación, que se realizaba a través de procesos particulares como el caso de la ordalía o juicio de Dios; contra este tipo de procesos se comenzaron a presentar objeciones con lo cual se originaron los procesos con interrogatorios, testimonios, pruebas, etc., en los cuales el acusado podía defenderse. Los procesos tenían como fin disciplinar al clero, pero con el correr de los años se convirtieron en procesos de persecución contra los herejes. El derecho penal eclesiástico hasta el siglo XII no tenía un procurador público ya que sólo existía la condena de hecho; el juez intervenía con base en una acusación.

Como institución tiene su origen en la bula *Ad abolendam* de Lucio III, que hizo válida una disposición de Alejandro III sobre las denuncias penales. Esta bula fue introducida en el cuerpo jurídico organizado por Gregorio IX, las Decretales gregorianas; en esta legislación el obispo con ocasión de la visita pastoral debía alejar a los herejes sin necesidad de esperar una acusación formal. En 1199 Inocencio III con la bula *Vergentes* confirmó la bula *Ad abolendam* y catalogó la herejía como un delito de lessa majestad. El IV concilio de Letrán transformó todas las normas existentes en leyes con la Constitución III, al hablar contra los herejes y las penas impuestas. Honorio III siguió el mismo camino y en 1226 dio una norma que es paradigmática: un condenado debía ser castigado con la pena de muerte (*animadversio*) y los partidarios con la difamación. El emperador Federico II también promulgó algunas leyes contra los herejes: confiscación de bienes, exilio y hoguera, y le dio valor de ley imperial a la Constitución III del IV concilio de Letrán. Gregorio IX en 1231 acogió las legislaciones existentes sobre el tema y decretó la legislación pontificia sobre la inquisición. Lo dicho da a entender que frente a la inquisición episcopal que ya existía, la inquisición papal podía ser entendida como suplementaria y complementaria.

El 15 de mayo de 1252 Inocencio IV organizó la inquisición con la constitución *Ad extirpanda* y le entregó el trabajo a dominicos y franciscanos; posteriormente aparecieron los manuales donde los inquisidores explicaban las herejías no siempre con objetividad y exponían los métodos usados por los inquisidores[169]. En 1542 Pablo III le puso fin a la inquisición medieval al crear la Congregación del Santo Oficio, a la cual, en 1965, Pablo VI le dio el nombre de Doctrina de la fe.

El proceso inquisitorial era más o menos así: los inquisidores llegaban e invitaban a los herejes a presentarse en los quince días siguientes que era el tiempo de gracia concedido; los culpables que confesaban su culpa eran perdonados y se les daba una penitencia secreta, eran exceptuados de esta gracia los herejes ya conocidos quienes recibían algunas penas eclesiásticas en lugar de la penitencia secreta. Pasados los quince días se promulgaba el edicto de fe que obligaba a denunciar, bajo pena de excomunión, a los herejes; el acusado era arrestado, se le hacía conocer la acusación y se le pedía la confesión, en caso de no haber confesión, venía un proceso de investigación, en el cual testigo y acusado jamás eran careados. Si a pesar del proceso el acusado no confesaba, venía la cárcel y después la tortura, que fue permitida por Inocencio IV como un medio

para lograr la confesión. Entre las penas están: ayunos, peregrinaciones, obras caritativas, signos difamatorios como la cruz de los herejes, confiscación de bienes, flagelación, encarcelamiento y entrega a la autoridad civil pidiendo la *animadversio*. El proceso inquisitorial era una investigación itinerante con pleno poder que buscaba la cooperación del poder civil. Algunos inquisidores fueron asesinados, como Conrado de Magburgo y Pedro de Verona (san Pedro mártir).

Hoy ningún cristiano católico justifica la inquisición, pero en el medioevo la vida cristiana penetraba todos los ambientes y por eso el hereje aparecía como un terrorista político que atentaba contra la Iglesia y el Estado; también conviene tener claridad sobre las ideas de algunos teólogos que condenaban las penas pero decían que por amor a la verdad los herejes debían ser tratados con dureza. Quizá lo más funesto de la inquisición fue haberse convertido en una lucha contra la disidencia que acabó persiguiendo toda doctrina diversa sin tolerar el pluralismo ideológico. Finalmente se debe tener presente que hasta el siglo XVIII se vivió la práctica de los procesos inquisitoriales hasta que gracias al concepto de tolerancia se llegó a olvidar esta práctica contra herejes y brujas.

---

92 Cf. Ostrogorsky, G. Op. cit., pp. 198-291; Pierini, F. Op. cit., p. 136; NHI, pp. 327-329.

93 A raíz del caristicariado conviene tener presente la sintonía entre el emperador y el patriarca, que desde el 535 con Justiniano y posteriormente con Focio, no fue puesta en discusión porque de hecho el emperador Alejo fue visto como uno de los grandes defensores de la ortodoxia; si bien no se discutió esta sintonía, sí se presentaron críticas porque el emperador estaba haciendo acuerdos desastrosos con occidente; además, la ruptura de 1054 aún estaba en la mente de algunos eclesiásticos.

94 Cf. Jedin, III, pp. 618-644.

95 Cf. Orlandis, J. Op. cit., pp. 254-256.

96 En relación a este bautismo existen algunas fuentes: Néstor de Kiev, Narración de los tiempos pasados, Juan Skylitses y la crónica de Reginón de Prüm, continuada por Adalberto que hablan del bautismo realizado en Constantinopla; Ostrogorsky, atento al silencio del libro de ceremonias de Constantino VII, niega que este bautismo se haya realizado en aquella ciudad.

97 Cf. Bihlmeyer – Tuechle, II, pp. 119-122; Orlandis, J. Op. cit., pp. 261-262; Sanchís, R. Op. cit., pp. 141-146.

98 De Francisco, Carlos, Las Iglesias Orientales Católicas. Identidad y patrimonio. San Pablo, Madrid 1997, p. 50.

99 Cf. Pierini, F. Op. cit., pp. 100-103.

100 Los datos ofrecidos se basan en los apuntes personales de Historia Universal; además de los manuales de Jedin, Pierini, Orlandis, Bihlmeyer – Tuechle, Fliche – Martin y NHI, entre otros.

101 Esta doctrina se encuentra en una carta, que en 1097 Ives le envió a Hugo de Dre, donde da a entender que algunas de las posesiones episcopales son ius regalía, un derecho que el rey tiene para dar algunas cosas, el regalo es simbolizado a través de la investidura; además, el rey no da ninguna cosa espiritual ni viola la competencia eclesial porque lo espiritual es concedido por el obispo metropolitano.

102 Esta tradición llegó hasta la revolución francesa cuando la ampolla que contenía este óleo fue destruida, usándose por última vez en 1825 al ser ungido el último rey francés, gracias a que se encontró un pedazo de la ampolla destruida con una gota de óleo

103 La palabra "almorávide" quiere decir "los que vivían en pequeñas comunidades armadas".

104 Este privilegio duró hasta 1864 cuando Pío IX lo canceló.

105 Cf. Gasparri, S. *Op. cit.,* p. 553.

106 Crónica de Widokindo de Coerbey. Cf. Jedin, III, p. 332.

107 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 168-169.

108 Arnulfo fue depuesto al ser acusado de alta traición al rey Hugo Capeto.

109 Entre ellos: León VIII, Juan XIII, XIV, XV, XVI, Benedicto VI, VII, Bonifacio VII y Gregorio V.

110 Como fue el caso del Monasterio femenino de Gandersheim, diócesis de Hildeshein, en Sajonia, donde ingresó Sofía, una de las hijas de Otón.

111 Esto en tiempos de Alejandro III (1159 – 1181); la determinación fue tomada hacia 1170.

112 Jedin, III, p. 395.

113 Cf. Gasparri, S. *Op. cit.,* p. 559.

114 Cf. Jedin, III, pp. 392-395.

115 Ésta es una tradición germana que fue asumida por la Iglesia Latina, ya que en Roma no se tenía.

116 Las normas que hablan de degradación al estado laical, la servidumbre perenne de los hijos y las esposas de los clérigos, y el celibato, obedecen a una preocupación económica, como era la protección de los bienes eclesiásticos.

117 La de él en 1146, bajo Eugenio III; la de ella en el 1200, bajo Inocencio III.

118 Los monarcas de esta dinastía, además de Conrado II, son los Enrique III, IV, y V; él último murió en 1125, terminando una dinastía con la que la Iglesia tuvo agitadas relaciones que marcaron la historia.

119 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 160-161.

120 Cf. Lortz, J. *Op. cit.,* pp. 388-401; Jedin, III, pp. 547-568.

121 Este Godofredo se casó con Beatriz, viuda de Bonifacio de Canosa, padre de Matilde de Canosa.

122 Entre ellos: Clemente II, Dámaso II, León IX, Víctor II, Esteban IX, Nicolás II, Alejandro II; también los antipapas: Honorio II y Clemente III siguieron la tradición.

123 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 111-113.

124 Cf. Gasparri, S. *Op. cit.,* p. 519.

125 Cf. Jedin, III, pp. 543-618; Sanchís, R. *Op. cit.,* pp. 147-153.

126 Por ejemplo cuando se hablaba de una mujer casada y santa se decía: ni mártir, ni virgen, como en el caso de santa Mónica y santa Isabel de Turingia.

127 Cf. DS 710–712.

128 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 197-199.

129 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 201-204.

130 Este Guiberto había sido excomulgado por Gregorio VII en 1078 porque se oponía a las reformas, a la deposición del rey por parte del Papa y la cuestión de la desobediencia; fue el antipapa más famoso por su cultura y el apoyo que tuvo de Germania, Inglaterra y Hungría.

131 En la historia, Roma ha soportado varios saqueos: 410, 476, 1084, 1527.

132 Cf. Borino, G .B. *Storicità delle ultime parole di Gregorio VII*; citado por Jedin, III, p. 592.

133 Hacia 1067 era monje de Cluny donde fue prior, en 1078 Gregorio VII lo nombró cardenal obispo de Ostia, y en 1088 fue elegido Papa (1088-1099).

134 En relación a Enrique IV, la historiografía del siglo XIX lo veía como el representante de una dinastía laica; la historiografía actual enfatiza en su religiosidad y la concepción sagrada de la monarquía.

135 En 1086, Guido había limitado la investidura al campo temporal.

136 En relación a la actitud de Pascual II, que encontró resistencia por parte del alto clero y los príncipes, Rosmini en su obra *Las cinco plagas de la Iglesia*, sostiene que es uno de los hechos más luminosos en la historia de la Iglesia ya que el Papa intuyó la necesidad de la libertad así fuera en medio de la pobreza.

137 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 221-223.

138 Cf. Sanchís, R. *Op. cit.,* pp. 155-160.

139 Algunos textos sobre el pontificado: Fink, K. A. *Chiesa e papato nel medioevo*, Bolonia 1987; Robinson, I. S. *The Papacy 1073-1198. Continuity and innovation*, Cambrigde 1990.

140 Cf. De Lasala, Fernando. *Storia della Curia Romana*. PUG, Roma, 1992, pp.12-14; NHI, II, pp. 239-240.

141 Cf. COD, pp. 195-203.

142 Este concilio anuló e invalidó las declaraciones y ordenaciones hechas por Anacleto; de sus 30 cánones se citan: condena de la usura (13), el derecho de los capítulos para elegir al obispo (28), la cuestión del matrimonio de los clérigos que fue considerado como ilícito y nulo (7).

143 Eugenio III poco caso hizo porque aumentó la centralización romana y el número de privilegios concedidos.

144 El nombre de esta familia proviene del castillo de Hohenstaufen; además tenían otro castillo, el de Warbligen, importante porque de ese nombre se derivó el partido "imperialista" de los gibelinos. El partido "papista", los güelfos, tomaron el nombre del castillo de Welfien.

145 En resumidas cuentas los Papas regresaron a la política de alianza con los normandos tal como había sucedido en 1059 con el acuerdo de Melfi firmado con Roberto Guiscardo.

146 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 231-233.

147 A este antipapa se le debe la canonización de Carlomagno en Aquisgrán, propuesta por Federico.

148 Cf. Gatto, L. *Op. cit.,* pp. 233-235.

149 Cf. Alberigo, Guiseppe (dir.). *Storia dei Concili Ecumenici*. Queriniana, Brescia, 1993[2], pp. 195-200.

150 Este Stephan había enseñado en París y es conocido porque fue el que le dio a los libros de la Biblia la división en capítulos y versículos

151 Cf. COD, pp. 226-271.

152 Cf. Fliche – Martin, X, pp. 227-290; Jedin, IV, pp. 303-310.

153 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 109-119; Orlandis, J. *Op. cit.,* pp. 298-300.

154 Cf. COD, pp. 278-283.

155 Cf. NHI, II, pp. 221-224.

156 Cf. Mestre, Jesús. *Los Templarios*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1999.

157 Cf. Verheijen, Luc. *La règle de Saint Augustin*, I: *Tradition Manuscrite*, II: *Recherches Historiques*, París, 1967.

158 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* p. 125.

159 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 102-108; Orlandis, J. *Op. cit.,* pp. 349-352.

160 Cf. Pernoud, R. *¿Qué es la Edad Media?* Magisterio Español, Madrid, 1979, p. 175.

161 Esta carta y el canon 2 del sínodo de Clermont son las fuentes básicas para entender el sentido de las indulgencias y las cruzadas.

162 Cf. Pablo VI. *Sacrarum Indulgentiarum recognitio promulgatur*, enero 1 de 1967, n. 12; *ASS* 59, p. 21.

163 Cf. NHI, pp. 224-225; *Historia Eunsa*, V, p. 454; Jedin, IV, pp. 88-89; Hughes, Ph. *Op. cit.,* pp. 137-140; Hertling, L. *Op. cit.,* pp. 227-235.

164 La presencia de san Francisco en la corte del sultán egipcio, tres años después de la muerte de Inocencio, da a entender el cambio en el pensamiento cristiano que no fue entendido por Inocencio.

165 Para este tema se pueden consultar los diferentes textos de historia de la Iglesia durante el medioevo, entre ellos: Pierini, Jedin, Orlandis, Fliche – Martin, Hertling, Bihlmeyer – Tuechle; Heers, Jacques. *La invención de la Edad Media*. Crítica, Barcelona 2000, pp. 252-261.

166 Se conocen dos fuentes cátaras que han sido estudiadas por A. Dondaine; éste paso sus notas a Christine Thouzellier, quien las publicó. La primera fuente son los extractos cátaros contenidos en el libro *Contra maniqueos*, de Durando de Huesca (1220); la segunda es el *Liber de duobos principibus*, encontrado en un manuscrito florentino de mediados del siglo XIII.

167 Cf. *Chronicon Laudunense* o *Anonimi Laudinensis* que data de 1229; Borbone, Esteban de, *Tractatus de diversis materiis Predicabilibus* que data de 1250 y recoge anécdotas y episodios que pueden ser útiles a los predicadores.

168 Pierini, F. *Op. cit.,* p. 118.

169 Cf. Guidone, Bernardo. *Práctica inquisitorial contra los herejes*; este texto fue escrito hacia 1320.

Capítulo III

La Iglesia en la baja Edad Media

A partir de 1250 comenzó un proceso en el cual se presentaron varios fenómenos como la creciente omnipotencia de las monarquías que desembocó en los absolutismos; la decadencia del pontificado por la convergencia de elementos tanto externos (monarquías) como internos (luchas cardenalicias y mundanización de algunos eclesiásticos); el predominio del mercantilismo sobre el feudalismo y la vida monástica, con lo que el nuevo rico era el laico que comercializaba y producía; el primado de la Palabra de Dios sobre la razón porque la revelación, entendida como un valor absoluto interpretado por el magisterio y la conciencia, era incontestable ya que no se podía dudar de ella; la escasa preocupación por las ciencias; y un sentido de lo sagrado llevado a las últimas consecuencias.

Estas características se desarrollaron en medio de tres golpes que afectaron las estructuras de la Iglesia, la cual carecía de un líder capaz de unir los anhelos de reforma; esos golpes fueron: los estados nacionales contra el principio de universalidad, el conciliarismo contra el primado y los príncipes territoriales (y electores) contra el Papa (y los obispos) por el dominio sobre la Iglesia local. Al interior de estas características, la Iglesia experimentó un cambio que va desde las crisis hasta las reformas.

El período entre 1250 y 1500 tiene como punto de partida la caída de las relaciones entre el Papa y el rey de Francia; posteriormente vino la estadía en Aviñón y la crisis al interior de la Iglesia, la disminución de la religiosidad por la apertura humanista y los intentos de reforma que sólo tuvieron eco en Trento; al final de este período y comienzos del siguiente, se dio la *dilatatio orbis* que destruyó la visión geográfica que hasta entonces se tenía. Además, entre 1305 y 1517 se dio un periodo de decadencia del espíritu religioso y el prestigio papal que llevó a la ruptura del pensamiento que caracterizó a los periodos anteriores del mundo medieval.

1. Elementos contextuales

Para definir los siglos comprendidos entre el XIII y el XV se han presentado serias discusiones porque para unos es el ocaso del medioevo, para otros es el inicio de una época nueva; además, el término medioevo siempre ha sido equívoco, los humanistas lo

usaban para designar el tiempo que media (intermedio) entre el esplendor de la civilización clásica y el renacimiento. La concepción humanista valora el medioevo como una edad decadente, bárbara y feroz que duró desde el 476 hasta 1453 ó 1492; algunos se oponen a esta concepción al afirmar que el renacimiento comenzó con Petrarca o incluso antes, con san Francisco; como si ello fuera poco la historiografía marxista propone el punto final del medioevo en el siglo XVII. Frente a esta problemática, la misión del historiador reside en la ubicación en el tiempo sin pensar mucho en un medioevo, que a lo mejor no fue como se cree, ni un renacimiento que a lo mejor no fue tan abierto como se piensa; esto es así porque el historiador se limita a iluminar las fases de la evolución de la historia humana y ofrecer una respuesta de claros perfiles.

En este mismo marco, una época que puede considerarse de crisis, se presentó una gran expansión geográfica con los descubrimientos, que fueron estimulados por factores económicos y demográficos, incluyendo los movimientos migratorios. La inserción de África y América en la historia occidental se debió a una serie de bloqueos que padeció Europa parta comercializar con Asia; con estos dos continentes el bloqueo se rompió, el camino se abrió y la historia cambió. A la luz de estas circunstancias se entiende mejor la doble dinámica que vivió Europa: la occidental abrió puertas, la oriental hizo un trabajo de contención y expansión, sobre todo cuando Rusia, a la caída de Constantinopla, consideró que Moscú era la tercera Roma durante el reinado de Iván III[170].

1.1 Las crisis del siglo XIV[171]

En historia la idea de crisis viene asociada a diferentes visiones históricas. La visión determinista la hace derivar de un movimiento de vida y muerte; en esta visión se ubican la concepción marxista y biologicista de la historia; la marxista es bien conocida por su fuerza en diferentes interpretaciones sociales a la luz de la lucha de clases; la biologicista, afirma que toda civilización después de un estado primaveral mítico y místico de crecimiento, llega a un verano de madurez que es seguido por un otoño, que a su vez es anterior al estado final patológico y agónico. La visión no determinista ve la historia como una serie de fluctuaciones que determinan las variaciones que existen pero que no es fácil preverlas; en este sentido la crisis sería como un declive, algo que llega a su fin sin estar condenado a él.

1.1.1 A nivel social

Entre los elementos de la crisis del siglo XIV están: la disminución de la población, el aumento de lo que hoy sería el poder periférico, la disminución del precio de la tierra y los cánones de arrendamiento, el lento crecimiento de las ciudades opuesto a la continua disminución de los habitantes de los campos, las carestías a causa de un clima húmedo y lluvioso, que hacía perder las cosechas y producía hambre, peste y guerras.

La peste, enfermedad viral que se creía superada, hizo su aparición en Messina y desde allí se propagó hasta acabar con cerca del 30% de la población. Después de un breve período de incubación (1-3 días) se manifestaba con una fiebre alta que hacía delirar al enfermo y comenzaba a manifestarse con la aparición de bubones (peste bubónica) o con la imposibilidad de respirar (peste pulmonar) y manchas negras sobre la piel. A partir del siglo XIV la peste permaneció como algo endémico en Europa desde donde fue llevada a América y Asia. Contra la peste, atribuida por los árabes a un mal influjo astral y por los occidentales a un mal influjo en el aire, no había terapias eficaces; como consecuencia de ello se difundió en Europa una mentalidad de miedo que condujo al nacimiento de los flagelantes y la persecución de hebreos, leprosos y mendigos a pesar de la bula de Clemente VI (julio 6 de 1321) que hablaba del origen astral de la epidemia y una venganza divina; además, produjo la disminución del clero por lo que para superar la necesidad de personal se descuidó la formación.

Las guerras también fueron una epidemia hasta tal punto que entre 1228 y 1462 se pueden enumerar más de 150. La más grave fue la guerra de los cien años (1337-1453) que no sólo fue un enfrentamiento entre dos potencias, sino un conjunto de luchas, traiciones y conjuras al interior de las potencias que estaban en lucha; en Francia la lucha entre las casas de Orléans y Borgoña, en Inglaterra entre York y Lancaster en la guerra de las dos rosas, en Bélgica entre el obispo de Lieja y el conde de Namur; en el marco de estas guerras y como hecho dramático que no fue tenido en cuenta, la caída de Adrianópolis, cerca al mar Negro, en poder de los turcos (1357); los Papas también hicieron parte de estas guerras unas veces como agresores, otras como víctimas, con el deseo de ocupar territorios, poner un rey de acuerdo a su visión política o proclamar una nueva cruzada. Como siempre, los pobres fueron las víctimas porque las tropas amigas o enemigas se dedicaban, además de hacer la guerra, a saquear, masacrar, violar, incendiar, destruir y arruinar campos y ciudades. Las consecuencias son claras: la población disminuye, los campesinos huyen, los propietarios de tierras comienzan a tener enormes pérdidas, las propiedades rurales se devalúan mientras que en las ciudades los precios aumentan; los campesinos, quienes normalmente no escribían, simplemente vivían, sufrían y morían, algunas veces dejando enormes deudas.

1.1.2 A nivel académico

La cultura durante los siglos XIV y XV vivió el humanismo. Las universidades y la imprenta se convirtieron en las bases de un movimiento cultural; las personas cultas de aquel entonces se dieron cuenta que, además de las armas espirituales, también eran importantes las armas culturales, las cuales se adquirían en las universidades y con la lectura.

Las universidades dependían de un sistema de beneficios que casi siempre eran dados por la Iglesia, pero las cosas comenzaron a cambiar porque algunos príncipes se preocuparon por fundar universidades, en las cuales fue ideado el sistema de las facultades en lugar del medieval sistema de las nacionalidades; con estas universidades

la cultura dejó de ser patrimonio eclesial para convertirse en patrimonio de la humanidad, por ello el método también tuvo que cambiar: si bien se seguía enseñando la filosofía (artes) era claro que la vía aristotélica había dejado el paso a tres vías: tomista, scotista y nominalista; después de terminar el estudio de la filosofía, el estudiante elegía entre derecho, medicina y teología.

Al hablar de la teología se recuerda que ésta era la que humanistas y reformadores criticaban. Los humanistas hablaban de una ciencia sectaria, con un lenguaje bárbaro, y centrada en cuestiones inútiles; los reformadores hablaban de una ciencia poco bíblica, tradicional e incapaz de renovarse. Ambas críticas tienen su origen en el nominalismo, que niega la correspondencia entre idea y realidad, con la problemática que ello contiene.

Al tiempo que las universidades florecían y la teología era criticada, se dio la reforma española en la que la teología ocupa un lugar destacado; en España fueron eliminadas de la teología las cuestiones sutiles para centrarse en los principios, fueron unidos humanismo y escolástica con el deseo de vencer el fideismo y el racionalismo para establecer un equilibrio entre fe y razón. La obra de Melchor Cano *De locis theologicis* presenta el temario propio del pensamiento español de esta época: escritura, tradición, autoridad de la Iglesia, concilios, autoridad de la Iglesia romana, santos padres, teología escolástica, razón natural, filosofía, historia humana.

La invención de la imprenta (h. 1455) gracias a la creación de caracteres móviles que fue lo que hizo Gutemberg (+ 1468), condujo a la fabricación de libros con lo que la cultura bajo de precio y se hizo más popular; dos cosas son interesantes: fue un arma de doble filo para la Iglesia que no la supo utilizar bien, y el carácter religioso que tuvo durante varios años, ya que hasta 1500 el 45% de los libros impresos eran religiosos. El texto impreso mayoritariamente era la Biblia, la cual tuvo diferentes ediciones y publicaciones, como la complutense y el Nuevo Testamento publicado bajo la dirección de Erasmo (1516), quien deseaba presentar la filosofía de Cristo de una forma clara, simple, devota y práctica; en la introducción Erasmo invita al teólogo a hacer de su corazón una biblioteca de Cristo y define la filosofía de Cristo como el renacimiento de la original buena naturaleza del hombre. Además de la Biblia, se publicaron otros libros como la *Imitación de Cristo*, los diferentes *Espejo*, algunos libros básicos para los eclesiásticos, y los *Arte de...*.

El renacimiento[172] es interpretado con base a la revisión de los conceptos relativos al papel del hombre en el mundo y la experiencia sobrenatural, la crisis de la filosofía escolástica, el cambio de la perspectiva cultural, la presentación del humanismo como proyecto educativo integral, la renovación de la sensibilidad religiosa como reivindicación de la autonomía espiritual y regeneración de la Iglesia y el culto, la universalidad del renacimiento y la imposibilidad de dar una definición unívoca. En el occidente cristiano a partir del siglo IX se pueden vislumbrar seis renacimientos: carolingio (siglo IX), sajón (siglo X), dialéctico y filosófico (siglos XI-XII), jurídico (siglos XII-XIII), aristotélico (siglos XIII-XIV) y literario y humanista (siglos XIV-XV) que abrió las puertas al llamado renacimiento[173]. En el discurso de la historia de la

Iglesia sólo se abordan algunas de sus características.

La concepción artística. Es el campo más conocido; el recuerdo de lo clásico y la nueva perspectiva pictórica son los elementos más representativos; esto se manifiesta en la pintura y la arquitectura principalmente. Fue tanto el auge que se presentaron indicaciones para aprender a leer los monumentos romanos. En cuanto a la perspectiva fue propuesta como la base de la obra artística; de hecho la perspectiva es un instrumento de cohesión y coherencia interna que crea una visión unitaria, pone la figura en un espacio construido con base a relaciones proporcionales de tal manera que crea unión entre la representación y el espectador.

La recuperación de lo antiguo. La caza de los manuscritos está a la base del humanismo y junto a ello la presentación de los textos clásicos de la antigüedad como la *Metamorfosis* de Apuleyo, los *Annales* de Tácito, la *Lengua Latina* de Varrón, las *Cartas a los familiares* de Cicerón, etc. Hacia el siglo XV esta tendencia se hizo sistemática. Además del latín, también se volvió a descubrir el griego debido a la exigencia para leer a Platón y Aristóteles; en este aspecto se ubica la presencia de los estudiosos orientales que llegaron a Europa después de la caída de Constantinopla.

La filología. La degradación de los manuscritos puso a los humanistas frente a la obligación moral de presentar el original; en este campo está la acción de Lorenzo de Valla y todos aquellos que comenzaron a formar las academias donde se reunían los filólogos, quienes además de corregir los textos, los interpretaban en sus componentes estilísticos, culturales e históricos.

El literato y la literatura. Con el paso de los años se nota un cambio ideológico de los humanistas quienes se presentan progresivamente como funcionario, profesor universitario y predicador, hombre de corte y político con la misión de mediador y especialista. Las literaturas religiosas y eclesiásticas fueron marchando hacia el humanismo, con lo que las épocas de los simbolismos (450-950) y los idealismos (950-1250) quedaron atrás y el mundo, por diferentes caminos que terminan siendo convergentes, camina por la misma dirección, el humanismo, época histórica orientada fundamentalmente por el cristianismo. En esta época las corrientes orientales se debatieron entre pragmatismos y nominalismos, el islamismo entre el estancamiento y el repliegue, el judaísmo entre la mística y el humanismo y el cristianismo vivió una época de síntesis para pasar al humanismo y el renacimiento.

El individuo. Se subraya el valor del individuo, no el individualismo, por ello se habla de la importancia de la voluntad y del primado de la dignidad humana como base para la libertad.

La vida social atacó con dureza el celibato, realzando el valor de la familia como núcleo social, de ahí se deduce el elogio del matrimonio. Además se desarrollaron tratados sobre la vida política y civil donde a los magistrados se les recomendaba temperancia, justicia e imparcialidad.

La moral económica dio origen al comercio y al mercantilismo; aparecen el crédito y la usura, y una moral laica. Fue en esta época donde se pusieron al orden del día los

inventarios y se dieron los primeros pasos de la contabilidad actual.

La educación. Dos innovaciones son importantes: el respeto del niño por lo que es y la importancia y posibilidad de la formación de la mujer; la pedagogía comenzó a tener en cuenta la autonomía de la infancia. El modelo de la escuela humanista tenía presente el estudio de los clásicos, el ejercicio físico, la instrucción literaria y científica y el estímulo moral y espiritual al interior de un cristianismo armonizado con las exigencias terrenas.

El hombre y la naturaleza. Esta relación es una expansión de la perspectiva existencial en la cual hombre y naturaleza se encuentran; en este ámbito se desarrolló la astrología porque el hombre tenía que ser el dominador de los astros, a tal punto que a mediados del siglo XV fue entendido como cúpula del mundo, como un pequeño cosmos incluido en la totalidad de la naturaleza de la que el hombre es la cima de la jerarquía natural; en este sentido la naturaleza ya no será el reino de la materia sino el lugar de la libre acción del hombre; con esto se dio un cambio científico interesante: ya eran más importantes las causas de los fenómenos que sus fines.

El platonismo del renacimiento es una doctrina sincretista donde hay elementos de Platón, los neoplatónicos clásicos y cristianos, la literatura órfica, hermética (de Hermes Trismégisto) y pitagórica, y las cábalas hebreas. Esto condujo a darle importancia a la antropología, donde se discutía la inmortalidad del alma, su interioridad y espiritualidad, el hombre como microcosmos y el amor; además de los temas morales y políticos. Los temas filosóficos eran tratados con generosidad en las academias; fue un tiempo de disputas filosóficas, reflejadas en diferentes campos como la pintura y la arquitectura.

1.2 Formación de los estados[174]

En la baja Edad Media se presentaron varias crisis sociales, económicas, políticas y espirituales que llevaron a la agonía del mundo feudal; para salir de esta situación, salvo el caso otomano, se derrumbaron los imperios y se impusieron las realidades nacionales, al punto que en el siglo XV los reyes de España (Fernando, 1479-1516), Francia (Luis XI, 1461-1483) e Inglaterra (Enrique VII, 1485-1509) eran llamados los tres reyes magos de las naciones.

Los Países Escandinavos tienen una historia particular. Suecia tenía un poder central federado porque cada provincia tenía sus leyes y su asamblea; el feudalismo era muy fuerte ya que en el siglo XIV Jonsson Grip tenía en feudo las dos terceras partes del país, pero esto no fue obstáculo para que Magnus Eriksson (1319-1363) diera un nuevo código constitucional. Noruega tenía una autoridad real fuerte, el reino estaba dividido en distritos administrativos y judiciales y el rey estaba rodeado de buenos hombres, que dieron origen al Consejo de Estado; la peste debilitó este reino que con la unión de Kalmar (1397) fue anexado a Dinamarca. Dinamarca que era el país más organizado vivía en medio de luchas dinásticas y de nobles; en este país vivió Margarita, hija de Valdemar IV y esposa del rey noruego Haakon VI, quien unificó los tres reinos y dio inicio al absolutismo al no volver a convocar las dietas y conceder los cargos estatales a funcionarios de la corte.

El imperio era más una idea que un poder real efectivo, con un poder central reducido en cuanto al número y posibilidad de intervenir, los impuestos eran pocos y las dietas eran para discutir sin decidir. Los emperadores recibían ventajas para ellos y sus familias, como el caso de Ludovico IV el Bávaro para los Wittelsbach; Carlos IV, Wenceslao y Segismundo para los Luxemburgo; Alberto II, Federico III y Maximiliano para los Hasburgo. El poder lo tenía el emperador más por los territorios que por el título y aunque el ambiente era pacífico existían luchas entre ciudades, nobles y caballeros. Es importante la bula de oro de Carlos IV promulgada en 1356, que reconoció el derecho de los siete príncipes electores de los cuales cuatro eran laicos (Bohemia, Brandeburgo, Sajonia y Palatinado) y tres eran eclesiásticos (Maguncia, Colonia y Treveris). En cuanto el imperio, la última coronación imperial habida en Roma tuvo lugar en 1452 y la última vez que un Papa coronó a un emperador germánico fue en 1530 en Bolonia.

Bohemia, lentamente logró su independencia; sus reyes aceptaban la existencia de pueblos de alemanes que gozaban del *ius teutonicum* con lo que la corte, las costumbres, la cultura y la religión se germanizaron; este reino estableció relaciones con Nápoles y Francia y bajo el reinado de Carlos I (Carlos IV como emperador) fue reorganizado. En 1348 fue fundada la universidad de Praga.

Hungría buscó aislar a Austria a través de alianzas. Luis el Grande (1342-1382) conquistó Dalmacia y Serbia, ayudó a los polacos contra Lituania y negoció el matrimonio de su hija María con Segismundo, hijo de Carlos IV. Este país tuvo poder de expansión pero fue detenido por las tropas de los estados pontificios; estos estados, a través de la religión, ayudaron al inicio de la expansión magiar.

Polonia tuvo en el siglo XIV la organización del Estado con Casimiro el Grande (1333-1370), quien firmó el tratado de paz con los caballeros teutónicos en Ralisz (1343), según el cual Pomerania les fue concedida como donación; la región de Slesia no pudo ser recuperada por lo que continuó bajo el poder de Bohemia. Casimiro sostuvo y afirmó que las tierras que dependían de la Iglesia en Polonia, la diócesis de Gniezno, pertenecían al reino de Polonia; además colonizó las zonas despobladas, organizó las finanzas y el ejército, favoreció los estudios y fundó la universidad de Cracovia (1364); en esa ciudad construyó la catedral y el castillo de Wawel. A este país fue anexionada Lituania.

Suiza tenía una situación delicada porque los Habsburgo y los Saboya luchaban para apropiarse de ella. La confederación suiza nació de la unión de tres cantones Uri, Schwyz y Unterwalden contra los Habsburgo, a quienes vencieron en Morgarten (1315), con lo que varias ciudades también se unieron; con este triunfo las tropas suizas adquirieron fama de mercenarios lo cual se hacía una realidad en los campos de batalla[175]. Los suizos también vencieron a Carlos el Temerario de Borgoña, pero a pesar de triunfos y uniones, no se puede hablar de un estado suizo durante los siglos XIV y XV.

Borgoña es el nudo histórico de Europa durante este período, porque era una franja de tierra formada por el ducado y el condado de Borgoña y algunos territorios que

lentamente fueron anexionados; estaba entre Francia y Germania y gozaba de una tendencia expansionista. Cuando el Imperio Romano se disolvió, se convirtió en un reino autónomo que fue llamado Borgoña porque allí vivían los Burgundos, después formó parte del imperio carolingio y posteriormente fue unido a Germania. Por lo que hace referencia a este período, el rey de Francia Juan II el Bueno, después de unirla a la corona en 1363 se la concedió como feudo a su hijo Felipe II el Astuto (1363-1404), quien se casó con Margarita de Flandes con lo que unió a Borgoña los territorios de Flandes, Artois y los condados de Nevers y Rethel; en 1384 recibieron en herencia los territorios de los Wittelsbach y los Luxemburgo. Con Felipe II y sus sucesores: Juan sin Miedo (1404-1419), Felipe el Bueno (1419-1467) y Carlos el Temerario (1467-1477) Borgoña se convirtió en un Estado fuerte con capacidad de enfrentar el reino francés; cuando en 1477 Carlos el Temerario fue vencido por los suizos en la batalla de Nancy, Luis XI de Francia se apoderó de Borgoña, pero aquí no acabaron las cosas porque algunos territorios pasaron a manos de María, hija de Luis XI y esposa del emperador Maximiliano; el hijo de ellos, Felipe el Hermoso, se casó con Juana de Castilla (Juana la Loca, hija de los reyes católicos) y de esta unión nació Carlos V (Carlos I de España) que tuvo dominio sobre casi toda Europa y gran parte de América. El problema con Borgoña consistía en que al mismo tiempo era feudo francés y alemán y tenía relaciones con Inglaterra.

Inglaterra y Escocia también tienen su historia. En Inglaterra el proceso centralizador estaba avanzado con lo que se reunía en una sola idea la comunidad del reino y los grandes señores feudales eclesiásticos y laicos; la *Carta Magna* había limitado los poderes reales al rehabilitar el principio del derecho romano, según el cual lo que es para todos debe ser aceptado por todos, por esto el rey no podía hacer nada sin el pueblo; también fueron aprobadas algunas leyes sobre la no alienación de la corona que aún se vive. Este reino tuvo una enérgica política expansionista hacia Gales, Irlanda y Escocia, pero los escoceses en la batalla de Bannokburn (1314) mantuvieron la independencia.

Francia era el reino más poblado y rico de Europa; desde Felipe II (1180-1223) estaba en lucha contra los feudatarios al mantener una política centralizadora; uno de los feudatarios era Inglaterra que tenía feudos en Borgoña y algunos territorios de Aquitania. Para realizar la centralización se crearon: el gobierno central formado por el consejo real, encargado de las determinaciones políticas, la administración financiera central, los órganos judiciales principalmente el parlamento que era judicial y no legislativo porque era una corte de apelación y protesta. La creación de estos organismos, cuyo funcionamiento requería gran cantidad de empleados, da a entender que la cuestión económica no era fácil porque había que pagarle a los empleados; además, había que sostener la corte (unas 700 personas), la guardia del rey, las personas que favorecían los intereses de Francia y la guerra; para hacer frente a estos gastos se disponía de los dominios directos, las minas, la acuñación de moneda y los impuestos; pero como el dinero no era suficiente, la monarquía acudió a los préstamos. En relación a los impuestos se dio algo particular: los nobles eran exonerados por la sangre, los eclesiásticos por el orden sagrado y los campesinos eran los que tenían que pagar.

La península ibérica, donde existía un buen número de musulmanes y hebreos, tiene una historia influenciada por el camino hacia la unificación religiosa y política y el deseo de expansión. En relación a la unificación religiosa se explica la reconquista y la expulsión de los hebreos; sobre la unificación política se habla de las luchas dinásticas entre los diferentes reinos para alcanzar la unidad ibérica, la cual se logró con el matrimonio de Fernando e Isabel.

Italia vivió, después de la muerte de Federico II (1250), la imposibilidad de la unión y una serie de luchas entre los pequeños estados y los Papas. Varios fenómenos llaman la atención: la dialéctica de güelfos y gibelinos para significar la oposición entre las facciones de una ciudad que algunas veces luchaban ferozmente, el paso de la política de los comunes a las señorías con lo que las instituciones democráticas y participativas fueron abandonadas porque el poder era llevado por un hombre fuerte, económica y militarmente hablando, el desarrollo de dos tipos de gobierno: dinástico (personal) y oligárquico, la oposición de dos sistemas el de la virtud y la libertad (Florencia) y la unidad bajo un príncipe (Milán). En el siglo XV al norte, Florencia y Milán entraron en una lucha que contó con la participación de Venecia y otros pequeños estados hasta llegar a la paz de Lodi (1454); al sur ya se había acabado la lucha con el triunfo de los aragoneses sobre la casa de Anjou, después de fracasar la conspiración de los Pazzi (1478), apoyada por Sixto IV. La situación de Milán y Nápoles prepararon la lucha entre Francia y España por la península.

El imperio serbio se fue independizando de Bizancio política y religiosamente, hasta convertirse en una Iglesia independiente que tenía su centro en Pec (o Ipec, hacia 1219). Bajo Esteban Dusan (Uros IV; 1331-1355) el dominio serbio se extendió sobre Albania, Macedonia, Tesalia y Epiro, haciéndose proclamar emperador de serbios, griegos, búlgaros y albaneses; además, promulgó un código jurídico hostil al catolicismo (1349, se llamaba el Zakonik), creó una fuerte unidad rey – Iglesia y su sepulcro se convirtió en lugar de culto. La expansión serba tuvo poca duración porque en 1362 cayó Adrianópolis, en 1371 los turcos vencieron la coalición serbo-magiar en Cernomen y en 1389 una nueva coalición, de serbos, valacos y albaneses, fue derrotada en Kosovo polje, la batalla más importante del siglo XIV porque dejó las puertas abiertas a la invasión turca; el occidente si bien participó poco no estuvo ausente; a la noticia de la batalla de Kosovo, los Papas quisieron intervenir haciendo un llamado para una nueva cruzada, en este contexto, el conde de Nevers fue derrotado en Nicópolis (1396).

1.3 Dos dialécticas culturales[176]

1.3.1 El occidente hacia la división

Los cambios descritos en cuanto a administración y exigencias del momento produjeron un cambio cultural en el cual se pasó de la teología al derecho; este cambio produjo el juridicismo o jurisdiccionismo, en el que la Iglesia comenzó a ser vista como una sociedad visible con estructuras externas rígidas y no como una comunidad de salvación; la teología tuvo que responder a una religiosidad más exigente, intelectual e

individual debido a que los estudios universitarios crearon una nueva mentalidad hasta el punto que en los planes de estudio fueron introducidas otras ciencias: matemáticas, historia, geografía, anatomía, literatura, etc.

Este cambio universitario produjo la crisis de la escolástica con lo cual la síntesis de santo Tomás no fue introducida en algunas escuelas que prefirieron a Pedro Lombardo; entre los síntomas de la crisis de la escolástica están la búsqueda de novedad, el gusto por las discusiones, el triunfo de la lógica sobre la metafísica, la aparición de la dialéctica y la degeneración del método escolástico. No obstante ello, no se puede olvidar que tanto la cultura eclesiástica como la humanista nacieron en una sociedad cristiana y para una sociedad cristiana. La degeneración del método escolástico se manifestó en la afirmación del aristotelismo radical (averroísmo) con un racionalismo extremo que produjo algunos problemas teológicos como la negación de la creación, la Providencia divina, la inmortalidad del alma y la vida eterna; la lucha escolar para favorecer la investigación; el nominalismo de Occam; la lengua parisina; la falta de sentido crítico con relación a las fuentes. Junto a estos elementos que son negativos, se ubican, en lo positivo, el descubrimiento de una teología más pastoral, mística, positiva y bíblica, sin olvidar que el humanismo y el naturalismo son las dos ideas principales que la Edad Media dejó en herencia a la modernidad.

En el campo eclesial, el concilio de Constanza puso fin teóricamente a una grave crisis, pero dejó en el aire dos ideas no resueltas: el decreto *Frequens* y el concepto de representación. El decreto *Frequens* decidió la convocación frecuente del concilio con lo que transformó un evento extraordinario en una estructura ordinaria de gobierno porque se confundía *concilium* con *consilium*, transformando un evento de comunión eclesial en una especie de parlamento eclesial. La problemática, por la cual se quería realizar en parte un concilio, tenía su origen en el concepto de representación que fue importante en los concilios medievales; este concepto era interpretado desde tres perspectivas: como delegación que hacía del Papa y los obispos embajadores de y para la Iglesia; como representación terrena de los modelos eternos; y como personificación ya que el Papa representaba (de hecho representa) la Iglesia. El problema consistía en saber quien representaba la Iglesia: el Papa o el concilio sin el Papa; como esto no era claro, el concilio de Basilea y Ferrara fue muy largo. Cuando se caminaba hacia el concilio, en cumplimiento del decreto *Frequens*, llegó la muerte de Martín V; los cardenales en cónclave se dieron cuenta que los Colonna continuaban con su deseo y por ello era preciso la convocación de un concilio para remediar los males de la Iglesia. Los 19 cardenales presentes eligieron al veneciano Gabriel Condulmer, quien tomó el nombre de Eugenio IV (1431-1447), un hombre pío e irreprensible, excelente canónigo que carecía de sentido diplomático; sin conocer bien la realidad y sin entenderla, confirmó la convocación del concilio, el cual fue abierto en Basilea si bien el Papa quería y proponía otra ciudad.

1.3.2 El oriente hacia la unión

En oriente existía sintonía ya que los dos poderes caminaban unidos buscando el bien social. El horizonte de la Iglesia bizantina se iba reduciendo en la medida en que se reducía el imperio bajo la amenaza del islam por el oriente, los serbios y búlgaros por el norte y la acción de la casa de Anjou, los italianos y los españoles por el occidente. Esta realidad condujo a que esta Iglesia sólo se entienda en el contexto del imperio; no existe Iglesia sin emperador ya que el emperador desempeña un importante papel, pero no por esto se puede hablar de cesaropapismo ya que el código vigente en oriente, que venía desde la época de Basilio I, decía que las partes más grandes y necesarias de la comunidad eran el patriarca y el emperador.

El emperador era la ley viviente, su soberanía era icono de la monarquía divina, por ello debía proteger la fe, respetar los límites que la ley divina le había puesto a su autoridad y vivir los deberes propios de su autoridad que eran diferentes a los del patriarca. Aunque se habla de una estrecha relación entre el emperador y el patriarca, no siempre fue así; el patriarca Antonio IV (1389-1397) se sentía vicario de Cristo y protector de los cristianos, por ello los obispos eran sus vicarios y, en medio del centralismo, quiso hacer prevalecer el canon 28 de Calcedonia, sobre todo cuando Roma se había convertido en una sede herética y cismática.

La elección del patriarca era básicamente política; se desarrollaba así: el concilio permanente de Constantinopla elegía tres nombres que eran propuestos al emperador, quien nombraba al patriarca y le entregaba el báculo, posteriormente el metropolitano de Heraclea lo consagraba; aunque esa era la teoría, la práctica era diferente porque normalmente el emperador actuaba en forma diferente. De los 22 patriarcas elegidos entre 1275 y 1451, 13 eran monjes; esto da a entender dos cosas: el influjo del monacato era notable y el canon 15 de Nicea sobre el no cambio de sede para los obispos aún seguía vigente.

Los monjes conformaban el polo eclesial de mayor influencia; a pesar de ello la vida monacal sufrió algunas evoluciones como: la autoridad del abad disminuyó cuando fue introducido el consejo abacial de 15 miembros, los grandes monasterios comenzaron a proteger los pequeños monasterios, apareció la “idioritmia” o elección personal del propio horario para vivir la vida monacal, que condujo a la decadencia de las costumbres monásticas, y el integralismo y conservadurismo de varios monjes que impedía la posibilidad de una apertura a las influencias extranjeras no ortodoxas.

Al interior del monacato se presentó el hesicasmo y la polémica palamita. El hesicasmo era un sistema espiritual que conducía a la paz como medio para la contemplación que a través del uso de elementos estoicos y platónicos pretendía la soledad, el silencio y la quietud; la teoría de este movimiento, iniciado por el monje Arsenio, se le debe a la escuela sinaítica (principalmente a Juan Clímaco); posteriormente fue llevado a Constantinopla por Simeón el Nuevo Teólogo y hacia el siglo XIV fue introducido por Gregorio Sinaíta en la comunidad monacal del Monte Athos. Gregorio Palamas (1296-1359)[177] llevó el hesicasmo a la cima al escribir un libro donde defendió a los monjes hesicastas; frente a estas ideas se opuso el monje calabrés

Barlaam quien acusó a los hesicastas de omfalopsiquía o vida espiritual plegada sobre sí mismo (omfalo = ombligo), error en el conocimiento de Dios ya que lo materializaban al hacer una distinción entre naturaleza y energía, y de mesanialismo en cuanto que sólo la oración y no los sacramentos y la vida ascética servía para alejar al demonio; Barlaam fue condenado, Palamas triunfó a pesar de que algunas de sus ideas fueron dejadas en el olvido.

Después del cisma de 1054 los elementos de unión y división continuaron presentes. Las diferencias son de tres tipos: teológico, litúrgico y disciplinar, y político y cultural. A nivel teológico está: el filioque considerado por oriente como una herejía en cuanto que era un cambio ilegítimo al símbolo apostólico e introducía un "segundo principio" en la Trinidad, el Primado Petrino porque el obispo de Roma estaba contra la pentarquía y era un herético, el purgatorio, y las exigencias del método escolástico que encontró sin la debida preparación a los orientales quienes básicamente seguían otro método y tenían otra mentalidad. A nivel litúrgico y disciplinar, está la cuestión de los vestidos, los ritos, la disciplina celibataria y el divorcio. A nivel político y cultural, están las diferencias más graves: las cruzadas (sobre todo la de 1204), la ignorancia lingüística, la presencia de mercaderes italianos y el saqueo que hicieron los catalanes en el Monte Athos.

También existían intentos de unión, o al menos existía el deseo. El II concilio de Lyon (1274), que buscó la unión, fracasó porque el emperador Miguel VIII (1261-1282) seguía un camino político diferente, interesado más en su lucha contra Carlos de Anjou de Nápoles que en tratar la unión de oriente y occidente; por esta actitud la situación se deterioró y a ello se le suma el hecho que los dignatarios imperiales servían por oportunismo y el pueblo seguía al emperador por miedo. En esta perspectiva los deseos de unión se convirtieron en cuestiones políticas que encontraron numerosos obstáculos por parte de los monjes en oriente y de la curia romana en occidente; de hecho Roma quería una sumisión ciega de oriente al no permitir la convocación de un concilio porque los elementos básicos de la controversia ya no existían. Es claro, eso sí, que los intentos de unión existieron, al menos en cuanto a la voluntad; de todas maneras fue el conciliarismo de los siglos XIV y XV el que favoreció el restablecimiento de las conversaciones unionistas.

1.4 La experiencia misionera

Debido a la naturaleza misionera de la Iglesia, se habla de la historia de las misiones; la historia y la historiografía de las misiones han sufrido los cambios de la realidad contextual del momento, por ello se presentan obras de diferentes tipos: narrativa, apologética, analítica, histórica y crítica. En la historia de las misiones es importante: distinguir las fuentes, introducir la historia misionera en la historia de la Iglesia, presentar bien la intelección del término misión y presentar la dinámica de la Iglesia que evangeliza y es evangelizada. Este campo histórico ha presentado dos conceptos de misiones: propagación de la fe, el reino de Dios y la Iglesia entre los no cristianos (Escuela de Münster, Schmidlin) y plantación de la Iglesia (Escuela de Lovaina, Charles).

En el siglo XIII franciscanos y dominicos habían organizado las misiones con métodos

nuevos: llevar dinero, vestir de laicos, aprender los idiomas, adaptar la evangelización, etc.; la comunidad misionera dependía del general quien nombraba los prefectos y vicarios de las misiones; en 1372 Gregorio XI había instituido una comisión para las misiones pero el cisma repercutió en el proceso misionero. Las misiones mongólicas fueron florecientes en este momento histórico, porque se crearon en Asia dos diócesis: Kahnbaliq (Pekín) para los franciscanos y Sultaniyah para los dominicos; cuando el imperio mongol fue islamizado bajo Tamerlán (1336-1405) los contactos con China se perdieron y en 1410 las dos diócesis fueron unidas pero China ya estaba cerrada y perdida para occidente. En 1404 se habla de cristianos católicos en Bagdad, Mossul, Armenia, Georgia y Kurdistán; en el Cáucaso se rezaba el Padre Nuestro en turco. A medida que el islamismo iba cerrando el camino de la seda, la Iglesia y los príncipes miraron hacia occidente: en 1404 se creó la diócesis de Canarias después de una conquista que fue premiada con una indulgencia; Juan XXII aprobó la comunidad militar portuguesa de *Militia Iesu Christi* y Eugenio IV en 1443 les concedió las islas conquistadas y por conquistar; Nicolás V le concedió a Portugal el monopolio del comercio y el honor de defender la fe; posteriormente Alejandro VI hará lo mismo con España. Con esto el patronato estaba madurando.

Entre 1368 y 1492 se vivió un período muy importante en la historia de las misiones en cuanto se pensaba que a través de la unión con oriente se podría rodear a los musulmanes para rescatar a los cristianos que eran sometidos y evangelizar a los árabes. Además, hay tres hechos que transformaron todo: la caída de la dinastía mongólica (1368), que truncaba la esperanza de la conversión de China; Europa se dio cuenta que el mundo era más grande de lo que pensaba, es decir, apareció el concepto de geografía con lo que era superada la mentalidad literaria y fantástica con relación al oriente, y la unión con los cristianos orientales para convertir a los musulmanes. Hacia los últimos años de este período se dieron los descubrimientos que condujeron a la creación de la "Cuarta Iglesia", la Iglesia Latinoamericana a partir de 1492.

Por lo que se refiere a las misiones en el siglo XIV[178], se puede decir que hacia 1386 se concluyó la cristianización de Europa con la conversión de Lituania con lo que se terminaba la misión entendida como *dilatatio imperii* y la difusión del cristianismo a través de la cruzada, ya que era mediante este método como se entendía la misión. A partir de san Francisco se presentó un cambio en la concepción misionera ya que fue inaugurada la misión a través de la predicación; con esto surgió el problema de saber cómo se debía predicar: si atacando lo que se encontraba, si ofreciendo lo que se tiene, o si presentando el mensaje de acuerdo a lo que se encuentra sin por ello desvirtuarlo.

Un hecho importante para las misiones durante estos siglos es el imperio mongólico creado a partir de la conquista de Pekín realizada por Gengis Khan hacia 1215. En la quinta cruzada (1217-1221), se escuchó hablar de los mongoles y se pensó que en ellos, Europa, la Iglesia, podría encontrar los aliados que necesitaba para vencer el islamismo; comenzaron los negocios, las embajadas, las misiones, pero todo fue inútil porque el rey mongol jamás se convirtió al cristianismo ya que tendía al budismo y algunos de sus gobernadores al islamismo. En el contexto de estos negocios se ubica el envío de

algunos misioneros franciscanos a la corte mongólica por parte del rey francés Luis IX y los viajes de Marco Polo. Este fracaso, influyó sobre el método misionero porque a partir de ese momento comenzó la centralización romana en cuanto que la Santa Sede era la encargada de organizar las misiones a través de las comunidades religiosas, mendicantes; el Papado se empeñó en la *plantatio ecclesiae* por lo que comenzó a crear sedes arzobispales y episcopales en oriente, algunas se desarrollaron por algunos años, otras no pasaron de ser sedes que existieron en el papel. Debido a que la Santa Sede entregó las misiones a los mendicantes, franciscanos y dominicos básicamente, éstos se dedicaron a desarrollar el método misionero a través de la publicación de obras donde explicaban la metodología misionera; algunos de estos manuales señalaban la importancia de conocer las lenguas, refutar la fuerza, evitar las controversias públicas, etc.

Entre los diferentes autores merece una mención particular Raimundo Lullio (1235-1316), quien maduró tres propósitos: intentar la conversión de los musulmanes arriesgándose al martirio, escribir un libro contra los errores de los infieles, y hacer que Papas y reyes fundaran monasterios para el estudio de las lenguas orientales. Con el deseo de prepararse mejor inició el estudio del latín, árabe, filosofía, teología y ciencias. Rechazaba las cruzadas y propuso que la conversión debía ser una elección libre. En el concilio de Vienne (1311-1312) obtuvo la institución de cinco colegios: Roma, París, Bolonia, Oxford y Salamanca. También se presentó la creación y organización de algunas sociedades misioneras que nacieron en el seno de la familia dominica y vivían en un ambiente de peregrinación: *Societas Fratrum Peregrinantium propter Christum inter gentes*; alguna de estas sociedades pudo haber nacido al interior de los franciscanos. El objetivo era predicar a los infieles, rescatar a los cautivos y buscar la unidad incluso entre los no católicos.

En lo que se refiere al siglo XV, en 1404 gracias al *Libellus de notitia orbis* de Juan III obispo de Sultanieth, se reconocía la presencia de cristianos en Asia, un continente que estaba siendo islamizado; por la misma época las misiones cristianas católicas atravesaban serias dificultades por: falta de personal, tendencia a latinizar el oriente y el fracaso de las cruzadas; al mismo tiempo se presentaban tres hechos nuevos: el islamismo turco se expandía, la cristiandad terminaba y el Atlántico se abría.

El islamismo, después de haber llegado a Europa por el norte de África, pensaba llegar a Europa por otro camino que tenía dos direcciones: noroeste, hacia Constantinopla y los Balcanes, como para terminar de destruir la posible idea de unidad de la cristiandad; y suroeste hacia Alejandría y Trípoli para impedir el paso de Europa hacia Asia. Frente a esta invasión, las comunidades misioneras en oriente resistían levemente; debido a esta resistencia se renovó el movimiento unionista. El occidente por su parte ya no se reconocía en la cristiandad porque la idea de imperio era sustituida por la de nación; en este cambio hay dos datos esenciales: por una parte el pontificado se redujo a la política italiana y, de otra parte, cada nación quería comenzar a caminar por su cuenta, incluso en lo eclesial.

Al tiempo que la vía de oriente se cerraba y los estados europeos entraban en una lógica nacionalista, se abre la vía del Atlántico por obra de España y Portugal, dos

estados que hasta el momento eran marginales; la importancia de esta nueva vía radica en el hecho de entenderse como una nueva vía de comunicación con Asia que permitía superar el obstáculo de la conquista turca. Esta vía tenía dos direcciones: el sur, navegando alrededor de África, y el occidente atravesando el desconocido Atlántico. Estas dos vías, que condujeron a importantes descubrimientos, alcanzaron notable desarrollo por la necesidad de: las especias, el oro para comprar los productos orientales, la mano de obra, los progresos de la navegación, la voluntad de contrarrestar el comercio de los árabes y el deseo de llegar a los lugares santos viajando por occidente.

Desde el punto de vista de la evangelización se dieron algunos elementos como: la creencia del inminente fin del mundo porque se estaba viviendo la undécima hora, la urgencia con la cual se debía anunciar el evangelio para convertir a los no cristianos, la justificación del uso de la fuerza (Lc 14, 23) para hacer que los paganos se convirtieran o al menos escucharan la predicación. Por ello, las misiones marchaban al ritmo de los descubrimientos que eran favorecidos por la Santa Sede, la cual, a través de las bulas (69 entre 1415 y 1500), dejó la cuestión de la evangelización en manos de los dos reinos ibéricos a través del patronato. A nivel teológico, más allá de las consideraciones políticas, sociales y económicas, hay algunos temas que son fundamentales para entender la mentalidad del siglo XV: la salvación de los infieles, algunos elementos de la idea de tolerancia, la cuestión del diálogo interreligioso con la acentuación del islamismo, por una parte, y el carácter cristiano católico de España por la otra parte, y el humanismo que hizo de la cultura europea la única cultura válida por lo que los misioneros no sentían la necesidad de inculturarse ya que los no cristianos eran bárbaros, tal como los definía Pío II, el primer Papa humanista.

Al interior de la evangelización durante el siglo XV, se ubica la experiencia de Congo, primer reino cristiano de África. Hacia 1483 el navegante portugués Diego Câo desembarcó en las bocas del río Zaire, implantó el Padroado e inició la evangelización de aquel reino. Hacia 1490 fue bautizado el rey de este reino junto con la reina y el príncipe hereditario que se llamaba Alfonso; cuando la misión regresó hubo una apostasía por parte del soberano, el príncipe sucesor siguió fiel pero cayó en desgracia, por lo que tuvo que luchar para suceder a su padre y terminó siendo rey entre 1506 y 1543; este rey fue un apóstol que vio probada su fe en cuanto que un sacerdote trató de asesinarlo y los portugueses no le economizaron humillaciones. Debido a las dificultades para obtener misioneros decidió mandar a Portugal un grupo de jóvenes a que se prepararan para el sacerdocio, entre los cuales estaba su hijo Enrique; se trató sobre la posibilidad de crear una diócesis que sería administrada por Enrique, pero Portugal se opuso; de hecho ambos murieron sin ver realizado el sueño si bien Enrique alcanzó a ser obispo auxiliar de Funchal. Sólo en 1596 fue erigida la diócesis San Salvador, sufragánea de Lisboa. Las misiones no alzaron vuelo por: falta de misioneros, los problemas con el padroado, los conflictos entre España y Portugal, la no preparación de los misioneros, y la no apertura de seminarios (en 1835 se abrió el primer seminario). En cuanto a la no preparación de los misioneros, los manuales de historia señalan: el no conocimiento del país en todos los aspectos, el desconocimiento de la inculturación y el

hecho de actuar por un entusiasmo ciego que quería destruir todo aquello que no era cristiano. El Congo es llamado “cementerio de capuchinos”.

2. El pontificado en Aviñón

Hacer un acercamiento histórico al pontificado en los siglos XIV y XV es un tanto complicado debido a las contrapuestas lecturas que se presentan sobre un hecho que marcó la historia de la Iglesia y del pontificado en el contexto de la influencia de los laicos en la sede de Pedro y la respuesta política que la Santa Sede daba a esta influencia.

2.1 El pontificado en la segunda mitad del siglo XIII

La situación de la Santa Sede a finales del siglo XIII era difícil y caótica toda vez que las luchas entre las familias romanas y el influjo de los Anjou fueron fatales para la Iglesia. Además, en poco tiempo hubo cuatro Papas franceses (Urbano IV, Clemente IV, Inocencio V y Martín V) y un buen número de cardenales de ese reino, la lucha entre los Colonna y los Orsini, la lucha entre Francia e Italia por el pontificado, una serie de cónclaves largos y pontificados cortos y el poder del colegio cardenalicio que se mantenía dividido. Junto a esta situación, se tuvieron tres fracasos que fueron entendidos como sentencias de Dios: la colaboración entre papado e imperio, los intentos de reunificación con oriente y las cruzadas.

En las relaciones estatales con el pontificado se presentaron diferentes actitudes: el rechazo a los deseos pontificios de influir en la política, la contestación de algunos cardenales a las disposiciones papales, la espiritualización del concepto de Iglesia y de ministerio, la creciente autoridad de los príncipes territoriales sobre la Iglesia. En el marco de estas relaciones se presentaron la aceptación del ámbito magisterial y sacramental de la Iglesia, y la evolución del concepto de Estado por las alianzas, los matrimonios, el influjo estatal sobre la Iglesia y una cualificada burocracia jurídica formada por eclesiásticos y laicos. El poder estatal se manifestaba en la independencia frente al poder eclesiástico, competencia en los aspectos temporales del poder eclesial y responsabilidad estatal en el bien espiritual de los súbditos; de este modo el estado comenzó a entrar en tensión con la Iglesia.

La independencia del Estado como un deseo secular y laico, al dudar de la superioridad de la espada empuñada por la Iglesia, originó un nuevo sentido en el poder estatal que no necesitaría la mediación sacerdotal; aquí había dos perspectivas: algunos continuaron defendiendo los derechos del Papa, otros sostenían que el emperador elegido no tenía que ser confirmado por el Papa. Con esto se llegó a la inmediatez del poder que dio origen a la fórmula que usaban los príncipes: “por gracia de Dios”. El fruto de esta forma de pensar está en el patronato, el confesionalismo y el absolutismo; además, entre 1250 y 1500 los lazos con Roma se habían aflojado o roto, el nacionalismo iba madurando y la unidad cristiana estaba a las puertas de desgarrarse.

La competencia en lo temporal, se entendía como el deseo que tenían los príncipes de controlar los bienes eclesiásticos; esto se presentó debido a las polémicas sobre la pobreza suscitadas por los franciscanos, que condujeron a que los sacerdotes no podían poseer bienes sino usarlos, a tal punto que en Germania las ciudades comenzaron a controlar los bienes de la Iglesia. La responsabilidad espiritual va unida a los derechos defendidos por los príncipes: asilo, limitación del fuero eclesiástico, avalúo del patrimonio eclesiástico y contestación de las censuras eclesiásticas. Además, los príncipes querían controlar la vida de sacerdotes y súbditos a través de credenciales para la nominación a beneficios, predicaciones, etc.

2.1.1 Regreso a Francia

Tras la deposición de Federico II en el concilio de Lyon, Inocencio IV (1243-1254) encomendó la sucesión de los Hohenstaufen a los electores competentes pero se reservó a sí mismo y los cardenales la nueva ordenación de Sicilia, donde se daban dos posibilidades: o lo asumía la Iglesia romana o lo daba como feudo a una nueva dinastía. La primera opción fue la que acogió Inocencio IV, pero como la curia era débil financiera y militarmente se optó por la segunda opción. Con ello, el Papa ofreció el reino de Sicilia a Ricardo de Cornualles y Carlos de Anjou, quienes rechazaron la propuesta; el Papa, teniendo estos resultados entabló relaciones con Enrique III de Inglaterra pero las interrumpió después de la muerte de Conrado IV e incorporó al patrimonio petrino la región de Sicilia, lo cual fue un fracaso. Las negociaciones con Inglaterra se reanudaron cuando a la muerte de Inocencio IV lo sucedió Alejandro IV (1254-1261), quien excomulgó a Manfredo y entregó Sicilia a Edmundo. Enrique III no pudo sostener a Sicilia y en este momento el Papa se volvió a atrás en los acuerdos. El 10 de agosto de 1258, Manfredo se hizo coronar rey en Palermo.

El 25 de mayo de 1261 murió Alejandro IV y fue elegido el francés Jacques Pantaleón, Urbano IV (1261-1264); como francés estaba distanciado de los problemas italianos y se sentía más libre. Bajo su pontificado se dio el giro hacia Francia; este giro es apenas lógico cuando con la muerte de Federico II (1250) el ideal de la alianza entre el pontificado y el imperio había desparecido y era necesario hacer una apuesta por el futuro, la cual se impostó girando de los alemanes a los franceses. Lo primero que quiso arreglar fue el problema de Sicilia, ofreciéndole a Luis IX la investidura de Sicilia, pero este declinó la oferta; luego habló con Carlos de Anjou; más tarde el tratado con Inglaterra fue denunciado y el sur de Italia y Sicilia le correspondió a Carlos de Anjou por la investidura. A la muerte de Manfredo, el camino del reino quedaba abierto para el nuevo amo, Carlos de Anjou, pero aún seguía vivo Conrado de Hohenstaufen, quien marchó a Italia; Clemente IV (1265-1268) intentó detenerlo y lo amenazó con la excomunión, pero no hizo caso, avanzó hacia Italia y en la batalla de Taglicozzo fue hecho prisionero y procesado por Carlos de Anjou, quien lo mandó a decapitar. Así Carlos de Anjou, como heredero de los Hohenstaufen, se hizo dueño de Italia.

El 1 de septiembre de 1271 fue elegido Gregorio X, quien en marzo de 1272 empezó

sus funciones. El 13 de abril comenzó la convocación para un nuevo concilio en Lyon, concilio que aunque fracasó por los nacionalismos planteó el ecumenismo y la unión de las Iglesias sobre la base de un diálogo en diferentes terrenos. Gregorio buscaba la liberación de los santos lugares y obtener la paz con Bizancio; también buscaba algo parecido con la reforma de la vida eclesiástica occidental. En Siria, Gregorio X ya había adelantado negociaciones con Miguel Paleólogo. Por otro lado, en Italia permitió que Carlos Anjou siguiera de senador de Roma y vicario de Toscana, evitando que el papado dependiera de él; se puede decir que Gregorio X quería resolver por su cuenta el problema entre güelfos y gibelinos, para lo cual era necesario el nombramiento de un nuevo emperador.

En Alemania, durante el tiempo de Ricardo de Cornualles, la anarquía causó grandes daños a la Iglesia y el pueblo; después de su muerte los príncipes se ocuparon de la sucesión y entre los candidatos se encontraban: Otocar II rey de Bohemia, Felipe rey de Francia, el duque Enrique de Baviera y su hermano Luis conde del Palatinado pero la elección cayó sobre Rodolfo de Habsburgo, nueva dinastía que entró en la escena de la historia. El Papa recibió con satisfacción la noticia alemana pero sin tomar posición sobre el asunto hasta el concilio.

El 7 de mayo de 1274 se reunió el concilio en Lyon[179], que congregó a obispos, abades, generales de las órdenes religiosas y los teólogos; además de Jaime de Aragón, los representantes de los demás príncipes y la embajada de los griegos. Gregorio X quería que en este concilio hubiera una representación de la cristiandad de la época. Los temas del concilio fueron: la reforma de la Iglesia, la unión con los griegos y la cruzada. Con los enviados de Persia se echó por tierra un tratado que pretendía un frente común contra el islamismo. El 6 de septiembre el Papa confirmó a Rodolfo como sucesor de Ricardo de Cornualles; no lo había hecho antes, porque estaba esperando que Otocar y Alfonso X de Castilla abandonaran sus pretensiones a la corona imperial; la coronación de Rodolfo no la pudo hacer efectiva Gregorio X, porque murió el 1 de enero de 1276 y la ceremonia de coronación se había fijado para el 2 de febrero. El concilio como tal produjo buenos resultados, se logró por lo menos, fuera de la profesión de los griegos, preparar la cruzada; también se impuso un diezmo por seis años a los ingresos eclesiásticos.

Los decretos del concilio continuaron la obra legislativa de 1215 y 1245; entre otros documentos, está la *Ubi periculum* que regulaba la elección papal; esta constitución fue exigente y varios sucesores de Gregorio la abolieron, sólo Celestino V la puso de nuevo en vigor y Bonifacio VIII la admitió en el *Liber Sextus*; desde entonces ha formado parte del derecho canónico. Los demás decretos del concilio se referían a abusos que se habían señalado concretamente: de ahora en adelante se tenía que nombrar sacerdotes dignos para las parroquias; el deber de residencia para frenar la acumulación de prebendas; la renovación del culto divino. La constitución *Religionum diversitatem* reiteró la prohibición, hecha ya en 1215, de fundar nuevas órdenes y congregaciones, las demás comunidades religiosas fueron sometidas a duras consideraciones. El concilio también condenó la usura, describió el derecho penal y dio nuevas disposiciones para los

procesos. Algunos de estos decretos entraron a formar parte del *Corpus Iuris*.

Martín IV (1281-1285), sucesor de los Papas Inocencio V, Adriano V, Juan XXI y Nicolás III, que ocuparon la sede petrina entre 1276 y 1280, hizo girar en torno a los Anjou los destinos de la Iglesia [180]. Inocencio V confirmó a Carlos de Anjou en las funciones de senador romano y vicario imperial de Toscaza en un contexto en que era frecuente la intervención política en los cónclaves que tenían una exagerada duración. Con Nicolás III, la Rogmana fue anexionada como territorio de los estados pontificios y comenzó el señorío papal sobre Roma al adjudicarse el cargo de senador vitalicio; también hizo intentos de intervención política en otras regiones de Italia como Toscana, Lombardía, Sicilia, etc.; para reconciliar los güelfos, liderados por Carlos de Anjou, con los gibelinos, encabezados por Rodolfo de Habsburgo, proyectó el matrimonio de Clemencia con Carlos pero murió el 7 de agosto de 1280; su sucesor Martín IV, se pasó por completo al servicio de los güelfos y Carlos de Anjou contra los gibelinos.

Con la excomunión que Martín IV hizo contra Miguel VIII (emperador bizantino) se acabó la probable unión de las dos Iglesias que se había iniciado en Lyon con Gregorio X. El principal interés que subyace es el despliegue de poder de Carlos de Anjou desde Sicilia, pero esto acabó con las vísperas sicilianas (marzo 30 de 1280) en las que tras una protesta y manejos políticos extraños, Sicilia pasó al dominio de Pedro III de Aragón. Con la muerte de Carlos de Anjou, Martín IV y Pedro III, las cosas no mejoraron porque Sicilia siguió siendo de Aragón y Honorio IV (1285-1287) no logró cumplir los deseos de su predecesor de arrebatársela. Tampoco Nicolás IV (1288–1292) logró solventar esta situación, aunque motivó algunos tratados.

Es importante, al interior de este contexto recordar que a lo largo de los siglos que duró el enfrentamiento entre reino y sacerdocio, la Iglesia romana concentró en sus manos la dirección de la Iglesia occidental; fue un fenómeno de centralización manifestada en la doctrina con declaraciones papales, enseñanza teológica y canónica y varias normas que se dieron en la práctica. Fue la época de la centralización del poder pontificio que tuvo consecuencias en diferentes ambientes que se comenzaron a sentir con pasión e intensidad.

2.1.2 La crisis pontificia

Durante veinte años, la curia, por estar envuelta en los asuntos de la sucesión al reino de Sicilia y la inquietud del resto de Italia, descuidó tareas importantes en el oriente y el gobierno de la Iglesia universal, dando cabida al dominio de los señores temporales sobre la Iglesia.

Después de la muerte de Nicolás IV (abril 4 de 1292), el colegio cardenalicio estuvo dividido en tres grupos: los Colonna (favorecidos por los pontificados anteriores), los Orsini y los libres; el líder de los Orsini era Mateo quien llenó de intrigas los cónclaves habidos entre 1279 y 1305, el de los Colonna era Jacobo. Además de esta división, estaba el conflicto entre dominicos y franciscanos, las luchas políticas entre las de casas de Anjou y Aragón por el dominio del sur de Italia y Sicilia. A pesar de los problemas,

los cardenales se reunieron en Roma, primero en el Quirinal y después en el templo Santa María en el monte Minerva, pero debido a la muerte de un cardenal francés, el cónclave se disolvió para posteriormente reunirse en Perusa donde los cardenales estuvieron más divididos porque no había afán para elegir al Papa ya que las normas dadas por Gregorio X habían sido derogadas en parte.

A pesar de la división se llegó a un acuerdo por cual fue elegido Celestino V, quien tenía 85 años cuando fue puesto al frente de la Iglesia y su política; era un ermitaño que animaba un grupo de benedictinos que vivían una estricta observancia; después de la elección llegó a Áquila montado en un asno y fue coronado en un templo que pertenecía al grupo de eremitas que él animaba: los celestinos.

Los pocos meses de su gobierno fueron orientados por Carlos II de Anjou, quien se lo llevó para Nápoles y desde allí lo hacía legislar; nombró 12 cardenales (7 franceses y 5 italianos) de los cuales 5 eran monjes: dos celestinos, dos benedictinos y un cisterciense, con lo que dejó ver la influencia que en su pensamiento tenía la interpretación histórica de Joaquín de Fiore, según la cual a partir de 1264 se estaba viviendo la época del Espíritu Santo en la que los monjes serían los encargados de dirigir la Iglesia. En su breve gobierno se dio el problema de los franciscanos espirituales, dirigidos por Ángel Clarino y Pedro de Macerata, quienes ya habían tenido problemas en la orden franciscana; los separó de ella y les permitió vivir según sus normas pero en obediencia directa al Papa y con un cardenal (Napoleón Orsini) que los protegía. Como las fuerzas ya no lo acompañaban quiso delegar el gobierno en tres cardenales pero Mateo Orsini le hizo entender que la Iglesia no debería tener tres maridos. Posteriormente se presentó la dimisión de Celestino V; una renuncia poblada de leyendas y llena de problemas; lo único que se puede decir es que la doctrina canónica admitía la dimisión del Papa; Celestino la presentó por iniciativa propia, después de haberle pedido consejo al cardenal Gaetani (futuro Bonifacio VIII); hubo varias manifestaciones a su favor más por intereses que por otra cosa. Las razones expuestas por Celestino V fueron tres: enfermedad, falta de preparación y deseo de continuar la vida eremítica; la dimisión fue presentada el 13 de diciembre de 1294. Murió en 1296.

La dimisión papal condujo a discusiones teológicas y jurídicas que tenían posiciones polarizadas; lo más representativo fue el paso dado por Juan de París, partidario de Felipe el Hermoso, quien de la dimisión papal pasó a la posible deposición papal con lo que se abrió una puerta que aún sigue abierta a pesar de los cambios que se han presentado. Además, la dimisión de Celestino V condujo al fin del sueño del “Papa angélico” porque su elección, hecha en un ambiente apocalíptico por aquello del influjo de Joaquín de Fiore y de un fenómeno colectivo de miedo, fue interpretada como el momento en el cual parecía realizarse la esperanza de un *pastor angelicus*, con quien la *Ecclesia spiritualis* triunfaría sobre la *Ecclesia carnalis*; Celestino V movilizaba las masas y llegaba al corazón de los cristianos quienes después de varios decenios volvieron a aplaudir al Papa y pedir su bendición; fue canonizado por Clemente V en 1313.

La dimisión de Celestino V y la elección de Bonifacio VIII fueron dos hechos

inimaginables, sobre todo por el cambio que se dio con Bonifacio, quien dio el paso teológico de la *Ecclesia spiritualis* a la *Ecclesia corpus mysticum* en el sentido que ya no se esperaba una respuesta venida de arriba sino de abajo, es decir, el sobrenaturalismo apocalíptico era sustituido por el realismo de la encarnación, la *Unam Sanctam* es la Iglesia real, una Iglesia que se reforma *in capite et in membris*.

2.2 Bonifacio VIII[181]

A la renuncia de Celestino V un hombre decidido fue elegido rápidamente porque Celestino había restablecido las normas gregorianas; el cardenal Mateo Orsini fue elegido pero no aceptó, entonces fue elegido Benito Gaetani quien tomó el nombre de Bonifacio VIII. En el cónclave del 23 de diciembre de 1294, también existían dos partidos: el italiano y el francés; las familias romanas estaban unidas para vencer la influencia de Carlos II de Anjou, quien había sido el legislador del pontificado anterior.

Bonifacio VIII tenía un carácter fuerte y pertenecía a una familia romana en ascenso, emparentada con los Orsini y los Colonna y extendida por Italia, Francia y España; jurídicamente era un hombre preparado en ambos derechos, en política era experto y conocía los diferentes intereses que se cernían sobre la Santa Sede; consciente que había sido llamado a gobernar, tomó algunas decisiones: anuló y suspendió las determinaciones de Celestino V, exceptuando la nominación de cardenales, reemplazó el personal de la curia romana y la trajo a Roma; era un hombre moderado pero cuando se discutía sobre un principio era intransigente. Las acusaciones que se dicen sobre él son de dos tipos: éticas y doctrinales, y políticas y religiosas; casi todas tenían como objetivo demostrar que el Papa era herético.

Las acusaciones éticas y doctrinales provinieron de los Colonna y Francia. Los cardenales Colonna fueron depuestos después de confiscarles los bienes, conocer su defensa con el *Manifiesto di Lunghezza* (mayo 10 de 1297), según el cual la renuncia de Celestino V era inválida y por lo tanto el Papa elegido era ilegítimo y les había destruido Palestrina (junio 13 de 1299); la lucha contra esta familia tuvo también una motivación económica: Bonifacio VIII prácticamente había terminado de comprar un territorio (Ninfa) y cuando envió el dinero (parte del tesoro papal) para pagarlo, la caravana de ochenta mulas fue asaltada por miembros de la familia Colonna quienes veían en esta compra una oposición a sus deseos de expansión.

Los franceses produjeron el 14 de julio de 1303 una acusación en 29 puntos; entre las acusaciones más notorias se dice que Bonifacio VIII no creía en la vida eterna, la inmortalidad del alma, la transubstanciación, sostenía que fornicar no era pecado, tenía un demonio privado, era sodomita y homicida y habría violado el sigilo sacramental; en resumidas cuentas no sería un pastor que busca la salvación sino la ruina de las almas. Esto conducía, junto al ataque de los Colonna, a la necesidad de apelar a un concilio para defender la fe. Después de la muerte de los protagonistas, las acusaciones continuaron desde el monasterio de Saint-Dennis, los dominicos que favorecían a Juan XXII (1316-1334) y la Sorbona; posteriormente se volvieron a tomar estos argumentos tanto para

atacar la sede romana como para defenderla; hoy es claro que las acusaciones vinieron de los enemigos acérrimos, quienes sabían que la única acusación de peso sería la herejía, que algunos críticos contemporáneos no hacen tales acusaciones pero sí lo presentan como simoníaco y que algunas veces las acusaciones nacieron de expresiones poco adecuadas que usaba Bonifacio.

2.2.1 La política

La política le interesaba a Bonifacio no en vano nombró una comisión de juristas que produjeron el *Liber sextus* con el que se consolidó el carácter pontificio del derecho canónico. La actividad política de Bonifacio se puede leer en cuatro perspectivas: romana, italiana, imperial y francesa.

Con Roma, desde cuando era cardenal, Bonifacio VIII, quería aumentar el poder de su familia a través de la compra de feudos y la construcción de castillos fortificados; de esta manera se creó un pequeño principado que destruyó la continuidad territorial de los Colonna y comenzó a favorecer a su familia con privilegios; esto condujo a la ofensiva de los Colonna y la reacción de los Orsini. Los cardenales Colonna (Jacobo y Pedro) fueron destituidos y condenados como herejes y cismáticos y en diciembre de 1297 fue predicada una cruzada contra ellos con las mismas indulgencias concedidas a una cruzada enviada a tierra santa.

En relación a Italia, la península era una serie de reinos y pequeñas repúblicas; Bonifacio VIII favoreció a los Negros en Florencia, trajo de Francia a Carlos de Valois a quien nombró capitán general de los estados de la Iglesia y pacificador de Toscana y le encargó la reconquista de Sicilia donde Federico III había asumido el reino, gobernando en nombre de Jaime de Aragón que reinaba en Calabria. Se desató una guerra de intereses entre el Papa, la casa de Anjou, la casa de Aragón y Federico III por la supremacía sobre el sur de Italia. En 1302 se llegó a la paz de Caltabellota que daba el reino de Trinacria a los aragoneses y Sicilia regresaría a los Anjou a la muerte de Federico III; esto no le gustó al Papa quien firmó un acuerdo con Federico para que la familia Anjou no se pudiera restablecer y así fue porque desde entonces, salvo pequeños intervalos, fue la de Federico la que comenzó a reinar en Sicilia hasta que en el siglo XV (hacia 1442) fue unificado el sur de Italia bajo el nombre de Reino de las dos Sicilias con Alfonso V de Aragón.

Con el imperio, el primer objetivo era la cruzada a la cual exhortó a los reyes cristianos para que en lugar de luchar entre ellos, se unieran y volvieran sus armas contra quienes se habían apropiado de Jerusalén; para conseguirlo era básico el apoyo del emperador; Bonifacio intervino en la lucha por la sucesión imperial apoyando a Alberto I de Austria (1298-1308) contra Adolfo de Nassau (1292-1298); Alberto I triunfó y obtuvo la confirmación papal en 1303 con la bula *Æternis Patris*, después de comprometerse a obedecerlo y defenderlo.

La relación con Francia se centra en el conflicto con Felipe IV el Hermoso (1285-1314) y tiene dos premisas: el apoyo papal a Francia contra el imperio durante el siglo

XIII se convirtió en un arma contra la Iglesia y la doctrina del origen de la autoridad estatal. El punto de partida fue la necesidad estatal de reservas para sostener la guerra; esto lo hicieron gravando con impuesto al clero y los bienes eclesiásticos a pesar de la prohibición del derecho canónico y aprovechando que la sede petrina estuvo vacante entre 1292 y 1294[182].

Frente a esta actitud Bonifacio publicó la bula *Clericis laicos* (abril 24 de 1296), que fue registrada en la cancillería pontificia como "disposición sobre la libertad eclesiástica"; en ella el Papa usa expresiones fuertes y agresivas contra los príncipes a quienes llama "laicos", critica su intromisión en la Iglesia, amenaza con la excomunión a los clérigos que paguen los impuestos aunque sea bajo el título de donaciones y a los príncipes que quieren cobrarlos. Con esto apareció un problema jurídico, primero porque ninguno obedeció, segundo porque Felipe IV el Hermoso prohibió la exportación de dinero y bienes preciosos, y tercero porque Bonifacio retrocedió al darse cuenta de la prohibición del rey francés e hizo maleables las disposiciones de la bula dando una explicación en la que dice que los derechos feudales eran respetados, que la donación "espontánea" era permitida y aceptaba el criterio de "juicio de urgencia" como competencia exclusiva del rey. Hacia 1298, cuando ya estaba en ebullición la polémica con los Colonna, Bonifacio VIII obtuvo un éxito diplomático (la paz entre Francia e Inglaterra) después de haber hecho algunas concesiones económicas a la corona francesa; este triunfo se le atribuyó a Benito Gaetani y no a Bonifacio VIII con lo que se comenzó a hacer una diferencia entre el hombre y el Papa. Con la actitud asumida se da a entender que el Papa era visto como una persona extraña al conflicto. Otro punto que se debe tener en cuenta es la canonización de Luis IX de Francia (en 1299), abuelo de Felipe IV el Hermoso.

Hacia 1301, con un hecho significativo, la controversia volvió a abrirse: el arresto del obispo de Pamiers, diócesis fundada por Bonifacio VIII en 1295 sin contar con el visto del rey de Francia, por Bernardo Saisset, quien era acusado de alta traición, rebelión, simonía y herejía por problemas económicos y políticos con el rey. Bonifacio buscó su liberación, decidió actuar contra el rey, escribió la bula *Salvator mundi* donde revocó los privilegios otorgados al rey, puso en vigor la *Clericis laicos* y le escribió al rey la carta *Ausculta fili carissime* (diciembre 5 de 1301) donde expresaba los gravámenes de la Iglesia contra la corona y sus servidores, además de defender la supremacía papal sobre el rey y los reinos. Con esta carta, el problema se trasladó al campo político, un campo que los franceses han defendido como libre. Juristas, ministros y consejeros expertos en derecho romano, jurídico y legal ayudaron al rey francés para defender la autonomía del Estado. La carta fue quemada, siendo reemplazada por un falso en el cual fueron consignadas algunas afirmaciones que Bonifacio VIII nunca dijo. Teniendo este falso presente, que probablemente fue hecho por Pierre Flote, se pronunció un discurso en Nôtre-Dame donde se sostuvo que el rey no tenía obligación de someterse a ningún jefe porque había recibido el poder directamente de Dios. Se le hizo publicidad a la actitud del Papa contra Francia por lo que Bonifacio fue puesto en entredicho; la opinión pública fue informada, siendo ésta una de las primeras veces en que un problema salía del

cerrado ambiente de cancillería. El Papa quiso precisar reduciendo todo a una situación de razón de pecado, es decir, estaría por encima del rey sólo en cuestiones espirituales.

El 25 de junio de 1302 se realizó un consistorio en Anagni, desde donde el Papa ejercía; allí fueron recibidos los embajadores del rey francés. El objetivo era un estudio de la situación y la necesidad de volver a la unidad precedente en la que el Papa tenía la superioridad absoluta, según la propuesta que hizo Mateo de Acquasparta; Bonifacio juzgó duramente al jurista Pierre Flote quien había defendido al rey francés y sostuvo que si el rey era culpable debía deponerlo.

2.2.2 La bula Unam Sanctam

En noviembre 1 de 1302 se reunió un sínodo con la presencia de unos 40 obispos y seis abades, casi todos franceses; a este sínodo asistió Bertrand de Got, futuro Clemente V, arzobispo de Bordeaux; fue anunciada la excomunión para quienes impedían a los fieles la visita a la Santa Sede. Al final el Papa promulgó la bula *Unam Sanctam* que fue redactada por el cardenal franciscano Mateo de Acquasparta, quien en el consistorio de Anagni había abogado por el retorno a la unidad precedente.

Esta encíclica es un documento famoso, muy citado pero poco conocido; es un documento dogmático escrito en elegante latín, en el cual se repite la eclesiología anterior; reafirma las notas esenciales de la Iglesia y sostiene que: fuera de la Iglesia no hay ni salvación ni perdón de los pecados, la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, un Cuerpo en el cual Cristo es el único jefe; recuerda que existe un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo. La Iglesia, Cuerpo de Cristo, tiene un jefe temporal que ejercita su poder a través de las dos espadas: la espiritual que es la de la Iglesia y la temporal que es para la Iglesia; ambas espadas son manejadas por la Iglesia: la primera por los sacerdotes, la segunda por reyes y caballeros pero con el consentimiento y el permiso de los sacerdotes, con lo cual la espada temporal estaba sometida a la espiritual; es más, el poder espiritual debe instituir al poder terreno y juzgarlo cuando se equivoca. Se afirma que el poder espiritual supremo, el del Papa, sólo puede ser juzgado por Dios y no por los hombres.

Según estas ideas, lógicas en el marco de la cristiandad medieval, la existencia de las dos espadas sólo se entiende dentro de un orden, del cual el Papa tiene las llaves, es decir, podría intervenir contra los príncipes en razón tanto de pecado como de un orden universal querido por Dios; según esto, los hombres estarían sometidos al Papa, el hombre espiritual que era guiado por Dios a través de su Espíritu. No debe extrañar que la *Unam Sanctam*, salida de una excelente pluma teológica, apareciera muy tarde y en un ambiente inadecuado, porque los estados nacionales ya estaban naciendo y era difícil aceptar una posición tan radical que en lugar de crear unidad, producía división y envenenaba el ambiente. La bula exponía la doctrinal tradicional medieval, según la cual el Papa era la máxima autoridad incluso en las cosas temporales; el objetivo fundamental de esta política era salvaguardar la fe y la unidad, desde una perspectiva hierática y teológica, que tenía algunas repercusiones políticas[183].

Frente a esta bula, Felipe IV el Hermoso cambió de política y políticos; era un hombre religioso que había mantenido el enfrentamiento en el campo político, pero las cosas cambiaron por la influencia de algunos de sus consejeros; entre estos consejeros está Guillermo de Nogaret, quien conocía bien la división de los franciscanos residentes en Francia y la situación de los Colonna con quienes tenía una amistad política normal. Debido al cambio de política, en junio de 1303 fue convocada una asamblea de nobles y prelados en París; en esta reunión nacieron las acusaciones contra Bonifacio y se tomaron dos decisiones importantes: hacer ver las herejías del Papa para destituirlo y acudir a un concilio para que se hiciera justicia. Este contexto las amenazas del Papa se vinieron contra él.

En el consistorio de junio y julio de 1303, el Papa rechazó las acusaciones imputadas y tomó la decisión de excomulgar al rey francés en la fiesta de la natividad de la Virgen María (septiembre 8) pero antes de esa fecha Anagni, ciudad donde había nacido Bonifacio en 1235 y desde donde ejercía, fue asaltada por un grupo de mercenarios guiados por Nogaret y Jacobo Colonna, quienes deseaban presionarlo para que asistiera al concilio que se quería convocar y presentara su dimisión; el Papa no cedió y refutó tales invitaciones. A este punto se habla de la "cachetada de Anagni" que, parece, no existió porque ninguno de los cronistas contemporáneos habla de ella, es más, aún no se sabe con certeza si Nogaret se encontró con el Papa; sólo se sabe que Jacobo Colonna posiblemente hubiese querido asesinar al Papa pero fue convencido por sus compañeros para que no lo hiciera y de hecho el Papa no sufrió ningún daño personal. Frente a esto los habitantes de Anagni, temerosos de ser juzgados como cómplices, se organizaron e hicieron huir a los intrusos, el Papa bendijo la población, prometió su perdón y abandonó la ciudad protegido por una escolta enviada por los Orsini, llegó a Roma y se refugió en el Vaticano donde murió el 11 de octubre de 1303.

El cónclave eligió a Nicolás Bocassini, quien tomó el nombre de Benedicto XI (1303-1304), dominico, obispo de Ostia. Absolvió a Felipe IV el Hermoso y a Francia pero excomulgó a los responsables del asalto de Anagni, porque de hecho en esa ciudad habían sido realizados algunos saqueos. Como vio que el rey quería iniciar un proceso contra Bonifacio VIII, buscó un lugar más seguro y se trasladó a Perusa donde murió. El cónclave siguiente se encontró dividido entre quienes defendían o acusaban a Bonifacio VIII y después de once meses fue elegido el arzobispo de Bordeaux, Bertrand de Got, quien tomó el nombre de Clemente V (1305-1314), el hombre neutral durante la polémica entre Felipe IV y Bonifacio VIII, que después de su coronación en Lyon, quiso regresar a Italia pero debido a la difícil situación de los estados pontificios prefirió establecerse en Aviñón (1309). Si bien el Papa no quería establecerse definitivamente allí, porque había dejado el tesoro papal en Asís, fue quien comenzó el llamado "exilio" de Aviñón que duró casi 70 años, hasta 1376.

2.2.3 El jubileo de 1300[184]

Premisas

El milenarismo según Apocalipsis 20,1-10 y otros textos había acrecentado la inminencia del fin; esos textos se veían reforzados por la interpretación escatológica de la caída de Jerusalén en manos de los musulmanes (1268) y la intelección de la historia hecha por Joaquín de Fiore; también existen otros elementos: la creencia en la cercana venida del anticristo, la propaganda espiritualista de los franciscanos, que presentaba a san Francisco como el ángel del sexto sello e insistía en el significado de la indulgencia de la Porciúncula, que le había sido concedida a Francisco directamente por Cristo.

Las peregrinaciones tienen su origen en una concepción de la vida cristiana, su meta era Jerusalén, ciudad apreciada por los cristianos incluso para la sepultura, pero cuando ésta cayó, Roma se convirtió en la nueva Jerusalén. La peregrinación hacia Roma, que tiene un origen bastante antiguo, tenía dos elementos básicos: visita a la tumba de Pedro y los mártires y petición del perdón de los pecados que sólo se podían perdonar allí. En Roma el peregrino o romero era atraído por las basílicas patriarcales, la escala santa, la cruz, los clavos, el velo de la Verónica, la columna de la flagelación, la mesa de la Última Cena, la lanza con la que atravesaron a Jesús, etc.

Las indulgencias tienen su origen en la necesidad de perdón y su origen está más en la vivencia cotidiana de los cristianos que en las determinaciones pastorales de la curia romana. En el medioevo había un profundo sentido de pecado por lo que la necesidad de perdón era muy sentida; en este contexto nació la indulgencia que se puede entender como la remisión de las penas que permanecen (reato) y que deben ser descontadas (o en la tierra o en el purgatorio) después de que la culpa haya sido perdonada en la penitencia. En su sentido original la indulgencia es la disminución o remisión de la penitencia tal como la entendía Urbano II (1088-1099) y por ello no era la remisión del sacramento de la penitencia canónica, tal como lo entendieron Lutero y el sínodo de Pistoya (1786). Con el paso de los siglos el concepto fue evolucionando, sin que por ello se olvidara que la diferencia entre parcial y plenaria nació en el contexto de la guerra santa, de la cruzada contra los que no pertenecían a la Iglesia o se oponían a las determinaciones del Papa y la curia romana, aunque fuera en cuestiones políticas; más adelante se comenzó a dar por visitar un lugar determinado o una persona particular, un beneficio especial, una ayuda a construir obras sociales y templos sin tener en cuenta, algunas veces, el aspecto espiritual[185]. A nivel espiritual la indulgencia implicaba: confesión, visita a algún templo y oferta; posteriormente se comenzó a hablar de la oración por las intenciones del Papa y la comunión.

Un acontecimiento significativo

La palabra jubileo tiene diferentes acepciones: canto aleluyático propio de la alabanza litúrgica, canto de los cazadores mientras que asaban los animales que habían cazado; aquí interesa el jubileo como una acción de gracias y momento de alabanza, una expresión de alegría más espiritual que temporal.

Los tres elementos descritos, sin olvidar el aspecto económico, se entrecruzaron en el primer jubileo oficial de la Iglesia. Las fuentes principales son la crónica del cardenal Jacobo Stefaneschi (1261-1341) y la bula *Habet antiquorum fida relatio* (febrero 22 de

1300) de Bonifacio VIII, según la cual el año jubilar iría desde la navidad de 1299 hasta la navidad de 1300. Las fuentes posteriores presentan posiciones divergentes: unos sostienen que el jubileo fue expresión de la *plenituto potestatis* de Bonifacio VIII, otros subrayan un movimiento cristiano nacido en la base que el Papa ni siquiera conocía bien; el Papa había triunfado en Roma, se encontraba en paz con Francia y durante el año jubilar estuvo fuera de Roma por casi seis meses.

El jubileo no es un recuerdo del jubileo judío que era cada 50 años porque a Roma iban muchos peregrinos desde que esta ciudad se había convertido en la meta de las peregrinaciones. Hacia 1300 se corrió la voz de que si se visitaba la tumba de san Pedro se obtendría la remisión de las culpas y una indulgencia de cien años; cuando Bonifacio conoció esto mandó a buscar en los archivos algo sobre el particular, pero no se encontró nada; frente a esto convocó el consistorio donde determinó el anuncio de un jubileo, lo cual se hizo con la bula *Habet antiquorum fida relatio*, donde se dan las razones del jubileo y se declara que a partir de 1300 cada año centenario sea un año jubilar, en el cual se concede indulgencia plenaria siempre y cuando los peregrinos cumplan con las cláusulas establecidas. El texto de esta bula fue esculpido en mármol y se encuentra en la basílica san Pedro a la izquierda de la puerta santa[186]. El número de peregrinos fue abundante y los problemas en Roma también porque no habían sido previstos oficios especiales para acoger los peregrinos; también llegó una embajada de mongoles con lo que la fantasía apocalíptica se desencadenó. Los monarcas de los reinos europeos no peregrinaron a Roma.

En cuanto al significado del jubileo se puede decir que fue un hecho importante para la historia de la Iglesia, porque señaló el paso de una expectativa colectiva apocalíptica a una preocupación particular, individual, por la salvación, una salvación que sólo podía dar la Iglesia de Roma ya que solamente ella poseía los medios necesarios. Con el paso de la escatología total de la Iglesia al problema de la salvación individual se llega a una nueva época espiritual; ya no se predicaría el final de los tiempos con tanta obsesión, se predicaría la renovación del hombre y la Iglesia, de una Iglesia que utilizaba el jubileo para una renovación en la línea teológica de la *Unam Sanctam*, para construir la Iglesia y reforzar sus estructuras.

2.3 La sede pontificia en Aviñón[187]

La estadía pontificia en Aviñón ha sido juzgado desde una perspectiva casi siempre negativa y por ello se habla de exilio, cautividad e incluso destierro, pero si se analizan las fuentes se puede concluir que no fue ni lo uno ni lo otro, simplemente fue un traslado de la curia romana a esa ciudad. Sin fijar una posición apodíctica, se presentan los datos y algún indicio para juzgar este período.

Gregorio X (1271-1276) tuvo deseos de cambiar de sede; es más, durante algunos pontificados anteriores, el Papa no ejercía en Roma; según esto la estadía del pontificado en Aviñón es el punto final de un proceso anterior. Por ello conviene hablar de las dos más importantes premisas: la inseguridad de Roma y la política francesa.

La inseguridad de Roma, ciudad en conflicto por las luchas entre las familias ricas, con la presencia invasora de los Anjou, la amenaza imperial y un incipiente movimiento comunal. Cuando los Papas refutaron la protección imperial, tuvieron que buscar lugares seguros para estar libres de influencias políticas; entre las ciudades elegidas están: Perusa, Viterbo, Nápoles, Anagni, Arezzo.

La política francesa que quería sustituir la influencia germana asumiendo mayor responsabilidad frente al pontificado. Hacia 1273, en tiempos de Gregorio X, los embajadores de Felipe el Astuto sostenían que el deseo de Francia era liberar al pontificado de las ocupaciones temporales para que se dedicara a lo espiritual, el Papa respondió vagamente y todo terminó allí; esto sucedió en Lyon, llamada por aquel entonces *altera Roma*. Pierre Dubois en *De recuperatione Terrae Sanctae*, sostiene que sería conveniente que el Papa renunciara a la administración temporal para promover la paz y se dedicara a lo espiritual, de tal manera que llevara una vida contemplativa y activa con el favor misericordioso de Dios; este autor presentaba al rey de Francia como el príncipe que con generosidad se encargaría de la administración de lo temporal; de esta forma cesarían las insidias en Roma y para que todo fuera más espiritual la dignidad pontificia debería ser entregada a los franceses contra quienes un Papa (Bonifacio VIII) había abusado de su potestad porque era romano, pero ellos no osarían robar el honor debido al Papa. En pocas palabras: el Papa debe dejar la administración temporal en poder de Francia y para mejorar las cosas el pontífice también debería ser francés; esto da a entender que el pontificado en Francia sería un bien espiritual para la Iglesia. Además, en esta estadía tuvieron mucho que ver las tensas relaciones entre la Iglesia y los nacionalismos[188].

2.3.1 Clemente

Este Papa, siervo del rey de Francia, heredó algunos problemas: el proceso contra Bonifacio VIII, la necesidad de crear un colegio que no fuera maniatado por los intereses, la conclusión de la paz entre Francia e Inglaterra, los templarios y la situación romana. El colegio cardenalicio creado por Clemente V fue particular porque de los 24 cardenales nombrados, 23 eran franceses y 1 era inglés; con este hecho el partido francés se vio notoriamente reforzado; por ello, varios de los Papas posteriores fueron franceses. Además, las crónicas hablan de su nepotismo: cinco de los cardenales nombrados eran parientes.

En cuanto a la cuestión romana e italiana, Clemente V (1305-1314) programó el regreso a Roma para 1311, pero no fue así ya que para él era básico buscar un clima apto para su salud; por esto se dice que el problema no era el bien de la Iglesia, sino la búsqueda de un lugar donde el Papa se pudiera encontrar mejor. En esta búsqueda llegó en 1309 a Aviñón, territorio feudal bajo la jurisdicción de los Anjou de Nápoles.

En lo referente al proceso a Bonifacio VIII, deseado por Felipe IV el Hermoso, el Papa se mostró en una posición de debilidad e intereses creados, por lo que la solución fue un compromiso sin ninguna sentencia; si bien ni Bonifacio ni Felipe IV fueron condenados,

es clara la protección a favor del rey francés porque la bula *Rex gloriae* (abril 27 de 1311) confirmó la inocencia del rey quien habría actuado celosamente y movido de fervor por la fe; además, los protagonistas del episodio de Anagni fueron absueltos, excepto los responsables del saqueo del tesoro papal.

El proceso contra los templarios también fue favorable al rey francés[189] pero aún no se saben las razones por las cuales Felipe IV odiaba esta orden militar fundada en 1119 en Jerusalén por Hugo de Peyens y Godofredo de Saint-Omer, con el fin de defender los lugares santos y los peregrinos que llegaban; habían asumido este nombre porque vivían en la zona *Templus Salomonis* bajo las normas de una regla inspirada en *De laude novae militiae ad Militis Templi* de san Bernardo; su vestido era el de los religiosos con una capa blanca y una cruz roja; además de los tres votos, hacían un cuarto voto consistente en defender los lugares santos; eran religiosos que rezaban y luchaban. Tenían una organización disciplinada y sólida, con abundantes y bien administrados bienes a través de una especie de sistema bancario; por su capacidad administrativa fueron hasta 1295 los administradores del tesoro del rey francés; a partir de 1303 les fue nuevamente concedida esta administración.

A comienzos del siglo XIV, Francia tenía problemas económicos debido a la guerra, la construcción de Notre-Dame y el palacio real y cuando los problemas económicos están a la vista, es normal que se desee poseer lo de los otros; Felipe IV, conocedor de algunos roces y problemas que los templarios habían tenido y de las secretas voces que se corrían sobre sus excesos alcohólicos y su intemperancia sexual, inició en 1305 una lucha contra ellos porque necesitaba dinero y porque ellos obstaculizaban sus deseos políticos. Aprovechando el testimonio de Esquiu de Floyran, un templario que se retiró, los templarios fueron acusados de ceremonias secretas para admitir a los novicios en las cuales los candidatos debían escupir y golpear un crucifijo y renegar de Cristo, adorar un ídolo llamado Bafomet y graves desórdenes sexuales. Clemente V, presionado por el rey francés abrió el proceso contra ellos; los interrogatorios eran hechos con torturas para conseguir los resultados esperados; el gran maestro, Santiago de Molay, después de ser torturado y acusado por su escudero, que también había sido torturado, aceptó que la orden era culpable de las acusaciones y escribió a los templarios para que confesaran su culpabilidad; el Papa quedó impresionado por la aceptación y ordenó a los reyes que los apresaran y confiscaran sus bienes en favor de la Iglesia, pero finalmente quedaron en manos del rey francés; al respecto, el laicismo y el principio de la razón de estado comenzaban a imponerse sin que la Iglesia se opusiera.

Posteriormente está el concilio de Vienne, el XV ecuménico celebrado entre octubre de 1311 y mayo de 1312; allí se trataron algunos temas: la solución al problema de los templarios, la fe, la Iglesia, la cruzada y la reforma. Por lo que hace referencia al tema de los templarios se decretó su supresión "con amargura y dolor, suprimimos, con ley irrevocable y perpetua, la orden de los templarios, su regla, su hábito y su nombre"[190]. Se cerró el proceso contra Bonifacio VIII y en cuanto a la cruzada se dio una concesión confiando en una vaga promesa hecha por los reyes de Inglaterra y Francia. También se

trataron algunas cuestiones doctrinales como la pobreza de los franciscanos, la condena a Pier di Giovanni Olivi y la enseñanza de las lenguas orientales con fines misioneros según la propuesta de Raimundo Lullio. Clemente V declaró que las disposiciones entrarían en vigor cuando fueran enviadas a las universidades, pero como murió antes del envío esto lo hizo Juan XXII quien las aprobó y las incluyó en el *Liber septimus* conocido con el nombre de *Clementinae*.

2.3.2 Los Papas de Aviñón

Los Papas de este período son: Juan XXII (1316-1334), Nicolás V (antipapa, 1328-1330), Benedicto XII (1334-1342), Clemente VI (1342-1352), Inocencio VI (1352-1362), Urbano V (1362-1370) y Gregorio XI (1370-1378); todos figuraron como obispo de Roma y jamás como obispos de Aviñón.

Se sabe que una administración siempre tiene necesidad de una sede fija, pero durante el pontificado de Clemente V esto no existió; en la elección de Aviñón para fijar la sede pontificia, fue importante la estratégica posición geográfica y política, cerca a Francia sin ser reino vasallo, estaba bajo la jurisdicción del conde de Provenza que a su vez era súbdito del imperio y vasallo de los estados pontificios por el reino de Sicilia que estaba en manos de los Anjou y la corona de Aragón; si bien cumplía los requisitos para ser una buena sede, no tenía la apostolicidad; fue una elección más política que espiritual. Esta elección la hizo Juan XXII y su sucesor estableció en ella la curia romana; en 1348 Clemente VI compró Aviñón y su territorio por 80.000 escudos de oro a la reina Juana I de Nápoles, con lo cual Aviñón y el condado Venassino formaron parte de los estados pontificios hasta la revolución francesa.

Durante los pontificados de Aviñón, la mayoría de los cardenales era del sur de Francia, de una región llamada Limosín, por lo que eran llamados “limosinos” y hablaban la lengua provenzal oc (al norte de Francia se hablaba oil); esta mayoría hacía de ellos el partido dominante que, además de elegir al Papa a su gusto, influían en el nombramiento de otros cardenales y se aseguraban grandes ventajas personales.

El palacio de los Papas y la corte romana[191]

Para evitar el desorden de la época de Clemente V, Juan XXII quiso organizar la curia de una forma funcional, restauró el palacio episcopal, hizo construir las torres angulares y estableció sus habitaciones al sur del palacio. En la parte oriental fueron ubicados: la cocina, el comedor y la sala del consistorio; al occidente fue ubicada la corte papal. Posteriormente Benedicto XII construyó el viejo palacio y Clemente VI construyó el palacio nuevo. En la construcción del palacio fueron numerosas las personas que intervinieron; todo se hizo con las mejores técnicas del momento, intervinieron los mejores constructores y decoradores, pero cuando los italianos fueron alejados de estos trabajos comenzó a gestarse la leyenda negra contra Aviñón. Se hizo una construcción majestuosa, donde entre gritos y golpes de los constructores, se recibían a príncipes, embajadores, prelados y demás comitivas, ya que el palacio fue construido para que el

pontífice habitara hasta cuando le pareciese necesario.

El problema más delicado era el personal de la curia porque cada cardenal tenía derecho a doce casas, sin contar con las que necesitaba para sus beneficiados; por esto Aviñón fue transformada rápidamente porque como había necesidad de alquilar algunas casas, cuyo canon de arrendamiento era alto, se optó por comenzar a construir palacios y casas.

La corte romana era un séquito de unas 650 personas entre *familiares papae* y oficiales de la sede apostólica; de esas 650 personas dos tercios eran eclesiásticos. Además de los diferentes organismos, había un crecido número de personas al servicio del Papa, entre las cuales llaman la atención las damas de la corte papal. Los dos principales organismos eran la cancillería y la cámara apostólica o tesoro papal; existían otros tres organismos: la rota, la penitenciaría y la casa del Papa, ministerios que ayudaban al gobierno de la Iglesia.

La cancillería, órgano político básico, era el centro del gobierno, formalmente expedía cartas pero en realidad su competencia era decidir sobre cuestiones de política y responder las peticiones de favores y beneficios. Comprendía siete oficios: súplicas, exámenes, minutas, grosa (redacción de los documentos), corrección, sellos y registros. Para dar respuesta a las súplicas empleaba cerca de cien escribanos clasificados en: protonotario, abreviadores, escritores (escribían las minutas; posteriormente fueron llamados secretarios), distribuidor general, grossatores (hacían la copia para enviar), corrector (quien revisaba tanto la minuta como la copia que se iba a enviar), selladores y registradores (quienes garantizaban la autenticidad del documento y aumentaban un impuesto más).

La cámara apostólica o dicasterio de las finanzas, era dirigido por el *camarerius* que casi siempre era un obispo en camino al cardenalato, se convertía en el brazo derecho del Papa y a menudo era el encargado de escribir las cartas más delicadas que enviaba; a partir del siglo XIV este dicasterio fue encargado de la jurisdicción civil y criminal de los estados pontificios. Como era el organismo encargado de la economía hacía los balances, cobraba los impuestos y hacía las gestiones económicas necesarias; además contaba con cárcel propia para hacer más eficaz su acción. Las reservas normalmente entraban por: impuestos, el dinero de San Pedro y el usufructo de los bienes eclesiásticos; los impuestos estaban divididos en dos grupos: los que se pagaban en la curia y los que se podían pagar en la respectiva localidad; en la curia se pagaban: el servicio común, la sacra (ambos relacionados con la elección y consagración de obispos y abades), la visita ad limina, el palio, el vasallaje, otros servicios, etc.; eran pagados en el lugar respectivo: la décima, la sede vacante, el derecho de herencia, el subsidio de caridad, las procuraciones y el anual; todos los impuestos eran cobrados por los tasadores. Aunque podía entrar bastante dinero, una gran parte se iba en gastos de administración y representación. Con todo, la recaudación pontificia estaba por debajo de la de Francia e Inglaterra por ejemplo.

La rota era un organismo de justicia que nació cuando los capellanes papales no

alcanzaban a instruir las causas de justicia; antes de la rota existía el consistorio apostólico compuesto por la audiencia cardenalicia y la audiencia de las causas del palacio apostólico. En 1309 Clemente V encargó a un grupo de capellanes, hacerse cargo de las causas y en 1337 apareció la rota cuyo nombre deriva o de la base giratoria en la que se ponían los documentos, o de la forma como se ubicaban los auditores u oidores, que eran doce y tenían una cualificada preparación jurídica.

La penitenciaría debía absolver los pecados reservados y levantar las excomuniones, además se ocupaban de las irregularidades y las dispensas; el jefe era un cardenal sacerdote que junto a un grupo de personas especializadas, redactaban las cartas con las cuales eran comunicadas sus determinaciones; mientras que en Aviñón eran de 12 a 18, en Roma eran 3 ó 4.

La casa del Papa era el personal que se ocupaba de los servicios generales y de distribuir las limosnas que alcanzaban una considerable suma anual, que variaba entre los 10.000 y 27.000 florines, equivalente a una décima parte de los ingresos pontificios.

El conflicto con Luis de Baviera

A la muerte de Clemente V (1314) y después de un cónclave de dos años y tres meses fue elegido Santiago Duèse quien tomó el nombre de Juan XXII; tenía buena preparación teológica y buenas cualidades administrativas pero era un rígido doctrinario y un decidido protector de los intereses franceses. El hecho dominante de su pontificado fue el conflicto con el imperio germano, es decir, con el emperador Luis el Bávaro. Cuando murió Enrique VII, fue elegido Luis de Baviera (Luis IV, 1314-1347), pero los Habsburgo propusieron a Federico el Bello de Austria; ambos acudieron al Papa, quien permaneció neutral olvidando o no poniendo en práctica una tradición que tenía fuerza de ley y las cosas se empeoraron cuando se presentó el triunfo de Luis sobre Federico en Mulhdorf (1322) y el Papa no quiso tomar ninguna decisión.

Parece que en la indecisión del Papa para confirmar a Luis como emperador había un interés político por Italia, región que, según la teoría de la curia romana, debía ser administrada por el Papa como vicario imperial cuando la sede imperial estuviera vacante; aprovechando esto Juan XXII nombró a Roberto de Anjou como vicario imperial para Italia; frente a esto Luis reaccionó y envió como vicario a Bertoldo de Neiffen (1323). El Papa, bajo influjo francés, intimidó a Luis para que depusiera la corona imperial y dejara que las cosas fueran decididas por la Santa Sede. Frente a esta determinación pontificia, Luis protestó en Nuremberg (diciembre de 1323), acusó al Papa de hereje y apeló a un concilio ecuménico; el Papa lo excomulgó y liberó de la obediencia a los súbditos del imperio (marzo 23 de 1324); Luis volvió a apelar y sostuvo que el Papa era herético por la forma como entendía la pobreza de Cristo y estar contra los franciscanos (mayo de 1324).

Explotó la guerra literaria en la cual los franciscanos Miguel de Cesena y Guillermo de Occam tuvieron que salir de Aviñón y refugiarse en territorio germano (1328). Occam escribió *Dialogus de imperatorum et pontificum potestatae*, donde sostiene que el

primado no es una institución absolutamente necesaria; Marsilio de Padua y Juan de Jandún, fueron aún más lejos, pero de ellos se hablará después. Con la guerra literaria de por medio, Luis llegó a Italia en 1327 y el 17 de enero de 1328 se hizo coronar emperador por el prefecto de Roma, el laico Sciarra Colonna; después declaró depuesto a Juan XXII acusándolo de herético y de *lessa maiestatis* y nombró como antipapa al franciscano espiritual Pietro da Corvara, quien tomó el nombre de Nicolás V (1328-1330). En respuesta a esta actitud el Papa proclamó una cruzada, Luis tuvo que regresar a Germania donde se encontró con una fuerte oposición. Si bien existía aún la posibilidad de una reconciliación, ésta no era posible porque el anciano Papa se encontraba envuelto en una disputa teológica sobre el estado de las ánimas de los justos que, según él, sólo alcanzarían la visión beatífica después del juicio universal; estas ideas le crearon una polémica y su retractación en el lecho de muerte.

Bajo Benedicto XII (1334-1342), la reconciliación también era posible pero Felipe VI de Francia (1328-1350) y Roberto de Nápoles se opusieron. Con esto las puertas fueron cerradas, a pesar de la carta colectiva de los obispos alemanes que pedían la reconciliación; frente a esto los príncipes electores sajones juraron defender los derechos y el honor del imperio y proclamaron que el emperador elegido no necesitaba la confirmación papal para asumir el título de emperador (julio 16 de 1338 en Rhens); en la dieta de Francfort, se declaró que el poder imperial venía directamente de Dios y debía ser considerado emperador de los romanos en fuerza de su elección. En 1341 la polémica pasó de lo político a lo doctrinal ya que Luis de Baviera anuló el matrimonio de Margarita Maultasch con Juan Enrique de Bohemia para casarla con su hijo Luis, marqués de Brandeburgo. Frente a esta situación, Clemente VI (1342-1352) excomulgó a Luis de Baviera quien murió después de un ataque cardíaco en 1347 dejando el camino libre a Carlos IV (1346-1378), hijo de Juan de Bohemia y sobrino de Enrique VII.

2.3.3 El regreso a Roma[192]

Mientras el pontificado continuaba en Aviñón, la situación de Italia y los estados pontificios era difícil porque varias ciudades se habían revelado contra el dominio papal. En Roma, escenario de las luchas entre las familias, asumió el gobierno Cola de Rienzo en 1347, notable demagogo que pensaba tener el papel providencial para reformar la Iglesia y restaurar el orden mundial; en calidad de Augusto se proclamó senador; fue asesinado en una revuelta popular en 1354. Lo anterior da a entender que la restauración del poder pontificio en Italia y los estados pontificios era indispensable para que el Papa retornara a Roma; en este deseo de restauración se ubica el cardenal Egidio de Albornoz, excelente estratega y estadista que con dos expediciones a Roma (1353-1357; 1358-1367), restauró el poder papal en los estados pontificios de tal manera que las leyes promulgadas por él (*Constituciones Aegidianae*) permanecieron en vigor hasta 1816.

El regreso a Roma era el deseo de la cristiandad, excepto de Francia. Entre los papas de Aviñón, el primero en hacerlo fue Urbano V (1362-1370), benedictino celoso de la reforma que a pesar de las oposiciones del rey y los cardenales franceses dejó Aviñón en

1367 y llegó a Roma donde fue recibido con entusiasmo, pero como aún no había una adecuada seguridad, regresó a Aviñón en el otoño de 1370, a pesar de las admoniciones de santa Brígida.

A la muerte de Urbano V se dio una difícil situación: el delegado francés, apoyado por los cardenales, endureció su posición frente al Papa; Florencia, por su parte, incitaba a la rebelión y a la sede pontificia subía Gregorio XI (1370-1378), sobrino de Clemente VI. El Papa elegido había sido nombrado cardenal cuando tenía 18 años, fue estudiante de derecho y estaba convencido de la necesidad de regresar a Roma a pesar de las dificultades bélicas, económicas y políticas. Gregorio XI, hombre enérgico y práctico, le declaró la guerra a Florencia, la guerra de los ocho años, la excomulgó y puso en entredicho; para fortalecer su posición envió tropas pagadas por él mismo, que fueron un tanto crueles y se hicieron acreedores de un sentimiento de odio que fue extendido al Papa.

Aquí se introduce la presencia de dos mujeres que bien pueden ser llamadas "madres de la Iglesia": Catalina de Siena (1347-1380) y Brígida de Vadstena, líderes del regreso del Papa a Roma. Catalina entendía el regreso a Roma como algo vital que merecía una cruzada, que no hacía falta porque en Roma lo esperaban las "hambrientas ovejas de la Iglesia"; las cartas 196, 206 y 229 dirigidas al Papa son claras al respecto. Brígida, entendía la Iglesia como una oca de la cual se debe comer la carne (Cuerpo de Cristo) y no tanto las plumas (indulgencias). Aunque estas dos santas y el común sentir de la cristiandad influyeron en el regreso a Roma, no se puede negar que la decisión fue tomada por Gregorio XI, quien se hizo acompañar de 2000 soldados comandados por Roberto de Turenne y en enero de 1377 entró en Roma, fijando su residencia en el Vaticano donde aún continua. Fue la fuerza de las armas y no la dulzura la que triunfó sobre los romanos.

Para concluir, al comenzar el apartado sobre Aviñón se decía que la estadía de los Papas en esa ciudad es uno de los momentos más críticos de la historia de la Iglesia y se dice que es un caso delicado porque es difícil guardar el equilibrio; desde el inicio se presentaron dos corrientes casi siempre contrapuestas: italianos y alemanes contra franceses en torno al significado de Aviñón. Para unos era Babilonia, cautividad, exilio; para otros fue el origen del centralismo administrativo, el nepotismo y la relajación de costumbres; para un tercer grupo Aviñón fue donde el papado se organizó mejor, la cultura y las misiones fueron promovidas, etc. También es posible analizar las relaciones del pontificado en Aviñón con Francia, Italia, el imperio y el pueblo cristiano; más allá de todo, algo que es básico, es el estudio de las relaciones del Papa con el colegio cardenalicio que comenzó a entenderse como *corpus papae*. Cada historiador tiene su visión y en cada visión se encuentran elementos que se deben examinar, teniendo presente dos datos básicos: la perspectiva eclesial y las implicaciones políticas y eclesiológicas del acontecimiento, sin olvidar que la estancia en Aviñón tenía la intención de construir una estructura de gobierno y una adecuada base financiera para restablecer los estados pontificios de acuerdo a los criterios de un estado nacional[193].

3. Las dos luchas Neclesiales

A mediados del siglo XIV, con la aparición de nuevos fenómenos sociales y culturales, la Iglesia, institucionalmente hablando, se vio inmersa en dos luchas: una básicamente institucional y otra profundamente eclesial; la una era relativa a la curia romana, la otra estaba en relación con las diversas estructuras del pueblo de Dios[194].

3.1 Buscando la unidad

3.1.1 La túnica desgarrada

En este apartado se abordan dos elementos básicos la doble elección de 1378 y algunos intentos de solución.

En cuanto a la doble elección, a la muerte de Gregorio XI, sólo 16 de los 22 cardenales entraron en el cónclave romano, cada uno con dos conclavistas; estaban divididos en cuatro partidos, entre los cuales el más numeroso e importante era el de los "limosinos" (7); los cardenales italianos eran cuatro, los franceses no "limosinos" eran tres y otros dos cardenales eran independientes. El cónclave se desarrolló entre el 7 y 9 de abril; fue uno de los más agitados porque desde el comienzo los cardenales conocían una revuelta popular que pedía un Papa romano o al menos italiano; como parte de la multitud entró y después de tres horas fue alejada, las entradas a la capilla San Nicolás, luego sustituida por la Sixtina, fueron clausuradas dejando sólo una pequeña ventana protegida por gruesas barras. En la tarde del 7, los jefes de Roma se reunieron y se presentaron a los conclavistas pidiendo un Papa italiano, los cardenales prometieron que actuarían en conciencia y para el bien de la Iglesia; por la noche se presentó un bullicio que no les permitió dormir, ni les quitó la libertad para elegir.

En la mañana del 8 fue elegido el arzobispo de Bari, Bartolomeo Prignano, quien ni era cardenal ni se encontraba en el cónclave; esta elección fue una cuestión diplomática para acabar con la división existente al interior del cónclave. Bartolomeo era un hombre maduro y capaz de superar los problemas existentes; era italiano, súbdito de la reina de Nápoles Juana I de Anjou (1343-1381) y cercano a los cardenales "limosinos". El problema consiste en que no fue elegido por unanimidad ya que el cardenal Orsini votó en contra y otro cardenal declaró que la elección era nula porque no había sido libre. Hacia el medio día del 8 de abril se quiso hacer una segunda elección teniendo como base la declaración de no libertad; en ese momento en la sala del cónclave irrumpieron algunos hombres armados que amenazaron a los cardenales quienes para salir del apuro indicaron como elegido al cardenal italiano Tebaldeschi, le pusieron el manto papal y huyeron.

El 9 de abril los jefes de la ciudad fueron a conversar con el cardenal Luna para disculparse por su equivocación y decir que aceptaban a Bartolomeo, quien fue reconocido por los cardenales que regresaron y el 18 de abril, domingo de resurrección, fue coronado bajo el nombre de Urbano VI (1378-1389); a los pocos días comenzó a actuar con firmeza. Les hizo ver la fastuosidad de sus vidas y residencias, la simonía que

no era extraña a varios sectores de la curia y de la cual algunos cardenales eran responsables.

Cuando Urbano VI comenzó a tomar algunas medidas, varios cardenales se sintieron mal ya que su *plenitudo potestatis* desaparecía y su figura como centro de poder se desvanecía; frente a su actitud, algunos cardenales llamados “ultramontanos” se reunieron en Anagni, declararon inválida la elección hecha en Roma y proclamaron que Urbano VI era apóstata, demente, tirano, el anticristo. De Anagni pasaron a Fondi donde recibieron la noticia que Urbano VI había elegido 25 cardenales (otras fuentes hablan de 29) casi todos italianos. Con la llegada de tres de los antiguos cardenales italianos (el otro había muerto) y bajo la protección de los Anjou, decidieron elegir un nuevo Papa, elección que cayó en Roberto de Ginebra quien tomó el nombre de Clemente VII (1378-1394) y quiso solucionar el problema a través de un golpe militar pero fue derrotado y se retiró a Aviñón donde continuó su pontificado.

Aquí comienzan los problemas. Las fuentes son abundantes, pero parciales cuando se refieren a la parte adversaria. Por ejemplo son favorables a Urbano VI los autores italianos, alemanes y españoles; los autores franceses por lo general son favorables a Clemente VII. En esta polémica es importante el cardenal español Pedro de Luna, un canonista que sostenía que en la elección de Urbano VI la forma no fue del todo respetada; fue sobre esta duda en torno a la formalidad donde se gestó la polémica en la que cada parte pretendió ser dogmática en sus argumentos; debido a esta actitud los contemporáneos, no muy especializados en temas curiales, se dividieron por una u otra obediencia. Esta doble elección trajo algunas consecuencias, entre ellas:

El cisma de los pueblos acentuó el belicoso ambiente que se respiraba, por lo que no es extraño el intento militar de Clemente VII contra Urbano VI; junto a esto está la situación con los Anjou de Nápoles, donde excomuniones e intrigas eran normales hasta el punto que cinco cardenales fueron ajusticiados por participar en una conjura política. En Italia reinaba la anarquía; Francia e Inglaterra, empeñadas en la guerra de los cien años, optaron por Clemente VII y Urbano VI respectiva pero no definitivamente; Escocia, contra Inglaterra, optó por el camino francés; Castilla y Portugal primero fueron neutras pero después optaron por Roma y Aviñón respectivamente hasta cuando los dos reinos fueron unidos. Al norte de Europa: Irlanda se encontraba dividida; Germania, Polonia y Hungría estaban en favor de Urbano VI.

El cisma de las conciencias es una de las más graves consecuencias hasta el punto que el arzobispo de Toledo oraba *pro illo qui est verus papa*. El problema básico era la obediencia debida al Papa y los impuestos que se debían pagar; los príncipes se sentían perplejos pero aprovechaban la situación para aumentar sus arcas; las órdenes religiosas estaban divididas con lo que la obediencia, la vida común y la disciplina se relajaban.

El cisma y la autoridad pontificia era el problema más delicado por las recíprocas excomuniones, acusaciones y procesos públicos que fueron minando la autoridad pontificia y prepararon el terreno para los ataques del siglo XVI. El cisma favoreció dos tendencias divergentes: la espiritualización del concepto de Iglesia y la progresiva

secularización; en conexión con ello, se desarrolló la apocalíptica.

El fiscalismo, porque dos curias de por sí fastuosas tenían necesidad de dinero, por ello hubo una desordenada competencia entre ambas concediendo indulgencias, beneficios, gracias espirituales y dispensas a cambio de dinero; hubo dos años jubilares (1390 y 1400), el número de colectores de impuestos se multiplicó, los impuestos aumentaron pero los recaudos disminuyeron; frente al hambre de dinero algunos príncipes aprovecharon para quedarse con algunos impuestos e impedir el flujo de dinero hacia Roma y Aviñón alegando que pertenecían a la otra obediencia e incluso se apropiaron de algunos bienes de la Iglesia.

Por lo que hace referencia a los intentos de solución, se inicia diciendo que para entender mejor la problemática conviene tener una visión global de las tres obediencias que se presentaron durante el cisma. Roma tuvo a Urbano VI (1378-1389), Bonifacio IX (1389-1404), Inocencio VII (1404-1406), Gregorio XII (1406-1415, cuando dimitió) y Martín V (1417-1431); cuando este Papa entró en Roma en 1420, también ingresó el papado humanista y renacentista. Aviñón fue ocupada por Clemente VII (1378-1394), Benedicto XIII (1394; fue depuesto en varias oportunidades pero siguió en su sede hasta 1423), Clemente VIII (1423-1429 cuando se sometió a Martín V); se habla de un Benedicto XIV (1423) quien a veces no es ni mencionado. Pisa sólo tuvo a Alejandro V (1409-1410) y Juan XXIII (1410-1415, cuando fue depuesto); las obediencias de Roma y Pisa confluyeron en la elección de Martín V (Odón Colonna 1417-1431) a quien se sometió Clemente VIII en 1429 para solucionar el cisma.

Las diferentes obediencias se presentaron por la crisis al interior del colegio cardenalicio; por ello conviene tener presente el apoyo dado por los cardenales a su respectivo Papa o número de cardenales que cada Papa nombró. Este hecho condicionó la actitud de los cardenales frente a las posibles soluciones que se proponían y la interesada participación en varias oportunidades. Entre las propuestas de solución se enumeran:

Via facti o guerra. Fue la primera en presentarse; Clemente VII la intentó contra Roma apenas fue elegido. En esta vía se ubican: el entredicho de Urbano VI contra la casa Anjou de Nápoles que había participado en el fracasado intento de Clemente VII contra Roma y el asesinato (condena a muerte) de cinco cardenales que conspiraron contra Urbano VI después de haber sido descubierto su complot.

Via cessionis o dimisión simultánea. Era propuesta por las conciencias más ilustradas del tiempo. Jean Gerson predicó en París el ayuno y la oración para conseguir la unión; Langestein propuso la dimisión de ambos Papas para elegir otro. En este ambiente se gestó otra solución de tipo diplomático: *via reductionis intrusi.*

Via compromissi o arbitraje. En 1394 la universidad de París se jugó el prestigio adquirido al proponerla como una alternativa de solución junto con la *via cessionis*.

Via concilii o concilio. Se convirtió en un problema para la Iglesia tal como se verá más adelante, pero fue la vía que prevaleció.

En 1394, con la muerte de Clemente VII en Aviñón se pensó que el cisma se

solucionaría, pero no fue así porque los cardenales de Aviñón eligieron a Pedro de Luna quien tomó el nombre de Benedicto XIII (1394-1423); era un hombre austero que se comprometió a trabajar por la unidad porque estaba convencido de ser el único Papa legítimo ya que pertenecía a las dos obediencias. Frente a las diferentes soluciones propuso la *via conventionis* o discusión entre los dos Papas con igual número de seguidores para llegar a un compromiso o, en caso de fallar, buscar una tercera vía razonable. Cuando apareció esta propuesta los cardenales acudieron a la universidad de Bolonia para buscar una respuesta sobre la validez de una decisión tomada por el Papa sin contar con los cardenales, quienes se consideraban *corpus papae*; además de esta consulta, está la actitud del clero francés que entre 1398 y 1403 decidió retirarle el apoyo a Benedicto XIII. La actitud del clero francés y la pregunta de los cardenales, condujo a que la propuesta de Benedicto XIII tomara fuerza y se decidiera por un encuentro entre los dos Papas.

Con Bonifacio IX e Inocencio VII, papas romanos, no hubo ningún a acuerdo, con Gregorio XII, Papa de Roma, sí, a pesar de las presiones familiares y los príncipes Ladislao de Nápoles y Segismundo de Hungría sobre el Papa romano. Fue elegida Sabona, los dos Papas se acercaron hasta encontrarse a 60 kilómetros de distancia: Benedicto XIII de Aviñón llegó a Portovenere, Gregorio XII de Roma hasta Lucca pero ninguno quiso dar el paso decisivo y aunque geográficamente se encontraban cercanos, espiritualmente estaban lejos. El encuentro jamás se realizó y los acontecimientos se precipitaron: Benedicto quiso apoderarse de Roma pero no pudo porque Ladislao de Nápoles la defendió; en París fue asesinado Luis de Orléans, hermano del rey, por sicarios enviados por el duque de Borgoña, Juan sin miedo, con lo cual París se declaró neutral frente al conflicto eclesial; el colegio cardenalicio romano se encontraba dividido y aprovechando esto Benedicto envió una delegación para convencerlos; Benedicto regresó a Aragón donde convocó el concilio de Perpiñan, mientras tanto Gregorio XII, convocó el concilio de Cividale con el apoyo de los venecianos. El fracaso del encuentro propuesto, condujo al afianzamiento de la *via concilii* porque 14 cardenales: 8 de Roma y 6 de Aviñón se convirtieron en colegio cardenalicio autónomo que convocó el concilio de Pisa (1409) con el que fueron contrarrestados los dos concilios convocados por los dos Papas.

3.1.2 El conciliarismo

Generalidades

Es normal que la crisis en la Iglesia conduzca a aumentar las preguntas sobre ella. El punto de partida era el *Decretum Gratiani*, para el cual el texto de Mateo 16,18-19 es la promesa de la protección de Jesús a la Iglesia, de la que el Papa ha recibido las llaves, símbolo del supremo poder jurisdiccional; el problema de base era la infalibilidad. Se presentaban las hipótesis: si el Papa es juez supremo, ¿qué sucede cuando se desvía de la fe y se adhiere a una herejía condenada?; si es posible juzgar al Papa cuando ha caído en una herejía notoria que lo excluye de la fe, ¿quién lo puede juzgar? Esas hipótesis

condujeron al conciliarismo. En su origen, el concilio era una institución extraordinaria para resolver problemas doctrinales y disciplinares en la Iglesia que a nivel local tuvieron gran fortuna a partir de Gregorio Magno (590-604). Cuando se presentó el cisma de occidente, los concilios locales (entre 1378 y 1409) fueron 46; de ellos, 16 buscaron una solución al cisma, seis trataron sobre la fe y los demás trataron diferentes temas.

Frente a un problema difícil, los autores, inmersos en un ambiente que descubría el individualismo, la autonomía estatal y los valores participativos, propusieron diferentes opiniones, entre los autores se pueden citar:

Jean de París en *De poestatae regia et papali* sostiene que el Papa es un miembro más en la Iglesia, si bien es el miembro superior; distingue entre oficio y persona que desempeña el oficio, en este sentido la persona elegida para desempeñar el oficio puede ser depuesta.

Guillermo Durant, en un ambiente de reforma con ocasión el concilio de Vienne y con el deseo de contrastar el escándalo de las dispensas pontificias, propuso que sólo el concilio podía dar leyes universales y que el Papa sin éste no podía hacer nada; por ello propuso que el Papa no pudiera legislar para toda la Iglesia, ni derogar lo decidido en los concilios; el concilio es necesario cada vez que se quiera legislar para toda la Iglesia y se debe realizar cada diez años. Esta norma fue retomada por el concilio de Constanza en el decreto *Frequens*.

Marsilio de Papua, en *Defensor pacis* plantea el problema del funcionamiento armónico de la sociedad; parte de un ideal de paz que es posible siempre y cuando el Estado sea gobernado por un príncipe que tenga la posibilidad de gobernar todos los ambientes de la vida asociada; en este caso el sacerdocio es *pars officium civitatis*, es decir, es el príncipe y no el Papa quien tiene la máxima autoridad, por lo que el poder de dirimir las controversias eclesiales es competencia del concilio y no del Papa. En el fondo Marsilio, defensor de Luis de Baviera, defiende más la democratización de la Iglesia (el poder reside en los fieles) que el conciliarismo y propone la sumisión de la Iglesia al poder temporal. En 1327 fueron declaradas heréticas cinco de sus proposiciones: el pago de impuestos hecho por Jesús demuestra la sumisión al poder temporal, Pedro no tiene más autoridad que los demás apóstoles, el emperador está por encima del Papa, todos los sacerdotes tienen el mismo grado, y los sacerdotes tienen poder prohibitivo por concesión del emperador[195]. No se debe olvidar que parte de sus escritos son obra de su discípulo y amigo Juan de Jandún, quien aprovechaba la autoridad de su maestro para realzar sus escritos; también se debe tener en cuenta que a veces se analiza el pensamiento de Marsilio a la luz de las proposiciones eclesiológicas que fueron condenadas, olvidando la vida y las diferentes vicisitudes de su vida.

Guillermo de Occam (1270-1349). Franciscano formado en Oxford, fue acusado de herejía por lo que se presentó en Aviñón, donde fue recluido en un convento de donde huyó junto con Miguel de Cesena, general de los frailes menores, para refugiarse en la corte de Luis de Baviera. Occam admite, contra Marsilio, que Pedro, el Papa, tiene un

poder real en la Iglesia pero no es pleno por lo que es posible la equivocación, por ello la única infalible es la Iglesia Universal, la cual se puede ver reducida a una sola persona, aunque sea una mujer o un niño. Con estas ideas no se puede decir que Occam sea un conciliarista, ya que admite que incluso el concilio se puede equivocar; el problema está en el hecho de ofrecerle a los conciliaristas armas al entender el concilio como un medio para legislar contra un Papa herético (Juan XXII) y defender los derechos individuales contra las acciones arbitrarias de la Iglesia. Por su concepción espiritual eclesiológica es cercano a los franciscanos espiritualistas, entre quienes se cita a Miguel de Cesena, quien entró en conflicto con Juan XXII, porque se atrevió a criticarles la equivocada forma como estaban entendiendo la pobreza; frente a esta crítica Miguel sostuvo que el Papa estaba equivocado porque uno de sus predecesores, Nicolás IV (1288-1292) les había permitido lo que ahora Juan XXII les criticaba.

Otros autores son: Heinrich von Langestein quien en el ambiente de la doble elección de 1378 escribió *Epistula pacis* (1379) y *Epistula concilii pacis* (1381); Konrad von Gelnhausen (1320-1390) en *Epistula concordiae* (1380) escribió que la convocación de un concilio era competencia del Papa; Francisco Zabarella (1360-1417) en *Tractatus de schismate* (1407) sostiene que la Iglesia es *congregatio fidelium* por lo que el poder sería del pueblo, que confiere la autoridad a los prelados y al Papa por medio de la elección y el consenso; Dietrich von Niem (1340-1418) era un eclesiástico camaleonesco y radical, autor de *Nemus unionis* y *De modis uniendi ac reformandi Ecclesiam*, que sostenía que el concilio era el que tenía el poder de las llaves y que el primado papal se debía a una delegación que la Iglesia le podría retirar.

En el fondo el conciliarismo presentó numerosas alternativas pero no dio ninguna solución al problema del cisma y la necesidad de reforma. Esta doctrina “ha de considerarse legítima cuando se aplica en casos de extrema necesidad, pero ha de considerarse ilegítima y heterodoxa si se entiende de manera radical, como una transformación de la estructura monárquica de la Iglesia en una estructura representativa”[196].

El concilio de Pisa[197]

Un grupo de cardenales procedentes de ambas obediencias, se constituyó en colegio cardenalicio legítimo y con autoridad para elegir al verdadero Papa; eran cardenales que se consideraban infalibles y partícipes del poder pontificio. Este grupo de cardenales tomó para sí las ideas de Vicente Ferrer sobre el colegio cardenalicio formado por “las columnas sobre las cuales Cristo fundó la Iglesia”.

Este grupo de 14 ó 15 cardenales, reforzado por otros nueve, tenía el deseo de solucionar el cisma y aprovechando las ideas conciliaristas, convocó el concilio de Pisa, que fue abierto el 25 de marzo de 1409 bajo la protección de Florencia. Era una asamblea *sui generis* en cuanto que al inicio no tenía ninguna cabeza, por lo que el arzobispo de Milán, Pedro Filargi, sostuvo que los cardenales tenían derecho a convocar el concilio; esto no era del todo claro porque las ideas conciliaristas no trataron el tema

de a quien le correspondía convocar un concilio, aunque fueron presentadas algunas soluciones. De todas maneras el concilio se realizó con el objetivo de procesar a los dos Papas, quienes no se presentaron, y deponerlos por herejes, cismáticos y perjuros; una vez depuestos se podría elegir el verdadero Papa. El concilio adoptó el sistema de trabajar por naciones para una mejor intelección y defensa de los intereses políticos. Cuando se tomó la decisión de elegir al Papa se entró en cónclave, que fue dominado por Baltasar Cossa; fue elegido el arzobispo milanés quien tomó el nombre de Alejandro V (1409-1410) y pasó a la historia por los privilegios que le concedió a los franciscanos; su sucesor fue Baltasar Cossa, quien tomó el nombre de Juan XXIII (1410-1415)[198].

En el concilio de Pisa estuvieron presentes: 24 cardenales, 4 patriarcas, más de 80 obispos y arzobispos, otros tantos abades, procuradores de más de cien obispos y 200 abades; además asistieron varios representantes de príncipes y universidades y doctores en teología y derecho canónico. Al principio, el rey alemán Roberto y los reinos de la península Ibérica se mantuvieron al margen.

Como el concilio fue convocado por los cardenales, las formas externas fueron diferentes en relación a los otros concilios medievales; se hicieron los nombramientos de rigor; de entre los abogados nombrados fue notoria la acción de Simón de Perusa, quien llevó la dirección técnica de casi todas las 22 sesiones. En la sesión inicial, el 26 de marzo, el arzobispo de Milán presentó en 16 proposiciones el derecho que los cardenales tenían para convocar el concilio en caso que el Papa fallara. El objetivo del concilio pisano era el proceso a los Papas reinantes; cuando el proceso fue instruido se hicieron presentes los representantes de Alemania y la península Ibérica, pero los alemanes, fieles a Roma, pronto abandonaron la ciudad; el proceso siguió adelante y el 5 de junio, en el transcurso de la sesión XV, fue leída la sentencia de deposición ante el patriarca de Alejandría, Simón de Cramaud, con lo que la Sede Petrina quedó vacante; después de esto, se realizó el cónclave en el cual fue elegido Alejandro V, quien fue coronado el 7 de julio; el 7 de agosto fue clausurado el concilio de Pisa.

Un breve juicio parte de dos apreciaciones en torno a si fue un concilio ecuménico y legítimo, y si fue útil. Hasta el momento no hay unanimidad al respecto, porque de hecho no se hizo nada por la reforma de la Iglesia porque en lugar de resolver los problemas los agravó. De todas maneras, el concilio de Pisa, con todos los problemas anexos, sirvió para caminar hacia la solución del cisma, hasta el punto que sin Pisa es difícil imaginar un feliz término.

El concilio de Constanza[199]

El concilio de Pisa determinó la celebración de concilios cada tres años; Juan XXIII, en cumplimiento de esta determinación comenzó un concilio en Roma pero no obtuvo gran cosa, salvo la condena de las obras de Wyclef, porque cuando las tropas de Ladislao sitiaron la urbe, el concilio fue suspendido; frente a esta circunstancia el Papa pisano quiso continuarlo e inició conversaciones con el emperador Segismundo, quien impuso a Constanza. En esta ciudad se realizó el concilio entre 1414 y 1418 con la participación

de 29 cardenales, 3 patriarcas, 185 entre obispos y arzobispos, 100 abades, 578 doctores, 100 duques, 1800 eclesiásticos y 2400 caballeros. Los objetivos del concilio eran unión, fe y reforma.

Por lo que se refiere a la unión, Juan XXIII llegó a Constanza con un numeroso séquito, casi todo italiano, bastante dinero y tres preocupaciones: ser reconocido como único Papa, confirmar el concilio de Pisa y presidir el concilio como única autoridad competente. Su numeroso séquito, entre los cuales estaban los obispos nombrados por él, le proporcionaba una cierta seguridad para manejar el concilio, por ello lo primero que hizo fue proponer el tema de la fe; pero no pensaba que el emperador Segismundo había asumido su papel de *defensor ecclesiae* lo cual demostró cuando llegaron los delegados de Gregorio XII de Roma.

Juan XXIII no quería que las credenciales de los delegados de Roma fueran reconocidas porque si Domicini era reconocido como cardenal, el concilio de Pisa no contaría mucho y porque estos delegados ponían algunas condiciones para él inaceptables: la no presencia de Juan XXIII cuando se leyera la dimisión de Gregorio XII y la renuncia de los otros dos Papas (Benedicto XIII y Juan XXIII). La triple renuncia era una idea que se respiraba en el ambiente y una muestra del conciliarismo y la sumisión de la Iglesia al poder imperial. Frente a esto, Juan XXIII permaneció desconcertado porque perdería el pontificado, con lo que una de sus preocupaciones desaparecería.

A esa situación se le añaden las peticiones de los alemanes: supresión de las reservas pontificias, aumento de los beneficios en favor de los universitarios y concesión de derecho de voto a abades, doctores y delegados de los príncipes. Estas propuestas tenían en Occam su inspiración: si el concilio es el máximo órgano es razonable que estas personas tuvieran derecho a voto porque la autoridad que tenían había sido concedida por Dios. Teniendo presente estas propuestas llegó la de los universitarios: concesión de voto por nación; con esta propuesta la mayoría italiana no contaría para nada y Juan XXIII se encontraría sin armas para defender su posición y preocupaciones; la propuesta triunfó y se formaron cuatro naciones: Francia, Inglaterra (Gales e Irlanda), Germania (Suiza, Países Bajos, Dalmacia, Croacia, Hungría, Bohemia, Polonia y Escandinavia) e Italia (Chipre y Creta); posteriormente, cuando se decidió a participar, España (Castilla, Aragón, Navarra y Portugal). El trabajo conciliar se realizaba al interior de las naciones, las conclusiones eran presentadas en la plenaria, donde cada nación tenía un voto.

Cuando todo estaba funcionando se presentó la fuga de Juan XXIII (marzo 20 de 1415), quien se refugió en Schaffhausen bajo la protección del duque Federico de Austria. Se preguntó si podía continuar el concilio sin el Papa que lo había convocado, a lo cual Dietrich von Neim dio una respuesta, recordando que Otón I había depuesto a Juan XII en el 963. Gerson pronunció el 23 de marzo el discurso *Ambulate dum lucem habetis* donde sostuvo que el concilio general es la regla que todos deben escuchar y obedecer porque así lo quiso Cristo movido por el Espíritu Santo. Fue publicado el decreto *Haec Sancta* donde se declaraba que el concilio era legítimo, no se podía suspender antes de cumplir el triple objetivo propuesto, ni cambiar de sede sin acuerdo

de los padres conciliares y ninguno, sin causa justa, podía alejarse; algunos de estos elementos estaban dirigidos contra Juan XXIII.

El 29 de marzo (viernes santo) tres naciones (Francia, Alemania e Inglaterra) aprobaron algunos puntos: sanción para quien no se sometiera al concilio, la fuga de Juan XXIII era un escándalo porque lo hacía sospechoso de cisma y herejía y siempre había sido libre. Algunos cardenales protestaron y el emperador Segismundo, temiendo una ruptura mayor, favoreció un texto más diplomático que fue aprobado en la IV sesión del 30 de marzo; este nuevo texto presentaba cuatro puntos: los poderes del concilio vienen de Cristo por ello todos deben obedecerlo para salvar la fe y extirpar el cisma, el Papa no debe transferir los funcionarios curiales y sus oficios y, por tanto, las posibles censuras eran anuladas, todo cambio de prelados o la privación de beneficios en prejuicio del concilio son nulos y no crear nuevos cardenales para el bien de la unión. Este documento produjo algunos problemas pero cuando se supo que el Papa continuaba alejándose (ya estaba en Friburgo) y que algunos padres conciliares lo siguieron, se retornó al primer texto, más duro pero más claro.

En relación a la *Haec sancta*, el concilio no quería hacer una definición dogmática sino un decreto jurídico y disciplinar. No es dogmática porque no tiene ninguna referencia a las fuentes de la revelación, no tiene expresiones típicas de las definiciones dogmáticas (*anathema sit*), los verbos ordena, define, decreta expresan una decisión importante, las sanciones son *ferendae sententiae* y deja ver que existen dos partidos al interior del concilio (conciliaristas y papistas). El carácter jurídico y disciplinar tiende a justificar la continuación del concilio, aunque el Papa no esté presente para evitar que el fugitivo lo pudiera disolver; el problema radica en que el concilio de Basilea entendió el documento en sentido conciliarista. A veces se hace una pregunta inadecuada para confrontar la *Haec sancta* con el Vaticano I: la *Haec sancta* le pide al Papa que no se aleje del cuerpo y gobierne bien la Iglesia; el Vaticano I declaró que el Papa no tenía necesidad de buscar una instancia superior para las decisiones de fe que de hecho no debe decir al margen de la Iglesia. Parece que el problema está en entender lo que significa autoridad; en la Iglesia autoridad significa servicio (Jn 13,12-17), es lavarle los pies a una Iglesia que mientras camina se los ensucia.

Si la *Haec sancta* produjo algunos problemas, la renovación del pontificado también. Juan XXIII después de un proceso al que fue traído prisionero, fue depuesto el 29 de mayo de 1415 en la XII sesión del concilio. Gregorio XII dimitió en la sesión XIV del 4 de julio. Benedicto XIII no quiso dimitir a pesar de los esfuerzos del emperador Segismundo, fue procesado y finalmente depuesto en la sesión XXXVII del 26 de julio de 1417. El concilio llegó a la conclusión que ninguno de los tres Papas depuestos podía ser elegido y el 11 de noviembre de 1417 se llegó a la elección de Odón Colonna quien tomó el nombre de Martín V (1417-1431); Pisa y Roma se unieron, Aviñón continuó su camino cismático si bien algunas regiones le retiraron la obediencia.

La fe, segundo objetivo del concilio, se centra en los procesos a Wyclif y Huss[200]. Para entender a Wyclif (1320-1384) conviene reconstruir su ambiente. Era un sacerdote de la

corte inglesa, inteligente, fiel a sus compromisos pero con poca mística, bastante pesimismo y resentimiento y con complejo de estrella. Inglaterra en su tiempo atravesaba fuertes presiones sociales: la Iglesia era rica, el reino caminaba hacia la creación de estados y el individualismo propugnaba por una religión civil. En este contexto Wyclif propuso, partiendo de las exigencias básicas para la Iglesia: abandono de las riquezas y renuncia a los anhelos temporales, el ideal de una Iglesia espiritual sin ningún elemento jerárquico porque la única autoridad suprema era la Biblia; por reaccionar contra una religión que ofrecía medios cómodos y oportunos para la salvación, Wyclif volvía a descubrir el sentido de Dios poniendo a los fieles en relación directa con Él, excluyendo la mediación eclesial; por ello, cuando sus ideas fueron censuradas, acudió al rey Ricardo II y no a la autoridad eclesiástica. Este moralista militante, con poder de atracción, llegó con sus ideas al sentimiento de los ingleses, hostil a las riquezas de la Iglesia y los impuestos que tenían que pagar a la curia romana. A la muerte de Wyclif sus ideas, que habían sido censuradas, fueron asumidas por los lolardos, los que sembraban cizaña (Mateo 13,24), quienes en realidad reflejaban lo que hacían begüinas y begardos cuando acunaban (löllen) a los enfermos. Este movimiento se dividió en tres grupos: oxfordiano que tenía la Biblia como única norma, parlamentario que era anticlerical y antiromano, y popular que criticaba a la Iglesia despiadadamente. Los lolardos produjeron varios tumultos a partir de 1381 en que comenzaron a ser perseguidos; cuando en 1415 fueron condenadas las ideas de Wyclif[201], ellos también fueron condenados; con la ejecución de John Oldcastle junto con 37 jefes lolardos en 1417 todo pareció llegar a su fin.

El hussitismo es, en algún sentido, continuación de las ideas de Wyclif porque el concilio de Constanza condenó a Wyclif a través de su discípulo Juan Huss[202]. En 1409 el rey de Bohemia, Wenceslao, se adhirió a la obediencia pisana y encontró oposición de tres de las cuatro naciones que formaban la universidad de Praga (Baviera, Sajonia y Polonia); el rey les quitó el derecho de voto y se lo otorgó a la otra nación (Bohemia); los germanos salieron de Praga, se dispersaron por sus naciones fundando diferentes universidades y difundiendo la idea que Bohemia era una nación herética. Juan Huss (1369-1415) que pertenecía a la universidad de Praga era un teólogo que deseaba reformar la Iglesia para hacerla una comunidad espiritual centrada en Cristo, la Palabra y la Eucaristía; criticaba a los pastores pero defendía los sacramentos, las buenas obras y la jurisdicción eclesiástica; sostenía que se debía eliminar lo que no existía en la Biblia. Hasta este punto no había problemas, pero cuando trató con ambigüedad el primado petrino la situación se agravó. Esto condujo a un ambiente tenso que explotó cuando Juan XXIII proclamó una indulgencia para financiar la guerra contra Ladislao de Nápoles; Huss reaccionó al darse cuenta que los predicadores se preocupaban más por el dinero que por explicar al pueblo el significado de las indulgencias, se sintió profeta y como tal se presentó al concilio para proponer su doctrina y ser reconocido inocente. Su pensamiento es reflejo fiel de la crisis de su tiempo y los contrastes que entonces se presentaban[203]. El emperador Segismundo lo creía inocente, tanto que le concedió el salvoconducto para presentarse en Constanza; surgieron nuevas preguntas y respuestas

entre las cuales tomó fuerza la de Dietrich von Naim: *Frustra auxilium legis invocat qui committit in legem* (En vano pide la protección de la ley, quien la viola). En Constanza comenzó el proceso con un debate el 5 de junio de 1415; frente a algunas preguntas que no supo responder adecuadamente, las cosas cambiaron, el emperador quedó desconcertado y los jueces sospecharon un comportamiento hipócrita; fue degradado, reducido al estado laical, sometido al brazo secular y murió en la hoguera; esta muerte lo transformó en mártir para sus seguidores. Así fue como un problema social terminó siendo un problema religioso que condujo a la guerra hussita que azotó a Bohemia entre 1420 y 1431.

El movimiento hussita comprende tres grupos: utraquistas o calicistas, taboristas o extremistas que favorecían la eliminación del lujo litúrgico, y adamistas que deseaban volver a la inocencia eliminando la misa, la cruz y el padre nuestro, pero anhelando la comunión de bienes y mujeres. Los puntos sobre los cuales insistían los hussitas eran: libre predicación de la Palabra, el cáliz a los laicos, devaluación del clero y puritanismo moral. Esto permite captar en el hussitismo una lejana raíz de la reforma propuesta por Lutero.

Otro tema de la causa de la fe es el tiranicidio, tratado el 15 de agosto de 1415 y declarado como doctrina errónea vista desde la fe y las costumbres por lo que fue condenada como herética. El problema reside en el hecho que en aquel entonces existían inconvenientes como el asesinato del duque de Orléans, las ideas del dominico Juan de Falkenberg, quien aseguraba la vida eterna para quien matara al rey Ladislao de Nápoles, y del franciscano Jean Petit (1360-1411), para quien el asesinato de un conspirador no sólo es legítimo sino hasta meritorio. La cuestión del tiranicidio dejó abierto un problema como fue la imposición de la fe por un soberano.

El tercer objetivo del concilio fue la reforma. El concilio nombró una comisión compuesta por seis cardenales y algunos representantes de las naciones presentes; buenas intenciones, ambiciosos proyectos, pero pocos resultados. La reducción del número de cardenales a 24 de todas las naciones, fue una gran reforma. El decreto *Frequens*[204], aprobado en la sesión XXXIX, proponía la celebración de un concilio cada cinco, siete y finalmente diez años. En la sesión XLIII se aprobaron siete decretos: abolición de las exenciones y unión de los beneficios habidos durante el cisma, la prohibición de que los réditos de los beneficios vacantes fueran pedidos por la curia romana, el establecimiento de nuevas penas contra la simonía, la exigencia de que las personas que tuvieran beneficios recibieran las órdenes sagradas porque los beneficios estaban en función de una carga pastoral, la delimitación de los diezmos papales, la obligación de hábito y tonsura para los eclesiásticos[205]. Posteriormente se hicieron algunos acuerdos con algunas naciones; estos acuerdos fueron llamados concordatos.

El concilio de Basilea - Ferrara - Florencia - Roma[206]

Tres momentos básicos tiene este concilio: el difícil comienzo, la etapa con el Papa y la etapa contra el Papa.

En cuanto a los problemas iniciales, Roma y Basilea eran distantes; mientras que para el Papa la ciudad suiza era una causa perdida, para el cardenal Cesarini era un excelente observatorio sobre Alemania; mientras que Roma estaba preocupada por la cruzada contra los hussitas, Alemania se preocupaba por la reforma de la Iglesia; si al Papa le parecían monstruosos los problemas con los Colonna, era porque no conocía el odio, el nacionalismo y el anticlericalismo alemán; Roma seguía buscando la unión con oriente, Basilea temía la posibilidad de un doloroso cisma; para la curia romana el concilio era una pérdida de tiempo y dinero; para Basilea era un momento oportuno para acoger mejor a la Iglesia. Esta doble mentalidad condujo a la división ya que a favor del concilio estaba casi toda Europa, mientras que a favor del Papa sólo estaban los estados italianos, excepto Milán.

A pesar de los problemas se llegó al concilio que contó con la presencia de pocos obispos y abades y numerosos clérigos. En el concilio la libertad de palabra era garantizada como línea teórica porque en la práctica las cosas eran diferentes ya que los gritos estaban por encima de la razón. El reglamento excluyó el voto por naciones en favor de la plenaria; fueron creadas cuatro comisiones: fe, reforma, paz y negocios generales; las discusiones se hacían al interior de cada comisión, después se realizaba la discusión plenaria donde prevalecía la mayoría. En teoría el reglamento era bueno, pero las discusiones cambiaron el rumbo del concilio.

En lo referente a los presupuestos, papismo y conciliarismo eran básicos; el problema serio no era esta división, sino el aspecto administrativo, sobre todo el económico por lo que se puede entender, pero no por ello justificar, la elección de Félix V (1439-1449), último antipapa propiamente dicho.

Luego del difícil comienzo, vino la etapa del concilio con el Papa. En 1431 Eugenio IV publicó dos bulas llamadas *Quoniam alto* (noviembre 12 y diciembre 18), con la primera transfería la sede del concilio a Bolonia, pero dejaba su ejecución en manos del cardenal Cesarini, con la segunda posibilitaba el cambio de sede. El concilio que ya había iniciado sesiones, respondió diciendo que sin su consenso ningún cambio era posible (sesión II) y se le pedía que revocara el decreto de cambio de sede (sesión III) y por ello comenzó con dos posiciones definidas; estando así la situación, Nicolás de Cusa (+ 1464) escribió la obra *Concordantia catholica* en la cual sostenía que la Iglesia era la unión de los hombres y los ángeles en la Trinidad, que la ley suprema de esta comunidad es la concordia, que como el Papa, siendo el jefe de la Iglesia, es el primer obispo en relación a los demás, es el concilio la suprema instancia de la Iglesia. Frente a esta problemática, Eugenio IV, prácticamente abandonado de todos, reconoció el concilio como legítimo a través de la bula *Dudum Sacrum* (diciembre 15 de 1433) pero sin reconocer como tales los decretos emitidos por la asamblea conciliar; finalmente el concilio continuó sus sesiones, las cuales se pueden resumir en tres puntos.

El tema de la fe se centra en los pactos con los hussitas en cuatro puntos: concesión de la comunión bajo las dos especies a quien lo pida siempre y cuando reconozca la presencia de Cristo en las dos especies, castigo de los pecados públicos por parte de la

legítima autoridad, predicación libre de la Palabra pero reservada sólo a los sacerdotes bajo la autoridad del obispo, derecho de la Iglesia a poseer bienes que deben ser administrados correctamente. Estos puntos son conocidos con el nombre de *Compactada*.

La paz era un tema que no podía estar ajeno sobre todo cuando Francia, Inglaterra y Borgoña se mantenían en guerra. En 1431 fue quemada en la hoguera Juana de Arco; esta mujer nació en 1412 en una familia campesina acomodada en Domrémy, con 16 años se presentó ante el capitán Roberto de Baudricout diciendo que era portadora de la misión divina de expulsar a los ingleses de Francia; en 1429 participó en la defensa de Orléans, en septiembre de ese año fue herida durante el sitio de París; en mayo de 1430 fue capturada por los soldados del duque de Borgoña frente a Compiègne; su proceso fue abierto en enero de 1431 y el 30 de mayo fue quemada en la hoguera en la plaza del mercado viejo de Ruán, después de haber sido acusada de idólatra, cismática y herética[207]. En el siglo XX fue desecho el proceso y elevada a la gloria de los altares.

La reforma fue el aspecto más importante porque las propuestas no faltaron. Era una serie de normas precisas dirigidas al concilio general, el Papa (cardenal y obispos), los clérigos, las Iglesias y los hebreos (sesiones XI, XIX - XXIII).

La tercera etapa fue la del concilio contra el Papa. Eugenio IV no se sentía bien con la forma como se desarrollaba Basilea, tampoco tenía éxito en las negociaciones con Juan VIII Paleólogo con miras a la unión y como el ambiente era tenso quiso trasladar el concilio a Udine o Florencia; el concilio por su parte proponía continuar en Basilea o Aviñón. Como no se llegó a ningún acuerdo el Papa trasladó el concilio a Ferrara; esto condujo a la división porque la mayoría de los padres conciliares permaneció en Basilea donde procesaron y depusieron a Eugenio IV y nombraron al duque Amadeo VIII de Saboya, quien pasó a la historia como el antipapa Félix V; este antipapa proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción (sesión XXXVI, en 1439) que no fue admitido por Roma hasta que Pío IX lo proclamó en 1854.

A partir de 1439 el concilio continuó pero con resultados casi nulos porque al ser abandonado por las potencias, se dedicó a oponerse al Papa buscando no tanto la aprobación como la obediencia del Papa al concilio, un concilio que de tal sólo tenía el nombre. Esta división retardó y frustró la reforma porque el concilio se convirtió más en una amenaza que en un momento de comunión y crecimiento; además favoreció el crecimiento de un complejo antirromano que después explotaría dividiendo la Iglesia en varias confesiones.

En 1438 el clero francés promulgó la *Pragmática sanción* donde aceptaba algunas determinaciones de Basilea: convocación de los concilios, obediencia del Papa a los concilios, la cuestión de los beneficios eclesiásticos, etc.; con esto le dio fuerza a la Iglesia galicana que continuó su actividad hasta que se firmó el concordato entre Francisco I y León X en 1510.

En Alemania, después del conflicto entre el Papa y los arzobispos de Colonia y Tréveris, se pudo firmar en 1447 la *Concordata principum*, por los esfuerzos

diplomáticos de Eneas Silvio Piccolomini, quien trabajaba en la cancillería alemana de Federico III. La *Concordata* tenía cuatro puntos básicos: el Papa se comprometía a convocar un concilio en tierra alemana cuando lo considerara oportuno, se reconocía la eminencia y no la preeminencia de los concilios aceptando el decreto *Frequens* de Constanza y otros decretos (presumiblemente de Basilea), se daba autorización para que los alemanes conservaran los decretos de Basilea hasta que no se llegara a un acuerdo definitivo, y la promesa de restituir a los dos arzobispos depuestos.

Finalmente, cuando Eugenio IV dejó el tema del concilio de Basilea - Lausana al proponer el cambio de sede, se encontró con el éxito del concilio de Ferrara - Florencia que fue inaugurado el 9 de abril de 1438 con la presencia del Papa, el patriarca de Constantinopla, el emperador de Bizancio, los arzobispos de Éfeso, Nicea y Kiev y unos 70 obispos occidentales; aunque los padres conciliares eran pocos, su calidad suplía con creces; Nicolás de Cusa y el cardenal Cesarini formaron parte del concilio, Piccolomini no estuvo presente porque trabajaba en la cancillería de Federico III.

Posteriormente fue trasladado a Florencia, donde se desarrolló con libertad porque en ninguna discusión y sesión hubo presión; allí fueron producidos los acuerdos con los griegos y los jacobitas egipcios, y el decreto *Pro armenis*. Después fue trasladado a Roma, donde se llegó a otros acuerdos con algunos grupos caldeos, maronitas y los jacobitas de Mesopotamia. Los acuerdos se quedaron sobre el papel porque a los pocos años cayó Constantinopla (1453) dejando ver que oriente prefería el turbante musulmán a la tiara pontificia; es normal que el hombre tienda hacia quien se presenta unido.

El 6 de julio de 1439 fue promulgada la bula de unión *Laetentur caeli*, donde se dice que la unión entre oriente y occidente es un hecho con el cual se superó caritativamente la división existente después de una larga espera y la derrota de diferentes obstáculos; como esta unión es una obra divina merece ser recibida con extrema veneración porque después de discutir con diligencia sobre la cuestión de la procesión del Espíritu Santo, se determinó la fórmula para superar el problema del Filioque por lo que el Espíritu Santo es eternamente del Padre y del Hijo, y que procede del Padre por medio de Hijo, entendiendo el Padre como causa (para los griegos) y principio (para los latinos). Además, se acepta el pan ázimo (en occidente) y fermentado (en oriente) para la consagración eucarística. También se aclararon las cuestiones del purgatorio y el primado universal del obispo de Roma, y el orden jerárquico de los patriarcados: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén[208].

3.2 Buscando la reforma[209]

En la historia y en otros campos es normal que se hable de reforma, pero pocas veces se entiende lo que significa. En el pensamiento cristiano todo comenzó con la transposición de Romanos 12,2 y Efesios 4,23 del campo interior, personal y espiritual a una realidad institucional, eclesial. En la historia de la Iglesia, la reforma es una acción creativa que desea restaurar la imagen original; en este sentido se debe distinguir entre aquello que es y lo que se presenta. Además, la reforma hace parte de la naturaleza

dinámica de cada institución que pasa por tres fases: fundación, gobierno y residuo histórico o tradicionalismo.

La Iglesia, como realidad viva, se encuentra en continua reforma porque es consciente que no siempre existe correspondencia entre lo que es y lo que debe ser; aquí nace la dialéctica entre decadencia y reforma, teniendo presente que tradición y progreso no se deben separar porque son dos miembros de una pareja conceptual que se llaman mutuamente, ya que si se separan la Iglesia sería o un fósil o una continua revolución sin sentido. En cuanto a la forma, la reforma puede ser: desde arriba (*in capite*), desde la base (*in membris*) o desde un aspecto personal o autorreforma. Las causas que la producen pueden ser externas (el poder laico en el caso de la Iglesia) o internas; esto da a entender que la reforma es un criterio funcional para comprender adecuadamente la historia de la Iglesia.

Al estudiar los siglos XIV y XV se percibe que existen varias obras que hablan de la necesidad de la reforma; esa necesidad se hacía sentir en el Papa, la curia romana, el episcopado, el clero y los laicos, es decir, la Iglesia; pero descubriendo es el verdadero sentido crítico de los diferentes juicios. El historiador no es el que hace juicios, sino el que presenta hechos; hacer juicios retóricos y proféticos sobre una realidad es fácil, por ello no es raro encontrar polémicas, anhelos de retornar al pasado, exageraciones frente a los adversarios y una especie de "juego sobre dos mesas diferentes". Más allá de las críticas sobre los siglos XIV y XV, varias de ellas contrarias, se puede concluir que existía el deseo de reforma, se hicieron algunas reformas y varios programas de reforma fracasaron por diferentes motivos.

3.2.1 En la vida consagrada[210]

Los religiosos fueron el sector más sensible a la reforma, si bien no faltan las anécdotas en torno a la vida consagrada; tampoco se puede olvidar que durante los siglos XIV y XV se fundaron pocas órdenes religiosas, se reformaron algunas y otras murieron.

De entre las congregaciones, la de los Cartujos fue la más floreciente toda vez que en estos siglos fundaron unos 150 conventos en Hungría, Austria, Bélgica, Italia, Alemania, Holanda, Bohemia, Polonia y Escocia; entre sus más conocidos miembros están: Pedro Petroni (+ 1361), Ludolfo de Sajonia (+ 1377) autor de *Liber de vita Christi* básico para entender algunas conversiones y reformas posteriores (Ignacio, Teresa, Francisco de Sales), Esteban Maconi (+ 1424) y Dionisio el Cartujo (+ 1471) cuya obra fue publicada en 42 volúmenes. Al interior de cada cartuja existía una profunda vida espiritual para hacer más eficaz aquello de *Chartusia nunquam reformata, quia nunquam deformata*.

También se presentaron algunas reformas en el surco de la tradición, como el caso de algunos intentos benedictinos que no alcanzaron gran difusión porque eran locales; se citan: *Las costumbres de Subiaco* (1380) que disminuían el oficio para aumentar la lectura espiritual y *Las costumbres castellenses* (de Kastl, en Baviera, 1380-1410), que fueron utilizadas por el concilio de Constanza e influyeron en 23 abadías. Más tarde las cosas tomaron otro rumbo que llevó a la esterilidad y decadencia de las que algunos abades son responsables.

Nuevas fundaciones

La Congregación de santa María del monte Oliveto fundada por Bernardo Tolomei hacia 1313. De origen eremítico fue ubicada al interior de los benedictinos; Clemente VI la aprobó en 1344 y desde ese año hasta 1450 abrió 43 monasterios.

Las Oblatas fundadas por santa Francisca Romana (Francisca Bussa de Ponziani) se encuentran en íntima conexión con la congregación olivetana; se dedicaban a la caridad y la oración por lo que su fundadora, conocedora de los decretos de clausura monacal de Bonifacio VIII, nos les impuso ni votos solemnes ni clausura.

Los Jeronimitas. San Jerónimo era un modelo para la época porque unía humanismo y penitencia y por ello varias fundaciones fueron hechas bajo su protección; entre esas fundaciones se considera como la más importante la realizada por Fernando Yáñez y Pedro Fernández, que fue aprobada por Gregorio XI (1373) y Benedicto XIII (1414) con una estructura unitaria pero flexible porque si bien tenía un general y un consejo central, cada monasterio era autónomo. Los monjes se dedicaban al culto, la contemplación y el trabajo; algunos estuvieron ligados a la corte de Madrid.

Los Jesuatos. Comunidad laical (los pobrecillos de Cristo) fundada por Juan Colombini (+ 1367) para vivir en humildad y alegría como los nuevos pobres por amor a Cristo; su nombre popular les viene de la invocación que repetían "Oh Jesús, oh Jesús". A la muerte de su fundador se hicieron clérigos y al poco tiempo comenzó su parábola descendente.

Los Mínimos. Fundados por Francisco de Paula (1416-1507), eremita italiano que reunió en Calabria (Italia) un grupo de compañeros que deseaban vivir la penitencia; junto al testimonio de penitencia daban ejemplo de oración, ayuno y caridad. Se difundieron rápidamente hasta llegar a tener unos 457 conventos y cerca de 12000 miembros. Esta comunidad está en estrecha relación con los franciscanos. Su radicalidad hace parte de una particular forma de pensar propia de la teología y la cultura de aquel entonces: el mundo era algo malo de lo que se debía huir si se quería llegar a la santidad.

Los canónigos seculares de san Jorge. Eran clérigos nobles que entre 1402 y 1404 se reunieron en comunidad para restaurar el ideal sacerdotal; llevaban vida de perfección sin votos, sin regla, pero con vida comunitaria; el evangelio y la caridad eran fundamentales. Fueron la síntesis de la vida devota, humilde y solitaria; su celebración litúrgica era solemne y su difusión prodigiosa. En el siglo XVII comenzaron a decaer hasta que en 1668 Clemente VIII los suprimió. Pertenecían a los canónigos seculares y tuvieron el mérito de haber comenzado la línea espiritual que concebía el sacerdocio como una vía para llegar a la santidad; fue una línea que después tomó san Felipe Neri y posteriormente la escuela francesa que propuso la figura del sacerdote santo.

La observancia[211]

Es el movimiento reformador más importante en los siglos XIV y XV; el ideal era el

regreso a los orígenes, es decir, vivir la regla primitiva en obediencia, guardándola y poniéndose al servicio de ella porque había sido inspirada y sancionada por Dios de tal forma que ella conducía al religioso a la salvación; por ello la obediencia era básica en la observancia, donde vivir sin regla era un sin sentido.

En primera instancia están las comunidades monásticas. Entre los monjes las reformas suelen venir de arriba; no era solamente un regreso a las fuentes, sino también un cambio institucional: la estabilidad del monje, la autonomía abacial y el puesto vitalicio del abad, quien hasta ese momento era padre, jefe, director espiritual e incluso señor feudal de la abadía.

Los benedictinos negros, llamados así por el color de su hábito, tuvieron dos reformas: Valladolid y Padua. La de Valladolid comenzó en el monasterio san Benito (1390) con dos características: la introducción de la clausura perfecta entendida como una posibilidad para vivir más plenamente la libertad y una vida contemplativa profunda vivida en lectura divina, meditación, liturgia solemne y silencio para saber quienes habían entrado a la abadía movidos por la vocación y no por las riquezas de la abadía.

La *Congregatio de unitate* de santa Justina de Padua liderada por Luis Barbo (1381-1443) hizo cambios fundamentales: la inmovilidad de los monjes y el abad vitalicio; con estos dos cambios, acabó con el problema de los abades encomenderos ya que las encomiendas eran un obstáculo para la vida fraterna y espiritual; el abad Barbo (a partir de 1408) introdujo la *devotio moderna* en la vida del monasterio y escribió la obra *Forma orationis et meditationes* con lo que introdujo la meditación en la vida monacal. El monasterio de Bursfed recibió influjo de Padua y comenzó bajo el abad Juan Dederoth una reforma que mantuvo el abad vitalicio, la autonomía de las elecciones y un capítulo abacial compuesto por prelados solamente.

Los benedictinos blancos, que tenían el hábito de ese color como señal de mayor pobreza, también se reformaron; se cita la reforma de los cistercienses en España que con Martín de Vargas y bajo el influjo de Padua hicieron algunos cambios a partir de 1425.

Al interior de los camaldulenses se dio la reforma de Pablo Giustiniani, quien fundó el monasterio de Monte Corona donde se reunieron algunos monjes para vivir la pobreza y el espíritu de penitencia.

En segunda instancia están los mendicantes, teniendo presente que en las diferentes reformas observantes conviene tener presente el influjo de las autoridades civiles y eclesiásticas. Cuando se presentaban las determinaciones de Papas, obispos e incluso superiores generales no existen mayores inconvenientes; el problema aparece cuando los reyes intervienen para llevar a feliz término una reforma[212]. Varias de estas reformas tenían sólidas bases humanistas y Su historia tiene dos etapas: al interior de la orden y la creación de una nueva congregación, a veces autónoma, otras veces no. El siglo XV fue entre los mendicantes un período de crisis, disminución y divisiones. Entre las causas de la crisis están: reclutamiento de niños donados y ofrecidos, los desórdenes en la pobreza que creaban problemas, el contrasentido porque se vivía de la limosna en conventos que

no eran una señal de pobreza. El hecho de tener dinero y salario por desempeñar algunos puestos, creaba un ambiente poco comunitario, lo cual iba contra la vida comunitaria que era en teoría el centro de la congregación; a esto se le suman las dispensas, privilegios y numerosos *magistrati bullati* que estaban fuera del *curriculum* ordinario de la comunidad.

La observancia entre los mendicantes provino, algunas veces de los estratos bajos, otras veces de la autoridad; las casas que querían vivir la observancia eran puestas bajo una forma especial de gobierno con posibilidad de autonomía. Las congregaciones observantes se caracterizan por: vida más austera y retirada, pobreza más estricta y severa, exigencia de vida común, intenso clima de oración (9 e incluso 12 horas diarias de oración y meditación) y una menor consideración de los estudios, al menos durante la primera fase.

Franciscanos. Trataron de evitar toda forma de extremismo. Entre las características de la primera fase están: pequeñas fraternidades, vida con rasgos eremíticos, renuncia a los bienes, réditos y dispensas. Al interior de los franciscanos, la observancia casi siempre fue motivada desde abajo. En la segunda fase, con la presencia de Bernardino de Siena, Juan Capistrano, Alberto de Sarteano y Santiago de la Marca, se presentó alternancia entre vida retirada y apostolado y apertura al estudio. Bernardino de Siena dejó en herencia la apertura intelectual, la moderación frente a los conflictos y una adecuada sensibilidad humanística.

En Italia la observancia franciscana en la primera fase se desarrolló al interior de la orden sin crear ninguna congregación, después las cosas cambiaron. En Francia los conventos observantes fueron sustraídos a la autoridad oficial para someterlos a un vicario; tenían bastante oración y trabajo, salían del convento para trabajar y la vida eremítica no era precisamente el fuerte; en esta región se dio el caso de santa Colette Boylet de Corbie (1381-1447) quien, después de una larga inestabilidad que la condujo por diferentes órdenes y monasterios, fundó 17 conventos femeninos y renovó siete conventos masculinos sin unirlos a la observancia porque veía que era muy suave, pero en 1517 estos conventos entraron en la observancia franciscana en Francia. En España Pedro de Villacreces (+ 1422) planteó la reforma sobre doce horas diarias de oración, extrema pobreza incluso en la comida y las construcciones, silencio y obediencia, y exclusión de los estudios.

Entre conventuales y observantes se presentaron varios conflictos; hubo un acuerdo transitorio en el capítulo de 1430 en Asís donde ambas líneas acordaron regresar a la pobreza original, pero el ministro general, Guillermo de Casale, le pidió a Eugenio IV, ser liberado de las promesas hechas; se eligieron dos vicarios generales en 1446 que prolongaron el conflicto hasta que León X con la bula *Ite vos*, concedió la autonomía a los observantes, con lo que se originó otra orden.

Dominicos. Es una orden clerical donde la aplicación de la observancia vino desde arriba encontrando respuesta en la base. Se sabe que durante el cisma de occidente la orden se dividió en dos obediencias; el general aviñonés, J. de Puinoix, introdujo algunas

reformas: dormitorio común e imposibilidad de vender o alquilar las habitaciones; estas normas disciplinarias eran rigurosas pero les faltaba la disposición interior, la cual provino de Vicente Ferrer, quien en *Tratado de la vida espiritual* proponía: meditación (dismunición de la *lectio divina*), pobreza, obediencia, dirección espiritual (alguien diferente al superior) y el apostolado para el cual la mejor preparación sería la penitencia (ya no el ayuno); a pesar de ello la observancia dominica aviñonesa no originó un movimiento observante. Otros dominicos en el campo de la mística son: Eckhart, Taulero y Enrique Suso, autor de *El librito de las nueve rocas* (1352) que examina las diferentes categorías de cristianos.

La obediencia romana tuvo más éxito por la presencia y las disposiciones de Raimundo de Capua, Conrado de Prusia y Juan Dominici. Raimundo de Capua, elegido general en 1380, propuso que en cada provincia podía existir un convento para aquellos que quisieran entrar en la observancia; cuando ya hubo varios conventos, Raimundo los sustrajo de la obediencia provincial para someterlos a la autoridad de un vicario, quien sería la máxima autoridad de los conventos observantes; así se llegó a la creación de algunas congregaciones observantes: Lombardía (1437), Germania (1465), Castilla (1478), Holanda (1464-1514, que difundió las confraternidades y el rosario por el norte de Europa), Francia (1497) y San Marcos, hija de la congregación de Lombardía.

Carmelitas. Desde su origen han presentado dos tendencias: eremítica y contemplativa, y urbana y conventual; el conventualismo, que interpretaba con menos rigidez la regla, degeneró en abusos contra la pobreza y la vida común; además, la bula de mitigación *Romani Pontifices* (febrero 5 de 1432) de Eugenio IV y otros documentos de Pío II y Sixto IV, que si bien hicieron algunos retoques no cambiaron la regla inocenciana de 1247, que continuaba en vigor para quien la quisiera vivir con el primitivo rigor; con el deseo de retornar a esa regla primitiva se presentaron dos movimientos observantes al interior de los carmelitas: las congregaciones observantes y la acción reformadora de Soreth. Las congregaciones observantes, como las de Mantua y Francia (o Albi), querían regresar a la regla primitiva: no aceptaban la mitigación del ayuno y las abstinencias, refutaban los privilegios papales, proponían un fondo común para solucionar los problemas de pobreza y eran gobernados por un vicario general.

El padre general Juan Soreth (1451-1471), conociendo el pasado pero con buena visión del futuro introdujo la *devotio moderna* y propuso el regreso a la regla primitiva; en las Constituciones de 1462 hay algunos elementos observantes: obediencia, vida común, pobreza, formación, estudios y liturgia; esta reforma presenta dos líneas: motivación a los religiosos para vivir la observancia a través de las visitas generales y fundación de conventos reformados en los cuales sus miembros renunciaban a los bienes, vivían en común y con clausura, rezaban el oficio divino en coro, cuidaban la formación de los candidatos y podían elegir como superior a un reformado.

Agustinos. Tuvieron diferentes signos de renovación a pesar de la crisis vivida a causa de la peste negra que diezmó la comunidad; se presentaron movimientos observantes en Lecceto (Siena), Sajonia, España, Italia, y Dalmacia. En 1295 la orden estaba dividida en 17 provincias; para el 1300 la evolución iba delante y habían acomodado la legislación y

la vida al modelo mendicante, eran religiosos plenamente reconocidos por la curia romana, con casas en las principales ciudades cristianas y ya estaban integrados al apostolado y el mundo universitario; el laico había cedido el puesto al clérigo, el yermo al convento y la devoción ingenua y sencilla al estudio y el apostolado. Hacia 1356 las provincias italianas contaban con 250 conventos, las alemanas con 114, las francesas con 64, en Inglaterra existían 42 casas y en España 25. Al primer siglo de expansión y esplendor, siguió un largo período de crisis que se prolongó dos siglos; durante los siglos XIV y XV atravesaron una crisis espiritual donde los abusos más graves fueron la violación a la pobreza individual y comunitaria por el usufructo perpetuo de bienes muebles e inmuebles y el cúmulo de exenciones concedidas a varios religiosos por motivo de estudio, oficio y origen familiar; los maestros de teología, los lectores, los superiores y los sacristanes gozaban de excesivos privilegios, podían tener peculio y disponer de los bienes con libertad incluso en el momento de la muerte; estos abusos atentaban contra la vida comunitaria y creaban divisiones. Entre las causas de la relajación se citan: la peste; el cisma de occidente, el secularismo y las guerras locales que obligaron al abandono de los conventos. Junto a esos factores externos se deben ubicar: la erosión del ideal primitivo que oscurecía el carisma y debilitaba el fervor; la dificultad para mantener la armonía entre el apostolado y la vida común; las excesivas diferencias culturales entre los miembros de una comunidad, el triunfo del subjetivismo que entorpeció la comunicación e hizo prevalecer las necesidades del individuo sobre las de la comunidad.

Ante este desolador panorama, se presentaron algunos intentos de reforma por el esfuerzo de algunos generales: Guillermo de Cremona (1326-1342), Gregorio de Rimini (1357–1358), Agustín Favaroni (1419–1431), Gil de Viterbo (1506–1518) pero la falta de continuidad hizo que estos intentos no alcanzaran la eficacia esperada. Por esto se dice que fue más eficaz el ejemplo de las congregaciones o grupos observantes que surgían alrededor de un religioso celoso quien lograba comunicar sus deseos a otros e implantaba en algún convento la observancia literal de las Constituciones; cuando su sistema de vida se propagaba a otros conventos, el general los eximía de la jurisdicción del provincial y los ponía bajo un vicario reformado. Estas congregaciones existieron en Italia, Alemania, España; en España la observancia de Castilla absorbió en 1504 todos los conventos de la Provincia. Estas congregaciones subrayan la ascética de la vida religiosa: silencio, clausura y austeridad; insistían en la oración y la vida común; algunas dejaron en la sombra el apostolado y el estudio que no eran fáciles de conciliar con la tendencia al retiro; desconfiaban de los estudios teológicos de la época y se oponían a los títulos académicos que, debido a los privilegios, introducían discriminaciones en las comunidades.

Siervos de María. Era una orden pobre y contemplativa que se transformó en mendicante y apostólica. La reforma observante vino desde arriba, desde el capítulo de Ferrara (1404), que permitió la formación de un convento observante bajo la directa jurisdicción del Prior General; el Provincial podía visitar oficialmente el convento pero sin trasladar los religiosos; después fueron abiertos otros conventos observantes por lo

que Eugenio IV creó una provincia observante (1440). En 1473 el convento de Monte Senario, donde había comenzado la observancia en esta orden, se separó de la observancia para dedicarse a la contemplación.

La devoción moderna[213]

Es un movimiento espiritual típico de los siglos XV-XVI que se caracteriza por presentar un estilo nuevo para llegar a la santidad sin separarse del mundo. *Devotio*, es entendida como una virtud de la religión. *Moderna*, se refiere a un adjetivo que expresa algo que es diferente a lo que se presentaba; la *devotio moderna* es la espiritualidad que propone un camino nuevo en relación una mística abstracta. Tuvo su origen con Gerardo Groote (1340-1384), un predicador que veía como tentación del diablo la pertenencia a una orden mendicante, como un peligro la misión y el sacerdocio, por lo que decidió vivir y predicar una vida religiosa pero sin votos porque quería ser un apóstol individual, sin estar sometido a reglas jurídicas. Con su estilo de vida y su predicación dio origen a la vida común ya que esta vida significa una realidad popular, posible e igual para todos; a nivel histórico y espiritual el término vida común, se refiere a un estilo de vida íntimo que genera comunión. "En esta forma de devoción había un sincero espíritu evangélico y un humanismo cálido, pero se resentía también de un cierto individualismo que subraya la relación del alma con Dios, sin tener suficientemente en cuenta la otra dimensión de la personalidad cristiana, la dimensión eclesial"[214].

La vida común se expresó a través de varias comunidades a partir de las cuales se irradió su influjo. Las hermanas de la vida común, fundadas por Groote en 1374 y con una historia que llegó hasta la revolución francesa; estas hermanas vivían en comunidad y aunque no tenían votos vivían la pobreza, la castidad y la obediencia. Los hermanos de la vida común, fundados en 1383 por Florencio Radewijns (1350-1400), llevaban una vida simple dedicados a la oración, la trascripción de libros, la realización de miniaturas y la educación; no tenían ni votos, ni reglas porque las consideraban estructuras rígidas; sus miembros tenían en los días festivos las conversaciones donde todos tenían algo que aportar; estas conversaciones eran llamadas *collationes* y eran llamados *fratres collationarii*. El colegio parisino de Montaigu, fundado por Standonck, fue un instituto educativo que seguía el estilo de los hermanos de la vida común; allí se formaron: Erasmo, Ignacio de Loyola y Calvino. Posterior a estos dos estilos de comunidades de vida común, nació la vida monástica de la vida común porque algunos deseaban vivir separados del mundo; nacieron los canónigos regulares de Windesheim fundados en 1386 por Radewijns pero sin asumir ninguna regla mendicante.

Además de la creación de congregaciones de la vida común, la *devotio moderna* debe su influjo al éxito obtenido por algunos libros publicados con sabor devocional moderno de corte individualista: *Breviloquium* y *Soliloquium* de Gerlac Peters (+ 1411), *Rosetum* de Juan Mombaer (+ 1501) y la *Imitación de Cristo* cuyo autor aún sigue siendo discutido entre Juan Gersenio de Vercelli y Tomás de Kempis de Agnetenberg; esta obra, es el libro más conocido de la espiritualidad occidental y presenta una

espiritualidad individual, una vida devota y la posibilidad de hacerse santo en el mundo.

La *devotio moderna* influyó en Europa. En Francia, Pierre d'Ailley y Gerson; en Alemania, Ludolfo de Sajonia (*Vida de Cristo*), Dionisio el Cartujo y Nicolás Kempf (*Alfabeto espiritual*); en Inglaterra, Walter Hilton y Juliana de Norwich (+ 1442); en España, García de Cisneros autor de *Ejercicios de la vida espiritual*; en Italia, los monasterios San Jorge (Venecia) y Santa Justina (Padua).

Entre las tendencias sobresalientes de la *devotio moderna* se citan: práctica para contrarrestar el intelectualismo y abstraccionismo de la escuela de Eckhart; afectiva porque debido al sentimiento de la presencia de Dios es importante imitar a Cristo llevando una vida buena y devota; metódica porque la oración era dividida y esquematizada, utilizando algunas normas nemotécnicas; individualista e intimista con lo que se le daba poco espacio a la Iglesia y el apostolado, el cual sería más una opción que una realidad consecuente del bautismo. Frente al metodismo surgió el quietismo, pero esto ya pertenece a otro momento de la historia.

3.2.2 En el clero

Mientras que los religiosos tuvieron movimientos de reforma, el clero secular vivió una experiencia diferente. A manera de orientación se pueden encontrar algunos elementos para entender la realidad del clero secular en algunos hechos como: la unión de los seculares a lo que podría llamar una religión civil porque se creía que todo iba bien, la solidaridad con la familia y su pueblo, la falta de una institución formativa y la escasa disposición de los obispos para comprometerse con la reforma de este sector de la Iglesia; en cuanto a los obispos, si bien no faltaba el deseo de hacer algo, muchos eran más señores feudales que pastores.

En primera instancia se debe mirar al alto clero compuesto por obispos y cardenales, teniendo presente que durante este período los criterios seguidos para elegir un obispo eran: políticos, intelectuales y morales; por ello algunos obispados eran concedidos como premio o recompensa que el rey daba a quien le había hecho algún servicio a él o a su familia. Además, algunas diócesis estaban en manos de las familias nobles o ricas; en pocas palabras, nobles, reyes y príncipes eran quienes negociaban los episcopados haciendo nombrar obispos que a veces ni visitaban la diócesis ni llegaban a ella; el poder corrompe a los hombres y la Iglesia no es precisamente la excepción. Esto se nota al hacer un estudio sobre los obispos en las diócesis europeas durante los siglos XIV y XVI, por ello no falta razón a Geiler cuando se dice que es índice de una extraña locura el hecho de preferir para los altos puestos de la Iglesia a aquellos que pueden demostrar una ilustre familia, en lugar de elegir a aquellos que son simplemente honestos y prudentes; o: "en Alemania el diablo ha gastado muchos zapatos para llevar la mitra a todos los hijos de los príncipes".

En conexión con los criterios seguidos y su aplicación está la acumulación de beneficios en las diócesis; en relación a estos abusos no se puede ocultar que eran los cardenales quienes se veían más propensos a vivirlos porque el cardenalato era una

difícil escala a la cual se llegaba a través de las influencias y una buena suma de dinero; por eso se dice que hasta el concilio de Trento (e incluso después), los obispados ricos eran considerados o pensiones o prerrogativas de los cardenales más influyentes. Aunque era normal esta forma de actuar y pensar, no faltaron las voces que deseaban un cambio como el caso de Adriano VI (1522-1523), quien propuso que los cardenales renunciaran a los obispados para dejárselos a personas santas y doctas, las cuales habitando en medio de su pueblo se preocuparían por su salud haciendo bien su oficio de obispos. Por esto era importante para los ambiciosos permanecer en Roma porque sólo en la ciudad eterna se presentaban las ocasiones que un hombre astuto debía coger al vuelo.

No siempre era la política y el dinero lo que conducía a la elección de un obispo porque el aspecto intelectual también contaba, de ahí que los estudios universitarios fueran contados como una importante carta para la carrera. En Francia dos tercios del episcopado eran personas con buena preparación jurídica y consejeros del rey, con lo que unían política y saber; en Italia también se presentaron algunos intelectuales; en España fueron los obispos intelectuales quienes promovieron un movimiento de reforma como es el caso del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, fundador de la universidad Alcalá de Henares.

El criterio moral también se tuvo presente para la elección de los obispos; es claro que existieron antitestimonios de vida cristiana en algunos obispos, pero no se puede reducir el episcopado a crear una figura de prelados amorales, intrigantes y fastuosos. En el obispo Claude de Seyssel (1450-1520) se sintetiza la figura del obispo como un hombre político, intelectual y santo; fue consejero del rey francés Luis XII, hizo estudios humanísticos y jurídicos y murió santamente como obispo de Turín; escribió la obra *Tractatus de triplici statu viatoris* que se convirtió en una de las primeras obras de carácter pastoral sobre el obispo. También se cita a Luis Barbo, quien presentó y realizó una acción pastoral que se resume en preparación del clero, primado de lo espiritual, rigor administrativo y aplicación progresiva de los ideales de reforma.

En segunda instancia se habla del clero inferior, teniendo en cuenta que en este período no se debe hablar de vocación sacerdotal, sino de un reclutamiento ya que se entraba en el mundo clerical a partir de la tonsura, la cual se concedía a los siete años; además, el hecho de elegir el sacerdocio respondía casi siempre a una decisión familiar. De acuerdo con la decisión familiar se presentan tres modelos para la vida sacerdotal: sacrificial, cuando una familia decidía ofrecer un hijo a Dios; social, debido al prestigio que concedía el estado clerical; y cultural, como medio para dedicarse a los estudios. Es importante tener presente la cuestión de la tonsura porque muchos permanecían como tonsurados, disfrutando de los privilegios anexos a este estado eclesiástico; por ello el número de tonsurados era relativamente alto. Los tonsurados eran conocidos por su corte de cabello, su vestido sobrio y largo, y la posibilidad del matrimonio *cum virgo et unica*. De los tonsurados un porcentaje llegaba al sacerdocio; con el pasar de los años el número de tonsurados disminuyó y aumentó el de sacerdotes; en este aspecto hay un dato interesante: el número de tonsurados disminuyó porque era bastante fácil llegar al sacerdocio, lo cual más allá de la realidad pastoral era una posibilidad de aumentar los

privilegios adquiridos.

En cuanto a la formación, ésta se reducía a aprender a decir misa, cantar y administrar los sacramentos; en pocas palabras la formación se reducía a desarrollar bien los ritos y leer el misal; las condiciones para entrar eran: tener un cierto patrimonio, el cual de hecho le había sido concedido por la tonsura, ser de legítimo matrimonio y saber leer y cantar. Debido a esta formación se habla de sacerdotes de misa y sacerdotes de confesionario. El examen previo a la ordenación consistía en saber las fórmulas de los sacramentos, conocer el cuarto libro de la *Suma* de Lombardo, los libros dos y cuatro de las *Decretales* y un conocimiento general de los derechos y deberes del estado clerical.

A mediados del siglo XV algunos obispos se dieron cuenta de los problemas anexos a la falta de formación y comenzaron a crear algunos colegios donde se les impartía formación a quienes optaban por el sacerdocio. En el marco de estos colegios se citan: el Capránica de Roma y el Montaigu de París. En el Capránica se formaban los jóvenes pobres que querían hacer sus estudios en teología y derecho; el derecho lo estudiaban en la universidad de Roma (La Sapienza) y la teología en el mismo colegio (*Sapientia firmana*, ya que Capránica era obispo de Fermo); un estudiante podía permanecer máximo por diez años; los viernes se tenían disputas jurídicas y teológicas y después del quinto año de permanencia el estudiante debía sostener las conclusiones públicas; además se debían preparar para la predicación y sus obligaciones cotidianas. El Colegio Montaigu, fundado en 1344, tenía dos tipos de estudiantes: los que pagaban y los que no pagaban, éstos vivían en la *domus pauperum*, normalmente optaban por el sacerdocio y vivían con dificultades.

La vida pastoral no era la mejor porque se vivía en la época de las delegaciones. El personal de las parroquias era numeroso y comprendía: el párroco, los capellanes parroquiales, los capellanes de las capellanías, los padres comunales (nacidos en la misma parroquia) y los padres dedicados a los funerales (los obituarios). Los capellanes parroquiales eran quienes ayudaban en la pastoral y tenían parte en la cura de almas. El problema de la delegación estaba unido al hecho que los párrocos podían administrar varias parroquias y por eso podía elegir a sus colaboradores, e incluso las entregaban a otros pero guardando para ellos una renta. Los padres comunales eran quienes en gran parte administraban las rentas de la parroquia y eran los encargados, por el gobierno de la ciudad, de las escuelas y las obras de misericordia.

Entre las rentas de las parroquias están: la de fundación y las casuales; entre las casuales: derechos de altar (de estola) y derechos de la Iglesia. El derecho de altar por un matrimonio era: cinco monedas, un cuarto del pan de las bodas, un cuarto de vino, un pernil de cerdo, un pedazo de carne de res y una gallina. Los derechos de la Iglesia, o sea, la celebración de la misa, eran de dos tipos: o baja o cantada; estas tasas normalmente se pagaban en especie. Ahí no se terminan las peticiones de dinero porque aún faltaba el don gratuito, un impuesto que las monarquías habían puesto para la Iglesia, que llegaba a manos del obispo, quien lo distribuía; además, había impuestos por los sínodos, las visitas pastorales, etc. Para compensar todas estas rentas, el párroco debía cumplir con el oficio de cura de almas; por esto se pueden encontrar documentos

que atestiguan acuerdos firmados entre un párroco y sus feligreses: ellos se encargarían de darle todo lo que necesitase, pero el párroco debía cumplir con su oficio e incluso hacer algunas ceremonias de más, principalmente en relación a los cultivos y los muertos. Esto da a entender que la presencia del obispo poco contaba.

Si bien la preocupación por los muertos era intensa, el centro de la vida parroquial era la celebración de la eucaristía a la cual se venía desde lejos; como se llegaba un poco cansado no era extraño ir a la hostería a degustar un buen vino; como la celebración estaba supeditada a la presencia del señor del lugar quien normalmente patrocinaba la parroquia, era posible empezar muy tarde o ni se celebraba la misa; por esta razón las capillas aumentaron. Otro elemento importante de la pastoral eran las procesiones que normalmente se desarrollaban los domingos para contar con la presencia de las personas que vivían lejos. En este aspecto, la parroquia se convirtió en centro de integración social.

Mención aparte merece la pastoral de las órdenes mendicantes por los problemas que acarreó la entrega de algunos templos a los religiosos, con lo que las parroquias eran trasladadas a otros sitios; a veces en estos traslados intervenían los laicos, pero otras veces se oponían. Lo importante de la pastoral de los mendicantes era que ellos cuando administraban una parroquia también se dedicaban a la pastoral y las fraternidades, lo cual era escaso en las parroquias atendidas por el clero secular. Los franciscanos algunas veces refutaron la cura de almas dando como razón su dedicación a los pobres; los dominicos y los agustinos vivieron una situación diferente porque ellos tienen raíces canonicales y asumieron algunas parroquias para superar los problemas de vivir en una parroquia administrada por un secular que celebraba la misa, mientras que ellos se hacían cargo de la pastoral. La bula *Regimini* de Sixto IV (1474) concedía a los predicadores algunas parroquias. Lo único claro que se concluye de la acción de los religiosos durante este período en relación a la pastoral parroquial, es el hecho que su presencia conducía a una mejor pastoral.

3.2.3 En la caridad

Para nadie es un secreto que los pobres son una presencia inquietante[215]. En las historias de la Iglesia los pobres son mencionados en referencia a las obras de misericordia, a algunos problemas de tipo doctrinal, o para exaltar la figura de algunos pobres que tienen a sus espaldas las riquezas de sus padres; pero los pobres como tal, son ignorados, porque a pesar de ser mayoría parece que no existieran; se les niega el derecho a la historia. Hoy existen historiadores que se preocupan de los pobres y por ello se puede decir que existen fuentes históricas sobre el tema, como es el caso de las hagiografías, los estatutos de las fraternidades, algunas leyes, etc. La palabra pobre (*pauper*) significa el que poco da o poco produce y a lo largo de la historia se han dado diferentes conceptos.

El evangelio transformó el concepto de los pobres al presentar la pobreza como una llamada que exige una respuesta caritativa y un valor que supone el seguimiento

personal y comunitario; la respuesta a esta doble invitación se realiza en una búsqueda y una catequesis sobre la comunión de bienes y la activación de estructuras válidas para realizarla. Hasta finales del siglo XII los pobres eran los peregrinos que debían ser hospedados, los campesinos que había que alimentar y defender, los huérfanos, las viudas, algún bandido. Los pobres eran llamados *pauperes Christi* o *pauperes Dei*, pero esto cambió cuando estos términos fueron aplicados a los monjes; debido a esto surgió la expresión *pauperes cum Lazaro*, miembros de Cristo que esperan la limosna, fuente que extingue el pecado y medio a través del cual los pobres se convierten en intercesores de su benefactor.

Con los cambios de los siglos XII y XIII, las ciudades, las comunicaciones y el comercio, se presentó un debate sobre la pobreza, toda vez que los pobres comenzaron a ser un problema de orden público y social: aumentaron los pobres pero disminuyó el deseo de ayudarlos. El cuidado de los pobres era confiado a los monjes y los caballeros, los monjes le ofrecían pan y vestido, los caballeros, la espada y el hospital; a partir de estos siglos los pobres fueron confiados a las fraternidades y los comerciantes. Fue en este ambiente donde nacieron las órdenes mendicantes que evitaron los estragos de los movimientos pauperistas. También surgió la pedagogía de la solidaridad con Luis IX de Francia (1226-1270) y Alfonso X el sabio de Castilla (1252-1284); y un nuevo concepto del pobre: *paupertas non est de genere malorum*; así se llegó a la revolución de la caridad.

A finales del siglo XIII y parte del XIV se presentó un período donde la muerte triunfaba debido a las carestías que se presentaron después de los inviernos fríos, la peste, las guerras y el hambre; esto condujo al abandono de algunos pueblos y el aumento de los pobres que buscaban en las ciudades pan y esperanza, lo cual llevó a que crecieran los problemas en las ciudades hasta que en Europa se presentaron desórdenes en diferentes lugares; estos movimientos no tenían ninguna relación entre ellos, simplemente eran la manifestación de una situación general grave de pobreza radical en varios estratos sociales; a raíz de estos desórdenes los pobres comenzaron a ser vistos como delincuentes e incluso heréticos, diabólicos, una verdadera plaga. En estos siglos también nacieron las fraternidades de mendicantes, es decir grupos de pobres que se asociaban para ayudarse e, incluso, repartir la limosna recibida, y los pobres fiscales o sea quienes no estaban en capacidad de pagar los impuestos. En este confuso horizonte se hizo camino la diferencia entre verdaderos y falsos pobres que aún subsiste; los primeros eran quienes pedían limosna, vivían sin violencias, sin utilizar niños para sus fines, porque eran pobres; otra es la situación de los falsos pobres, que aparecen con el nombre genérico de vagabundos.

En estos siglos se dieron algunas ideas interesantes: ver en el pobre la imagen de Cristo cuando no se sabía a ciencia cierta quien era el verdadero pobre, ver la pobreza como una situación no ajena a la culpabilidad personal, la condena social de la pobreza como señal de ocio laboral, las revoluciones populares de los pobres que fueron vistas como un enfrentamiento con la voluntad de Dios, la interpretación moral que justifica el robo en caso de necesidad, la valorización de la riqueza como una virtud, las normas

represivas contra los pobres, como la prohibición de dar limosna, la detención para obligarlos a trabajar sin ningún salario y el sistema de los pasaportes.

Estos cambios sociales condujeron a valorar al hombre por lo que producía; por ello el pobre, era una persona peligrosa y sospechosa, el malvado que debe ser abandonado al rigor de la ley; con el humanismo se afirmó un concepto muy sutil, que aún está presente en la mentalidad occidental: el hombre verdadero es quien produce, el rico, el que posee y puede gozar los beneficios de la naturaleza; la alabanza de la pobreza desaparecía, para dar paso al honor de las riquezas típico de la modernidad. Lo dicho da a entender que los pobres siempre han sido juzgados, a veces con sinceridad, otras veces no; algunas veces desde una perspectiva espiritual que los concibe como jueces y porteros del cielo, otras veces desde una perspectiva social que los concibe como una amenaza para la estabilidad; entre la misericordia y la maldición, pasando por la ira, el hambre y la desgracia transcurre la vida del pobre, un problema más para la sociedad y una inquietud para el historiador porque ellos también son sujetos de la historia.

La caridad llama las obras y por ello la primera manifestación de la búsqueda de reforma en la caridad es la limosna[216]; en la historia de la Iglesia se entienden desde la perspectiva de las obras de misericordia que se reúnen en dos grupos. En este período era común encontrar representaciones gráficas en las cuales se hacía notar que las obras de misericordia tenían como punto de partida la riqueza (*facultas*) y la voluntad de hacerlas (*voluntas*). El reclamo a la limosna, la solidaridad y la preocupación por el pobre se deduce de la predicación, en la cual se hablaba de la necesidad de dar limosna; algunos predicadores lo hacían a través de una sugestiva admonición (Bernardino de Siena), de amenaza de castigos divinos (Savonarola), de crítica a algunos personajes eclesiásticos (Gerson, “los perros del obispo son mejor alimentados que los pobres”). Además de la predicación, se citan los ejemplos de personas que se preocupaban por los pobres, la mayoría mujeres: Margarita de San Severino, Margarita de Cortona, Francisca Romana, quien a pesar de la oposición de la familia se dedicó a servirle a los pobres y pedir limosna para ellos. También hubo personas que hicieron los testamentos en favor de los pobres; estas personas veían en la limosna un medio que cancelaba el pecado, con lo que las obras de caridad se constituían en pasaporte para el cielo. A veces se le dejaban los bienes a los pobres o se pedía ser enterrado junto a los pobres; estos testamentos eran respetados; el problema estaba en que las órdenes mendicantes se hacían acreedores de esos testamentos en más de una oportunidad.

Otra manifestación son los hospitales que básicamente eran lugares de acogida y una de las manifestaciones más importantes de la caridad cristiana; existían hospitales grandes y pequeños, cada uno con sus particulares características. Existían los hospitales generales y los hospitales especializados según la enfermedad y la categoría de las personas. Las estructuras de los hospitales tenían la distribución como si fueran un templo, hasta el punto que la mayoría de ellos tenían sus respectivos altares, esto se debe a que el hospital era entendido como un lugar del encuentro con Dios, ya que lo poco que ayudaba la medicina era compensando por el trabajo pastoral con los enfermos. Por ello no es de extrañar que cuando un enfermo llegaba al hospital se le invitaba a la

confesión y si no lo hacía era dado de alta. La jornada cotidiana de un enfermo era ritmada por el oficio litúrgico de los religiosos que los atendían; cuando un enfermo se agravaba le era aplicada la extrema unción. Otra particularidad era que en cada cama por lo general se encontraban dos o más enfermos. Un caso particular son los leprocomios porque cuando se descubría la lepra, se desarrollaba una liturgia ya que el leproso era aislado de la comunidad a través de un rito. Lo interesante era que los expertos para dar un dictamen sobre esta enfermedad eran los leprosos, que eran vestidos con un hábito particular y siempre debían portar un bastón y una campana. A medida que la historia transcurría, se crearon los hospitales para ellos, donde eran atendidos con dedicación.

La presencia de hospitales y enfermos, originaron las órdenes hospitalarias: Orden Teutónica, San Juan de Jerusalén, Espíritu Santo, Laicos de San Antonio, Crucíferos, que portaban en su hábito una estrella roja sobre una cruz del mismo color. Además de las órdenes hospitalarias, nacieron los Hermanos de los puentes, quienes construían al lado de los puentes el hospital, el templo y el cementerio; los Hermanos de los montes, quienes construían algunos refugios en las montañas donde hospedaban a quienes tenían que atravesar las montañas; los Hermanos para la liberación de los esclavos como el caso de mercedarios y trinitarios.

Finalmente están los fondos sociales de piedad y alimentación[217] ya que los préstamos de dinero a intereses no eran normales porque existía oposición de parte de canonistas y moralistas; de hecho se entendía que el dinero no podía producir ninguna ventaja. Esta idea cristiana contrastaba con la ley del mercado que buscaba tutelar el préstamo de dinero a interés, que por lo general era elevado. Los grandes prestamistas eran los hebreos, para quienes los principios cristianos no decían nada. Se impuso la idea de los préstamos y con ello el problema de los que no podían pagar por diferentes motivos. Frente a esto se comenzaron a crear los fondos económicos que ayudaban a quienes tenían urgencia de dinero y no querían caer en manos de personas abusivas. De estos fondos, casi siempre recogidos después de una elocuente predicación, se prestaba dinero a bajos intereses y con plazo a la cosecha siguiente. Debido a este tipo de préstamos nacieron diferentes problemas, que hicieron dividir las órdenes mendicantes (franciscanos contra dominicos y agustinos). Junto a los fondos económicos están los fondos alimenticios, algo así como una cooperativa, que eliminaban el problema del aumento del valor de las mercancías debido a los intermediarios. Ambos fondos fueron un hecho religioso y moral que eran promovidos desde las predicaciones y contaron con el apoyo de varios Papas. Algunos de esos fondos terminaron siendo instituciones bancarias, que aún existen, pero con un objetivo social diferente.

3.2.4 En la vida espiritual

Los siglos XIV y XV no fueron una época de incredulidad y mundanidad como se puede creer. Se parte de la religión cívica, prácticas de piedad cuya iniciativa y realización eran asumida por la autoridad civil; en medio de esta mentalidad hay dos cosas: el santo, que normalmente era un noble, era entendido como el estandarte del

pueblo; la oración era entendida como una petición de beneficios que Dios debía conceder: alejar la peste, derrotar a una ciudad rival, prosperar en los negocios, etc. En este orden de ideas el santo se convertía en un benefactor. Además, entre 1250 y 1500 se dio un período de inquietud espiritual.

La predicación[218]

Era el principal elemento de instrucción cristiana con una triple finalidad: *docere* (hacer que la inteligencia crezca), *movere* (estimular la voluntad), *delectare* (mover el corazón); esto se hacía a través de los sermones que pretendían demostrar una tesis, generalmente de carácter moral. Para comprender este tema conviene liberarse de tres prejuicios: los obispos como "perros sin voz" en cuanto que máximo predicarían unas doce veces al año, los predicadores como hombres extravagantes y fanáticos, si bien no es imposible encontrarlos, además, la Iglesia aparecía como una entidad dormida e incapaz de anunciar y profetizar.

Por lo general el predicador era un hombre culto, casi siempre era profesor universitario que sabía expresarse bien porque debía dominar la retórica y la oratoria; el problema no eran los predicadores sino los párrocos, quienes difícilmente podrían sostener una calificada predicación. Los predicadores eran bien pagados porque por cada temporada de predicación recibían entre el 12 y el 60% de un salario anual; esto se convertía en un inconveniente ya que los predicadores eran, en su mayoría, mendicantes.

El predicador debía memorizar el tipo y el esquema de los sermones; para ello contaba con los *Ars predicandi* donde encontraba lo necesario, incluso los modelos de los sermones *de tempore* y *de sanctis*. Los manuales de predicación recomendaban a los predicadores la posesión de libros para encontrar ejemplos, autoridad e interpretaciones de los sermones que o preparaban o memorizaban; también sugerían que cada sermón debería tener siete cualidades: brevedad, fervor, simplicidad, devoción, contenido moral, prudencia y orden en el desarrollo del pensamiento. Los lugares de predicación, además de los templos, eran las plazas; tanto en los templos como en las plazas se hacía desde un púlpito al cual subía el predicador, quien comenzaba a desarrollar su sermón, que a veces podía durar más de cuatro horas.

Existían tres tipos de sermones: moderno, antiguo y popular. El sermón moderno o temático era realizado por un profesor universitario y estaba dirigido a un público preparado a nivel intelectual; el objetivo era enseñar a través de la iluminación de la mente; el contenido era moral pero la estructuración era escolástica en cuanto que la división del sermón se hacía con rigurosidad lógica; la estructura sería: tema, protema, división del tema y contenido del sermón a su vez dividido en tres partes; los oyentes debían sacar las conclusiones.

El sermón antiguo era un sermón elocuente sobre las bases de la retórica clásica de Cicerón y Quintiliano; era el estilo que les gustaba a los humanistas piadosos a quienes les era placentero escuchar muchas frases bonitas, a lo mejor en un buen latín, pero con un contenido moral prácticamente deficiente. Era el estilo preferido por algunos Papas

renacentistas como el caso de Alejandro VI, Julio II y León X; si se tiene esto presente se entiende porque Erasmo critica la predicación que escuchó en los palacios apostólicos durante su estadía en Italia (1506-1509).

Los sermones populares están en relación con las misiones; sustancialmente eran iguales a los modelos precedentes con la diferencia que eran en lengua vulgar con gestos y tonos particulares para obtener un resultado preciso. Vicente Ferrer inició este tipo de predicación en 1390, dando origen a las misiones populares por la forma itinerante como se hacía; por esto se desarrolló entre los mendicantes y las congregaciones observantes, quienes iban de ciudad en ciudad viviendo en pobreza y confiando en la caridad de los demás durante la cuaresma y el adviento; cuando la Santa Sede les concedió la posibilidad de absolver pecados reservados, tomaron más fuerza hasta que las misiones populares y los sermones se convirtieron en un movimiento de paz con influjo social. El objetivo de esta predicación itinerante era: la conversión, la confesión y la práctica sacramental; esto se lograba invitando a la penitencia y recordando la historia y las verdades de la salvación. Se critica la mediocridad de las palabras usadas en estos sermones, lo cual no quiere decir que los predicadores eran mediocres, porque en este estilo de sermones se citan: Vicente Ferrer, Manfredi de Vercelli, Bernardino de Siena, promotor de la devoción al Dulce nombre de Jesús, Santiago della Marca, Tomás Cornette, etc.

Los predicadores en general tenían una especie de legislación en cuanto existía una serie de normas precisas que el predicador debía cumplir para ejercer su ministerio; además se le pedía que fuera un espejo de lo que predicaba.

Al interior de la predicación se puede ubicar el teatro religioso[219], que es un elemento que los manuales de historia casi siempre ignoran. Los testimonios dicen que junto a la liturgia tradicional se desarrollaron paraliturgias dramáticas, dramas litúrgicos en estrecha conexión con el rito que se celebraba y predicaba; es decir el teatro nació como un medio educativo y pastoral que envolvía a las personas del lugar, actores y espectadores. Su desarrollo alcanzó un alto nivel hasta el punto que en las predicaciones se dejaba un intervalo para hacer la representación correspondiente; algunas veces era representada la vida de algún santo. Cuando se crearon los ciclos representativos comenzaron los problemas ya que la exigencia escénica y vocálica conducía al descuido teológico; con esto el teatro religioso y litúrgico se convirtió en una dramatización más de tipo artístico que pastoral; de todas maneras es interesante saber que el escenario era fijo y los espectadores se desplazaban en la medida en que las escenas terminaban. El lenguaje usado y la expresión corporal tenían un ambiente popular porque el objetivo era crear una relación directa entre los actores y el público para hacer de la representación del "misterio", un momento de unión social.

La pastoral sacramental[220]

El bautismo era administrado algunos días después del nacimiento porque se quería evitar la muerte sin el sacramento, lo cual sería un castigo para el niño por la doctrina del

limbo y la sepultura fuera del cementerio; de esta época data el inicio de los registros parroquiales para testimoniar la incorporación a la Iglesia. En general la mamá no asistía al bautismo de su hijo, ni a la fiesta que se hacía porque se buscaba que la ceremonia fuera festiva.

La confirmación prácticamente no tenía relieve porque pocas personas podían desplazarse para recibir el sacramento que sólo se administraba el día de pentecostés en la catedral y porque los obispos raramente visitaban sus diócesis.

El matrimonio, tal como se entiendo hoy se venía organizando; durante este período se presentó una disputa a raíz de la negación del carácter sacramental del matrimonio, que se ponía en duda debido al escaso papel que desempeñaba el sacerdote y a que era visto como un hecho que hacía referencia casi exclusiva a la sexualidad. Es cierto que se presentaba el matrimonio, pero en gran medida era más por obtener una bendición para vencer el miedo al demonio que podía hacer impotente al hombre.

La Eucaristía era considerada más desde la perspectiva de misterio que desde la perspectiva comunitaria. En la celebración de la misa lo más importante era la elevación porque el pueblo no participaba en la celebración. Nació y se desarrolló la devoción eucarística cuya cima era la procesión del *Corpus Domini*, que se manifestaba cotidianamente en la visita al Santísimo. La frecuencia en la comunión era escasa: sólo obligaba una vez al año; cuando se comulgaba cada semana se hablaba de comunión frecuente y era un privilegio de las comunidades religiosas, ya que la comunión cotidiana era propia de los sacerdotes. La disminución y desaparición de la comunión cotidiana se debía a: la decadencia moral, el respeto al sacramento y el miedo a profanarlo, y el temor a violar el ayuno. Si bien la comunión no se recibía con frecuencia, sí nació un movimiento favorable al encuentro frecuente con Cristo en la Eucaristía. En la *Imitación de Cristo* existen páginas dedicadas a la comunión desde la espiritualidad de la *devotio moderna*; debido a este movimiento fue que se volvió a pensar en la posibilidad de la comunión diaria sometida a las debidas condiciones de estado de gracia; con esto, en un período posterior de la historia, nació la idea que la confesión debía preceder la comunión. Debido a la no recepción de la comunión se gestó la tradición del "pan bendito", que se recibía al terminar la celebración eucarística.

La penitencia era obligatoria una vez al año, normalmente por pascua y con el párroco respectivo. Cuatro elementos son importantes: la confesión a los laicos por motivos especiales, el derecho de las comunidades mendicantes a confesar sin estar vinculados a una parroquia, la cuestión de los pecados reservados sobre la cual No había unidad de criterios y la aparición de dos tipos de tratados, unos que eran manuales para los confesores y otros que eran tratados morales dirigidos a los laicos para ayudarles a realizar el examen de conciencia. Durante estos siglos se presentó un problema delicado ya que había que tomar una decisión en relación a las personas que vivían en estado de pecado; para tratar de dar una solución se gestó la doctrina de la contrición y la atrición, que son temas fundamentales en la teología de la penitencia

El misterio de la muerte

La muerte es un tema habitual entre los vivos, pero en ninguna época la idea de la muerte ha sido cultivada con tanta frecuencia como sucedió durante el siglo XV cuando la muerte se veía con miedo pero sin tabú, porque era considerada como el destino normal de los hombres a tal punto que se constituyó en la condición fundamental para el triunfo de Cristo salvador de la humanidad; en este orden de ideas se entiende el desarrollo que tuvo el tema de la caducidad humana. El énfasis dado a esta realidad dio origen al término macabro y a la danza macabra, un baile en la que los participantes iban desapareciendo sin importar su condición social; la danza macabra subrayaba la vanidad de las diferencias sociales y conducía a entender la muerte como un acontecimiento que igualaba a todos; en el fondo la danza macabra quería hacer pensar en la muerte como una realidad que nos espera y obliga a vivir bien para morir bien.

En el contexto de la realidad de la muerte, que espera al hombre caduco, se ubica el tema teológico de los novísimos: muerte, juicio, infierno y paraíso, etc. Junto a los novísimos está el tema del *ars moriendi*, creado en el siglo XV, que preparaba a los cristianos para luchar contra las tentaciones que el diablo le presentaba al moribundo: la duda sobre la fe, la desesperación por los pecados, el apego a los bienes terrenos, la desesperación por el sufrimiento y el orgullo por las propias virtudes.

Frente al temor de la muerte y la presentación que de ella se hacía, surgió la benevolencia de Dios, quien había dado a la Iglesia la concesión de las indulgencias; a este punto las cosas se complicaron porque se obtenía el perdón de los pecados y la seguridad del paraíso a través de una peregrinación penitencial o del pago de una suma de dinero determinada. Esto hizo que las indulgencias se convirtieran en un lucrativo negocio en el cual participaban banqueros, negociantes, prelados y predicadores sin escrúpulos que convencían a los fieles para que pagaran lo que se les pedía y así, por la intercesión de la Iglesia, obtendrían el perdón de los pecados y la disminución del tiempo que habría que estar en el purgatorio.

Otro aspecto interesante era la *via mortis* en cuanto que la muerte era presentada como un evento con varias fases: el anuncio, o sea, la enfermedad durante la cual el cristiano se preparaba e incluso hacía el testamento donde se estipulaba la herencia y el funeral; después venía la recepción de los sacramentos a través de una ceremonia en la que, además de la confesión y el viático, se recitaban algunos salmos y se hacía el sacrificio *propter maleficia;* cuando la persona moría se le metía una moneda en la boca, era la “moneda de Pedro” para abrir las puertas del más allá.

En 1981 Jacques Le Goff publicó *El nacimiento del purgatorio* dividido en tres partes: el más allá antes del purgatorio, el nacimiento del purgatorio y el triunfo del purgatorio. Es un libro polémico porque pone el origen del purgatorio en relación a una cuestión económica para fortalecer las indulgencias, traer ventajas políticas a la Iglesia y aumentar el poder espiritual sobre los fieles[221]. El autor olvida la oración por los fieles difuntos y aquellas palabras de santa Catalina de Génova, para quien el purgatorio no es un estado de sufrimiento sino de alegría.

El sentimiento religioso[222]

El Cristo paciente era la cima de una espiritualidad cristocéntrica, que veía en Cristo el Salvador del hombre a través de su pasión. Esto condujo a que el centro de la vivencia cristiana, de la religiosidad popular, fuera la semana santa, sobre todo el viernes de dolor. Debido a esto, se desarrolló un importante culto a la pasión del Señor con todos los elementos que tal devoción conlleva; hay, entonces, algunas cosas interesantes: se pasa del Cristo real al Cristo paciente, se multiplicaron las reliquias de la pasión, la semana santa se convirtió en el recuerdo del Calvario, etc. Era tal la vivencia del dolor del Señor que se llegó a contar: las heridas de su cuerpo, el número de azotes que le dieron durante la flagelación, los pasos que dio durante el camino hacia el Calvario, las gotas de sangre que derramó; esto condujo al desarrollo de la devoción a las caídas, a las cinco llagas y a las siete palabras, etc. Era una devoción tan minuciosa que se hizo un inventario de los dolores de Cristo; esta devoción se reflejó en la liturgia y la vida cotidiana.

La piedad mariana: mientras que en oriente contemplaba a María a la luz de la parusía, en occidente se centra en María como imagen de la Iglesia que camina. En tres aspectos se puede organizar las manifestaciones marianas: Madre gozosa, dolorosa, y gloriosa; en una palabra, en los tres caminos del rosario, antes de que Juan Pablo II, al inicio del tercer milenio, añadiera el camino de la luz.

En el aspecto gozoso, al inicio del siglo XV la anunciación era el tema fundamental ya que el mundo estaría expectante del sí de María; en conexión con este misterio, que es el de la encarnación, está el desarrollo de una iconografía que presenta a María como la Nueva Eva que libremente acoge a Dios, la organización del Ave María cuya fórmula actual data de finales del siglo XV (1483), la devoción del *Angelus*, que de oración vespertina se convirtió en oración cotidiana recitada tres veces al día, el rosario, cuya organización se le debe a Alaín de la Roche (1428-1478), quien dividió el salterio mariano en tres partes, y las letanías que se organizaron a partir de expresiones usadas por la piedad popular. Otros dos aspectos de María como la Madre gozosa son la Inmaculada Concepción y la Navidad. Como aún no se había declarado el dogma de la Inmaculada se presentó una controversia entre franciscanos y dominicos que repercutió incluso en el pueblo. En cuanto a la Navidad, se dio la humanización de este misterio que presentaba a María como la Madre de Dios y la Señora de la Humildad.

María, Madre de dolor, era vista por los fieles como la mujer obediente a la voluntad de Dios, que estaba en pie junto a la cruz; esta actitud de María contribuyó a orientar hacia el camino justo las posibles exageraciones que se presentaban en cuanto a la contemplación de la Pasión del Señor.

A la Madre gloriosa, asunta y real, la piedad popular de aquel entonces también la veneraba; ella intercedía por la humanidad y si el cristiano acudía a Ella, podía obtener gracias y milagros; debido a esto, surgieron numerosos santuarios marianos para testimoniar los favores recibidos porque María era Madre de misericordia que protegía bajo su manto a sus devotos.

Las diferentes devociones marianas no se vieron exentas, como suele ser normal, de posibles exageraciones, como las que se encuentran en las representaciones teatrales de los milagros de Nuestra Señora.

En cuanto al culto a los santos, que la Iglesia siempre hizo respetar, los santos eran vistos como figuras reales, familiares, en la expresión religiosa del pueblo porque sólo con la contrarreforma, los santos fueron separados de la fantasía popular para ser puestos más en relieve, tal como lo quiso la Iglesia. Dada la expresión de cercanía y fantasía era importante la conservación del cuerpo, de sus reliquias. El culto a los santos y su representación crearon una zona de serena fe entre el éxtasis de la contemplación de Dios y la dulzura del amor de Jesús, y los fantasmas del demonio y la brujería; por ello cada santo tenía (y tiene) una imagen bien delineada, con una individualidad precisa y una misión particular ya que dependía de una situación concreta. Como consecuencia de esta cercanía, las visiones místicas, además de ser escasas, estaban separadas del culto. De todas formas, el fervor y las expresiones, a veces exageradas, del culto a los santos, revelan la angustia vivida por los fieles de la época hasta el punto que varias invocaciones expresaban el deseo de alejar las numerosas preocupaciones de la existencia.

3.2.5 La reforma que faltó

Al finalizar el recorrido histórico de este período surge una pregunta en torno al pontificado; es un hecho que mientras en los demás campos de la vida eclesial se presentaron movimientos de reforma, en la curia romana la reforma no se dio. El "pontificado renacentista" superó el conciliarismo pero orientó sus intereses hacia otros campos diferentes del campo pastoral. La sede de Pedro de convirtió en un botín que permitía llenar de beneficios y privilegios a la familia, incluyendo los hijos nacidos bien antes de ocupar el solio pontificio o durante el ejercicio pastoral como vicario de Cristo; esto conduce a decir que el pontificado entre 1447 (Nicolás V) y 1521 (León X) tuvo en el nepotismo la "lógica de estado". El nepotismo hizo de los cónclaves un juego de intereses políticos y de intrigas pasionales.

Si el aspecto pastoral e incluso personal de varios papas deja mucho que desear, esto no debe obstaculizar el éxito de las elecciones culturales que hicieron. Con Nicolás V (1447-1455), fundador de la Biblioteca Vaticana, se inició el período de mayor esplendor para Roma que se convirtió en la capital del humanismo. Sixto IV (1471-1484) construyó la capilla Sixtina. Julio II (1503-1513) reunió en Roma a Bramante diseñador de la Basílica San Pedro y constructor de la vía Julia, Miguel Ángel decorador de la capilla Sixtina y su monumento sepulcral, y Rafael a quien le encomendó las estancias papales. Cuando se está frente a estas manifestaciones hay que ser cuidadosos para emitir un juicio histórico porque se habla del paganismo de los Papas, la inconsciencia de la curia romana, la irritación de los alemanes; con esto se quiere decir que si bien existen numerosos problemas, se debe tener en cuenta las diferentes manifestaciones del momento para emitir un juicio consistente.

Con todo, también hubo intenciones de reforma. Nicolás V la entendió a través del prestigio cultural. Pío II (1458-1464) a través de un deseo de reforma de la curia para abolir la acumulación de beneficios, el lujo y los banquetes curiales, pero no fue más que un proyecto, porque en la práctica nada se hizo. Los sucesores de Pío II siguieron el mismo camino; Alejandro VI (1492-1503)[223], sobrino de Calixto III (1455-1458), alcanzó a redactar una bula de reforma que no fue publicada. Entre 1512 y 1517 se realizó el V concilio de Letrán; en el discurso inaugural de este concilio Egidio de Viterbo decía que los hombres deben ser transformados por las cosas santas y no las cosas santas por los hombres; fue un concilio que quiso curar con algunas pastillas a un enfermo grave porque no legisló sobre la acumulación de beneficios, la falta de residencia y el laxismo de varios eclesiásticos.

Por lo que hace referencia a la cristiandad hubo dos problemas en el panorama internacional: la amenaza turca al oriente y las nuevas tierras al occidente. El papado se empeñó con celo por la cruzada contra los turcos pero no obtuvo éxito si bien estuvo presente y activo. Con relación a occidente optó por el patronato, delegando en los estados ibéricos la acción misionera haciendo prevalecer la lógica política sobre la acción misionera, la *cura animarum*.

Finalmente, para entender mejor el giro que se realizó entre 1517 y 1545, en el juicio universal de Miguel Ángel está el más impresionante documento. En un espacio libre, abierto al infinito se abre la escena de la conclusión de la historia. Al centro está Cristo que, de frente a una humanidad aterrorizada, aleja de sí a todos los que han obrado mal. Una atmósfera nueva, llena de remordimiento y miedo, de petición de salvación y esperanza, sustituye la atmósfera pacífica del renacimiento porque en 1527 la armonía humanística llegaba a su fin. Los hombres como Erasmo tendrían que desaparecer para ceder el escenario a otros actores como Lutero e Ignacio, Calvino y Felipe Neri, Isabel de Inglaterra y Teresa de Ávila, protagonistas de otra historia.

Papas del medioevo cristiano (siglos VIII-XV)

Siglo VIII: Sergio I, Juan VI, Juan VII, Sisinio, Constantino, Gregorio II, Gregorio III, Zacarías, Esteban II, Pablo I, Esteban III, Adriano I y León III (84-96).

Siglo IX: León III, Esteban IV, Pascual I, Eugenio II, Valentín, Gregorio IV, Sergio II, León IV, Benedicto III, Nicolás I, Adriano II, Juan VIII, Marino I, Adriano III, Esteban V, Formoso, Bonifacio VI, Esteban VI, Romano, Teodoro II y Juan IX (96-116)-

Siglo X: Juan IX, Benedicto IV, León V, Sergio III, Anastasio III, Landon, Juan X, León VI, Esteban VII, Juan XI, León VII, Esteban VIII, Marino II, Agapito II, Juan XII, León VIII[224], Benedicto V, Juan XIII, Benedicto VI, Benedicto VII, Juan XIV, Juan XV, Gregorio V y Silvestre II (116-139).

Siglo XI: Silvestre II, Juan XVII[225], Juan XVIII, Sergio IV, Benedicto VIII, Juan XIX, Benedicto IX, Silvestre III, Benedicto IX, Gregorio VI, Clemente II, Benedicto IX[226], Dámaso II, León IX, Víctor II, Esteban IX, Nicolás II, Alejandro II, Gregorio VII, Víctor III, Urbano II y Pascual II (139-160).

Siglo XII: Pascual II, Gelasio II, Calixto II, Honorio II[227], Inocencio II, Celestino II, Lucio II, Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV, Alejandro III, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII[228], Clemente III[229], Celestino III e Inocencio III[230] (160-176).

Siglo XIII: Inocencio III[231], Honorio III, Gregorio IX, Celestino IV, Inocencio IV, Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Gregorio X, Inocencio V, Adriano V, Juan XXI[232], Nicolás III, Martín IV, Honorio IV, Nicolás IV, Celestino V y Bonifacio VIII[233] (176-193).

Siglo XIV: Bonifacio VIII, Benedicto XI[234], Clemente V, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V, Gregorio XI, Urbano VI y Bonifacio IX (193-203).

Siglo XV: Bonifacio IX, Inocencio VII, Gregorio XII, Martín V, Eugenio IV, Nicolás V[235], Calixto III[236], Pío II, Pablo II, Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI[237] (203-214).

Antipapas: Constantino II (767-768), Felipe (767), Anastasio III (855-858; luego fue secretario de Nicolás I y bibliotecario bajo Adriano II), Cristóbal (903-904), León VIII (963-965)[238], Bonifacio VII (974, 984-985), Juan XVI (997-998), Gregorio (1012), Benedicto X (1058-1059), Honorio II (1061-1072), Clemente III (1080-1100), Teodorico (1100), Silvestre IV (1105-1111), Gregorio VIII (1118-1121), Anacleto II (1130-1138), Víctor IV (1138), Víctor V (1159-1164), Pascual III (1164-1168), Calixto III (1168-1178), Inocencio III (1179-1180), Nicolás V (1328-1330), Clemente VII (1378-1394), Benedicto XIII (1394-1417), Alejandro V (1409-1410), Juan XXIII[239] (1410-1415), Clemente VIII (1423-1429), Félix V (1440-1449).

San Sergio I

Nació en Antioquía. Elegido el 15 de diciembre de 687, murió el 8 de septiembre de 701. Nombrado después de dos antipapas (Teodoro y Pascual), intentó terminar con el cisma surgido en Roma e hizo cesar el de Aquileya. Introdujo en la liturgia el canto del “Agnus Dei”.

Juan VI

Nació en Efeso. Elegido el 30 de octubre de 701, murió el 11 de enero de 705. En momentos difíciles para la cristiandad, rechazada en oriente y en España por los turcos sarracenos, defendió los derechos de la Iglesia contra el emperador de oriente y rescató muchos esclavos.

Juan VII

Nació en Rossano, Calabria. Elegido el 1 de marzo de 705, murió el 18 de octubre de 707. No consistió a las deshonestas propuestas del emperador Justiniano II, quien inició las matanzas que obligaron a los pueblos latinos e italianos a separarse del imperio de oriente.

Sisinio

Nació en Siria. Elegido el 15 de enero de 708, murió el 4 de febrero de 708. Por la brevedad de su pontificado faltan obras importantes. Se ocupó de la restauración de las murallas de Roma a causa del asedio por parte de lombardos y sarracenos.

Constantino

Nació en Siria. Elegido el 25 de marzo de 708, murió el 9 de abril de 715. Conducido con la fuerza a Bizancio logró poner un poco de paz entre la Iglesia y el imperio. Animó a los cristianos de España contra los infieles. Como acto de obediencia inicia el "beso de los pies" al bronce del apóstol Pedro.

San Gregorio II

Nació en Roma. Elegido el 19 de mayo de 715, murió el 11 de febrero de 731. En contestación al edicto de Constantinopla que prohibía el culto de las imágenes ordenando la destrucción, las provincias de Italia se sublevaron contra el ejército de León III en marcha hacia Roma: la secta de los iconoclastas fue expulsada.

San Gregorio III

Nació en Siria. Elegido el 18 de marzo de 731, murió el 28 de noviembre de 741. Invocó la ayuda de Carlos Martel, rey de los francos, contra los lombardos. De ello deriva el título de "cristianísimo" adoptado después por todos los Reyes franceses. Las limosnas fueron llamada "óbolo de san Pedro".

San Zacarías

Nació en Calabria. Elegido el 10 de diciembre de 741, murió el 22 de marzo de 752. Se opuso con firmeza a Rachis duque de Friuli que quería ocupar toda Italia. Después se hizo consagrar monje. Consagró rey de los francos a Pipino el Breve. Esta fue la primera investidura de un soberano por parte de un pontífice.

Esteban II

Fueron dos: el primero reinó solo un día (23 de marzo); el segundo: elegido el 26 de marzo 752, murió el 26 de abril de 757. Fue acogido con ánimo y llevado en triunfo a hombros, de aquí viene la silla gestatoria. En Canino (Viterbo) existe una campana de aquella época que se dice fue donada por Esteban.

San pablo I

Nació en Roma. Elegido el 29 de mayo de 757, murió el 28 de junio de 767. Favoreció la unión con la Iglesia griega. Visitaba las cárceles y rescataba los detenidos condenados por deudas. Descubrió los restos de santa Petronila que, según la leyenda, fue hija de san Pedro.

Esteban III

Nació en Sicilia. Elegido el 7 de agosto de 768, murió el 24 de enero de 772. Precedido por dos antipapas, impulsó inmediatamente el orden creado por ellos. Puso sobre el recto camino a Carlomagno, rey de los francos y ayudó a los cristianos de Palestina.

Adriano I

Nació en Roma. Elegido el 9 de febrero de 772, murió el 25 de diciembre de 795. Restauró las murallas de Roma y los antiguos acueductos. A él se deben la estatua de oro de san Pedro y el enlosado de plata puesto delante del altar de la confesión. Convocó el séptimo concilio ecuménico, Nicea II.

San León III

Nació en Roma. Elegido el 27 de diciembre de 795, murió el 12 de junio de 816. Con la coronación de Carlomagno, celebrada en San Pedro la noche de navidad de 800, se reconstituyó el imperio de occidente llamado sagrado Imperio Romano. Fundó la escuela palatina de la cual trae su origen la universidad de París.

Esteban IV

Nació en Roma. Elegido el 22 de junio de 816, murió el 24 de enero de 817. Trató de evitar luchas interiores instituyendo el juramento al emperador bajo reserva de la fe al Papa. Consagró emperador a Ludovico rey de los francos y su esposa Ermengarda en Reims.

San Pascual I

Nació en Roma. Elegido el 25 de enero de 817, murió el 11 de febrero de 824. Recién elegido recibió como regalo por parte de Ludovico Pío, las islas de Córcega y Cerdeña. Trabajó en el descubrimiento de las catacumbas, trasladando más de 2300 cuerpos; ayudó contra a los cristianos de Palestina y España contra los sarracenos.

Eugenio II

Nació en Roma. Elegido el 11 de mayo de 824, murió el 27 de agosto de 827. Se le atribuye la institución de los seminarios. Instituyó una comisión para la actuación de los cánones y leyes: de estos censores tiene origen la actual curia romana.

Valentín

Nació en Roma. Elegido el 1 de septiembre de 827, murió el 16 de septiembre de 827. Amado por el pueblo, la nobleza y el clero, por su pureza. El comienzo de su breve pontificado fue acogido con grandes manifestaciones de júbilo por su carácter bondadoso.

Gregorio IV

Nació en Roma. Elegido el 20 de septiembre de 827, murió el 11 de enero de 844. Organizó una poderosa armada que el mando del Duque de Toscana y derrotó por cinco veces a los sarracenos en África. Estos desembarcaron en Italia, destruyeron Civitavecchia y Ostia y amenazaron Roma.

Sergio II

Nació en Roma. Elegido en enero de 844, murió el 27 de enero de 847. Bajo su pontificado los sarracenos asediaron Roma, saquearon la basílica San Pablo y otras más. Los turcos fueron derrotados definitivamente en Gaeta. Recompuso los escalones del "Pretorium" (Escalera Santa).

San León IV

Nació en Roma. Elegido el 10 de abril de 847, murió el 17 de julio de 855. Fue el primer pontífice que puso las fechas sobre los documentos oficiales. Confirmó a los venecianos el derecho a elegir el Doce. Edificó las murallas que delimitan la "ciudad leonina" y alrededor de la colina del Vaticano.

Benedicto III

Nació en Roma. Elegido el 29 de septiembre de 855, murió el 17 de abril de 858. Amado por el pueblo por sus virtudes, fue obstaculizado por el emperador y por el antipapa Anastasio que estuvo en sus funciones durante un mes. Intentó reunir todas las sectas en la lucha contra los sarracenos.

San Nicolás I

Nació en Roma. Elegido el 24 de abril de 858, murió el 13 de noviembre de 867. Después de varias disputas con el emperador Ludovico II, organizó junto con éste una armada contra los sarracenos. Defendió exhaustivamente la libertad de la Iglesia contra Focio. Fijó la fiesta de la Asunción el 15 de agosto.

Adriano II

Nació en Roma. Elegido el 14 de diciembre de 867, murió el 14 de diciembre de 872. Memorable fue la coronación de Alfredo el Grande, rey de Inglaterra (primer soberano inglés bendecido a Roma). Intentó apaciguar las discordias entre los pueblos católicos. Convocó el octavo concilio ecuménico.

Juan VIII

Nació en Roma. Elegido el 13 de diciembre de 872, murió el 16 de diciembre de 882. Luchó junto con los habitantes de Roma contra los sarracenos derrotándolos en Terracina. Después de su posesión, Carlos el Grueso no mantuvo la ayuda prometida y el

Papa fue derrotado por los árabes, por lo que debió pagar un fuerte tributo.

Marino I

Nació en Galese (Roma). Elegido el 16 de diciembre de 882, murió el 15 de mayo de 884. Ejercitó fuertes pasiones sobre Basilio, emperador de oriente, contra los cismáticos. Murió, se cree envenenado, después de haber querido apaciguar las discordias italianas.

San Adriano III

Nació en Roma. Elegido el 17 de mayo de 884, murió en septiembre de 885. Apenas subió al trono confirmó cuanto en contra del patriarca Focio habían hecho sus antecesores. Invitado por Carlos el Grueso a trasladarse a Francia murió durante el viaje en San Cesario.

Esteban V

Nació en Roma. Elegido en septiembre de 885, murió el 14 de septiembre de 891. Conocida su elección se refugió en casa, pero derribada la puerta fue llevado al trono de San Pedro. Prohibió la prueba de fuego y agua en los juicios; favoreció las artes.

Formoso

Nació en Ostia. Elegido el 6 de octubre de 891, murió el 4 de abril de 896. Fue excomulgado cuando era cardenal por Juan VIII por haber coronado rey de Italia a Arnulfo, después emperador de Alemania. A él se debe la conversión de los búlgaros.

Bonifacio VI

Nació en Roma. Elegido en abril de 896, murió en el mismo mes. Subió al trono papal apoyado por los opositores del Papa Formoso y murió 15 días después. La sede pontificia estaba en poder de los grandes feudatarios de Italia.

Esteban VI

Nació en Roma. Elegido el 22 de mayo de 896, murió en agosto de 897. Dominado por luchas interiores hizo exhumar el cadáver del Papa Formoso y lo tiró al río después de un proceso injusto en el llamado concilio cadavérico. A consecuencia de una insurrección popular fue arrestado y estrangulado en la cárcel.

Romano

Nació en Galese (Roma). Elegido en agosto de 897, murió en noviembre del mismo año. Lo primero que hizo fue rehabilitar la memoria del Papa Formoso. Le confirmó a Gerona el dominio sobre Mallorca y Menorca. Murió envenenado.

Teodoro II

Nació en Roma. Elegido en diciembre de 897, murió en el mismo mes. Gobernó la

Iglesia durante 20 días y, probablemente, depuso el cuerpo del Papa Formoso en el Vaticano, después de haber sido hallado en el Tíber. Murió de repente, se cree de envenenamiento.

Juan IX

Nació en Tivoli. Elegido en enero de 898, murió en enero de 900. Restableció la supremacía de la Iglesia sobre todos los territorios, incluyendo Roma. Para evitar nuevas luchas restableció la intervención imperial sobre la consagración de los pontífices.

Benedicto IV

Nació en Roma. Elegido el 1 de febrero de 900, murió en julio de 903. En medio a la universal corrupción supo conservar la integridad de la Santa Sede. Entre tantos odios buscó el camino de la justicia. Consagró a Ludovico de Borgoña, emperador de Roma.

León V

Nació en Ardea. Elegido en julio de 903, murió en septiembre del mismo año. En un clima de desórdenes después de pocos días de su pontificado, fue encarcelado y asesinado. Su cuerpo fue quemado y las cenizas arrojadas al Tíber.

Sergio III

Nació en Roma. Elegido el 29 de enero de 904, murió el 14 de abril de 911. Hizo reconstruir la basílica San Juan de Letrán, destruida por un incendio. Reivindicó y defendió los derechos de la Iglesia contra los feudatarios. En las medallas de este pontífice está esculpida por primera vez la tiara.

Anastasio III[240]

Nació en Roma. Elegido en abril de 911, murió en junio de 913. En sus dos años de pontificado pudo hacer poco a causa de las luchas internas. Sufrió las presiones de Berengario y murió envenenado.

Landon

Nació en Sabina. Elegido en junio de 913, murió en febrero de 914. Subió al trono papal por las intrigas de una de las varias sectas. Murió misteriosamente después de haber conseguido establecer la paz entre tantas luchas internas.

Juan X

Nació en Tossignano. Elegido en marzo de 914, murió en mayo de 928. Elegido después de una serie de intrigas que él mismo desaprobó. Luchó contra los sarracenos derrotándolos cerca de Garellano. Fue asesinado en la cárcel por no participar en deshonestas intrigas.

León VI

Nació en Roma. Elegido en mayo de 928, murió en diciembre de 928. Fue elegido por voluntad de la potente Marozia. Hizo todo lo posible para llevar la paz a Roma. Luchó contra los sarracenos y los húngaros. Hizo resurgir las artes, el comercio y la industria.

Esteban VII

Nació en Roma. Elegido en diciembre de 928, murió en febrero de 931. Elegido por las intrigas de los condes de Túsculo mientras en Roma gobernaba Marozia, marquesa de Tuscia. Favoreció a los monasterios San Vicente en Volturno y dos conventos en Galia.

Juan XI

Nació en Roma. Elegido en marzo de 931, murió en diciembre de 935. Quiso apaciguar las intrigas en su propia familia. A pesar de que fue elegido con la ayuda de esta misma, deploró el libertinaje. Murió a los 29 años después de muchas tribulaciones.

León VII

Nació en Roma. Elegido el 3 de enero de 936, murió el 13 de julio de 939. Reformó y reorganizó el monaquismo, haciendo reedificar el antiguo cenobio cerca de la basílica San Pablo Extramuros. Escribió a los obispos de Francia y Alemania contra el fenómeno de los brujos y adivinos.

Esteban VIII

Nació en Roma. Elegido el 14 de julio de 939, murió en octubre de 942. Ayudó a Luis IV de Ultramar contra la insurrección de los súbditos francos. Trató de inculcar los sanos principios del evangelio a los poderosos de oriente y occidente. Sufrió las tiranías de Alberico II.

Marino II

Nació en Roma. Elegido el 30 de octubre de 942, murió en mayo de 946. Dio ejemplo de vida perfecta en un período muy atormentado. Impulsó las artes, reorganizó las asociaciones e instauró a Roma como capital moral. Modificó las reglas de algunas órdenes eclesiásticas.

Agapito II

Nació en Roma. Elegido el 10 de mayo de 946, murió en octubre de 955. Hizo esfuerzos inauditos para levantar las condiciones morales del clero y con la ayuda de Otón I de Alemania, pacificó una parte de Italia. Aroldo, rey de Dinamarca, abrazó el cristianismo.

Juan XII

Nació en Roma. Elegido el 16 de diciembre de 955, murió el 14 de mayo e 964. Temerario y audaz reivindicó los derechos temporales de la Iglesia. Reconstruyó el sagrado Imperio Romano, coronando Otón I de Alemania, quien más tarde lo depuso. Con el diploma de Otón I se crearon los “obispos condes”.

León VIII[241]

Nació en Roma. Elegido como antipapa el 6 de diciembre de 963, y luego de la muerte de Juan XII, asumió la sucesión petrina en mayo de 964 y murió el 1 de marzo de 965. Elegido como antipapa por Otón I, después de varias disputas con el predecesor y con el sucesor Benedicto V. Prohibió a los laicos de entrar en el presbiterio durante las funciones solemnes.

Benedicto V

Nació en Roma. Elegido el 22 de mayo de 964, murió el 4 de julio de 966. Fue exiliado a Hamburgo por Otón I hasta la muerte de León VIII. A la muerte del antipapa, Oton I, bajo presiones de los francos y romanos, le reconoce la investidura. Murió en Hamburgo en fama de santidad.

Juan XIII

Nació en Roma. Elegido el 1 de octubre de 965, murió el 6 de septiembre de 972. Encarcelado por partidarios de una corriente diversa por casi 10 meses, fue puesto en libertad con la ayuda de Otón I, quien difundió el cristianismo en Polonia y Bohemia. Introdujo el uso de bendecir y dar un nombre a las campanas.

Benedicto VI

Nació en Roma. Elegido el 19 de enero de 973, murió en junio de 974. Después de la muerte de Otón I se desencadenó la secta contra-alemana que conquistó después de un duro asedio el castillo del Santo Ángel, lo encarceló y lo mandó asesinar. Convirtió al cristianismo al pueblo húngaro.

Benedicto VII

Nació en Roma. Elegido en octubre de 974, murió el 10 de julio de 983. Hombre de gran inteligencia, trató de reprimir los abusos y la ignorancia que reinaba en Italia y el mundo cristiano. Dio gran impulso a la agricultura.

Juan XIV

Nació en Pavía. Elegido en agosto de 983, murió en marzo de 984. Hombre de gran energía y buenas cualidades, fue elegido después de penosas intrigas. Volviendo a Roma, Francone lo mandó detener[242] y murió de hambre en la cárcel del castillo del Santo Ángel.

Juan XV

Nació en Roma. Elegido en agosto de 985, murió en marzo de 996. Fue también víctima del ambiente y los egoísmos del tiempo, se vio obligado a refugiarse en Toscana. Terminó con las discordias surgidas en la Iglesia de Reims. Fue el primer Papa que

inició un proceso de canonización de un santo, el de san Uldarico.

Gregorio V

Nació en Sajonia. Elegido el 3 de mayo de 996, murió el 18 de febrero de 999. Obligado a refugiarse en Pavía, Crescencio nombró al antipapa Juan XVI que reinó casi un año. Instituyó la conmemoración de los difuntos. Trasladó a Santa María la Nueva, en Roma, el cuerpo de santa Lucila.

Silvestre II

Nació en Alvernia (Francia). Elegido el 2 de abril de 999, murió el 12 de mayo de 1003. Quiso frenar las malas costumbres. Era muy inteligente e introdujo el uso de los números arábigos. Su pontificado sobrepasó el famoso año 1000, crucial para un "juicio universal"; se decía: "mil y no más"

Juan XVII

Nació en Roma. Elegido en junio de 1003, murió en diciembre de 1003. Elegido en un periodo de grandes desórdenes producidos por la muerte de Otón III de Alemania. De su breve pontificado faltan datos dignos de importancia.

Juan XVIII

Nació en Roma. Elegido en enero de 1004, murió en julio de 1009. Reanudó, aunque por poco tiempo, la unión de la Iglesia griega con la latina. Luchó con gran ímpetu para que el cristianismo fuese difundido entre los bárbaros y los paganos. Instituyó el obispado de Bramberg.

Sergio IV

Nació en Roma. Elegido el 31 de julio de 1009, murió el 12 de mayo de 1012. Cambió nombre porque se llamaba Pedro. Conservó buenas relaciones con los emperadores de oriente y occidente. Intentó, sin lograrlo, establecer un poco de orden moral entre los obispos y abades. Salvó de la destrucción el Santo Sepulcro.

Benedicto VIII

Nació en Roma. Elegido el 18 de mayo de 1012, murió el 9 de abril de 1024. Obstaculizado en su elección, pidió ayuda a Enrique II que se hizo coronar en Roma. Dio leyes contra la simonía y el duelo. Estableció que los clérigos no se casasen.

Juan XIX

Nació en Roma. Elegido en mayo de 1024, murió en 1032. Coronó emperador en Roma a Conrado II de Alemania. No permitió las exigencias de la corte de Bizancio. Protegió a Guido d'Arezzo, inventor de las siete notas musicales cuyos nombres son las primeras silabas del himno de san Juan.

Benedicto IX[243]

Nació en Roma. Elegido en el 1032, depuesto en el 1044; nuevamente entre marzo y mayo de 1045, y finalmente entre 1047 y 1048. Subió al Solio papal a los 12 años. Le impuso al rey de Bohemia el traslado de las reliquias de san Adalberto a Praga. En su segunda elección, después de 20 días fue alejado por intereses económicos, políticos y corrupción. En su tercera elección, después de ocho meses renunció al pontificado por los consejos de san Bartolomeo y arrepentido de la vida turbulenta se hizo monje basiliano en Grottaferrata donde murió y está enterrado.

Silvestre III

Nació en Roma. Elegido en 1045. Sustituyó por breve tiempo a Benedicto IX, quien lo excomulgó como antipapa. No obstante las muchas controversias, la Iglesia lo reconoce pontífice legítimo. No se conoce como murió.

Gregorio VI

Nació en Roma. Elegido el 5 de mayo de 1045, murió el 20 de diciembre de 1046. Destituyó al discutido Benedicto IX. Se puso personalmente al mando de un ejército para defenderse de los invasores. Se vio obligado a abdicar. Se le atribuye la primera institución del ejército pontificio.

Clemente II

Nació en Sajonia. Elegido el 25 de diciembre de 1046, murió el 9 de octubre de 1047. Preocupado por la potencia alcanzada por los Obispos condes, causa de luchas con sus súbditos, logró vencer la resistencia del obispo Ariberto de Milán.

Dámaso II

Nació en Baviera. Elegido el 17 de julio de 1048, murió el 9 de agosto de 1048. Sustituyó a Benedicto IX por voluntad del emperador Enrique III de Alemania, habiendo renunciado a la tiara Aliardo obispo de Lyon. Se retiró a Palestina donde murió.

San León IX

Nació en Lorena. Elegido el 12 de marzo de 1049, murió en 1054. Fue elegido libremente por el clero y el pueblo romano. Llegado a Roma, quiso entrar a pie descalzo como signo de humildad. Excomulgó a Miguel Cerulario dando origen al cisma de la Iglesia griega de latina no extinguido aún.

Víctor II

Nació en Baviera. Elegido el 16 de abril de 1055, murió el 28 de junio de 1057. Elegido después de un año de sede vacante, recibió la abjuración de Berengario. Bendijo a Enrique III en el lecho de muerte. Siguiendo el ejemplo de su predecesor, dio a la

Iglesia un período de prosperidad.

Esteban IX

Nació en Lorena. Elegido el 3 de agosto de 1057, murió el 29 de marzo de 1058. Poco después de su elección se preocupó por levantar la conducta moral del clero. Se rodeó de ilustres e insignes consejeros que lo asistieron políticamente. Prohibió el matrimonio entre consanguíneos.

Nicolás II

Nació en Borgoña. Elegido el 24 de enero de 1059, murió el 27 de julio de 1061. Convocó en Roma un sínodo donde se prohibió la investidura de los obispos sin autorización del Papa y se decidió que la elección del Pontífice fuese reservada sólo a los cardenales obispos (diócesis) y cardenales sacerdotes (párrocos).

Alejandro II

Nació en Milán. Elegido en el 1 de octubre de 1061, murió el 25 de mayo de 1073. Su actividad fue más religiosa que política. Intervino en la reforma del clero en Francia. No reconocido por la corte alemana, Enrique IV le impuso como antipapa a Honorio II creando tumultos y guerras.

San Gregorio VII

Nació en Toscana. Elegido el 22 de abril de 1073, murió el 25 de mayo de 1085. En el concilio emana el "Dictatus papae": solo el Papa es universal y ninguno puede juzgarlo. El solo puede desligar del juramento. Enrique IV, excomulgado se trasladó a Canosa con un hábito y durante tres días y tres noches imploró perdón.

Beato Víctor III

Nació en Montecasino. Elegido el 24 de mayo de 1086, murió el 16 de septiembre de 1087. Después de cuatro días de su elección, se refugió en Montecasino hasta que, proclamado por segunda vez, fue conducido a Roma por la fuerza y consagrado. Excomulgó al antipapa Clemente III[244]. Su residencia fue la isla Tiberina.

Beato Urbano II

Nació en Francia. Elegido el 12 de marzo de 1088, murió el 29 de julio de 1099. El cónclave se hizo en Veletri porque en Roma estaba el antipapa Clemente III. Le proclamó la guerra a los infieles y decretó la "primera cruzada". Instituyó al "tregua de Dios" breve pausa para enterrar a los muertos.

Pascual II

Nació en Bieda (Ravena). Elegido el 14 de agosto de 1099, murió el 21 de enero de

1118. Las luchas por la supremacía del Papa o del emperador, lo llevaron al exilio. En su pontificado, Enrique V logró hacerse coronar con el derecho de investidura y se construyó la basílica Santa María del Pueblo, donde los romanos veían el fantasma de Nerón.

Gelasio II

Nació en Gaeta. Elegido el 16 de marzo de 1118, murió el 28 de enero de 1119. Agredido en la basílica San Juan de Letrán, fue encarcelado por el rebelde Cencio Frangipane. Puesto en libertad por unos marinos genoveses, se refugió en Gaeta y vestido de peregrino regresó a Roma. Más tarde se trasladó a Cluny.

Calixto II

Nació en Borgoña. Elegido el 16 de marzo de 1119, murió el 13 de diciembre de 1024. Se firmó el acuerdo de Worms en el cual se reconoce el derecho a los Papas en el nombramiento de los obispos. Proclamó el noveno concilio ecuménico y organizo la segunda cruzada.

Honorio II

Nació en Fiagnano. Elegido el 21 de diciembre de 1124, murió el 13 de febrero de 1130. Reanudó relaciones con casi todas las cortes europeas para la lucha contra sarracenos. Durante su pontificado surgieron en Italia las sectas de los güelfos (partidarios del Papa) y los gibelinos (partidarios del emperador).

Inocencio II

Nació en Roma. Elegido el 23 de febrero de 1130, murió el 24 de septiembre de 1143. Recién elegido se vio obligado a huir, pero Lotario de Sajonia lo condujo a Roma, le besó el pie y le condujo la mula durante la procesión a cambio de la coronación. Proclamó el décimo concilio ecuménico.

Celestino II

Nació en Castillo. Elegido el 3 de octubre de 1143, murió el 8 de marzo de 1144. Con la ayuda de san Bernardo, arregló los desacuerdos internos de la Iglesia. Apaciguó las luchas entre Escocia e Inglaterra, pero no pudo lograr la paz en Italia. Quitó la excomunión a Luis VII.

Lucio II

Nació en Bolonia. Elegido el 12 de marzo de 1144, murió el 15 de febrero de 1145. Gobernó en medio de las agitaciones causadas por Arnaldo de Brescia. Con el comienzo de las cabezas de partido en Italia, inicia el fin del medioevo. Mientras intentaba apaciguar un movimiento popular fue golpeado con una piedra y murió.

Beato Eugenio III

Nació en Montemano (Pisa). Elegido el 18 de febrero de 1145, murió el 8 de julio de 1153. Huyó de Roma varias veces. Inició la segunda cruzada. Constituyó el Sagrado Colegio. Inició la construcción del "palacio pontificio". Aprobó los caballeros de San Juan de Jerusalén (de Malta).

Anastasio IV

Nació en Roma. Elegido el 12 de julio de 1153, murió el 3 de diciembre de 1154. Con la bondad consiguió la pacificación en los dominios temporales de la Iglesia. Se dice fuese depuesto en la que había sido la urna funeraria de santa Elena.

Adriano IV

Nació en Langley (Inglaterra). Elegido el 5 de diciembre de 1154, murió el 1 de septiembre 1159. Defensor de la supremacía papal. En la reunión de Sutri, Barbarroja no puso el estribo al Papa y él le negó el beso del perdón. Llegó a un acuerdo y lo coronó emperador. En su pontificado Arnaldo de Brescia fue quemado.

Alejandro III

Nació en Siena. Elegido el 20 de septiembre de 1159, murió el 20 de agosto de 1181. Excomulgó a Barbarroja por sus errores y ayudó la Liga Lombarda: lo derrotó en Leñano, con el famoso "Carrocio". Proclamó el undécimo concilio ecuménico.

Lucio III

Nació en Lucca. Elegido el 6 de septiembre de 1181, murió el 25 de septiembre de 1185. Exhortó a los príncipes más poderosos mediante una "constitución", a reprimir con la fuerza los herejes después de que, a causa de las continuas sublevaciones, había sido obligado a refugiarse en Verona. No volvió nunca a Roma.

Urbano III

Nació en Milán. Elegido el 1 de diciembre de 1185, murió el 20 de octubre de 1187. Elegido en Verona se estableció y la adoptó como sede pontificia. De cardenal ideó la Liga Lombarda. Se opuso a la violencia de Barbarroja, muriendo de dolor cuando los sarracenos ocuparon Jerusalén.

Gregorio VIII

Nació en Benevento. Elegido el 25 de octubre de 1187, murió el 17 de diciembre 1187. Fue elegido en Ferrara. Considerado por Barbarroja, hubiera podido solucionar las discordias entre la Iglesia y el Imperio con un pontificado mas largo. Ayudó a los cristianos de Tierra Santa, oprimidos por los infieles.

Clemente III

Nació en Roma. Elegido el 20 de diciembre de 1187, murió en marzo de 1191. Logró

la paz en Roma después desde 60 años, durante los cuales los pontífices habían sido alejados. Formó la tercera cruzada en la que participó el rey inglés Ricardo Corazón de León.

Celestino III

Nació en Roma. Elegido el 14 de abril de 1191, murió el 8 de enero de 1198. Fue defensor de la indisolubilidad del matrimonio. Aprobó la orden caballeresca teutónica, cuyo fin era defender los peregrinos que venían de Tierra Santa.

Inocencio III

Nació en Anagni. Elegido el 22 de febrero de 1198, murió el 16 de julio de 1216. De grandes cualidades ejerció una influencia, hasta el punto de ser llamado el "augusto del pontificado". Restableció la autoridad temporal en los estados pontificios. Promovió la cuarta cruzada. Aprobó las órdenes de dominicos y franciscanos. Proclamó el décimo segundo concilio ecuménico.

Honorio III

Nació en Roma. Elegido el 24 de julio de 1216, murió el 18 de marzo de 1227. Definió el "Liber censorium" sobre los derechos de los pontífices y precisó el ceremonial para la elección. Organizó la quinta cruzada con Andrés II de Hungría. Con Juan I de Suecia el cristianismo llega a Estonia.

Gregorio IX

Nació en Anagni. Elegido el 21 de marzo de 1227, murió el 22 de agosto de 1241. Excomulgó a Federico II por su comportamiento. Canonizó a san Francisco, san Antonio y san Domingo. Instituyó la "Santa Inquisición". Aprobó la colección de actos divinos que llamó "Brevario". Preparó la sexta cruzada.

Celestino IV

Nació en Milán. Elegido el 28 de octubre de 1241, murió el 10 de noviembre de 1241. Para su elección, los cardenales no alcanzaban un acuerdo, entonces el senado romano los encerró "con llave" en un antiguo palacio. De este episodio deriva la palabra "cónclave" de latín "cum clave".

Inocencio IV

Nació en Génova. Elegido el 28 de junio de 1243, murió el 7 de diciembre de 1254. Después de dos años de sede vacante fue elegido en Anagni. Canonista insigne. Proclamó el décimo tercero concilio ecuménico. Instituyó la fiesta de la visitación. Preparó la séptima cruzada con san Luis IX de Francia.

Alejandro IV

Nació en Anagni. Elegido el 20 de diciembre de 1254, murió el 25 de mayo de 1261.

Escribió sobre jurisprudencia popular. Canonizó a santa Clara y confirmó la realidad de los estigmas de san Francisco. Fijó el procedimiento sumario para la herejía y condenó los flagelantes.

Urbano IV

Nació en Troyes (Francia). Elegido el 4 de septiembre de 1261 de sorpresa en el cónclave de Viterbo, a donde había ido para rendir homenaje al futuro Papa. Murió el 2 de octubre de 1264. Confirmó la fiesta del Cuerpo de Cristo, 60 días después de la pascua. Empezó a señalar los documentos con números ordinales.

Clemente IV

Nació en Saint Giles (Francia). Elegido el 15 de febrero de 1265, murió el 29 de noviembre de 1268. Excomulgó a Conrado de Suecia, pero ello no sirvió para impedir la ocupación de Roma y Nápoles. Antes de ser sacerdote fue hombre de mundo. Vivió y murió en Viterbo.

Beato Gregorio X

Nació en Plasencia. Elegido en 1271, tomo posesión el 27 de marzo de 1272 y murió el 10 de enero de 1276. Después de casi tres años de sede vacante por desacuerdos con el cónclave de Viterbo, el pueblo exasperado destejó el techo poniendo a los cardenales a pan y agua hasta que se decidieran. Proclamó el décimo cuarto concilio ecuménico.

Beato Inocencio V

Nació en Sutron (Saboya). Elegido el 22 de febrero de 1276, murió el 22 de junio de 1276. En el cónclave que lo eligió se observó el mayor secreto. Extendió el cristianismo a la lejana Mongolia, bautizando a los tres embajadores enviados por el Gran Khan.

Adriano V

Nació en Génova. Elegido el 11 de julio de 1276, murió el 17 de agosto de 1276, después de 39 días de pontificado. Aunque no fue consagrado, sí figura en la lista de los sucesores de Pedro. Puso orden en las reglas eclesiásticas. Suspendió las normas del cónclave de Gregorio X.

Juan XXI

Nació en Portugal. Elegido el 20 de septiembre de 1276, murió el 20 de mayo de 1277. Consiguió la promesa de Alfonso II de Portugal que todas las Iglesias de aquel reino y sus bienes serían respetadas. Murió en el hundimiento del palacio residencial de Viterbo.

Nicolás III

Nació en Roma. Elegido el 26 de diciembre de 1277, murió el 22 de agosto de 1280 en su residencia de Soriano de Cimino. Fue el primer Papa en vivir definitivamente en el Vaticano e inició los famosos jardines. Envió misioneros para convertir a los reyes tártaros.

Martín IV

Nació en Francia. Elegido el 23 de marzo de 1281, murió el 28 de marzo de 1285. Quiso unir con el vínculo de la caridad a los grandes y potentes del tiempo. Bajo su pontificado estalló la famosa revolución de las “Vísperas sicilianas”, en torno a las cuales Giuseppe Verdi escribió una opera.

Honorio IV

Nació en Roma. Elegido el 20 de mayo de 1285, murió el 3 de abril de 1287. Su primera preocupación fue poner orden en el estado pontificio. Impulsó la universidad de París e intentó acercar la Iglesia griega. Intentó un acuerdo con los islámicos. Reconoció la orden de los carmelitas.

Nicolás IV

Nació en Ascoli. Elegido el 22 de febrero de 1288, murió el 4 de abril de 1292. Puso orden en la corte de Portugal. Favoreció el progreso en los estudios instituyendo la universidad de Montpelier. Potenció las misiones y combatió los sarracenos ayudado por las fuerzas de Génova. Fue el primer pontífice franciscano.

San Celestino V

Nació en Isernia. Elegido 5 de julio de 1294, renunció en diciembre del mismo año y murió el 19 de mayo de 1296. Hombre de excepcionales virtudes y sencillez, dándose cuenta de ser un instrumento en manos de los potentes renunció al pontificado. Estableció que el elegido podía renunciar a la elección.

Bonifacio VIII

Nació en Anagni. Elegido el 24 de diciembre de 1294, murió el 11 de octubre de 1303. Fue un gran Papa. Celebró por primera vez el año santo en el 1300, pudiéndose repetir cada cien años. Fundó la universidad de la “Sapienza” en Roma. Fue un protector de importantes artistas entre los cuales está Giotto.

Beato Benedicto XI

Nació en Treviso. Elegido el 27 de octubre de 1303, murió el 7 de julio de 1304. Arregló la grave cuestión con el reino de Francia. Fue continuamente perseguido por un grupo de conspiradores y murió comiendo higos que le habían regalado.

Clemente V

Nació en Wilaudraut (Francia). Elegido el 14 de noviembre de 1305, murió el 20 de abril de 1314. Se consagró en Lyon y dejándose aconsejar por Felipe el Bello, fijó la residencia de la Santa Sede en Aviñon donde duró 70 años. Proclamó el décimo quinto concilio ecuménico. Fundó la universidad de Oxford.

Juan XXII

Nació en Cahors (Francia). Elegido el 5 de septiembre de 1316, murió el 4 de diciembre de 1334. Elegido en Lyon después de una sede vacante de dos años. Instituyó la fiesta de la Santísima Trinidad, el tribunal de la sagrada rota e hizo construir el palacio papal de Aviñón. Incrementó las misiones en algunas regiones africanas. Por el enfrentamiento con Luis de Baviera, en su tiempo se presentó el antipapa Nicolás V (1328-1330).

Benedicto XII

Nació en Saverdun (Francia). Elegido el 8 de enero de 1335, murió el 25 de abril de 1342. Obligado por Felipe VI a vivir en Francia intervino también en los asuntos romanos. Obligó a los obispos a conservar la residencia y reformó las órdenes benedictina, franciscana y dominica.

Clemente VI

Nació en Maumont (Francia). Elegido el 19 de mayo de 1342, murió el 6 de diciembre de 1352. Fue hombre culto y bueno. Compró la ciudad de Aviñón por 18000 florines de oro. Protegió a los hebreos. Redujo el intervalo de los años santos a 50 años y celebró el segundo jubileo en 1350.

Inocencio VI

Nació en Braisahmont (Francia). Elegido el 30 de diciembre de 1352, murió el 12 de septiembre de 1362. Hizo reorganizar el estado pontificio por medio del español Albornoz. Dio gran impulso a las artes y la cultura. Fortificó Aviñón con las murallas.

Beato Urbano V

Nació en Francia. Elegido el 6 de diciembre de 1362, murió el 19 de diciembre de 1370. Logró trasladarse a Roma, pero después de años de desórdenes volvió a Aviñón. Añadió a la tiara la tercera corona, el poder imperial, ya que la segunda corona era el poder real y la primera, el poder espiritual.

Gregorio XI

Nació en Maumont (Francia). Elegido el 5 de enero de 1371, murió el 26 de marzo de 1378. Con la intervención de santa Catalina de Siena trasladó la Santa Sede a Roma. El senado romano le regaló un terreno del monte Vaticano. Incluyó la basílica Santa María La Mayor entre las que tenían indulgencia plenaria.

Urbano VI[245]

Nació en Nápoles. Elegido el 18 de abril de 1378, murió el 15 de octubre de 1389. Se celebró en el Vaticano el primer cónclave. Su carácter, un tanto insoportable, no pudo evitar la presencia de los antipapas de Aviñón que crearon el cisma de occidente que

duró 40 años.

Bonifacio IX

Nació en Nápoles. Elegido en noviembre de 1383, murió el 1 de octubre de 1404. No resolvió la cuestión cismática. También el segundo antipapa aviñonés rechazó una paz. Celebró el tercero y cuarto años santos (1390 y 1400) durante los cuales desde Provenza se infiltró la “secta de los blancos.”

Inocencio VII

Nació en Sulmona. Elegido el 11 de noviembre de 1404, murió el 6 de noviembre de 1406. Hombre de cultura pero de carácter débil que trató de solucionar el cisma y las trágicas condiciones en que se encontraba el estado y la Iglesia pero sin lograr ninguna solución. Amplió las facultades de griego y medicina.

Gregorio XII

Nació en Venecia. Elegido el 19 de diciembre de 1406, murió el 18 de octubre de 1417. Fue el período más triste del cisma de occidente. Se llegó a tres obediencias: la romana, la aviñonense y la pisana. El emperador Segismundo proclamó el décimo sexto concilio ecuménico. Espontáneamente renuncio al pontificado, buscando la unidad de la Iglesia.

Martín V

Nació en Roma. Elegido el 21 de noviembre de 1417, murió el 20 de febrero de 1431. Fue un protector de las artes mientras empezaba el renacimiento Celebró el quinto año santo (1423) y por primera vez se abrió una Puerta Santa en la basílica San Juan de Letrán.

Eugenio IV

Nació en Venecia. Elegido el 11 de marzo de 1431, murió el 20 de febrero de 1447. Proclamó el décimo séptimo concilio ecuménico en Basilea, pero por miedo lo trasladó a Ferrara y más tarde a Florencia. Habiendo decidido la supremacía del Papa sobre el concilio los adversarios eligieron el antipapa Félix V (1440-1449), que fue el último antipapa de la historia.

Nicolás V[246]

Nació en Sarzana. Elegido el 19 de marzo de 1447, murió el 24 de marzo de 1455. Inició la construcción de la actual Basílica San Pedro. Reorganizó políticamente a Francia e Inglaterra. Ayudó a España a expulsar definitivamente a los sarracenos. Fundó la Biblioteca Vaticana y celebró el sexto año santo (1450).

Calixto III[247]

Nació en Játiva. Elegido el 20 de agosto de 1455, murió el 6 de agosto de 1458. Ordenó tocar las campanas a las doce del día de todos los días. Hizo florecer el cristianismo en Suecia, Noruega y Dinamarca. Con él inició la historia de los Borja en Roma.

Pío II

Nació en Siena. Elegido el 3 de septiembre de 1458, murió el 15 de agosto de 1464. Para las provincias oprimidas por los turcos en Mantua confirmó la liga entre los reyes de Francia, Borgoña, Hungría y Venecia. Murió participando en una cruzada.

Pablo II

Nació en Venecia. Elegido el 16 de septiembre de 1464, murió el 26 de julio de 1471. Decidió que solo los cardenales podían llevar la birreta amaranto. Para que cada generación pudiese obtener el perdón convirtió en 25 años el intervalo de los años santos: de aquí que empezó a llamarse también "jubileo".

Sixto IV

Nació en Savona. Elegido el 25 de agosto de 1471, murió el 12 de agosto de 1484. Fue experto político y mecenas. Celebró el sétpimo jubileo en 1475 que prolongó hasta la pascua de 1476. Fijó la fiesta de san José el 19 de marzo. Mandó a construir la Capilla Sixtina por Miguel Ángel.

Inocencio VIII

Nació en Génova. Elegido el 12 de noviembre de 1484, murió el 25 de julio de 1492. Concluyó la obra de pacificación entre los estados católicos. Castigó inexorablemente el mercado de los esclavos y ayudó a Cristóbal Colón en el descubrimiento de América.

Alejandro VI

Nació en Játiva (España). Elegido el 26 de julio de 1492, murió el 18 de agosto de 1503. Favoreció el descubrimiento de América. Celebró el octavo jubileo (1500). Abrió por primera vez una Puerta Santa en San Pedro, San Pablo y Santa María la Mayor.

---

170 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 149-156.

171 Cf. *Historia Eunsa*, VI, pp. 109-121, 191-193.

172 Cf. *Historia Eunsa*, VII, pp. 53-76; Lortz, J. *Op. cit.,* pp. 612-615; Hughes, Ph. *Op. cit.,* pp. 189-192.

173 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* p. 138.

174 Cf. *Historia Eunsa*, VI, pp. 258-271; NHI, pp. 316-319.

175 A esta fama se remonta la existencia de la guardia suiza, actual cuerpo honorífico que tiene a su cargo la defensa de la Santa Sede.

176 Cf. Jedin, IV, pp. 392-395; *Historia Eunsa*, V, pp. 293-394.

177 Cf. Paparozzi, A. *Gregorio Palamas*. En: Ancilli, E. y Paparozzi, A. (dir.). *La mística. Fenomenologia e riflesssione teologica*, I. Roma, 1984, pp. 419-461.

178 Cf. Fliche – Martin, XVII, pp. 116-126; Gutiérrez, A. *Op. cit.,* pp. 385-388.

179 Cf. Alberigo, G. *Op. cit.,* pp. 285-289.

180 Cf. Bihlmeyer – Tuechle, pp. 302-308; Jedin, IV, pp. 399-418.

181 Cf. Fliche - Martin, XI, pp. 119-169; Jedin, IV, pp. 456-469; NHI, II, pp. 341-344.

182 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 158-159.

183 Algunos autores de esta teoría son: Egidio Romano (+1316), Jacobo de Viterbo (1308), Álvaro Pelayo (+1350), Agustín de Ancona (1328); los dos primeros son agustinos y excelentes representantes del agustinismo político.

184 Cf. Glicora, F., y Catanzaro, B. *Anni Santi. I giubilei dal 1300 al 2000*. Città del Vaticano, 1996; Orlandis, J. *Op. cit.,* pp. 344-347.

185 León X, 1513-1521, concedió la indulgencia para quienes ayudaran económicamente a construir la basílica san Pedro, pero una parte iba a las arcas de su familia, que necesitaba fondos para sostener la guerra de Urbino.

186 Para hacerle propaganda se elaboró un verso: *Annus centenus Romae semper est iubilenus/ Crimina laxantur cui poenitet ista donatur/ Hoc declaravit Bonifacius et roboravit*.

187 Cf. NHI, pp. 408-414; Bihlmeyer – Tuechle, III, pp. 25-58.

188 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 158-164.

189 Cf. Beck, A. *La fine dei templari*. Casale Monferrato, 1996.

190 Cf. COD, p. 342.

191 Cf. De La Sala, F. *Op. cit.,* pp. 15–25; Jedin, IV, pp. 540-554.

192 Cf. Orlandis, J. *Op. cit.,* pp. 382-383.

193 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* p. 167.

194 Cf. Jedin, IV, pp. 633-664; NHI, pp. 415-435; Fliche – Martin, XI, pp. 265-330.

195 Cf. DS, pp. 941-946; bula *Licet iuxta doctrinam*.

196 Pierini, F. *Op. cit.,* p. 168.

197 Cf. Jedin, H. *Breve storia dei concil*. Morcelliana, Brescia, 1996, pp. 99-101; Jedin, IV, pp. 655-662.

198 Este Papa fue tenido como legítimo hasta cuando en 1958 Ángelo Roncalli tomó el nombre de Juan XXIII.

199 COD, pp. 403-451; Alberigo, G. *Op. cit.,* pp. 222-239; Jedin, IV, pp. 703-726.

200 DS 1151-1195, y 1201-1230.

201 Fueron condenadas 45 proposiciones, aceptando 260 artículos condenados por los doctores de Oxford en la VIII sesión. Cf. COD pp. 411-415.

202 Aquí las cosas, de por sí oscuras, se complicaron porque no es fácil determinar si: Huss era discípulo de Wyclif o era el líder de un movimiento que tenía en Wyclif su inspiración; Huss era un hereje o un moralista que se inspiró en Wyclif para proponer la necesidad de contener los abusos de la Iglesia; el movimiento hussita fue religioso o social.

203 Cf. Pierini, F. *Op. cit.,* pp. 175-176.

204 COD, pp. 438-443.

205 COD, pp. 447-450.

206 Cf. Alberigo, G. *Op. cit.,* pp. 240-276; Jedin, IV, pp. 733-752.

207 Cf. Autores Varios. *Los grandes enigmas Larousse*. El Tiempo, Bogotá, 1994, pp. 222-223.

208 Cf. DS, 1300-1308.

209 Cf. Jedin, IV, pp. 797-806.

210 Cf. Fliche – Martin, XI, pp. 347-353; NHI, pp. 437-445.

211 Cf. Jedin, IV, pp. 877-883.

212 La intervención de la autoridad civil no ha sido extraña a la vida de la Iglesia, pero no siempre ha sido positiva.

213 Cf. NHI, II, pp. 461-469.

214 Pierini, F. *Op. cit.,* p. 162.

215 Cf. Paglia, V. *Storia dei poveri in Occidente. Indigenza e carità*. BUR, Milano, 1994.

216 Cf. Fliche – Martin, XVI, pp. 150-151.

217 Cf. Orlandis, J. *Op. cit.,* pp. 339-341.

218 Cf. Fliche – Martin, XVI, pp. 41-57; Jedin, IV, pp. 762-765.

219 Cf. Fliche – Martin, XVI, pp. 11-38; XVIII, pp. 322-325.

220 Cf. Manselli, R. *Il soprannaturale e la religione popolare nel Medioevo*. Roma, 1985.

221 Cf. Le Goff, Jean. *La nascita del Purgatorio*. Enaudi, Torino, 1982.

222 Cf. Fliche – Martin, XVI, pp. 110-111.

223 Este Papa, Rodrigo Borgia o Borja, hizo carrera en Roma. Nació en 1430; en 1456 fue creado cardenal; en 1468 ordenado sacerdote. Tuvo varios hijos: Pedro Luis, Jerónimo e Isabel (de quienes no se conoce la progenitora) y César, Iván, Lucrecia y Godofredo habidos con Vannozza de'Cattanei; parece que siendo Papa tuvo otros dos: Juan y Rodrigo. Cf. Pierini, F. Op. cit., pp. 171-172.

224 Hasta hoy no hay claridad sobre sí es o no sucesor legítimo de Pedro, de hecho figura más como antipapa que como Papa, dado su enfrentamiento con los Papas Juan XII y Benedicto V en tiempos del emperador Otón I.

225 Juan XVI no aparece en la lista oficial de los Papas.

226 Este personaje fue elegido tres veces Papa y figura como el sucesor de Pedro 145, 147 y 150.

227 Casi un siglo antes, 1061-1072, hubo un antipapa con idéntico nombre.

228 Existe un antipapa con idéntico nombre.

229 También existe un antipapa con idéntico nombre.

230 También existe un antipapa con idéntico nombre.

231 Entre 1179 y 1180 hubo un antipapa con idéntico nombre.

232 Juan XX no aparece en la lista oficial de los sucesores de Pedro.

233 Bonifacio VII no aparece en la lista oficial de los sucesores de Pedro; aparece un antipapa que estuvo en la sede en la segunda mitad del siglo X (974; 984-985).

234 Benedicto X no aparece en la lista oficial de los sucesores de Pedro.

235 Con idéntico nombre hubo un antipapa en la época de Aviñón.

236 También existe un antipapa con el mismo nombre.

237 Alejandro V, Papa de Pisa, no aparece en la lista oficial de los sucesores de Pedro.

238 Este antipapa, posteriormente fue nominado como sucesor legítimo de Pedro.

239 Este antipapa fue tenido como Papa legítimo, perteneciente a la lista oficial de los sucesores hasta 1958.

240 También existe un antipapa con idéntico nombre.

241 Con este Papa y los sucesores Benedicto V y Juan XIII, existen delicados problemas históricos porque realmente León VIII es un antipapa, que, como algo curioso, es tenido por la sede romana como sucesor legítimo de san Pedro, Benedicto V murió en el destierro y Juan XIII fue elegido antes de la muerte de Benedicto V.

242 Este Francone es el antipapa Bonifacio VII, quien en el 974 había mandado a estrangular a Benedicto VI para asumir la sede petrina, pero el pueblo se opuso y tuvo que huir, posteriormente volvió y llegó a ser antipapa.

243 Debido a sus tres elecciones, es tenido como el sucesor de Pedro 145, 147 y 150 respectivamente.

244 Este Clemente III, Guiberto de Ravena, estuvo en el poder entre 1080 y 1100.

245 Debido al cisma de occidente, en estos años se presentaron varios antipapas tanto en Aviñón como en Pisa. En Aviñón están: Clemente VII (1378-1417), Benedicto XIII (1394-1417) y Clemente VIII (1423-1429); en Pisa están: Alejandro V (1409-1410) y Juan XXIII (1410-1415). Lo difícil de estos antipapas, e incluso de otros más, consiste en que el sucesor en nombre respetó, en algunas ocasiones, el orden en la numeración.

246 Entre 1328 y 1330 hubo un antipapa con el mismo nombre.

247 Entre 1168 y 1178 hubo un antipapa con el mismo nombre.

Bibliografía

Alberigo, G. (dir.). *Storia dei concili ecumenici*. Queriniana, Brescia, 1993[2].

Alberigo, G. *Cardinalato e collegialità. Studi sull'eclesiologia tra l'XI e il XIV secolo*. Firenze, 1969.

Alberigo, G., et al. (dir.). *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*. Dehoniane, Bologna, 1991.

Ancilli, E. (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, I-III. Herder, Barcelona 1983-1984.

Ancilli E. y Paparozzi, A. (dir.). *La mística. Fenomenologia e riflessione teologica*, I. Roma, 1984.

Antoniazzi, A. y Cristiano, H. *Cristianismo 2000 años de caminada. Historia de la Iglesia*. Paulinas, Bogotá, 1998.

Atlante storico Garzanti, Milano, 1994.

Autores Varios. *Los grandes enigmas Larousse*. El Tiempo, Bogotá, 1994.

Autores Varios. *Pievi e parrochie in Italia nel basso Medioevo (sec. XIII-XV)*, I. Roma, 1983.

Bedouelle, G. *La historia de la Iglesia*. Edicep, Valencia, 1993.

Beck, A. *La fine dei templari*. Casale Monferrato, 1996.

Betancur, D. *Historia de la Edad Media*. USTA, Bogotá, 1984.

Bihlmeyer, K. y Tuechle, H. *Storia della Chiesa*, II. Morcelliana, Brescia, 1996[11].

Biraben, J. N. *Les hommes et la peste en France et dans les paus européens et mediterranéens*. París – La Haya, 1975.

Blaschke, Jorge. *El enigma medieval*. Robinbook-Intermedio, Bogotá, 2005.

Bois, Guy. *La revolución del año mil*. Crítica, Barcelona, 2000.

Boulenger, A. *Historia de la Iglesia*. Barcelona, 1952.

Burguière, A. (dir.). *Dizionario di scienze storiche*. Paoline, Milano, 1992.

Burman, Eduard. *Los secretos de la Inquisición*. Martínez Roca, Barcelona, 1988.

Cantarella, Glauco M. *I monaci di Cluny*. Enaudi, Torino, 1993.

Chadwick, H. *La Iglesia cristiana: veinte siglos de historia*, Barcelona, 1990.

Chéline, J. *Histoire religieuse de l'Occidente Medieval*. París, 1991.

Christie, Y. *Historia ilustrada de las formas artísticas*. *El mundo cristiano hasta el siglo XI*. Madrid, 1993.

Comby, J. *Para leer la historia de la Iglesia,* I*: De los orígenes al siglo XV*. Verbo Divino, Estella, 1993[6].

De Francisco, Carlos. *Las Iglesias Orientales Católicas. Identidad y patrimonio*. San Pablo, Madrid, 1997.

De la Sala, Fernando. *Storia della Curia Romana*. PUG, Roma, 1992.

Demurger, A. *Vie et mort de l'ordre du Temple*. París, 1985.

Denzinger, H. *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*. Ed. bilingüe Hünermann, P. Dehoniane, Bolonia, 1995.

Doglio, F. *Teatro in Europa*, I. Milano, 1982.

Duby, G. *Atlante storico*. Torino, 1996.

Dué, Andrea – Laboa, Juan María. *Atlas histórico del cristianismo*. San Pablo, Madrid, 1998.

Dumont, J. *La Iglesia ante el reto de la historia*. Encuentro, Madrid, 1987.

Equipo. *Histoire du Christianisme*, VII. *De la réforme à la Réformation (1450-1530)*. París, 1994.

Equipo. *Historia Universal EUNSA*, III- VI. Eunsa, Pamplona, 1984.

Equipo. *La Papauté et les missions d'Oriente au Moyen Âge (XIII – XV siècles)*. Roma, 1977.

Equipo. *Le cler séculier au Moyen Âge*. París, 1993.

Erdmann, C. *The origins of the idea of crusade.* Philadelphia, 1997.

Fagiolo M. y Madonna, M. L. (dir.). *Roma santa. La città delle basiliche*. Roma, 1985.

Fliche, A. y Martín, V. (dir.). *Historia de la Iglesia de los orígenes a nuestros días*. VI-XVIII, Edicep, Valencia, 1974-1978.

Fossier, Robert. *La sociedad medieval*. Crítica, Barcelona, 1996.

Frank, Isnard. *Historia de la Iglesia medieval.* Herder, Barcelona, 1988.

Franzen, A y Bäumer, R. *Storia dei Papi: La missione di Pietro nella sua essenza e nella sua realizzazione storica attraverso la Chiesa*. Queriniana, Brescia, 1987.

Galindo, M. A. *Historia de la educación. Edades antigua y media*. Madrid, 1982.

García – González, Ricardo. *La Inquisición*. Anaya, Madrid, 1991.

García – Villoslada, Ricardo (dir.). *Historia de la Iglesia en España*, III. BAC, Madrid, 1980.

Gasparri, S., et al. *Fonti per la storia medievale, dal V all'XI secolo*. Sansoni, Firenze, 1992.

Gatto, L. *Il Medioevo nelle sue fonti*. Monduzzi, Bolonia, 1995.

Glicora, F. y Catanzaro, B. *Anni Santi. I giubilei dal 1300 al 2000*. Città del Vaticano, 1996.

Guerriero, Elio (dir.). *Complementi alla storia della Chiesa diretta da Hubert Jedin,* I-III. Jaca Book, Milano, 1991.

Gutiérrez, Alberto. *La Reforma Gregoriana y el renacimiento de la cristiandad medieval*. PUJ, Bogotá, 1983.

Heers, Jacques. *La primera cruzada*. Andrés Bello, Barcelona, 1997.

Heers, Jacques. *La invención de la Edad Media*. Crítica, Barcelona, 1995.

Hertling, L. *Historia de la Iglesia*. Herder, Barcelona, 1989.

Hughes, Ph. *Síntesis de historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1984.

Jedin, H. (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, II-IV. Herder, Barcelona, 1990[2], 1987[2], 1986[2].

Jedin, H. *Breve storia dei concili: I ventuno concili ecumenici nel quadro della storia della Chiesa*. Brescia, 1996[9].

Labal, Paul. *Los cátaros: herejía y crisis social*. Grijalbo, Barcelona, 1995.

Laboa, J. M. *Momenti cruciali nella storia della chiesa: Dai padri del deserto ai nostri giorni*. Il Mulino, Milano, 1996.

Lawrence, C. H. *Il monachesimo medievale. Forme di vita religiosa in Occidente*. Torino, 1993.

Lawrence, C. H. *The Friars. The Impact of the Early Movement on Western Society*. London, 1993.

Le goff, Jean. *La nascita del Purgatorio*. Enaudi, Torino, 1982.

Le goff, Jean. *La civilización del occidente medieval*. Paidós, Barcelona, 1999.

Lenzenweger, J., et al. *Historia de la Iglesia católica*. Herder, Barcelona, 1989.

Lortz, J. *Storia della chiesa in prospettiva di storia delle idee*, I. Paoline, Milano, 1992[6].

Llorca, B. *Manual de historia eclesiástica*. Labor, Barcelona, 1951[3].

Madrid-Malo, Mario. *Tú eres Pedro. El papado en la historia*. San Pablo, Bogotá, 2005.

Manselli, R. *Il soprannaturale e la religione popolare nel Medioevo*. Roma, 1985.

Maraval, J. A. *Estado moderno y mentalidad social, siglos XV-XVII*, I. Madrid, 1972.

Martin, H. *Le métier de prédicateur en France septentrionale à la fin du moyen âge (1350-1520).* París, 1988.

Martina, G. *Storia della chiesa*. Istituto Superiore di Scienze Religiose, Roma, 1980.

Masoliver, A. *Historia del monacato cristiano*, I-II. Encuentro, Madrid, 1980-1994.

Mcneil, H. W. *La peste nella storia. Epidemie morbi e contagio dall'antichità all'età contemporanea*. Torino, 1981.

Mayr-Hasting, Henry. *Othonic book illumination and the historycal study*. London, 1991.

Mestre, J. *Los Templarios, Alba y crepúsculo de los caballeros*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1999.

Mollat, M. *I poveri nel medioevo*. Bari-Roma, 1987.

Omorgan, Rafaele. *Medioevo cristiano*. Laterza, Bari, 1988.

Orlandis, José. *El pontificado romano en la historia*. Palabra, Madrid, 1996.

Orlandis, José. *Historia de la Iglesia,* I*: La Iglesia antigua y medieval*. Madrid, 1986[5].

Ostrogorsky, G. *Storia dell'impero bizantino*. Enaudi, Torino, 1993.

Paglia, V. *Storia dei poveri in Occidente. Indigenza e carità*. Rizzoli, Milano, 1994[2].

Pernoud, R. *¿Qué es la Edad Media?* Magisterio Español, Madrid, 1979.

Pierini, Franco. *La Edad Media. Curso de Historia de la Iglesia*, II. San Pablo, Madrid, 1997.

Plazaola, J. *Historia del arte cristiano*. BAC, Madrid, 1999.

Riley-Smith, J. *The Crusades. A short history*. New Haven/London, 1987.

Rogier, L. J, et al. (dir.). *Nueva historia de la Iglesia*, II. Cristiandad, Madrid, 1977.

Sanchís, Ricardo. *También la Iglesia tiene historias*. Mensajero, Bilbao, 1995.

Schatz, K. *El primado del Papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días*. Sal Terrae, Santander, 1996.

Sebastián, S. *Mensaje simbólico del arte medieval*. Madrid, 1996.

Strayer, J. R. *Le origine dello stato moderno*. Milano, 1980.

Verheijen, L. *La règle de Saint Augustin*, I: *Tradition Manuscrite*, y II: *Recherches historiques*. París, 1967.

Vilanova, Evangelista. *Historia de la teología*, I-II. Herder, Barcelona, 1987.

Violante, Cinzio y Fritz, Johannes (eds.). *El siglo XI, un cambio*. Anales del Instituto histórico ítalogermano, c. 35. El Molino, Trento, 1993.

Zarabov, Mijail. *Historia de las cruzadas: ¿cuáles fueron sus auténticas causas?* Globes, Madrid, 1994.